DANIEL ORTIZ

# LA SOMBRA DE AGAMENÓN



RBA

DANIEL ORTIZ

# LA SOMBRA DE AGAMENÓN

RBA

Índice

Preámbulo Agamenón. El grande. Rey de los aqueos. Glorioso conquis-
I. Dos corceles blancos
II. El príncipe Agamenón y Sombra Negra
III. Auriga
IV. El palacio de Micenas
V. La enseñanza del maestro Leutides
VI. Los primeros juegos
VII. La primera oportunidad,
VIII. El gran Automedonte
IX. La diosa Nike
X. La sombra de Egisto
XI. La confianza de Agamenón
XII. Todo tiene un precio
XIII. Larga vida al rey Atreo
XIV. Los designios de los dioses
XV. Vivir es recordar
XVI. Mercenarios
XVII. El poder de los olvidados
XVIII. Esperanza micénica
XIX. Esparta
XX. Los dioses esperan
XXI. Atenas
XXII. El león acecha
XXIII. Némesis y Tánatos
XXIV. Micenas renacida
XXV. Boda
XXVI. Helena
XXVII. Vínculo
XXVIII. Festejos
XXIX. Malas artes
XXX. Gratitud mutua

XXXI. Años de bonanza
XXXII. Funeral
XXXIII. ¡Traición!
XXXIV. Clitemnestra
XXXV. La gran alianza
XXXVI. El enfado de los dioses
XXXVII. La misión más terrible
XXXVIII. Las Moiras
XXXIX. Sacrificio
XL. Vientos de sangre
XLI. Aquiles
XLII. Retirada
XLIII. La aparición inesperada
XLIV. Las puertas abiertas del Hades
XLV. Troya renacida
XLVI. Vuelta al hogar
XLVII. Insospechado
XLVIII. Malas noticias
XLIX. Clitemnestra y Egisto
L. Huérfanos
LI. Como perro rabioso
LII. Delio
LIII. Las riendas de la vida
Epílogo. La vida de mi padre pasará desapercibida. Igual que el susurro
Posfacio por Jaume Galiana Llorca
Agradecimientos

© del texto: Daniel Ortiz Mata, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

*Primera edición: septiembre de 2025.*
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: septiembre de 2025

REF.: OBDO580
ISBN: 978-84-1098-444-8

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

A TI, QUE CELEBRAS MIS TRIUNFOS MÁS QUE LOS TUYOS.
A TI, LA QUE SIEMPRE ESTÁ AHÍ. AMOR INCONDICIONAL.
GUERRERA INCANSABLE.
MI MAYOR EJEMPLO. TE QUIERO, MAMA.

# Preámbulo

Agamenón. El grande. Rey de los aqueos. Glorioso conquistador de Troya, la ciudad invencible. El peor marido del mundo, padre despiadado y avaro monarca. El hombre del que todos han hablado desde los tiempos antiguos.

Sus hazañas y su trágico final son de sobra conocidos. ¿Y sus inicios? ¿Quién conoce sus primeros años? ¿Cómo pudo convertirse en la personalidad más influyente de toda Grecia? ¿Realmente fue un impío, un enemigo de los dioses y de los mortales? ¿Solo le movía la gloria, el poder y el oro? ¿Persiguió el éxito de forma incansable? ¿De verdad mereció acabar como acabó?

Tan solo yo soy capaz de dar justa respuesta a semejantes cuestiones. Mi nombre aparece en todos los cantares que hablan sobre Agamenón. Soy Aurimedón, el mejor auriga que dio la historia y el único amigo que tuvo el rey de Micenas. Lloramos y reímos, nos cubrimos las espaldas, nos vengamos de las afrentas y juntos alcanzamos la gloria.

Y no, no vengo a hablarles de sus gestas; de eso se encargará la historia. Yo les mostraré al hombre que se escondía tras la corona. Les revelaré la auténtica naturaleza imperfecta y mundana que palpitaba detrás de todas las leyendas, tanto de las oscuras como de las doradas. Revelaré las sombras que rigieron su existencia porque, aunque no me crean, Agamenón fue el mejor ser humano que pobló la tierra; pocos saben que el rey de Micenas tuvo que criarse entre monstruos, entre sangre y llamas. Su corazón no fue esculpido en piedra; se lo endurecieron los dioses a fuerza de golpes y desgracias.

Sin él, yo todavía seguiría rodeado de boñigas de caballo. Sin su ayuda, habría pasado por este mundo sin pena ni gloria. Agamenón me lo dio todo. Le debo estas palabras.

# I

# Dos corceles blancos

El ruido provocado por las sandalias de mi hermano Solofemo contra el suelo terroso opacaba el resto de sonidos de las calles de Micenas. Yo debía ganar aquella carrera como fuera. Estaba harto de caer derrotado una y otra vez.

El inicio de nuestro recorrido tenía su punto de partida en la casa de la abuela Melgara y llegaba hasta el templo de Ares. Justo en la mitad, se hallaba la estatua de bronce de Perseo, glorioso fundador de Micenas. Tras dar dos vueltas completas a su alrededor, corríamos hasta tocar el primer pilar del santuario del dios de la guerra y, luego, regresábamos veloces a la puerta de la abuela, que era a la vez salida y meta y, también, nuestro hogar. ¿El premio? Comer todo el delicioso queso que ella, nuestra única familia, preparaba una vez al mes, aunque lo cierto es que mi hermano siempre terminaba cediéndome su porción.

Esa carrera entre los dos se repetía casi a diario; fue una constante de nuestra infancia compartida y, aunque a medida que fueron pasando los años conseguí reducir la distancia, seguía sin poder alcanzar a Solofemo, por más que nuestros vecinos, los artesanos que nos veían batirnos, me animaran en cada intento. Lógico; me sacaba tres primaveras.

Sin embargo, la tarde en que todo empezó, lo reconozco ahora, tantos años después, hice trampa: eché a correr antes de que la cuenta atrás hubiera finalizado. Solofemo todavía estaba en el «dos» cuando arranqué, pero no se lo tomó a mal, porque lo oí reír a mis espaldas antes de comenzar a seguirme.

—¡Vamos, muchacho, dale una lección! —gritó un curtidor cuyo nombre no consigo recordar.

La emoción me daba alas. Ganaba distancia poco a poco, zancada a zancada. Ya casi podía tocar la estatua de Perseo y no había ni rastro de mi hermano. La victoria parecía estar, al fin, al alcance de mi mano. Aceleré el paso sin mirar atrás y ya vislumbraba el templo de Ares mientras Solofemo seguía sin rebasarme; ni siquiera oía sus gruñidos de esfuerzo. Toqué la primera columna del santuario y di media vuelta, buscándolo. Me hacía muchísima ilusión descubrir su expresión humillada al darse cuenta de que ya no era capaz de vencerme, pero no lo encontré. ¿Tanta ventaja le había sacado? Regresé trotando hasta la casa de nuestra abuela, preocupado. ¿Dónde se había metido?

Hasta que me di cuenta de la enorme aglomeración reunida en la calle. Jadeos, gritos, empujones. Todo el mundo pugnaba por conseguir un puesto en primera fila. El agrio y denso aroma a sudor de la multitud allí reunida me invadió. Conseguí abrirme paso de rodillas por debajo de las piernas del gentío utilizando todo tipo de argucias para poder descubrir qué ocurría. Lo que vi me dejó perplejo.

Leutides, el auriga personal del rey Atreo, obstruía junto con sus hombres el camino principal que llevaba desde la puerta Norte de Micenas hasta el palacio. Por lo visto, no eran capaces de calmar a dos enormes corceles blancos, una pareja de criaturas descomunales y encabritadas, atrayentes y peligrosas a partes iguales e indomables. Mi hermano, al que encontré un poco más allá, observaba la escena embelesado, al igual que todos los viandantes que asistían a aquella contienda titánica. Los siervos de Leutides tiraban con fuerza de varias cuerdas intentando retener el ímpetu de los caballos. Imposible. Era como tratar de aquietar con caricias un furioso temporal. Los antebrazos de aquellos hombres se tensaban una y otra vez. Sudaban, porfiaban y soltaban maldiciones. Nada. Imposible gobernar a los indómitos caballos.

—Son un regalo del rey de Tesalia para nuestro monarca —me explicó mi hermano al verme—. La gente dice que no hay mejores animales que los procedentes de esa región. Por lo visto, allí no hay

montañas, solo altozanos verdes y prados inmensos. Fíjate bien; son tan valiosos que los hombres de Leutides no se atreven a aplicar con ellos las mismas técnicas que utilizan con los demás caballos. Temen enfrentarse a la ira del rey Atreo si les provocan un solo rasguño.

Aquellas criaturas poseían una belleza sobrenatural. Me hechizaron. Sí, no puedo utilizar otra expresión. Me hechizaron con una especie de conexión arcaica y terminé, sin darme cuenta, acercándome a ellas sin ni siquiera escuchar las advertencias de Solofemo y del resto de los presentes. Era como si los corceles tesalios estuvieran unidos de alguna manera invisible, pero claramente perceptible para mí, a mi alma. Sus músculos tensos, sus miradas agitadas y esa respiración descontrolada me hicieron padecer como si fuera yo quien estuviera siendo acosado. Supe, de un modo instintivo que no me detuve a analizar, que tenían miedo. Era comprensible; habían cambiado su plácida existencia en Tesalia por la pedregosa y amurallada ciudad de Micenas, con el constante barullo y trajín de la muchedumbre.

Mi horizonte entero se diluyó; todo pareció desaparecer a mi alrededor a excepción de los corceles. Pasamos a existir solamente ellos y yo. Nadie me detuvo o, si alguien lo intentó, no me di cuenta. Fue como un parpadeo dulce y onírico.

Y, al abrir los ojos, allí estaba yo, acariciándole el hocico a uno de los animales. Mi ensimismamiento se vio truncado por una ovación abrumadora. Los corceles se habían calmado y todos los testigos de mi éxito estallaron en un aplauso espontáneo que revelaba su júbilo. Pero yo no era consciente de lo que acababa de conseguir; simplemente me había dejado llevar. Tampoco recordaba haber hecho ningún esfuerzo ni sentido el más mínimo temor. No fui artífice de mis propios actos que ahora, en mi vejez, comprendo que estuvieron predestinados. Una sincera sonrisa apareció en mi rostro al darme cuenta de que, por primera vez en mi vida, destacaba en algo.

—Pero, bueno, ¿se puede saber quién demonios eres, muchacho? —me preguntó Leutides mientras posaba su callosa mano sobre mi cabeza.

# II

# El príncipe Agamenón y Sombra Negra

Tras el incidente con los corceles tesalios, Leutides nos adoptó a Solofemo y a mí como sus discípulos. Para nosotros, dos muchachos micénicos huérfanos, sin más futuro que el de aferrar una lanza durante la próxima guerra, el gran Leutides se convirtió en la reencarnación misma de la esperanza.

El auriga de Agamenón aseguró no haber visto en toda su vida un talento como el mío con los caballos. ¡Bien saben los dioses que no cabía en mí de puro orgullo! Recoger las boñigas, cepillar las crines o limpiar los lomos de los corceles, lejos de suponerme un infierno, se me antojó el mejor trabajo del mundo. La compañía de los animales me permitía encontrarme conmigo mismo. Conectaba con ellos mucho más que con cualquier muchacho de mi edad. Ni los músculos agarrotados ni el cansancio lograban borrar la sonrisa de mi rostro al final de cada jornada, porque, en ese momento, cuando el sol estaba a punto de ocultarse, Leutides encontraba un ratito para nosotros. Nos enseñó a montar. Fue el mejor año de mi infancia.

Cuánto disfruté en aquellas primeras lecciones, con esa gozosa sensación de libertad y velocidad a lomos de un animal tan ajeno y tan propio... Los mozos de cuadras y los maestros de equitación aseguraban que estaba bendecido por Poseidón, el dios del mar y protector de los caballos. Se sorprendían por la rapidez de mis avances y se maldijeron cuando se dieron cuenta de que ya los había superado en habilidad y destreza.

Pronto las habladurías comenzaron a correr de boca en boca por los establos. Decían que yo era el fruto de la pasión entre una yegua

micénica y el dios del mar. A Solofemo lo dejaron en paz; de él solamente se decía que era un chico normal y corriente, que se preocupaba por mí y por el buen funcionamiento de las caballerizas, pero en cuanto a mí... todas esas ridículas invenciones resultaban mucho más jugosas y atrayentes que la cruda realidad y así fueron esparciéndose, poco a poco, por toda la ciudad. Imparables. Contagiosas. Y sí, yo las adoraba. No hice nada por ponerles remedio. Era apenas un crío. La vanidad pudo conmigo.

Tal vez no me opuse a todos aquellos rumores porque, en cierta manera, eran una forma de destacar de entre todos los chicos que ayudábamos en las caballerizas. Éramos muchos allí. Gran cantidad de descendientes de las familias micénicas, con ansias de ascender en la sociedad, acudían, como aves de rapiña, en busca del amparo de la sombra gloriosa de Leutides, uno de los aurigas más famosos de todos los tiempos. La mayoría de los jóvenes terminaban huyendo despavoridos al poco tiempo al darse cuenta de que trabajar en las caballerizas era una dura tarea: limpiar los excrementos de los caballos suponía un precio demasiado alto a cambio de la gloria y no todos estaban dispuestos a mancharse las túnicas. Porque nuestro maestro, que procedía de la vieja escuela, premiaba el esfuerzo y la dedicación antes que la sangre o los apellidos. De haber sido otro, podrían haberlo sustituido por esta actitud; pero su nombre y su fuerte amistad con el rey Atreo disuadieron hasta a los más osados.

Por aquel entonces, unos buenos corceles eran apreciados en todos los reinos. El caballo siempre fue el animal predilecto de Poseidón, uno de los tres dioses más grandes del Olimpo. Poseerlos era considerado un símbolo de jerarquía, algo que estaba al alcance de muy pocos. En aquellos tiempos, cuando comencé a trabajar en las cuadras de Leutides, la caballería apenas se utilizaba en combate y todavía suponía un débil y minúsculo porcentaje del grueso militar de cada ejército, aunque en los establos se escuchaban historias sobre las tropas orientales, más dadas a utilizarlos de maneras diversas en el campo de Ares.

Fue precisamente en esos años de aprendizaje cuando conocí a Agamenón, el futuro heredero al trono. Lo recuerdo como si fuera

ayer.

Una fina capa de lluvia caía sobre nuestra bella ciudad. Los tejados de Micenas comenzaban a empaparse y sus habitantes corrían hasta sus hogares para resguardarse del agua. Solofemo, que acababa de ser nombrado capataz de las caballerizas gracias a su estricto sentido del deber, y que tenía bajo sus órdenes a diez mozos entre los que me encontraba, nos ordenó meter a todos los caballos en los establos para protegerlos del frío y la humedad. Le obedecimos, como solíamos hacer con todas sus directrices, con gran eficiencia, como un solo individuo.

—El rey Atreo y su hijo, el príncipe Agamenón, están de camino —anunció Leutides para sorpresa de todos. Nunca habíamos visto a la familia real y, aunque vivíamos en la misma ciudad, se nos antojaban tan lejanos como los mismísimos dioses—. Enhorabuena. Parece ser que tu leyenda ha llegado a oídos del joven príncipe. Según tengo entendido, desea saber si de verdad eres hijo de Poseidón —me dijo y, al escucharle, no pude evitar echarme a reír. Mi maestro secundó mi carcajada espontánea y, pasados unos segundos, se acercó para susurrarme—: Los reyes son seres extraños y codiciosos, anhelan lo que el resto no puede poseer. El oro va y viene, pero no los nombres. Los semidioses son sus tesoros más preciados. No alardees, podrías despertar su envidia. Tampoco te infravalores, podrían hastiarse y terminarían aburriéndose de ti. Muéstrate respetuoso y limítate a hacer lo que mejor se te da —concluyó, aunque aquellos ambiguos consejos me confundieron y provocaron que se me revolvieran las tripas.

Pero Leutides no lo advirtió; ahora se dirigía a mi hermano:

—Solofemo, cuando entren, demuéstrales lo que hacemos aquí todos los días. Enséñales la forma de trabajo que has implantado en los establos. Si quieren magia, ofrécesela. Ellos no saben que lo único que hay aquí es mierda de caballo. ¡Pintémosla de oro!

Leutides estaba entusiasmado con la visita del rey, aunque yo sabía que no necesitaba demostrar nada; seguro que solo decía

aquello para que causáramos una buena impresión. Era más que probable que fuera él mismo quien hubiera endulzado los oídos del príncipe Agamenón con cuentos de origen fantástico sobre mi persona.

Teníamos que darlo todo. Se lo debíamos.

En aquellos tiempos convulsos, cualquier habilidad era atribuida a un posible origen divino. Nací en el ocaso de la época de los grandes señores guerreros, de los valientes, en un momento en que ningún reino era capaz de hacerse con el control del Egeo y se buscaba y premiaba cualquier aptitud diferencial que cada monarca pudiese utilizar para sacar ventaja bélica sobre sus rivales políticos. Tal vez fue por ello por lo que, en aquella tarde lluviosa, Atreo, el rey de Micenas, entró en nuestro establo. En el suyo, más bien, porque lo cierto es que le pertenecía.

Había escuchado su nombre muchas veces en boca de mis amigos y de Solofemo, pero sobre todo en las historias que me contaba mi abuela. De pequeño me lo imaginaba como una especie de titán todopoderoso, creía que su voz era capaz de provocar grietas en las paredes y sus pasos, temblores en la tierra iguales que los que originaba el mismísimo Poseidón. Pero había pasado mucho tiempo desde que esos cuentos me fascinaran. Ahora ya tenía once años y veía el mundo de otra manera: sabía que Atreo no era un dios, pero de todas formas no pude evitar desilusionarme un poco cuando descubrí en él a un hombre normal y corriente.

No quedaba en él ni rastro del monarca ni del soldado temible que narraban las historias. Era, eso sí, un tipo alto, con una barba muy cuidada y barriga prominente, señal inequívoca de que sus años de entrenamiento habían quedado atrás. Vestía una lujosa túnica dorada y sus dedos rechonchos mostraban gran cantidad de anillos de oro. Lo que se me quedó grabado fue el aroma que desprendía. No sé muy bien cómo explicarlo. Olía a llamas, a banquetes en lugares cerrados, a vino y a sangre. Daba la sensación de que su interior estaba en constante ebullición.

Lo acompañaba un joven de mi edad más o menos: su hijo Agamenón. Y si Atreo llamaba la atención, Agamenón logró obnubilarnos. Robaba casi todas las miradas. Sus ojos avispados no paraban de observar e inspeccionar hasta el último rincón del establo. Parecía que ningún detalle, por minúsculo que fuera, podría pasársele por alto. Lucía una larga melena azabache, engarzada con adornos de plata pura, y vestía una túnica azul marino. No es que fuese especialmente hermoso; eran su mirada y su propia aura, palpable, las que hacían imposible apartar los ojos de él. Estaba hecho de otra materia. Era más divino que terrenal. Si la gente pensaba que yo podía ser hijo del dios Poseidón, estaba claro que Agamenón lo era del propio Zeus. Su presencia iluminó toda la estancia hasta convertir las vulgares caballerizas de Micenas en un lujoso palacio. Podría parecer que exagero, claro, pero estas palabras dan voz a mis recuerdos, simple y llanamente.

—La gente asegura que puedes hablar con los caballos —oí que me decía una voz a mi espalda.

—Cualquiera puede hablar con ellos, siempre y cuando no se desanime si no le contestan —respondí sin pensar.

El silencio atronador que provocó mi respuesta hizo que me diera cuenta de que acababa de ser tremendamente irrespetuoso y grosero con el gran monarca de Micenas; él y no otro era quien se había dirigido a mí. Fascinado como me encontraba por la aparición del príncipe Agamenón, no advertí que su propio padre se había acercado hasta mí para hablarme. Cuando me giré y vi su rostro, me asusté. Leutides se aproximó rápido, con una enorme vara de fresno. Nadie podía salvarme de la tunda que me había ganado, ni siquiera mi hermano.

—Perdón, señor, no sabía que... —traté de disculparme, arrodillándome ante él. No me salían las palabras.

Pero el rey Atreo posó su mano derecha sobre el antebrazo de mi maestro para evitar que me golpeara y comenzó a reír con ganas.

—Tienes razón, muchacho, tienes razón. No deberíamos castigar a nuestros ciudadanos por decir la verdad. ¿No es así, Leutides? —Este bajó la cabeza y guardó la vara detrás de su espalda—. Tendría que haber sido más explícito. ¿Es verdad, muchacho, que puedes

comunicarte con los caballos, que pueden entender lo que les dices y que tú mismo reconoces palabras a través de sus relinchos?

—Verá, señor... —No sabía qué responder. No era algo sencillo de explicar. Obviamente, nadie podía entender los sonidos emitidos por los corceles, pero sí sentir sus emociones a través de ellos. No sabía cómo contárselo porque ni yo mismo entendía cómo funcionaba mi don, aunque lo que sí que estaba claro era que debía darle algún tipo de respuesta—. Sí. Podría decirse que sí. —Traté de resultar lo más convincente posible.

—Excelente. Puede resultar un talento de lo más interesante —respondió Atreo mesándose la barba como si, al mirarme, estuviese evaluando una mercancía para decidir si debía comprarla—. Según tengo entendido, tu hermano y tú sois huérfanos.

—Sí, señor. Nos crio nuestra abuela.

—Esa es la fuerza de las mujeres micénicas. No tengo duda de que son las mejores del mundo entero. Conozco los pormenores de vuestro caso; descendéis de un alfarero que subsistía rodeado de vasijas a las que encomendó su vida. Habéis sobrevivido gracias a que vuestra abuela vendió su taller y al pago que Micenas le da por vuestra condición. Lo que no veo es relación alguna con el mundo equino, no hay ningún rastro en vuestra ascendencia que explique tus aptitudes. Es un caso muy curioso. Único, me atrevería a decir. ¿Y tú qué opinas, hijo mío? —Se dirigió al príncipe, que no había dejado de observarme.

—Los deseos de los dioses son, en la mayoría de los casos, inesperados e inescrutables, padre. O, al menos, eso dice siempre el sumo sacerdote. Me gustaría, si me lo permites, dar una vuelta con Aurimedón. —Me honraba mucho que el príncipe de Micenas conociera mi nombre, aunque noté una sensación de vértigo cuando se acercó a mí. Tenía los nervios a flor de piel y mi postura corporal indicaba una actitud claramente defensiva.

—Adelante, querido. Yo me quedaré hablando con Leutides.

Mi maestro me ordenó que acompañara al príncipe y le enseñara nuestros mejores caballos, haciendo hincapié en que le mostrara el nuevo semental que habíamos adquirido hacía poco: Sombra Negra. Un maravilloso corcel, fuerte, robusto, con una cruz y una alzada

superior a la media. Un verdadero prodigio de la naturaleza procedente de la isla de Creta.

Le mostré las caballerizas mientras le recitaba los nombres, características y peculiaridades de todos y cada uno de los equinos de los que disponíamos. Le expliqué mi rutina diaria y el funcionamiento de los establos. Nada conseguía causarle impresión. Normal, siendo como era un príncipe acostumbrado a vivir entre los más grandes lujos. Probablemente su letrina fuera más interesante que todas nuestras dependencias. Mis explicaciones comenzaron a aburrirle. No se dignó, siquiera, a pronunciar una sola palabra desde que nos apartamos del grupo principal. Estaba defraudándole. Recordé entonces el consejo de Leutides y decidí que era el momento de mostrarle nuestra gran atracción.

—¿Le gustaría ver un caballo salvaje? Uno al que todavía no hemos podido domar. —Era consciente del primer impacto que causaba Sombra negra. Nadie podía resistirse a sus encantos ancestrales ni a su fuerza sobrenatural.

—Para eso he venido, para ver algo interesante, no para que me pasees entre boñigas y meados de caballos. —Su tono, tajante y afilado como una daga, carente de cualquier atisbo de humanidad, hizo que mi ánimo se tambaleara.

—Está bien, señor. He de advertirle que está fuera. Se mojará.

—Me da igual —contestó, igual de frío e impasible.

Por lo menos, había despertado su curiosidad, algo era algo. Sombra Negra se agitó al vernos. Era el único animal al que habíamos dejado bajo la incesante lluvia, atado a una estaca gigante, en el centro del cercado. Contaba con cuerda suficiente como para poder girar y correr en torno a ella. A Solofemo le dio miedo meterlo en las caballerizas porque nadie salvo Leutides había tratado con él. Ambos se encaraban en una especie de duelo personal, lo cual era excepcional porque, últimamente, cada vez que llegaba un nuevo corcel a los establos, era yo quien me encargaba de domarlo. Aquella se había convertido en mi habilidad oculta, mi arma más poderosa y mi pasión.

—Voy a entrar —anunció Agamenón.

—¡No puede! —exclamé horrorizado—. Es un caballo salvaje. Lo matará.

—Este es mi reino —dijo mirándome fijamente—. Puedo hacer lo que quiera cuando quiera. Y para algo estás tú aquí, ¿no?, para asegurarte de que no me pase nada.

—Señor, las cosas no funcionan así. No puedo garantizar su seguridad ni la mía. Primero he de conocer al corcel. No puede entrar así como así. Ese cercado es su territorio. —Traté de explicarme en vano. El joven príncipe estaba decidido a saltar la cerca.

—Basta de palabrería. Vamos.

Pude escuchar entonces el ruido de las puertas de las caballerizas al abrirse. Todos nos observaban. El rey Atreo, Leutides, mi hermano y los chicos del establo observaban nuestros pasos y yo no tenía tiempo ni para pensar: el heredero al trono estaba a punto de auparse sobre la valla y mi corazón latía desbocado, presa del miedo. Me apresuré a seguirlo. Tenía que evitar a toda costa que se lastimase.

Sombra Negra se encabritó todavía más al ver cómo Agamenón ocupaba el cercado e invadía su espacio. Los músculos del cuadrúpedo se endurecieron sobre una piel más oscura que la misma noche y yo salté sobre la arena mojada del recinto tan solo unos segundos después de que lo hiciera el príncipe. Su túnica estaba empapada; aun así, conseguí sujetarla y empujarlo hacia atrás con la fuerza suficiente para derribarlo. Su espalda chocó contra el suelo húmedo haciéndolo caer sobre un enorme charco de barro. No tuvo tiempo de quejarse, de maldecirme ni de recriminarme nada. El reflejo fugaz de las Moiras le demostraron su error: las enormes y mortales pezuñas delanteras de Sombra Negra cayeron justo donde Agamenón había estado un instante antes. De no haberlo empujado, el semental hubiera firmado su sentencia de muerte, partiéndole el cráneo con sus cascos como fruta madura.

No me detuve a comprobar el estado del príncipe porque vi en los ojos del corcel a un ser aterrorizado. Tenía tanto o más miedo que nosotros. Intenté acercarme. No pude. No era el momento. Con Sombra Negra iba a necesitar tiempo y paciencia. Diferente a los

caballos tesalios, este iba a ser un hueso duro de roer. Valdría la pena, sería un gran campeón si se le daba la oportunidad. Retrocedí sin dejar de mirar a los ojos del animal que, condescendiente, parecía haberme concedido una tregua. Ayudé a levantarse a Agamenón antes de suplicarle:

—Señor, si me da un par de semanas, le aseguro que podrá montarlo. Mucho me temo que hacerlo antes será imposible. Todavía es demasiado pronto. —Agamenón tomó mi mano y se levantó despacio, sacudiéndose la tierra húmeda de la túnica y trepando por la cerca para abandonar la arena.

No dijo nada más hasta que nos reunimos con el resto. Yo estaba aterrado; había desaprovechado la oportunidad de impresionar a Agamenón al empujarlo contra el fango e impedirle tomar lo que deseaba.

Leutides debía de estar que se subía por paredes. Tuve que bajar la cerviz en su presencia, me avergonzaba mirarlo. Su mirada, decepcionada, me entristecía. Unos esclavos pertenecientes a la comitiva real acudieron raudos al encuentro del príncipe, le dieron vestimentas limpias y lo pusieron a resguardo de la lluvia.

—¿Y bien? —le preguntó el rey Atreo.

—Sí. Es él a quien vi en sueños, padre. Es a él a quien quiero —contestó Agamenón.

—Sea, pues. Leutides, inicia el entrenamiento y pon al chico al corriente de todo.

Me quedé perplejo, no tenía ni la menor idea de lo que decían. Era como estar presente en una función de teatro en la que eres el protagonista sin que todavía te hayas dado cuenta de si representas un drama o una comedia. En ese preciso instante, Agamenón se giró hacia mí, entrecerró sus ojos, profundos y lejanos como la Laguna Estigia, y me confesó:

—Te estaba esperando, Aurimedón.

Aquellas palabras cambiaron mi vida por completo.

# III

# Auriga

En cuanto la familia real abandonó las caballerizas, descargué todo un diluvio, mayor aún del que caía fuera, de preguntas sobre Leutides. ¿Qué es lo que quería Agamenón de mí?, ¿para qué podía servirles alguien como yo?, ¿por qué se habían tomado tantas molestias para encontrarme?

—El príncipe desea que te conviertas en su auriga personal. Hypnos, el dios de los sueños, le reveló que, si quería cosechar éxitos, debía encontrarte —me explicó Leutides. Para un muchacho micénico de clase baja como yo, el hecho de poder acercarse a la realeza era como tocar el cielo con las manos—. Lo más probable es que no haya soñado nada en realidad y estuviera buscando un pretexto para escogerte. Los atridas solo se contentan con lo mejor y, por mucho que prefieras refugiarte entre los caballos, no lograrás huir de ellos. Se han sentido atraídos por tu fama, que dentro de la ciudad no ha dejado de crecer: por toda Micenas, ya corre el rumor de que hay un muchacho que es capaz de hablar y entenderse con los equinos; hay quienes aseguran, incluso, que ni el mismísimo Pegaso podría resistírsele. Te recomiendo que te hagas a la idea: tu futuro y el del príncipe Agamenón han quedado ligados.

*Auriga*. Una sola palabra que terminaría marcando mi destino por completo. Ahora, tras haberme dedicado tantos años, puedo asegurar que he sido afortunado; no existe un trabajo mejor. El auriga es el encargado de llevar las riendas del carro de combate de su señor y de competir, bajo su nombre y el de su ciudad, en los diversos juegos que se celebran a lo largo del año: en bodas, nacimientos, funerales, inicios o finales de conflictos bélicos, cambios

de estación... Los carros siempre han sido un elemento diferencial; solo los reyes o los aristócratas de la más alta alcurnia pueden permitírselos. Los aurigas, los buenos aurigas en realidad, siempre hemos sido muy codiciados, desde el principio de los tiempos.

—No pongas esa cara, hermano. Es una gran noticia —secundó Solofemo después de oír las palabras de Leutides—. Podrás llevar una vida mejor. Ganarás prestigio, dinero y popularidad.

—Es que me gusta mi vida. —Jamás había pensado que podría confesar algo así, pero no mentía: me sentía pleno, realizado. Querido—. Aquí soy feliz. Seguro que el príncipe termina cansándose de mí y encontrando otro juguete con el que distraerse.

—No tendrás por qué mudarte, Aurimedón —intervino Leutides—. Seguirás viviendo con tu abuela y tu hermano y trabajando en el establo. La única diferencia es que tendré que convertirte en un auténtico auriga. Estoy seguro de que te encantará; no será fácil, eso sí, no voy a mentirte. Empezaremos mañana. Vamos, anímate. —En mi interior, la ilusión, la alegría y el miedo danzaban en extraña armonía—. Y hay algo más, muchacho...

—¿De qué se trata?

—Tu hermano y yo hemos pensado que, como gesto de buena voluntad, deberías domar a Sombra Negra y regalárselo al príncipe Agamenón.

Mi primera misión como auriga fue sencilla: escoger a los caballos para mi carro. Serían los dos corceles tesalios, estaba claro, los mismos que me habían impresionado tanto y con los que había comenzado todo.

Aquel día, el primero de mi entrenamiento, llegué antes que mi maestro. Cepillé a los dos caballos, comprobé sus cascos y los ensillé. Todo para que mi tutor estuviera satisfecho. Agradeció mis esfuerzos con una tibia sonrisa. Me hizo acompañarlo, a toda prisa, hasta una parte reservada del establo, un lugar vetado para el resto de trabajadores. El rincón privado de Leutides, el espacio donde dormían sus carros de guerra.

—Bienvenido a mi vida, Aurimedón. Estoy muy orgulloso de poder mostrarte una de mis mayores pasiones; aquí paso la mayoría del tiempo, arreglando y puliendo estas joyas —reconoció—. Aquí en Micenas no suelen utilizarse demasiado, pero en otros muchos lugares, los carros han cobrado gran importancia. El principal inconveniente de estas preciosidades es, además de su elevado precio, su compleja manejabilidad. En Micenas, tan solo el rey Atreo y un par de oligarcas adinerados los poseen. Y no cualquiera está capacitado para conducirlos. Todos los aurigas de Micenas han pasado por mis manos. Valora, por lo tanto, la confianza que ha depositado en ti Agamenón. Agradéceles a los dioses, también, la fortuna de poder conducirlos. Has sido escogido como el auriga del próximo monarca; vas a ser mi sucesor. Espero que sepas valorar semejante honor. Tendrás que ser el mejor entre los mejores. Aquí no hay lugar para el fracaso ni para la desidia. Estoy dispuesto a enseñarte todo lo que he aprendido durante estos largos años. Solo te pido a cambio compromiso, honor y lealtad. ¿Preparado?

Ni hizo falta respuesta ni sabía nada acerca de aquellos carros, pero seguir la estela de Leutides suponía para mí el mayor de los honores. Aquel hombre fue para nosotros, sin pretenderlo, la figura paterna que tanto habíamos necesitado mi hermano y yo.

El rincón predilecto de Leutides estaba plagado de escudos de bronce, condecoraciones, lanzas, espadas y un sinfín de utensilios para la reparación de las piezas. Todavía recuerdo el aroma a madera, hierro y gloria de aquel espacio. «La habitación de los sueños», terminé llamándola en secreto.

Las primeras lecciones transcurrieron allí. Leutides me explicó cómo mantener el carro en condiciones óptimas, qué herramientas utilizar para cualquier posible avería o daño, qué materiales escoger para que las sustituciones no se notaran y cómo limpiarlo todo una vez terminada la práctica o la carrera. Apliqué sus consejos con tanto mimo y fervor que no tardó en abrir la puerta de su almacén y permitirme rodar. Me enseñó cómo utilizar las riendas, de qué manera girar, cómo escorar el carro para evitar posibles caídas, en qué terrenos era conveniente acelerar el ritmo y, por el contrario, en cuáles ser más cauto. Fueron semanas felices. Durante aquellas

jornadas, comprendí que había nacido para ello y, desde entonces hasta hoy, no he sido capaz de separarme de los carros.

Aun a riesgo de resultar presuntuoso, he de reconocer que se me dio muy bien desde el primer instante. No es que fuera un conductor extremadamente hábil, pero gozaba de una extraordinaria relación con los caballos. Era capaz de percibir en qué momento podía exigirles más y ellos, a su vez, sabían con solo un ligero toque de mis riendas lo que quería que hicieran. Nuestros corazones latían al unísono en una urdimbre de madera, cuero y esfuerzo.

—El amor, muchacho. El amor es el elemento escogido por los dioses para demostrarnos de qué manera hemos de vivir nuestras vidas. Nos enseñan lo que amamos y lo que precisamos para ser felices: nuestra vocación. La mayoría de los mortales no la encuentran; viven amargados, sobreviven más bien, limitándose a disfrutar los breves parpadeos de felicidad que les regalan sus existencias. Si, por el contrario, logras encontrar tu vocación, y por Zeus que la has descubierto, serás feliz siempre. Cada día agradece a las deidades esta oportunidad y trabaja, trabaja como nunca, Aurimedón, para compensar tamaña suerte —solía decirme mi maestro cuando me veía sonreír durante mis prácticas.

Leutides, tosco en sus modales, de sonrisa sempiterna, laborioso y trabajador, cargaba sobre sus hombros con un sinfín de hazañas. Había nacido en el seno de una familia humilde, como la mía, y había terminado con más victorias de las que cualquier aedo podría cantar en toda una vida. En la guerra, resultaba temible. Aunque jamás lo vi combatir, se escuchaban historias por toda la ciudad sobre su implacable forma de guerrear. Compasivo y justo. Letal. Otra de sus cualidades era su rígido sentido de la previsión. Desde que se enterara de que el príncipe Agamenón tenía interés en nosotros, en mí más bien, creyó conveniente que siguiéramos un adiestramiento militar exclusivo. «El futuro del auriga está irremediablemente ligado a la guerra, por más que nos importune», me dijo en más de una ocasión. Él deseaba que, si Micenas se veía inmersa en alguna campaña bélica, estuviésemos preparados. Siempre cuidó de nosotros.

Para tal cometido, hizo venir al establo a un viejo amigo suyo, Geras, un viejo mercenario procedente de la ciudad de Eubea, de aspecto huraño y taciturno. Sus cicatrices y su cojera atestiguaban que había pasado toda su vida bajo el cobijo de Ares, dios de la guerra.

La primera vez que nos topamos con él, pese a saber que iba a venir, nos sorprendió. Jamás habíamos conocido a un soldado o, al menos, a uno como él. En nuestras mentes, todavía palpitaban las imágenes de grandes héroes bélicos, osados guerreros que se enfrentaban a monstruos, a peligros sin igual por el bien de su ciudad o de sus familias. Geras no era así en absoluto. Zafio, vulgar, malhablado e interesado, solo le movía la plata y el alcohol. La viva imagen de lo que la guerra les hacía a los soldados.

—¿Quieres que prepare a estas dos mierdecillas para el combate, a estas dos florecillas silvestres? —preguntó entre fuertes carcajadas nada más vernos—. Por favor, Leutides, no me tomes el pelo. He cagado cosas con más músculos que estos dos enclenques. El mayor tiene un pase, pero el pequeño..., míralo, es un esmirriado. Tiene menos peligro que el beso de una madre. —Esas palabras me ofendieron tanto que a punto estuve de saltar sobre él. Mi hermano me contuvo con la mirada. Lo único que podía sacar de esa confrontación era una buena tunda.

—Demostradle que se equivoca, chicos. A partir de hoy, entrenaréis con Geras todos los días. Solofemo, me encargaré de que te suplan en los establos hasta que llegues y luego iré con Aurimedón para proseguir nuestros ejercicios con los carros de combate. —Nosotros asentimos y Leutides concluyó—: No me dejéis en mal lugar.

Nuestro nuevo tutor militar comenzó a gritarnos de inmediato. El entrenamiento había comenzado.

Geras nos obligaba a correr en torno al cercado de los establos durante al menos la mitad de lo que duraban nuestros ejercicios. Al principio, lo hacíamos con lo puesto, las vestimentas propias del

trabajo. A medida que fueron avanzando las semanas, comenzamos a hacerlo con el equipo militar al completo. Armadura, escudo y lanza. Después, nos obligaba a practicar el pugilato entre nosotros y más de una vez regresé a casa de la abuela con un ojo morado, con la nariz empapada en sangre y enfadado con mi hermano. También nos hacía repetir hasta la extenuación un sinfín de movimientos básicos con la lanza. Aprendíamos a protegernos bajo el escudo y a lanzar golpes con nuestras armas de la manera más precisa posible. Para finalizar el entrenamiento, Solofemo y yo nos enfrentábamos en duelo singular con la espada corta. Lo hacíamos todos los días y nunca pude derrotarlo. Desde el inicio, mi hermano demostró que servía para aquellos cometidos, llegando a vencer incluso al propio Geras en alguna que otra ocasión. Un día a la semana, practicábamos el tiro con arco y en ello encontré mi única virtud bélica; era lo único que se me daba medianamente bien, la única habilidad en la que podía competir con mi hermano.

Pasados unos meses, nuestros cuerpos se habían transformado. Geras se mostraba orgulloso e incluso se atrevía a presumir de sus alumnos. Nuestros pechos se habían ensanchado, al igual que las piernas y los brazos, mucho más musculosos y resistentes. Ganamos en resistencia y en capacidad pulmonar y manejábamos las armas con una soltura ya más que aceptable. Geras había cumplido con su trabajo.

Un día, tras recibir una escandalosa paliza a manos de mi hermano en uno de los entrenamientos, Geras me riñó mientras todavía estaba jadeando en el suelo:

—Tendrás que hacerlo mucho mejor, si quieres servir bien al príncipe. Aunque quizá tengas la fortuna de librarte, con todo lo que ha sucedido en Micenas. Nadie está seguro de si llegará a reinar o no. —La noticia me cogió desprevenido. Tan absortos estábamos con el trabajo y el entrenamiento que no éramos conscientes de nada de

lo que ocurría de puertas para fuera. Nuestra existencia transcurría entre los caballos, los ejercicios de Geras y los cuidados de mi abuela. Vivíamos en una burbuja creada por Leutides. Sabíamos que aquella paz solo era un leve paréntesis antes de compromisos futuros, pero de momento lo disfrutábamos tanto como podíamos, sin preocuparnos por nada más.

—¿A qué te refieres? —preguntó Solofemo.

—¿Y vosotros os consideráis ciudadanos de Micenas? No os enteráis de una mierda. Por mucho que os enseñe a utilizar la espada y la lanza, si no prestáis atención a cuanto os rodea, conseguiréis que os maten. —Dicho esto, y tras darme un manotazo en lo alto de la nuca que consiguió levantarme de mi asiento, prosiguió—. Pues bien, ¿por dónde empiezo? Veréis, cuando Atreo fue escogido rey por el monarca anterior de Micenas, su hermano Tiestes no pudo soportarlo; él ambicionaba el poder por encima de todo. Fue por ello por lo que sedujo a la mujer de Atreo, Aérope, y consiguió que esta le entregara un cordero de oro, símbolo real de la ciudad. Mediante el engaño y el adulterio, Tiestes fue proclamado rey, despojando de todos sus derechos a Atreo. Esta actitud sibilina no es propia de un monarca y el mismísimo Zeus, el más grande de entre todos los dioses, tomó cartas en el asunto. Envió a reunirse con Atreo al divino mensajero Hermes para asegurarle que estaba destinado a recuperar la corona y este le expuso un plan que demostraba el favoritismo del padre de los dioses por él. Así, Atreo anunció ante toda la ciudad de Micenas que, si el sol salía por el Oeste al día siguiente, sería porque Zeus deseaba que él fuera el sucesor legítimo de Euristeo. De lo contrario, se marcharía de Micenas para no volver nunca más. Obviamente, el rey Tiestes y todos los ciudadanos de la ciudad aceptaron el reto. Si resultaba ser una bravuconada, se librarían de él para siempre y si, por el contrario, resultaba ser verdad, tendrían que aceptarlo. Ya se sabe que solo los necios contradicen a los dioses. Zeus cumplió con su palabra, bendiciendo la fe que Atreo había depositado en él, y alteró el orden natural en que aparecía el sol. Las preferencias divinas con respecto a la corona micénica quedaron claras, por lo que, tras

recuperar el trono, Atreo expulsó a su hermano de la ciudad y lo condenó al exilio.

—No te ofendas, Geras; todo eso ya lo sabíamos. Los hechos que narras sucedieron antes de que naciéramos. Los hemos oído un millón de veces —protestó Solofemo.

—Me alegro —repuso el mercenario—. He de suponer que también conocéis todo lo acontecido en el banquete sangriento, ¿verdad?

—¿El banquete sangriento? —pregunté.

El mercenario sonrió al darse cuenta de que había captado toda nuestra atención.

—Sí, es una de esas historias que todo el mundo conoce y de las que casi nadie habla. Un secreto escondido en lo más recóndito del palacio de Micenas. —Me moría de ganas por escucharla. Solofemo se hacía el duro, como si todo aquello no fuera con él, pero era mi hermano, lo conocía, tenía incluso más ganas que yo—. Hace unos años, el rey Atreo revocó su orden de exilio, dándole la oportunidad a Tiestes de regresar a casa. La mayoría de los micénicos creyeron que aquella llamada respondía a una posible reconciliación entre los dos hermanos. Nadie habría podido imaginarse lo que le iba a suceder al pobre Tiestes.

—¿Qué le pasó? —pregunté inquieto. Solofemo me recriminó con la mirada.

—El rey Atreo organizó un banquete para celebrar el reencuentro familiar. ¿Y sabéis qué sucede? Que el rencor es una de las mayores armas que esconden los monarcas. Atreo le ofreció a su hermano un estofado. Según cuentan los testigos, ambos hermanos conversaron y rieron de la misma manera en que solían hacerlo cuando eran niños. Finalizó la cena y el rey Atreo mandó traer el postre. Y le pidió a Tiestes que abriera las bandejas que lo escondían. Al levantar las tapas, encontró las cabezas de sus propios hijos: Orcómeno, Áglao y Calileonte. Nuestro rey le había servido su carne y él se la había comido. —Tales palabras casi nos hicieron perder la cordura. Mi hermano no pudo contener las arcadas y yo, mucho más sensible, acabé vomitando en el suelo.

—No puede ser... —dije.

—No sois conocedores todavía de lo que el ser humano es capaz de hacer por venganza y codicia.

—El rey Atreo no tenía nada que ganar con lo que hizo —comentó mi hermano mientras me tendía un paño para que me limpiara los restos de bilis.

—Fue una muestra de poder, simple y llanamente. Tanto para su hermano como para el resto de posibles usurpadores o líderes foráneos, el rey de Micenas demostró que ni olvida ni perdona. Si fue capaz de hacerle eso a su propio hermano, imaginad lo que podría llegar a hacerles a sus enemigos. Sus aliados se lo pensarán muy bien antes de traicionarlo.

—Hay algo que no entiendo —inquirió Solofemo—. Si hizo que su hermano se comiera a sus propios hijos, ¿por qué Atreo no hizo lo mismo con Pelopia, quien, según tengo entendido, fue fruto del adulterio entre Tiestes y Aérope, su propia esposa? Las historias que se cuentan en la ciudad aseguran que huyó de Micenas hace muchos años, pero ahora que nos has contado todo esto, supongo que...

—Buena pregunta, Solofemo; demuestras tener una mente mucho más ágil que el ceporro de tu hermano. No obstante, me temo que esas versiones de la historia son ciertas. Pelopia huyó del palacio y de las garras de Atreo mucho antes de que este hubiera ideado siquiera la tétrica estratagema del banquete.

Me horrorizaba pensar en lo que había sido capaz de hacer el rey Atreo. Vino a mi mente entonces el rostro de Agamenón e imploré a los dioses que no fuera igual que su padre. De lo contrario, lo que hacía unos meses se había convertido en una suerte para mí iba a transformarse en un verdadero tormento.

—La gente dice que, tras ver aquellas imágenes, Tiestes enloqueció, maldijo a Atreo y huyó de Micenas. Os he contado todo esto para que seáis conscientes de a qué tipo de amos vais a servir. Los palacios son un nido de víboras. La ambición es un pecado del que no se libran ni los dioses; recordad que Zeus mató a su propio padre para alcanzar su puesto en el Olimpo. Os lo advierto: no bajéis nunca la guardia. Estad atentos; por mucho que la familia real

os lisonjee u os alabe, estad siempre alerta. No son vuestros amigos ni lo serán nunca. Son de otra especie.

Durante el entrenamiento de aquel día, no pude centrarme y recibí un centenar de golpes. Las palabras de Geras daban vueltas en mi cabeza sin cesar. Tanto fue así que ni sobre mi carro de guerra logré despejarme. Tomé una curva demasiado tarde y acabé volando por los aires. Caí sobre una zarza y salí de ella con magulladuras, ensangrentado y repleto de espinas. Leutides, preocupado, se acercó a mí enseguida y me limpió las heridas. Tras comprobar que no sufría ninguna lesión, me soltó una dura reprimenda. Gracias a los dioses, el carro no había sufrido ningún desperfecto. Al notar que salía despedido, los caballos pararon en seco y esperaron hasta que me hube recuperado.

—Lo siento, señor, estaba despistado —me disculpé. Y no pude más, me vacié como solo puede hacerlo un hijo con su padre. Le relaté todo lo que el mercenario nos había dicho, Leutides asintió y trató de calmarme con un tono paternal.

—Geras no tendría que haberte contado eso. De nada sirve que te atormentes con los crímenes de otros hombres. Aunque tiene razón en una cosa, solo en una: los reyes son totalmente diferentes a nosotros, pero gracias a los dioses no tenemos que cargar con sus preocupaciones. No somos responsables de sus actos. Nosotros, Aurimedón, somos simples conductores de carros. Aurigas. Únicamente debemos cumplir bien con nuestro trabajo. Y escúchame bien: si llegado el día no deseas servir a Agamenón por el motivo que sea, no te preocupes. Juro ante los dioses que te ayudaré a escapar de esta ciudad y ofreceremos nuestro servicio a otro monarca. Pero, al menos, dale una oportunidad; él no es Atreo, no ha tenido que vivir la misma vida que su padre. Si demuestra ser igual de mezquino, encontraremos la manera de escapar. De momento, sigamos con nuestro entrenamiento para que puedas convertirte en el mejor auriga de toda la historia, ¿te parece? —

Asentí complacido y Leutides me acarició la cabeza como si fuera otro más de sus caballos—. Vamos allá. No quiero más distracciones.

Aquella noche, durante la cena, ni Solofemo ni yo pronunciamos palabra. Nuestra abuela, sabia como era, no quiso preguntarnos nada y rompió el hielo queriendo saber sobre nuestros caballos. En pocos minutos, y sin habernos dado cuenta, los tres charlábamos amistosamente. Esa era la magia de Melgara.

—Ahora que lo pienso —dijo Solofemo—. ¿Mañana no es el día en el que hemos de entregarle Sombra Negra al príncipe Agamenón?

—Cierto —confirmó mi abuela—. Es el gran día. Será la primera vez que piséis el palacio de Micenas. Me ha llevado mi tiempo, pero os he dejado en vuestra habitación una túnica para cada uno. Mañana os presentaréis ante la sociedad micénica y debéis hacerlo con la mejor presencia.

—Solo hemos de entregar un caballo —protestó mi hermano.

—Y lo haréis como ciudadanos libres, con la frente bien alta y con ropa acorde a vuestra posición.

Dejé de prestar atención. Mi hermano y mi abuela siguieron discutiendo un poco más mientras yo me preocupaba, en silencio, por el futuro de mi amigo Sombra Negra. Me había costado muchísimo poder domarlo y me apenaba tener que separarme de él. Era diferente. Siempre lo había sido. Era un caballo obstinado, testarudo y desafiante. Desde que Agamenón saltara la cerca, lo había visitado cada día. Por muy cansado que estuviera, por muy dura que hubiera sido mi jornada, debía verlo. Al principio, pasaba solo unos pocos minutos cerca de él, para que se acostumbrara a mi presencia; cuando esta dejó de incomodarlo, comencé a acariciarle el lomo y a darle de comer directamente con mi mano; no mucho al principio. Siguieron jornadas de crinarle el pelaje con cepillos de cerdas duras, de examinarle las patas y de limpiarlo. Hasta que pude comenzar a montarlo. Huelga decir que no me lo puso nada fácil. Me

hizo caer en más de una ocasión solamente para recordarme que era él quien me dejaba subir. Jamás sería un caballo manso, pero sí el más valiente y puro de todos ellos. Nadie puede imaginar la emoción que sentí cuando, al fin, pude cabalgar por las afueras de la ciudad sobre él. Nunca había sentido una comunión igual con ningún otro animal, ni siquiera con los caballos tesalios. Sombra Negra era único. Solo deseaba que su nuevo amo estuviera a la altura del caballo que iba a regalarle.

Ojalá Agamenón no fuera como su padre.

# IV

# El palacio de Micenas

Al llegar a los establos, nuestros compañeros no perdieron la oportunidad de burlarse. Nos hacían reverencias jocosas e incluso se atrevían a amenazarnos con tirarnos alguna boñiga que nos ensuciara los nuevos ropajes. Solofemo permitió las bromas justas. Bueno, tal vez alguna más para ver cómo me sonrojaba. En cuanto tuvo suficiente, dio un grito y todos volvieron a sus quehaceres. Para mi sorpresa, Leutides, que debía acompañarnos hasta el palacio, no se arregló en absoluto. Iba a presentarse ante el rey Atreo con las mismas prendas funcionales que llevaba cada día: túnica parda un tanto roída, sandalias y cinturón de cuero. Llevaba la melena suelta y estaba sin afeitar. Su fama y su historia lo envolvían con un aura imperceptible que lo hacía inmune a cualquier prejuicio. Aunque ya habían pasado de lejos sus mejores años, el auriga real conservaba su complexión robusta, acrecentada por el duro trabajo físico que llevaba a cabo cada día. Sus manos callosas y sus brazos ejercitados ejemplificaban el modelo de vida que había escogido, lejos de los pasillos de palacio, cerca de la tierra.

Él mismo agarró las riendas de Sombra Negra como si fuera un simple paje. No quería que nos ensuciáramos. El caballo me miró inquisitivo, como si quisiera preguntarme adónde íbamos a llevarlo. Le acaricié el lomo: confiaba en mí y yo rogaba a los dioses que no tuviese que lamentar traicionarlo de aquella manera.

Durante el camino hasta el palacio de Micenas, Leutides caminaba con actitud relajada, como quien va a casa de un pariente, aunque su tranquilidad no hacía sino turbar la nuestra. Finalmente mi hermano no aguantó más y le preguntó:

—Maestro, ¿no hay nada que tengamos que saber antes de entrar en el palacio del rey Atreo? Sabemos cómo manejar los establos y a los mozos, pero nunca hemos vivido una situación como la de hoy. Nos sentimos atemorizados.

Leutides paró en seco y, rascándose la barbilla igual que un filósofo que medita el sentido de la existencia, se echó a reír con ganas. Antes de que mi hermano pudiera increparle, se apresuró a contestarle.

—¿Conque esa es la razón por la que vais así vestidos? Ya decía yo. —Leutides reía como un descosido. Solofemo apretó los puños con fuerza, humillado. Destilaba rabia por cada poro de su piel y las carcajadas estruendosas de nuestro maestro hacían aumentar su crispación cada vez más. Cuando este se percató de ello, y tras secarse las lágrimas de los ojos, nos dijo—: Y luego, ¿qué?, ¿planearéis juntos una nueva invasión a Argos?, ¿asistiréis a lujosos banquetes?, ¿de verdad os creéis tan importantes y que el mismísimo rey os va a recibir en sus dependencias?

—Maestro, usted dijo que debíamos entregar a Sombra Negra al príncipe Agamenón en persona en señal de agradecimiento. Sabe que le causó impresión. No creo que haya algo que le ilusione tanto como poseer el mejor caballo de toda Micenas.

—Aurimedón, querido, ya te expliqué que los reyes no son iguales al resto de mortales. No creas todo lo que ves ni confíes en todo lo que hagan. Lo que hoy les gusta, mañana les puede repugnar. Poseen tantos aduladores dispuestos a alabar sus decisiones que podrían incluso opacar la luz del carro tirado por el dios Helios. —Leutides vio cómo la desilusión aparecía en nuestros semblantes. No podía consentirlo y enseguida retomó su actitud paternal, dejando de lado las burlas—. Perdonadme. La culpa es mía, muchachos. Me he empeñado en adiestraros para el combate y, sin embargo, desconocéis por completo los entresijos de la política. Aunque la verdad es que no os perdéis nada. Vuestros corazones son puros y no debéis dejaros influenciar por la malicia y la corrupción de los poderosos. ¿Sabéis cuánta gente obsequia al rey Atreo o a alguno de sus hijos buscando con tales acciones un futuro favor real o un simple reconocimiento? No os hacéis una idea. Aquí en Micenas son

adorados tanto o más que los mismísimos dioses. Los hemos malacostumbrado. Si la idiosincrasia de los reyes ya los convierte de por sí en vanidosos, la personalidad de Atreo hace que él lo sea mucho más. Y eso que es al que más afecto le guardo, pues al menos sabe ver la valía de sus súbditos de inmediato y la verdad es que los premia en su justa medida. Pero, pensadlo bien, chicos, si el rey en persona tuviera que atender a todos esos asuntos, no acabaría nunca, no podría gobernar Micenas ni ejercer ninguna otra función que no fuera estrechar las manos de sus súbditos y agradecerles los presentes. Atreo no es ningún estúpido; durante estos años de reinado, se ha rodeado de grandes profesionales y ha delegado todos esos quehaceres en ellos.

—Maestro, tú eres amigo del rey Atreo, podrías conseguir que hiciera una excepción con nosotros —supliqué.

—Es verdad que yo concreté la fecha de la entrega con los encargados del palacio, aunque no me haría demasiadas ilusiones. Tomad el día de hoy como un puro trámite burocrático que debemos cumplir para contentar al príncipe Agamenón y agradecerle la oportunidad que le dio a Aurimedón al elegirlo como auriga personal. Un día de descanso en vuestro entrenamiento, porque no creo que el rey Atreo permanezca quieto durante mucho tiempo. Ahora, de hecho, seguro que se encuentra planeando alguna nueva incursión. Es un monarca que odia la calma. Ahí donde lo veis, y a pesar de su apariencia, vive por y para la guerra. Ha sido capaz de transformar una simple aldea de pastorcillos en la ciudad que hoy veis. Y lo ha hecho gracias a Ares. Nos ha convertido a todos los micénicos en soldados. Y en eso, hijos míos, es en lo que tendréis que destacar. Demostraréis todo lo que habéis aprendido y gozaréis de la oportunidad de labraros un nombre por vosotros mismos. — Aunque estaba seguro de que era un simple apelativo cariñoso, me ilusionaba muchísimo que se refiriera a nosotros como sus hijos. La mujer de Leutides había fallecido hacía muchos años sin darle ningún vástago. Por los establos se rumoreaba que era el coste que él había tenido que pagar a los dioses por su fama y su talento. Las Moiras, tejedoras del Destino, ya se sabe, le ponen un precio a todo.

¿Cuánto tendría que abonar yo por cumplir mis sueños? Aquella pregunta no tardaría demasiado en inquietarme, pero, durante ese tiempo, seguía disfrutando de mi juventud y de los años junto a Leutides y Solofemo.

Pasamos de la desilusión al éxtasis propio de quien está a punto de librar su primera batalla. Mientras caminábamos hasta las dependencias reales, soñé despierto con que mi nombre fuera recordado por siempre en aventuras venideras y con que se me conociera como el mejor auriga de todos los tiempos.

Siempre que mi hermano y yo recorríamos el camino desde casa de nuestra abuela hasta los establos de Leutides, contemplábamos el palacio de Micenas de lejos, por lo que, cuando llegamos a sus inmediaciones, no nos sorprendió demasiado. Fue como visitar a un pariente lejano al que siempre has conocido a través de miles de anécdotas sin haber nunca tenido la suerte de verlo en persona.

El primer patio exterior, una explanada enorme repleta de columnas grises en la que cabrían al menos un centenar de personas, rodeaba el exterior de la vivienda real. Un mosaico central, donde podía verse una de las escenas de los doce trabajos de Heracles, la caza del jabalí de Erimanto, adornaba el suelo, por lo demás empedrado de forma bastante pobre. No pude apreciar otros detalles porque Leutides, nada más llegar, se encontró con un hombre bajo y bastante corpulento. Aquel sujeto risueño y agradable, con ojillos de topo, respondía al nombre de Aquelao. Era, según pude saber después por Leutides, uno de los hombres de confianza del rey Atreo y el principal encargado de gestionar su hacienda. Se dedicaba a las tareas menos gloriosas del monarca; realizaba el trabajo sucio y lo hacía bien, y era querido por el pueblo por su carácter justo y bondadoso. No se sobrepasaba jamás y parecía estar siempre agradecido, lo que chocaba bastante con el rey Atreo, tan jactancioso. El primer hombre de Micenas parecía creer que todos sus súbditos estaban obligados a honrarle y a regalarle sus posesiones más valiosas. Gracias a los dioses, había hombres como Aquelao, que impedían que esas actitudes pudieran llegar al pueblo llano de Micenas.

Tras unas pocas palabras, Leutides y Aquelao se acercaron a nosotros. Mi hermano asía las riendas de Sombra Negra con cuidado, con el claro afán de evitar que su túnica nueva se ensuciara lo más mínimo.

—Estos deben de ser los dos muchachos de los que no dejas de hablar —dijo Aquelao.

Nuestro tutor levantó las manos igual que un niño al que acaban de atrapar cometiendo cualquier trastada y contestó:

—Así es. Te presento, querido amigo, a Solofemo y a Aurimedón. Los bastardos del dios del mar y de los caballos, el divino Poseidón. Seguro que estarás al corriente de que el príncipe Agamenón ha elegido al menor de ellos como su auriga personal. Y así el joven Aurimedón desea hacerle entrega de nuestro mejor corcel.

—Es un gesto muy loable, muchacho. Te honra y dice mucho de ti. Tanto el príncipe como el rey te estarán profundamente agradecidos y serán conocedores de tu generosidad. —Aunque sabía que aquella era la fórmula con la que debía tratar a todos los visitantes, no pude evitar sentirme halagado. Otros hombres combatían con espadas y lanzas; Aquelao lo hacía con sus palabras y sus modales, capaces de endulzar cualquier oído—. Tanto es así —prosiguió—, que el príncipe Agamenón en persona me pidió que le avisara nada más veros. Envié a uno de mis esclavos en su búsqueda en cuanto os vi subir por la escalinata real. El heredero al trono de Micenas estará de camino. Os ruego, pues, que tengáis la bondad de esperarlo. —Al ver el destello en mi rostro, Aquelao me sonrió—. Realmente debes de ser alguien muy especial para que tanto el príncipe como Leutides se tomen tantas molestias por ti. Espero que sepas valorar el honor que eso representa.

—Sí, señor —contesté complacido, aunque seguía apenándome pensar en entregar a Sombra Negra a un mozo de cuadra cualquiera. Temía que Agamenón no supiera apreciar debidamente el caballo.

Pasados unos pocos segundos, y como si la mención de su nombre lo hubiese invocado, el príncipe de Micenas apareció precedido por varios guardias reales y acompañado por un par de muchachos, dos jóvenes de aire aristocrático vestidos con la misma

opulencia que lucía el heredero. Agamenón encabezaba la comitiva, aunque uno de los dos nobles que lo seguían era bastante más alto y parecía, al menos, unos cuantos años mayor que él. El otro, el más bajo de los tres, un chico rubio de aspecto tosco, cerraba el grupo. Era un muchacho robusto cuya corpulencia y musculatura no concordaban con su edad. Si el más alto de los dos, de movimientos elegantes y fluidos, parecía una rama de olivo, el otro parecía más bien un leño uniforme y duro. No se tomaron la molestia de saludarnos; tan solo inclinaron levemente la frente para honrar con tibieza a Leutides, quien gozaba de una fama bien merecida entre todos los presentes.

—Este es el semidiós que he escogido como auriga —dijo Agamenón señalándome—. Desciende del mismísimo Poseidón.

—No parece gran cosa —le contradijo el más alto de los dos muchachos, de cabello castaño, rizado y ensortijado. Su tez pálida demostraba que no solía abandonar las paredes de palacio. Me miraba con una suficiencia desmedida—. Lo único que tiene que ver con el mar es su cara de alga —se burló, esperando que alguien se sumara a sus risas. No tardó en recomponerse, pese al fracaso evidente, y volvió a acometer contra mí—. El otro, al menos, tiene músculos y un aspecto bastante más fiero. Pero ¿este? Los hay a patadas por todos los barrios de la ciudad. Pensaba que ibas a mostrarnos algo mucho más interesante.

—No cometas la insensatez de dejarte llevar por su apariencia, Egisto. No lo he escogido como mi guardia personal ni nada por el estilo. Será mi auriga y te apuesto lo que quieras a que no habrá nadie capaz de ganarle cuando se suba a un carro. Entiende el idioma de los caballos y se comunica con ellos a la perfección. —El príncipe presumía de mí como si fuera un animal de carga y no estuviera presente.

Al escuchar el nombre de Egisto, no pude reprimir un gesto de asombro. Aquel tipo, paliducho y dado a la buena vida, era el hijo adoptado del rey Atreo. El hermanastro de los príncipes Agamenón y Menelao. Toda Micenas conocía su historia. Durante años no se habló de otra cosa. Célebre incluso en sus primeros años, su vida constituía una de esas leyendas que marcan a una ciudad: fue

encontrado en el bosque, en un cesto, por un pastor, quien se lo entregó a Atreo en persona para que decidiera qué hacer con el bebé. Conociendo el carácter del monarca, todo hacía presagiar que se desharía de él entregándoselo a algún súbdito impotente o convirtiéndolo en esclavo. Era, de hecho, la fórmula más habitual de actuar. En cambio, y para sorpresa de toda Micenas, el rey quedó prendado de los rasgos del recién nacido. Según todas las habladurías, y era algo que se podía apreciar a simple vista, Egisto tenía los mismos rasgos faciales de la familia real. Ante tal similitud, Atreo hizo lo impensable. Lo adoptó y lo crio con las mismas atenciones que a un hijo más. Tanto, que incluso los descendientes legítimos del monarca lo trataban como a un igual.

Escruté el rostro de Egisto en busca de algún tipo de emoción. No encontré nada. Fue como mirar una escultura de mármol. Vacía, hueca, impersonal. Sus ojos transmitían un vacío absoluto; parecía estar muerto en vida. No era capaz de atisbar ningún tipo de sentimiento en él. Miento. Aquella criatura desprendía solamente una sensación: soberbia, lo único que no se esforzaba en ocultar. Es más, brillaba en él como una pátina de sudor.

—Demuéstralo —le retó Egisto.

—¿Qué quieres decir? —planteó Agamenón algo dubitativo.

—Si de veras es tan bueno, no te importará demostrarlo abiertamente. Menelao celebrará su aniversario en un mes. ¿Por qué no organizamos unos juegos y que la atracción principal sea la competición de carros? Seguro que el rey estará dispuesto a poner una gran suma para el campeón. Vendrán los mejores aurigas de toda Grecia y tu elegido podrá demostrar su valía. Tal vez hasta Leutides, aquí presente, decida participar. A no ser que no estés seguro de tus decisiones. Y eso es del todo imposible. Según relataste a todos los habitantes de palacio, Poseidón se te apareció en sueños y te aseguró que debías contar con Aurimedón. Todo el mundo sabe que tú nunca mientes, ¿verdad, hermanito?

Un sudor frío comenzó a recorrerme la espalda. Fue la primera vez que atisbé la forma de ser de Egisto. Me bastó una sola ocasión para calarlo. Su esencia consistía en manipular con inteligencia y crueldad. Tampoco se esforzaba en ocultarlo. Se sabía uno de los

favoritos del rey Atreo y, bajo sus alas doradas, daba rienda suelta a sus vilipendios. Había llevado el asunto a su terreno y Agamenón se encontraba ante una difícil tesitura. Se veía obligado a aceptar la prueba a la que le retaba. Si el príncipe ganaba, su prestigio aumentaría un poco. Si, por el contrario, perdía, su reputación quedaría en entredicho.

—De acuerdo. Estoy seguro de que Aurimedón podrá competir contra cualquier otro auriga. Esta será su puesta en escena, muchas gracias. Su presentación al mundo entero. Aquelao —llamó al sirviente real—, hazle llegar nuestra idea a mi padre y comienza a dar forma a los preparativos para los juegos. —El funcionario asintió y, antes de que pudiera darle la espalda al príncipe, este añadió—: Es más, llévate a Sombra Negra y súmalo al premio que se llevará el auriga ganador de la carrera. —Agamenón me observó y yo traté de decirle mentalmente que estaba preparado.

El ambiente estaba un poco tenso y Leutides, el más avezado de entre todos nosotros, solicitó permiso para que pudiéramos retirarnos. De nada nos servía estar en medio de una riña familiar, y menos todavía en una de aquella familia en concreto. Por lo que, cuando Agamenón dio el visto bueno a nuestra partida, sentí un gran alivio.

Solofemo y yo decidimos ir a casa de nuestra abuela para cambiarnos antes de regresar a los establos. Mientras caminábamos hacia allí, pensaba en silencio en la oportunidad que Agamenón me había brindado de recuperar a Sombra Negra. Pero también le agradecía que, si lograba ganar la carrera, mi nombre comenzaría a ser pronunciado en todos los rincones de Grecia.

—¿Qué te ha parecido Egisto? —me preguntó mi hermano de repente. No tuve ni que contestarle; bastó con la mueca que le devolví—. Estaba claro que ya tenía en mente retaros a ti y a Agamenón antes de vernos. Es peligroso, se aprecia a simple vista. Debemos ir con cuidado. No creo que respete a nadie, ni siquiera a Leutides.

# V

## La enseñanza del maestro Leutides

El palacio de Micenas, esplendoroso, sobre todo comparado con las casuchas de adobe y paja en las que vivíamos el resto de ciudadanos, relucía. Sus regias piedras y sus altas columnas refulgían acariciadas por el sol. Poder visitarlo cambió mi día a día por completo. Leutides, conocedor de los peligros a los que iba a tener que enfrentarme como auriga, intensificó los entrenamientos. Dejé de adiestrar equinos y de colaborar con las tareas básicas de las caballerizas para centrarme en mi técnica como conductor: giros, aceleraciones, rutas mucho más largas y pesadas... Pasaba horas y horas encima del carro, interrumpidas tan solo por los entrenamientos a los que Geras nos obligaba a someternos a Solofemo y a mí. Fueron días realmente intensos. Jornadas exhaustivas que me hicieron comprender que, para alcanzar un sueño, no bastaba solo con soñarlo; era necesario sudar. Llegaba molido a casa y más de una vez me dormí sobre las gachas de mi abuela, pero ella era igual de persistente que mis tutores y me obligaba a comer quisiera o no.

Teníamos solo un mes hasta la carrera, e iba a ser una auténtica guerra. Necesitaba pulir todas mis aristas y potenciar los puntos fuertes. Ejercitábamos todos los gestos técnicos hasta la extenuación y, al finalizar los entrenamientos, competía contra mi maestro en una lid de carros. Él corría con sus dos caballos micénicos, un poco más bajos que los míos, de piel castaña, entrenados desde que llegaron a los establos. Tanto era así que los dos equinos blancos que tiraban de mi carro, mucho más veloces y jóvenes, todavía no habían logrado ganarles. Leutides siempre

encontraba alguna estratagema para vencerme. O bien se metía demasiado en una curva, obligándome a detenerme, o hacía entrechocar las ruedas de los carros o se desviaba un poco del camino tomando un atajo ilegal. Aquel día fue un paso más allá.

Nuestro estadio particular estaba constituido a las afueras de la ciudad por unas simples piedras cuyo cometido era delimitar el recorrido de la pista. Corríamos a media tarde. Solos. Ni un paje, ni mi hermano ni ningún espectador era bienvenido. El primero en concluir con éxito cinco vueltas completas se proclamaba vencedor. Me esforcé como nunca, escarmentado por todas las humillaciones y las tretas que utilizaba mi maestro. Les exigí el máximo a mis caballos desde el primer suspiro y, a medida que fui avanzando, Leutides fue disminuyendo el ritmo. Parecía a punto de darse por vencido. Me faltaba solo una vuelta y tenía la espalda de mi maestro a apenas unos cuantos pasos. Me sentí tentado de adelantarlo y vengarme así de todas las derrotas que había sufrido a sus manos. La soberbia me invadió. Aceleré. Estaba cerca, realmente cerca. Ya podía ver su túnica marrón... Una pequeña sonrisa se me escapó entre los labios cuando Leutides se giró hacia mí y me lanzó un enorme saco lleno de arena. Noté un golpe seco en el pecho, me trastabillé y acabé cayendo de espaldas sobre el interior del carro. Para no destrozarles las quijadas a mis corceles con las riendas, las solté y estos, al no notar la presión, se volvieron locos. Terminaron corriendo hacia las murallas, buscando seguramente la tranquilidad de los establos. Cuando pude recuperarme, me levanté, tomé el mando de nuevo e intenté recuperar el rumbo. Demasiado tarde; Leutides cruzaba la línea de meta en ese preciso instante.

Estaba encendido; no comprendía cómo mi maestro había sido capaz de utilizar una artimaña tan sucia. Habría podido matarme. Acerqué mi carro al suyo, donde me esperaba con una expresión triunfal.

—¡Maldito tramposo! —le recriminé—. ¿Es una locura o qué pasa? —Al escuchar aquellas palabras, el rostro de Leutides cambió por completo. Se convirtió en un auténtico espectro. Su faz se tornó casi bélica, adoptando el semblante que debían de haber visto cientos de enemigos antes de caer bajo su lanza.

—Estúpido malcriado. ¿Cómo te atreves a hablarme así? ¿Piensas que esto es un juego? ¿Crees que estás compitiendo con tu hermano para ver quién mea más lejos? De nada te servirá en las carreras la gracia con los caballos, niñato inmaduro. No sé qué ha visto Agamenón en ti. Un mozo de cuadra con suerte, eso es todo. Los enemigos contra los que vas a enfrentarte no se contentarán con tirarte sacos de arena. Escúchame bien, Aurimedón. Los aurigas viven por y para la victoria. ¡Todos querrán matarte! Así funciona este mundo. No hay piedad ni misericordia, nadie respeta las reglas.
—Leutides nunca me había hablado de aquella manera y no supe qué responderle. Me quedé callado y dolido. Por mucho que lo intenté, no pude contener el llanto. Fue un golpe muy duro para mí. Al verme llorar, mi maestro pasó del enfado a la decepción. Tal vez esperaba otra reacción—. Es culpa mía. Me he dejado llevar por tu buena mano con los equinos. Todavía no estás preparado para las carreras. Tal vez nunca lo estés.

—No maestro, no puede decirme...

—Silencio. Regresamos a los establos. Deja los caballos en sus cuadras, desmonta el carro y guárdalo donde siempre.

No tuve fuerzas para oponerme; mis ojos estaban anegados en lágrimas. Obedecí.

A partir de aquel episodio, no volví a entrenar junto a mi tutor. Coincidió también que Leutides se vio en la obligación de acompañar al rey Atreo en una visita diplomática a Esparta. Mis jornadas volvieron a ser como antes de que hubiera conocido a Agamenón. Cuidaba de los caballos y obedecía a mi hermano en todo lo referente al trabajo propio de las caballerizas. Sin embargo, ya no encontraba la paz de antaño; me reconcomía la culpa por haberle hablado mal a mi maestro y haber desaprovechado la oportunidad más importante de mi vida. Lloraba todas las noches antes de acostarme. Mi suerte parecía haberse truncado y mi destino se diluía ante mí. Me pregunté qué estaría pensando el príncipe. ¿Le habrían dicho que no podría ser su auriga? Estaba seguro de que las habladurías de la gente no tardarían en llegar hasta los establos. Me tacharían de fanfarrón y de mentiroso. Jamás se volvería a mezclar mi nombre con el del divino Poseidón.

Solofemo, conocedor de lo que había sucedido, al verme tan abatido, no me sobrecargó con trabajo y cada noche intentaba animarme mientras volvíamos a casa.

—¿Has visto cómo se ha caído el idiota de Demicles recogiendo el estiércol? —preguntó divertido—. Tendrías que haber estado presente, hermano; se ha levantado con la frente llena de mierda.

—¿Crees que Leutides me permitirá correr para el príncipe Agamenón? —Evité la conversación banal y ataqué de lleno el problema que me atormentaba. Solofemo me miró como solo los hermanos mayores saben hacer, me dio una palmadita en la espalda y me reconfortó:

—No pierdas la esperanza, Aurimedón. Los dos sabemos que lo que más valora nuestro tutor es el trabajo y la constancia. Todavía faltan dos semanas para la carrera. No te martirices con pensamientos pesimistas. Esperemos a ver qué pasa cuando Leutides regrese.

—Lo sé. Es que no logro quitármelo de la cabe... —No pude terminar. Solofemo me tapó la boca y su cuerpo se tensó.

—¡Cuidado! —gritó, empujándome hacia un lado.

El resplandor metálico de la hoja de un cuchillo largo, blandido por un encapuchado, hendió el aire a un palmo escaso de mi cuerpo. Tras la sorpresa inicial, me puse al lado de mi hermano y evalué con rapidez la situación. Frente a nosotros, se alzaban dos figuras resguardadas bajo sus capas. Ambas iban armadas con espadas cortas. Conocían Micenas a la perfección, de eso no cabía duda; nos habían atacado en uno de los callejones más oscuros y menos transitados de la ciudad. Debían de conocer también nuestro itinerario cotidiano. Mi hermano sacó la daga que llevaba siempre encima y les hizo frente. Yo, que no era tan precavido como Solofemo, no tenía ningún arma con la que poder defenderme.

—Recuerda nuestro entrenamiento —fue lo único que me dijo mi hermano antes de que aquellos malnacidos nos atacaran.

Solofemo se enfrentó al primero de ellos, mientras el segundo se dirigía directo a mí. No perdí de vista la punta de su espada en ningún momento, tal y como nos había enseñado el viejo Geras. Recordé asimismo sus advertencias sobre cómo actuar contra un

enemigo cuando estás desarmado. La distancia. «Lo más importante es acortar la distancia», me repetía una y otra vez mentalmente. El segundo encapuchado estaba desesperado por completar su misión cuanto antes. Se abalanzó hacia mí dando rienda suelta a su frenesí asesino sin tener en cuenta ningún tipo de táctica o estrategia previa. Debía de pensar que se enfrentaba a un simple muchacho sin adiestramiento militar. Me sorprendió gratamente lo fácil que me resultó evitar su estocada, agarrarle por el brazo y retorcérselo por detrás de la espalda. Con una simple maniobra, había conseguido acabar arrodillado sobre la espalda de mi agresor y formar con su propio brazo un ángulo imposible tras él hasta lograr dislocarle el hombro. Cuando me giré para comprobar cómo le estaba yendo a mi hermano con el otro atacante, lo descubrí manchado de sangre. Su oponente yacía en el suelo con varias heridas abiertas por todo el torso.

—¿Estás bien? ¿Te ha herido? —preguntó Solofemo. Al comprobar que no estaba lastimado, mi hermano le propinó un fuerte golpe en la nuca al sujeto que tenía inmovilizado y me dijo—: Más nos vale irnos de aquí cuanto antes. —Me agarró de la pechera y me arrastró fuera de allí.

Si mi abuela se asustó al ver a su nieto manchado de sangre, no lo demostró en absoluto. Nos calentó agua, sacó un par de paños limpios para que nos quitáramos toda la suciedad y después nos sentamos en la cocina. Cuando recobramos un poco la paz, a pesar de que mi pulso seguía acelerado, trajo dos copas de vino. Aquella iba a ser la primera vez que lo probara en mi vida.

—Aurimedón, bebe —me ordenó mi abuela.

—Egisto... —susurró mi hermano, antes de que pudiera responder o beber de la copa que ella me ofrecía.

—¿Cómo dices?

—Antes de acabar con ese malnacido, le hice confesar quién los había enviado. Fue el cerdo de Egisto. Él los contrató para que nos mataran.

—Debemos contárselo al príncipe Agamenón.

—¿Y qué crees que pasaría? ¿Se fiaría de nuestra palabra, creería a unos simples mozos de cuadra antes que a su propio hermano? Y si lo hiciera, ¿en qué cambiaría eso nuestras vidas? No; si lo hiciéramos, nos ganaríamos un enemigo eterno. Debemos actuar con cautela y esperar hasta que regrese Leutides. Él sabrá qué hacer. —Al terminar de hablar, bebió de su copa de vino hasta vaciarla.

Tomé la copa. Mi abuela me la tendió con cariño. Imité el gesto de mi hermano. Aquel líquido amargo me dejó un regusto asqueroso en la boca. No sabía cómo podía gustarle tanto a la gente. Reprimí una arcada de repulsa mientras, al darse cuenta de mi reacción, tanto mi abuela como Solofemo comenzaban a reírse. Fue lo único bueno de una noche para olvidar.

—Bienvenido al mundo real —sentenció Melgara pellizcándome la mejilla y brindándome una sonrisa con la que pude consolarme.

# VI

## Los primeros juegos

Leutides regresó cuando solo quedaba una semana para que los juegos en honor a Menelao diesen comienzo. La visita a Esparta había sido todo un éxito. Tan solo debíamos mirar la sonrisa de nuestro maestro. Junto a él, llegaron también los atletas espartanos que competirían en las distintas modalidades. De no haber estado aterrado, tanto por saber si Leutides iba a dejarme competir como por los matones de Egisto, le habría preguntado quién era el auriga al que tendría que enfrentarme.

Las tareas logísticas y organizativas de los juegos recayeron en el bueno de Aquelao, que adecentó a toda prisa unos terrenos fuera de la ciudad, a unos dos estadios de distancia. Todo ello lo sabía por boca de los chicos que trabajaban en los establos, porque mi hermano y yo no nos atrevíamos a aventurarnos más allá de nuestro lugar de trabajo y de la casa de nuestra abuela y, precavidos, tras el lamentable incidente que sufrimos, tratábamos de no quedarnos solos en ningún momento.

Aquellos días, en mi interior me sentía como partido en dos: una parte de mí ansiaba poder competir como auriga y ganar bajo el dorado nombre de Agamenón. Deseaba honrar a mi maestro, a mi ciudad y a mi familia. La otra, mucho más sucia, cobarde y ruin, prefería seguir viviendo bajo los techados de los establos sin hacer ruido, evitando problemas y alejándome de la familia real. La tranquilidad que ofrecía la mediocridad me resultaba muy tentadora. Aquellos días oscuros, comprendí que la comodidad es el precio que pagan los cobardes por ser felices. Y la fama, la gloria... costaban

tanto, dolían tanto, que solo los más fuertes eran dignos de aspirar a ellas.

Recibimos a Leutides en el establo, ovacionándole como si de un héroe se tratara. Fue algo espontáneo. Era el padre de aquella gran familia; lo necesitábamos. Saludó a todos los muchachos, repartió abrazos, palmadas en la espalda y risas, mientras contaba algunas anécdotas graciosas de lo que había vivido en Esparta. Las caballerizas palpitaban con vida propia cuando él estaba presente. Solofemo se había convertido en su mano derecha en aquel lugar, pero nuestro tutor era el corazón. Conmigo cumplió con una leve inclinación de cabeza y una media sonrisa. Nada más. Todavía estaba enfadado y aquella fingida indiferencia me dolió más que cualquier cuchillada que pudieran haberme dado los esbirros de Egisto. Al último a quien se acercó fue a Solofemo, que había estado al mando tras su marcha. Se fundieron en un abrazo, y me di cuenta de que Solofemo le susurraba unas pocas palabras al oído. El buen humor de mi maestro se esfumó al instante.

—Aurimedón, mi caballo está fuera. Ve a por él y encárgate de que coma y descanse. —Asentí y me dispuse a llevar a cabo enseguida la tarea encomendada. No quería que Leutides tuviese más motivos para estar molesto conmigo—. Porfidas queda al mando hasta que Solofemo y yo nos pongamos al día. Él sabrá resolver cualquier problema. No nos molestéis. Esta noche cenaremos aquí, todos juntos. He traído varios pellejos de vino. Enviaré a alguien a comprar carne al mercado y nos daremos un buen festín. ¡Celebraremos mi regreso como es debido! —Leutides consiguió con aquella invitación frenar la incomodidad de sus frases anteriores, logrando con ello una nueva ovación.

El caballo preferido de mi maestro respondía al nombre de Puercoespín, llamado así por la rigidez de sus crines. Era un corcel hermoso, aunque probablemente estaba viviendo sus últimos tiempos de servicio; podía percibirlo. Le quedaban dos años, como mucho, a pleno rendimiento. Agarré sus riendas y acaricié su cuello musculado guiándolo hasta el lugar que tenía reservado en las caballerizas. Allí pudo beber cuanto quiso y supervisé que tuviera la comida necesaria para recuperarse.

—Leutides quiere que te reúnas con él y con Solofemo de inmediato —me dijo Porfidas en cuanto regresé. La mayoría de las veces me costaba tomarlo en serio; su dentadura torcida y su naturaleza afable lo hacían más propenso a las bromas que a las órdenes. En aquella ocasión, fue diferente.

—¿Dónde están?

—En el almacén del maestro. Donde guardamos sus carros de combate.

Me puse a temblar ante la evocación de aquellos artefactos que hasta hacía pocos días habían supuesto para mí la parte más fascinante de mi vida. El miedo y la esperanza danzaban con furia en mi pecho. Fui a toda prisa hasta la puerta del almacén y llamé antes de entrar.

—Soy Aurimedón —dije.

—Pasa —respondió Leutides.

Volver a entrar en aquel recinto fue mágico. Sentí la misma emoción que el primer día. Ansiaba poder volver a manejar las riendas de tales maravillas. Volver a ver a los dos corceles tesalios obedeciendo mis órdenes y gozar de la sensación de velocidad y excitación que me proporcionaban. Estaba tan agradecido por contemplar de nuevo los carros que ni siquiera me percaté de la presencia de Geras hasta que me pegó un puñetazo cariñoso en el hombro.

—Buen trabajo, muchacho. Parece que he conseguido enseñaros algo. Me encanta ver que mi esfuerzo no ha sido en vano y habéis sido capaces de patearles el culo a esos miserables.

Durante la ausencia de Leutides, el viejo mercenario no se había dignado a presentarse en los establos; fue como si la tierra se lo hubiera tragado. Por el inconfundible aroma que desprendía, supe enseguida que no había salido de las numerosas tabernas de la ciudad. Lo achaqué al enfado que mi maestro tenía conmigo, aunque he de confesar que, con posterioridad, he llegado a pensar que Leutides esperaba algo así. Que solo fue una prueba más. Que él quería dejarnos solos para comprobar nuestra reacción; si éramos capaces de valernos por nosotros mismos en un mundo despiadado.

—Tu hermano me ha contado lo ocurrido —confesó Leutides—. Egisto ha querido asegurarse la victoria acabando contigo y, como comprenderás, eso no puedo consentirlo. El muy cobarde no ha podido esperar a la carrera para comenzar con sus trucos y sus viles ardides. Vamos a demostrarle de lo que estamos hechos. Y la mejor forma de hacerlo es que tú ganes la carrera, Aurimedón. Que venzas con tanta diferencia que deba tragarse su orgullo y que la humillación a la que se vea sometido le supure hasta por las orejas. —Mi maestro tenía la mandíbula tensa y apretaba sus puños con tanta rabia que se veían blancos—. ¿Qué me dices?

—Por supuesto —contesté entusiasmado. Mi suerte había renacido. Las cenizas de la desesperación dieron paso a un nuevo y brillante horizonte gracias a los dioses y a la intervención de Egisto. Esta vez no iba a volver a desperdiciar mi oportunidad.

—Perfecto. Queda muy poco tiempo antes de que empiece la carrera. Debemos aprovechar cada segundo. Vamos a entrenar como nunca, Aurimedón, y, hasta que llegue el día, Geras no se separará de vosotros. Habéis demostrado que hacen falta más que un par de matones para acabar con vosotros, pero me quedaré más tranquilo si él os acompaña y vela por vuestra seguridad.

No me avergüenza decir que la llegada de Leutides fue lo mejor que pudo pasarnos. Nos creíamos hombres. Éramos niños a su lado. Nos sentíamos seguros, protegidos y resguardados bajo su leyenda. Él era nuestro salvador, nuestro guía, nuestro padre.

Se me antojaron veloces los días que transcurrieron entre la llegada de Leutides y el aniversario de Menelao. Tan breves como un suspiro, imposibles de retener igual que agua entre las manos. Había vuelto a sentirme auriga y lo disfrutaba tanto que las horas se diluían ante mí pese a que no quería que aquellos días terminaran nunca. Tenía todos mis sentidos a flor de piel y Leutides no consiguió derrotarme ni una sola vez desde que volvimos a competir. Las victorias hicieron que mi moral subiera hasta las nubes. Me creía

invencible. Confiaba en mis capacidades y estaba dispuesto a enseñarle a Egisto que nada ni nadie podía condicionarme.

El día de mis primeros juegos se me quedó grabado a fuego. Estábamos todos. Mi abuela, mi hermano Solofemo y Geras me acompañaron a la presentación. Nuestro maestro estaba ocupado, sus obligaciones lo retenían junto al rey Atreo. No podría abandonarlo hasta la clausura; era uno de los hombres que gozaban de la confianza ciega del monarca, y eso tenía su precio. Micenas acudió en tropel para animar a los participantes y gozar del espectáculo; llegaron también delegaciones de toda Grecia, atletas, emisarios y algún que otro rey menor. Los espartanos, que habían acompañado al rey Atreo, fueron los que más se hicieron notar, aunque también pude distinguir a tesalios, corintios, argivos, tebanos y focenses. Había incluso contendientes de ciudades de las que nunca había oído hablar. Los juegos eran la ocasión perfecta para mostrar al mundo entero las maravillas de cada localidad y la fama de los paladines engrandecía a cada ciudad; por ello éramos escogidos con mimo. Pero los juegos eran, también, una oportunidad única para realizar misiones diplomáticas, pactos o treguas.

Una decena de trompetas rompieron la tímida calma que reinaba en la explanada exterior de la ciudad. Aquelao había mandado construir unas improvisadas gradas de madera para las autoridades y habilitó espacios destinados a delimitar las diferentes pruebas. El numeroso público asistente, que se arremolinaba y empujaba en busca del mejor lugar, respondió a la música con bramidos y palmadas. Yo casi me quedo sin voz celebrando que los juegos estaban a punto de dar comienzo. Desde pequeño, fueron mis acontecimientos favoritos y, además, estaba a punto de participar. ¡Era increíble! Me sorprendió comprobar que fuera Egisto, muy bien vestido y acicalado, quien tomara la palabra. Inaugurar los juegos era un gran honor y suponía que sería el propio rey Atreo, o Agamenón en su defecto, quien ostentara tal privilegio. Sin

embargo, como demostración palpable de su influencia dentro de Micenas como hijastro del monarca, Egisto, bajo la mirada de Agamenón, sentado a su derecha sobre una enorme silla de madera recubierta de cuero y telas coloridas, dio comienzo a la ceremonia:

—Sed bienvenidos, nobles ciudadanos de Micenas y bienaventurados invitados de todos los reinos amigos de nuestra ciudad. Que los dioses os protejan y guíen vuestros pasos. —Los aplausos atronaron y calló, durante un breve instante, hasta que el sonido se aplacó—. Tengo el honor y el privilegio de anunciar los juegos en honor a mi hermano, el príncipe Menelao. Antes, debo darle las gracias por esta oportunidad a mi padre y padre de todos los micénicos, el rey Atreo, y a su glorioso descendiente, el futuro monarca Agamenón. Ellos me han dado la oportunidad de dirigirme a vosotros para presentaros esta épica jornada. Hoy se celebrarán varias competiciones. Comenzaremos con unos combates de pancracio; tras estos, se realizará el tiro con arco y el lanzamiento de jabalina. A continuación, seremos testigos de varias competiciones de velocidad con diferentes distancias y, por último, disfrutaremos de la tan ansiada carrera de carros. —Casi se me sale el corazón por la boca tras escuchar el nombre de la modalidad en la que iba a participar y comprobar cómo la multitud estallaba en vítores. ¡Tenían ganas de vernos competir!—. La carrera tendrá los premios más jugosos, contaremos con invitados muy ilustres como Aurimedón, el auriga personal del príncipe Agamenón, en el que tiene puestas todas sus esperanzas. Para ponérselo un poco difícil, participarán Jantus, el argivo; Liceno, el corintio, y, por último, mi favorito particular, Automedonte, el mirmidón. —La gente estaba como loca. A mí, en cambio, aquellos nombres no me sonaban en absoluto, aunque sí pude darme cuenta de que Egisto había puesto de manifiesto todo aquello para que los ciudadanos de Micenas fueran testigos de una batalla implícita entre Agamenón y él mismo. Nosotros íbamos a ser sus perros de combate.

Mi hermano, Geras y yo, tras dejar a mi abuela con sus amigas, conseguimos abrirnos paso hasta la primera fila para ver los combates de pancracio en directo. Al contemplarlos, conseguí distraerme un poco de mi nerviosismo. Aquella era una disciplina brutal; combates cuerpo a cuerpo en los que ni la compasión ni los miramientos tenían cabida. Demostración explícita de que los juegos en honor a Menelao no eran ninguna tontería y los participantes estaban dispuestos a dejarse el pellejo con tal de conseguir la victoria. Me llamó la atención especialmente un joven cuyo rostro, imberbe, denotaba que era al menos un par de años menor que yo, pese a que su estatura y su complexión semejaban más bien las de un titán.

—¿Qué hace compitiendo un niño? —le pregunté a Geras, quien disfrutaba como un poseso viendo los combates.

—¿Un niño dices? No tienes ni idea de quién es. Ese muchacho es Áyax, el hijo del rey Telamón de Salamina.

—¿Y permiten que participe un príncipe en esta barbaridad? ¡Lo van a matar!

—No te preocupes por él, sino más bien por su oponente. Fíjate y verás.

El vino corría en abundancia entre los espectadores y me pregunté cuántas copas habría bebido ya Geras: el contrincante de Áyax era una auténtica bestia, un ciudadano de Pilos a quien Néstor, uno de los reyes más sabios, había escogido como representante. Si el príncipe de Salamina resultaba un espécimen gigantesco, el pilense era sencillamente colosal, de pecho amplio y brazos gruesos como troncos de abedul. Aquel muchacho no tenía ninguna oportunidad contra esa bestia.

El combate dio comienzo entre estruendosas ovaciones y gritos de ánimo. La mayoría de los presentes alentaban a Áyax, quien, como supe más tarde, había comenzado a ganarse desde bien pequeño bastante fama entre los aficionados al pancracio. Su rostro poseía una belleza distinta, tosca, primigenia, animal. Se diría que, más que un príncipe, era un depredador hambriento. El gigante de Pilos lanzó el primer golpe con una velocidad impropia de su tamaño, directo a la cara de Áyax, pero este lo esquivó con asombrosa facilidad y

comenzó, entonces, el espectáculo. Un auténtico recital por parte del hijo de Telamón, que descargó un aluvión de puñetazos sobre el rostro de su adversario como si de un saco de paja se tratara. Este parecía no poder defenderse en absoluto y, cuando trataba de contraatacar, Áyax volvía a evitarlo y reanudaba su paliza con más ímpetu. El luchador pilense fue incapaz de resguardarse de la tormenta de golpes que Áyax le propinaba. En apenas unos segundos, su rostro estaba completamente ensangrentado y sin un par de dientes.

Áyax había comenzado a sudar y golpeaba a su adversario con más fuerza que nunca. El gigante de Pilos, viendo su final cerca, lanzó un gancho con su brazo derecho con toda la fuerza de que fue capaz. El golpe llevaba tanta potencia que, de haber impactado en el cuerpo del príncipe, podría haberlo partido por la mitad fácilmente. Áyax, aun estando tan cerca, consiguió esquivarlo, le agarró el brazo con ambas manos y, con una grácil voltereta, logró arrojarse al suelo arrastrando a su rival, que quedó reducido e inmovilizado mientras le retorcía el brazo. Por más que intentó librarse de la trampa, Áyax solamente se detuvo cuando un crujido horroroso rasgó el ambiente, seguido por un grito de dolor descomunal del pilense. El juez dio la contienda por finalizada mientras unos esclavos se llevaban al herido hacia las dependencias médicas y el vencedor agradecía a la multitud sus aplausos.

—Te lo dije. Si la gente dice que tú eres el hijo de Poseidón, ese al que tú llamas niño tiene que haber salido de las entrañas mismas de Ares. Nunca ha perdido una pelea. Te apuesto lo que sea a que llega a la final y se alza vencedor. Un cabrón que dará miedo cuando sea mayor. —Geras tenía la mandíbula desencajada por la emoción. Aquel muchacho sí que era un auténtico semidiós. Había vencido al gigante de Pilos con una habilidad pasmosa. Su sonrisa, divertida y un tanto altiva, demostraba que estaba acostumbrado a gestas semejantes.

Tan atento había estado al combate de pancracio que se me pasó por alto que mi hermano no lo había presenciado. Debió de dejarnos al principio de la pelea. Tras unos cuantos instantes de infructuosa búsqueda, me sorprendió encontrarlo cerca de las tiendas reales.

Estaba hablando con Leutides. Junto a él, no correría peligro alguno, por lo que decidí quedarme con Geras para disfrutar del resto de combates. Paladeé todos y cada uno de los puñetazos, patadas y mordiscos, aplaudí las esquivas y los agarres y tomé nota de los comentarios del viejo mercenario. Animé a Áyax, que se había convertido en mi paladín particular, en el resto de combates, aunque este parecía no necesitar mis vítores para nada y, tal y como había vaticinado Geras, se proclamó campeón de los juegos en la final, ante un espartano que acabó con los ojos amoratados. El hijo de Telamón fue el primer ganador de los laureles y el príncipe Menelao le hizo entrega de un precioso escudo de plata que el otro aceptó agradecido ante el aplauso general. Serían más o menos de la misma edad y, aunque Menelao era robusto y fuerte, parecía un enano al lado de Áyax.

Yo estaba emocionado y disfrutaba como un niño de los juegos. Quería ver todas las pruebas y a todos los participantes, aunque mis planes se vieron truncados por la aparición de Solofemo.

—Aurimedón, vamos a dar una vuelta.

—Espera, va a dar comienzo el tiro con arco. Geras dice que hay un rodio que...

—He dicho que vamos. Acabo de hablar con Leutides. —El tono de mi hermano me advertía que no había réplica posible. Era una orden. Nos alejamos del bullicio de los juegos y estuvimos caminando un buen rato en dirección a la puerta de los Leones de Micenas. Geras nos acompañó sin que tuviéramos que pedírselo, aunque su frustración por haberse perdido parte de los juegos resultó palpable—. El maestro Leutides me ha pedido que hable contigo. Desea que estés preparado para la carrera. No quiere que pierdas más tiempo viendo los juegos. Por los dioses, no eres un espectador cualquiera. El prestigio de Agamenón depende de ti. Céntrate. —Debió de percatarse de que sus preocupaciones me estaban afectando, porque se calmó y apaciguó su tono—. Perdóname. Estoy muy nervioso, tengo muchas ganas de que demuestres quién eres. Verás, Leutides me ha detallado quiénes son tus oponentes y quiere que te informe sobre ellos.

—Te escucho, hermano.

—Egisto ha mencionado antes a tres de tus rivales directos y debes tener en cuenta que no serán los únicos. Todos los que van a participar en la carrera gozan de una dilatada trayectoria en las carreras de carros. Como no tenemos tiempo para analizar a cada uno de ellos, me conformaré con hablarte de Jantus, Liceno y Automedonte. Jantus es quien más experiencia tiene. Nuestro maestro ha competido varias veces contra él y, aunque siempre ha conseguido derrotarlo, asegura que es un rival realmente difícil. Tiene mucho talento, casi tanto como él, y no se amilana cuando las circunstancias le son adversas. Un tipo hábil, diestro y decidido.

»Luego está el corintio, Liceno. Leutides me ha dicho que ese desgraciado ha matado directa o indirectamente a varias decenas de aurigas. Es el rey del juego sucio. Debes tener cuidado con él y no perderlo de vista bajo ningún concepto. De lo contrario, puede que no acabes la carrera con vida. —Dejó pasar intencionadamente unos segundos para que asumiera el poder que contenían sus palabras mientras yo tragaba saliva.

»Y, por último, Automedonte, el mirmidón. Leutides conoce a su padre, Diores. Dice que su pasado como auriga fue breve debido a una caída, pero que ese hombre fue de los pocos que consiguió vencerle. Por eso se quedó con la espina clavada, ya que solo se enfrentaron en una ocasión. Automedonte lleva en sus venas la sangre de un auténtico campeón; seguro que será un oponente excepcional. Ya ha ganado varias carreras en competiciones menores. Leutides también me ha confirmado que los mirmidones no suelen enviar a ningún participante a los juegos a no ser que estén totalmente convencidos de que van a ganar. Además, si el mismísimo Egisto ha apostado por él en público, será por algo. Está destinado a ser tu mayor rival y es el favorito de la carrera. No bajes la guardia con él, nunca. Reserva fuerzas y trata de no ponerte en primer lugar demasiado pronto. Si lo haces, todos los ataques malintencionados irán dirigidos a tu espalda. Da la primera vuelta de margen y utilízala para observar y estudiar con atención a tus contrincantes.

—Comprendo —mentí, tratando de ocultar todos los nervios y el miedo que me atenazaban por dentro. Mi hermano, dándose cuenta,

trató de consolarme con un fuerte abrazo.

—Pase lo que pase, tu seguridad es lo primero, Aurimedón. Y ahí dentro solamente tú puedes velar por ella. Ten cuidado.

—Ya basta de sentimentalismos y de abracitos. ¡Toma esto! —exclamó Geras mientras nos separaba a mi hermano y a mí y me ofrecía una enorme vara de madera—. Si alguien se acerca lo suficiente como para tocarte los huevos, le destrozas el cráneo con esto. ¿Entendido? —Los tres reímos ante su ocurrencia y acepté gustoso el garrote que me ofreció. Por lo menos, no iría desnudo a la carrera.

Regresamos al recinto donde se celebraban los juegos justo cuando Menelao entregaba los premios a los vencedores del tiro con arco. No me detuve a ver quiénes eran los afortunados y me dirigí con Geras y mi hermano hasta los establos. Allí se encontraba el carro con el que iba a competir y me aguardaban mis dos caballos tesalios. Leutides había insistido en que acudiéramos con anticipación. No sería la primera vez que algún rival boicoteaba el carro de sus oponentes. Atravesamos las puertas de los improvisados establos y me tomé mi tiempo para repasar metódicamente cada una de las piezas que conformaban mi carro. Todo en orden. Tras ello, acaricié las frentes de mis caballos y le imploré a Poseidón que nos protegiese durante la carrera.

Poco a poco, el establo fue llenándose de corredores y sirvientes hasta que se encontró a rebosar. Cuando todos los participantes estuvimos dentro, los soldados encargados de vigilar la entrada entrecruzaron sus lanzas para impedir el paso a cualquier curioso. Aquelao no tardó demasiado en entrar, rodeado por diez funcionarios, y anunciar:

—Aurigas, se está adecentando la pista donde vais a competir. Se os ha designado un sirviente que os indicará el lugar y la posición desde donde partiréis. Haced caso a lo que se os diga y disponeos a salir en cuanto se os ordene. Buena suerte a todos y que los dioses os bendigan.

Se acercó hasta nosotros un señor bastante mal encarado, raquítico, de cejas gruesas y nariz aguileña, que no tuvo la gentileza de presentarse. Un hombre entrecano, que debía de haber pasado toda su vida al servicio de los reyes de Micenas y que nos miró de soslayo por encima del hombro.

—Aurimedón, ¿verdad? —preguntó mientras subía a mi carro sin pedirme permiso—. Seremos los quintos en marchar, justo después del mirmidón de Egisto. —Decidí no hacerle caso; tenía que estar concentrado en la carrera—. Dile a tu hermano y a ese simio que deben abandonar los establos. Solo corredores y funcionarios.

—Este simio puede hacerte saltar los dientes por la nuca si vuelves a dirigirte a él de esa manera. —El sirviente de palacio, creyéndose inviolable debido a su cargo, se quedó petrificado ante las palabras de Geras, quien hacía años que no se amilanaba ante nada ni ante nadie.

—Ya nos vamos —intervino Solofemo—. Que Poseidón te guarde, hermano.

Me di cuenta de que mis seres queridos no eran los únicos en marcharse. Pronto el resto de personas que hacía un instante atestaban los establos salieron y los aurigas nos encontramos a bordo de nuestros carros, preparados y dispuestos para salir en cuanto se nos diera el visto bueno.

Un emocionado Aquelao entró pasados un par de minutos, jadeante, rojo de la emoción y del esfuerzo, y anunció:

—Que pase el corintio.

El primero en salir fue Liceno, sobre su carro azulado, guiado por dos caballos negros y tremendamente fibrosos. Tras él, partió el único espartano que competía aquel día como auriga, seguido de Jantus, el argivo. Después le tocó el turno al mirmidón, que parecía un auriga surgido de las entrañas del mismísimo Hades, el dios del Inframundo. Lucía una coraza negra escamada y tanto su carro como sus corceles eran del mismo color. Tan solo su piel destacaba entre tanta siniestra negritud.

—Seguimos nosotros —me advirtió el funcionario que me acompañaba.

Inspiré todo el aire que pudieron abarcar mis pulmones y lo solté en una exhalación larga y pesada. Di orden a mis caballos de que iniciaran sus pasos en dirección a la pista.

No estaba preparado para lo que viví en aquel momento; puede que nadie lo estuviera. Una cosa son las palabras, los sueños y las historias; otra, bien distinta, la vida misma. Me había centrado tanto en la carrera que ni siquiera imaginé la tremenda ovación que me regaló el pueblo de Micenas nada más salir del establo. Mi ciudad me aplaudía sin cesar, yo era su único representante, extensión directa de su príncipe Agamenón, y se volcó conmigo. Fue la primera vez que sentí el abrazo directo de mis conciudadanos. Si jamás os han ovacionado, no podréis comprender la emoción que se siente... Es inexplicable. Sonreí tanto como pude y no paré de saludar a la multitud, regalando guiños y carcajadas. Me emocionaba encontrar cada pocos pasos algún rostro conocido, aunque nada fue como cuando vislumbré a mi abuela Melgara, llorando de orgullo y rompiéndose las palmas de las manos de tanto aplaudir. Tuve que hacer un enorme esfuerzo por no imitar su gesto. Me tragué las lágrimas y guardé aquella imagen en lo más profundo de mi corazón, donde todavía duerme y viene a visitarme cuando estoy triste.

Escuché mi nombre gritado desde todos los rincones, como si fuera un héroe. Mi corazón latía con tanta fuerza que me asustaba pensar que todo el mundo fuera a darse cuenta de ello. Tuvimos que pasar por delante de las tiendas reales, donde los monarcas de varias ciudades nos observaban expectantes. Leutides se saltó todas las formalidades establecidas y gritó:

—¡Adelante, muchacho!

Sonreí como nunca, orgulloso y agradecido. Bajé mi frente en señal de respeto hacia todas las personalidades y grandes hombres que se encontraban presentes y, aunque duró apenas unos pocos segundos, me sentí la persona más importante y feliz de la tierra. Vi también, solamente de pasada, la ligera alegría del príncipe

Agamenón. Por último, y aunque quise evitarlo, observé la mueca grotesca que me dirigió Egisto. Consiguió que se me helara la sangre.

—Colócate a la izquierda del mirmidón —indicó el sirviente real. En cuanto finalicé la maniobra que me había ordenado, dio un salto y se marchó de mi lado sin decirme nada más.

Automedonte, el mirmidón, me dirigió una sonrisa siniestra al verme. Debían de haberle advertido sobre mí, como había hecho conmigo mi hermano sobre él. Llevaba calado un casco negro y, aun así, me pareció distinguir en él los rasgos de un muchacho. Éramos los más jóvenes, no había duda. Pasados unos segundos, y cuando al fin llegaron todos los corredores, se hizo el silencio entre la multitud, gesta gloriosa teniendo en cuenta el enorme griterío que podía escucharse anteriormente. Egisto tomó de nuevo la palabra.

—La carrera en honor del príncipe Menelao va a dar comienzo. Doce vueltas separan a uno de los participantes de la gloria. Todo está permitido hoy, porque deseamos brindarle al joven príncipe el mayor de los espectáculos posibles. —La pista donde íbamos a correr estaba flanqueada por grandes montones de piedras para evitar que pudiéramos salirnos y castigar a quienes no cumpliéramos con el recorrido establecido: tanto las ruedas como las patas de los caballos quedarían convertidas en añicos si nos desviábamos del camino trazado—. Cuando suenen las trompetas, comenzará la carrera más importante de todo el año. Que los dioses os acompañen y que gane... Automedonte...; quiero decir, el mejor.

El público estalló en carcajadas ante la ocurrencia de Egisto, un engreído que me parecía totalmente deleznable pero que, era evidente, demostraba en cada una de sus intervenciones que podía ganarse con desenvoltura a la muchedumbre.

# VII

# La primera oportunidad,

# la primera carrera

Me sudaban las manos. Un sudor frío comenzó a recorrer también toda mi espalda. Tenía la boca seca y sentía mis propios nervios latiendo en mis sienes. Aquella sensación de expectación y nerviosismo es indescriptible. Fascinante y horrorosa a partes iguales. Subyugante.

Esperaba ansioso la señal que indicara el comienzo de la carrera. Aferré las riendas con tanta fuerza como pude mientras miraba de reojo la vara que me había entregado Geras, oculta en el interior de mi carro.

—Divino Poseidón, cuídame. Ampárame. Dame fuerzas y déjame demostrarle a Micenas todo lo que he aprendido. Permite que mis padres se sientan orgullosos desde la otra orilla —recé en voz baja. No era el único; casi todos los aspirantes se encontraban inmersos en mantras y oraciones protectoras, el último amparo que nos quedaba a los mortales frente a lo inevitable.

Observé a mis rivales y me di cuenta de que todos estaban tan alterados como yo. La salida y la primera vuelta iban a ser una auténtica locura, un caos. Si quería llegar vivo al final de la carrera, debía ser prudente. Tendría que esperar un poco y no meterme de lleno en la refriega que tendría lugar en apenas unos instantes. Las trompetas anunciadas por Egisto sonaron entonces y la multitud estalló en vítores estruendosos. Mi oportunidad había llegado.

La salida, tal y como había predicho mi maestro Leutides, fue catastrófica. Los aurigas arrancamos al mismo tiempo y, antes de

llegar a la primera curva, vi volar delante de mí a un auriga junto con su vehículo de color verde. Todos estábamos demasiado juntos y las ruedas de los carros chocaban entre sí. La mezcla de olores era horrible: sudor, sangre y tierra. Ganas, miedo y rabia. El único conductor lo suficientemente hábil como para conseguir escapar de aquella locura fue Automedonte, quien, con varias maniobras gráciles, logró zafarse de sus perseguidores hasta colocarse en el primer lugar. Tras él, logró situarse un auriga de la ciudad de Girtón, seguido por todo el grueso de competidores. Pronto me di cuenta de que, mientras que el primero se había abierto paso gracias a su elegancia, Liceno el corintio lo hacía mediante sus malas artes. Recuerdo con viveza cómo apuñaló a un contrincante en el costado izquierdo, haciéndole perder el control de su carro hasta estrellarse contra las piedras, que quebraron las patas a sus corceles. Supe después que el auriga sobrevivió, aunque no pudo terminar la carrera. Todavía no habíamos acabado la primera vuelta y el número de competidores había descendido a ocho.

La curva hacia la izquierda suponía el primer gran obstáculo del circuito. Cuando Automedonte la superó con apabullante facilidad, la muchedumbre aplaudió con total devoción. El corintio y el girtense lo lograron también, asentándose en la segunda y tercera posición respectivamente. A medida que me iba acercando a la curva, observé cómo un carro rojo que me sacaba dos posiciones la tomaba tal y como marcaban los cánones, mientras que el conductor que marchaba justo delante de mí apuraba hasta el último espacio para pasarla. El resultado fue horrible. Los dos carros colisionaron y tanto los caballos como los aurigas saltaron por los aires y acabaron destrozados fuera de la pista. Yo me apresuré a tomar la curva de la manera más rápida que pude, mirando una y otra vez hacia mis costados e intentando anticipar lo que harían mis predecesores. Por suerte, no tuvimos que lamentar ninguna baja más y finalizamos la primera vuelta sin más sobresaltos. A medida que fueron pasando las primeras rondas, las posiciones se definieron con más claridad. Automedonte, el primero; el auriga de Girtón, el segundo; Liceno, el tercero; yo iba en cuarta posición; Jantus era el quinto, y un cretense atemorizado por el curso de los acontecimientos que

gobernaba un carro amarillo, el sexto. Este era un conductor prudente que decidió no involucrarse demasiado en la carrera. Era evidente que se contentaba con la última posición si todos acabábamos la carrera sanos y salvos. Su estrategia consistía en que los demás nos matáramos entre nosotros para poder cruzar la línea de meta siendo el único con vida. Sobra decir que fue abucheado en cada vuelta. La prudencia jamás fue una virtud laureada.

Pasada media competición, decidí atacar e ir a por Liceno. Estaba claro que, si no arriesgaba, jamás podría derrotar a mis oponentes. Gracias a mi entrenamiento y a los consejos de Leutides, conseguí una considerable ventaja respecto a Jantus, pero tuve que superar el temor que me provocaban las jugarretas del corintio para acercarme a él.

Liceno me vio mucho antes de lo que me hubiera gustado y se cambió de lado varias veces, obligándome a frenar para no arrollarlo. Sus estratagemas estaban consiguiendo que Jantus se acercara a nosotros, mientras que el girtense y el mirmidón se alejaban cada vez más. Lo que él no sabía era que mi maestro me había enseñado cómo superar aquellas situaciones en multitud de entrenamientos. El saco de arena y todas las trampas que había ido tendiendo demostraron ser realmente útiles. Esperé hasta que llegamos a la curva para que no tuviera la misma visibilidad, amagué con adelantarlo por fuera y, en el último instante, cuando él se abrió un poco, lo sobrepasé por dentro. Con una rabia inusitada, el corintio les pidió un esfuerzo extra a sus caballos y logró ponerse a mi par. Dejé que se acercara; sabía que iba a intentar apuñalarme de la misma manera que lo había hecho con el pobre muchacho en la primera vuelta. Fingí no verlo hasta que fuera demasiado tarde y, cuando dejó asomar su cuerpo por fuera del carro para asestarme una cuchillada mortal, me agaché y proyecté mi codo hacia su rostro. Escuché un inquietante crujido, síntoma inequívoco de que le había roto la nariz. La gente de Micenas me ovacionó exaltada. Azucé a mis caballos y me alejé del corintio, quien milagrosamente consiguió seguir dentro de la pista, ensangrentado y rabioso. Sus maldiciones se escucharon por todo el circuito. Sobre todo porque Jantus no tardó en adelantarlo.

A pesar de que ocupaba la tercera posición, solo por detrás del auriga de Girtón y de Automedonte, que le sacaba buena ventaja, me sentía frustrado. Solamente me servía la victoria. La gloria. Nadie se acordaba nunca de los segundones. Tardé media vuelta en llegar hasta el carro del girtense y percibí enseguida que sus caballos estaban agotados. Les había exigido demasiado para asegurarse aquella plaza y, con dos maniobras relativamente sencillas, conseguí adelantarlo. Antes de finalizar la vuelta, me di cuenta de que Jantus lo había sobrepasado también. Quedaba entonces lo más complicado: llegar hasta el mirmidón Audomedonte y superarlo.

Hasta la novena vuelta no conseguí alcanzar su estela. Ni siquiera veía las improntas de sus ruedas marcadas en la arena. Era como si flotara, como si gravitara por encima de todos nosotros. Eso me enfureció todavía más. Podía perder, pero no de aquella manera. No con tantísima diferencia. Mis caballos tesalios no daban más de sí y comencé a fustigarme mentalmente ante la idea de no poder sobrepasarlo. Automedonte continuaba volando por la pista con la gracilidad de quien ha obtenido el favor de los dioses. Tomé las curvas del modo más arriesgado que podía, tratando de arañarle al mirmidón una mínima ventaja. La ciudad de Micenas me alentaba, mi ansia de victoria agónica y desesperada me sostenía y amenazaba de la misma manera. Agonía y esperanza.

Decidí jugarme el todo por el todo y exprimí a mis dos corceles al máximo, hasta acabar rozando el polvo que desprendían las pezuñas de los equinos del mirmidón. Pude verle la nuca. Corría divertido y ajeno al mundo, sabiéndose vencedor desde que la carrera diera comienzo. No nos consideraba rivales dignos. Lo sé porque no se giró ni una sola vez para mirarme, y eso me dio todavía más rabia. Apreté los dientes con fuerza y lancé un millar de maldiciones silenciosas antes de sacar la vara que me había entregado Geras. La tomé en mi diestra mientras con la izquierda sujetaba las riendas del carro. Cada vez estaba más cerca. Jamás me había dejado dominar por la ira. Ni cuando los esbirros de Egisto trataron de matarme. Aquello era diferente. Aquel era mi terreno, aquel era mi día y ese muchacho me lo estaba arrebatando. Me estaba robando la gloria por la que tanto había trabajado. Lo tenía a mi alcance. Si le lanzaba

la vara, conseguiría derribarlo. Ganaría la carrera y alcanzaría la gloria en mi primera prueba. Agarré con fuerza mi arma, eché mi hombro derecho hacia detrás y me preparé para arrojársela.

No pude hacerlo. Mi moral, las Moiras, o vayan a saber los dioses qué, no me permitieron ganar de aquella manera. Arrojé la vara a un lado, agarré las riendas con ambas manos y espoleé a mis corceles todo lo que pude. Los esfuerzos cayeron en saco roto. Automedonte cruzó la línea de meta erigiéndose como ganador indiscutible.

El campeón fue ovacionado por toda la ciudad y conducido hasta la familia real, mientras que el resto de competidores tuvimos que volver a los establos para guardar nuestros carros. Lo último que vi fue a Automedonte quitándose el yelmo y mostrando su reluciente melena dorada al gentío. La envidia me oprimía.

La atención de la gente se volcó de lleno en el vencedor de la competición. Se olvidó de nosotros. De nuestros sueños, de nuestros esfuerzos y dificultades. La vida del perdedor se extinguía bajo la brillante luz de los ganadores. Cuando al fin conseguí entrar en los establos, no pude reprimir el llanto, fruto de la rabia y de la desesperación.

—Maldito cerdo —me dijo Liceno el corintio, el primero en entrar en las caballerizas, con la mano en la nariz, todavía ensangrentada —. Te voy a sacar las tripas —me amenazó, acercándose a mí con pasos rápidos y gesto violento. Llevé la mano al lugar donde debía estar la vara de Geras, pero no encontré nada. «Mierda».

—¡Deja al muchacho, Liceno! —gritó Jantus—. A menos que quieras vértelas conmigo —El corintio frenó sus pasos y dirigió la mirada hacia el argivo. Quedaba claro que, dentro de ese mundo, Jantus imponía verdadero respeto. Liceno escupió a un lado, me dirigió una última mirada de odio y regresó a su puesto.

Me vi en la obligación de acercarme al auriga que acababa de salvarme de una buena para agradecerle su intervención y su protección.

—No hay de qué —contestó Jantus—. Debes estar satisfecho. Para ser tu primera carrera, has competido bien. Ese mirmidón es un auténtico prodigio y tú no te quedas atrás. Llevo muchos años en esto. Quédate con que no he sido capaz de acercarme a ti en ningún momento. Además, he visto lo que has hecho. Has tenido la oportunidad de ganar la carrera.

—Y la he desaprovechado.

—Cada uno es libre de competir como crea conveniente, muchacho. Estas primeras carreras marcarán tu manera de ser y tu forma de competir. No soy nadie para decirte si has actuado bien o no; lo que sí puedo asegurarte es que no deberías atormentarte demasiado. Han sido tus primeros juegos y te has presentado ante todos con una actuación más que decente. Ya habrá más oportunidades.

—Gracias —contesté, estrechando la mano que me tendía y tragándome un par de lágrimas amargas.

# VIII

# El gran Automedonte

La ciudad entendió la victoria de Automedonte como el triunfo de Egisto sobre Agamenón. Aquello fue lo que más me dolió: defraudar al príncipe. No sabía si podría llegar a perdonarme.

Geras, mi abuela y mi hermano trataron de consolarme quitándole hierro al asunto. No lo consiguieron. Llevaba tanto tiempo proyectando en mi mente la victoria, que no obtenerla fue, sencillamente, devastador. No había podido plantarle cara a Automedonte. Podía mentirme a mí mismo todo lo que quisiera, pero lo cierto es que el auriga mirmidón todavía estaba muy por encima. En mi estado actual, no podía derrotarlo en ninguna carrera, fueran cuales fueran las circunstancias. Y saberlo, reconocerlo, me resultó devastador. Había entrenado para todo, excepto para gestionar la derrota. Una quemazón amarga me recorría las venas, una quemazón que solo los que han competido pueden llegar a entender. ¿Qué aprendí? Que los aurigas viven por y para la victoria. El esfuerzo, la resistencia, la épica, todo deja de tener sentido si caes vencido. Es nuestra maldición. Te juegas todo tu mundo en un suspiro. Perder dolía tanto que hasta me arrepentí de no haber derribado al campeón. De haberlo hecho, la gloria y los vítores serían míos. ¡Basta! Debía salir de aquel rincón sombrío o terminaría consumiéndome.

Por la noche, antes de regresar a casa, fuimos a los establos para guardar el carro con el que había competido. Los caballos tesalios se

merecían un buen descanso; su carrera rozó la perfección, no podía reprocharles nada. Solo hubo un culpable en aquella derrota: yo.

Geras se marchó, acompañó a mi abuela y nos dejó solos. No tenía sentido que siguiera protegiéndonos; los juegos ya habían finalizado. Reconocí, consternado y para mis adentros, que Egisto no necesitaba atentar contra mi persona al contar con Automedonte. El auriga de Ftía había demostrado ser mucho más valiente que yo. Se jugó la vida en la salida, logrando la primera posición, y a partir de ahí, hizo gala de una tremenda superioridad técnica y táctica. Él tuvo todo lo que me faltó: coraje, arrojo, decisión, hambre de victoria... Me resultaba imposible no revivir, mentalmente, la frustración que sentía cada vez que me acercaba a él y veía que no podía adelantarlo.

—¿Puedes parar de lamentar tu suerte una y otra vez? —me preguntó mi hermano—. Hoy has sido el hombre más afortunado de Micenas. Has podido representar a tu ciudad, te han llovido aplausos y gestos de cariño, ¿qué más quieres?

—Ganar.

—Solo puede ganar uno —respondió—. Quédate con lo bueno, con la experiencia...

—Tú no eres auriga. No puedes entenderlo —contesté sin levantar la mirada del suelo.

—Ya, claro. —Mis palabras le habían herido. El segundo puesto me dolía tanto que no podía controlar mis respuestas—. Esos son los problemas del gran Aurimedón, hijo del dios del mar. Deja que sea yo, Solofemo, un humilde mortal, quien guarde tu glorioso carro. No vayas a herniarte.

La tensión aumentaba entre nosotros. Lamenté mis contestaciones, pero el tono que adoptó mi hermano hizo que me pusiera todavía más a la defensiva. Si quería pelea, la tendría, y tanto que la tendría. Gracias a los dioses, llamaron a la puerta. Dejamos cualquier posible conflicto de lado y nos centramos en la amenaza inminente. Sí. Amenaza. Era muy tarde y no esperábamos visita. Solo había una persona que podía saber que estábamos allí: Leutides, y tenía llaves; podía entrar sin necesidad de llamar. Alguien había venido para concluir un asunto pendiente.

—Egisto... —le dije a mi hermano señalando hacia el viejo arcón donde Geras guardaba sus armas. Solofemo me entregó una lanza mientras él blandía una espada corta.

—Quédate ahí —dijo mi hermano, señalando hacia una de las esquinas del establo—. ¿Quién va? —preguntó, apoyando la cabeza sobre una de las grandes puertas de la caballeriza.

—Automedonte —fue la única respuesta. Solofemo me miró y yo, sin saber muy bien qué hacer, respondí con un movimiento afirmativo de mi cabeza.

Decidimos bajar las armas y abrimos la puerta. Automedonte y cuatro mirmidones más entraron en nuestros establos. En nuestra casa. No habían tenido suficiente con humillarme delante de todo el mundo. Venían a restregarme el triunfo delante de mis propias narices. El resto de sus acompañantes vestían de la misma manera: corazas, grebas y escudos color azabache. Las únicas piezas de su vestimenta que no llevaban de forma reglamentaria eran los cascos. Los cinco los sujetaban por debajo del brazo, dejando ver unos rostros morenos, curtidos por el sol, el mar y los sinsabores de la guerra. No podía imaginarme a aquellos hombres vestidos de otra forma. Lucían sus prendas con la estoica naturalidad de quien no conoce otra vida. Automedonte, el auriga, el campeón, coronado por el laurel del vencedor, era el más joven de todos. De cabellos áureos, músculos tonificados y rasgos finos y atractivos. Antes de que pudiera dedicarme ni una sola palabra, me acerqué hasta él e hice lo que creí que era más apropiado, aunque me dolió en el alma. Cerré los puños, bajé la cabeza, me tragué las lágrimas y dije:

—Enhorabuena. Has sido el justo vencedor. —Le tendí la mano sin atreverme a mirarlo. Automedonte la tomó con fuerza y contestó:

—Gracias, Aurimedón. De no haber sido tú quien iba segundo, tal vez no habría sido así. Me relajé demasiado y mis camaradas me contaron que me tuviste a tiro. Podrías haberme derribado y decidiste no hacerlo. Has perdido de una manera digna y loable. Es por ello por lo que esta noche acudo aquí para entregarte algo a cambio: mi eterna amistad.

—No dejaré que te relajes la próxima vez —contesté, perplejo por que se atreviera a reconocérmelo de aquella manera. Mientras yo

me mataba por alcanzarlo, él se paseaba distraído—. Pienso adelantarte en la primera vuelta. Acabarás tragándote toda la arena de la pista. —Automedonte no esperaba mi respuesta. Se quedó mirándome serio y dubitativo y, de pronto, comenzó a reírse. No puedo explicarlo, lo juro; su risa era tan contagiosa, tan pura, que terminé secundándolo sin querer. Sufrí una especie de catarsis gracias a sus carcajadas. Fue como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

—Volveremos a vernos, amigo.

# IX

# La diosa Nike

—Los mirmidones descienden de un linaje divino. Fueron creados a imagen y semejanza de las hormigas. De ahí viene su nombre. Laboriosos, de tesón inquebrantable y fieles hasta la médula. Puedes estar orgulloso. Si uno de los súbditos del rey Peleo te jura amistad, ten por seguro que durará de por vida. —Las palabras de Solofemo venían acompañadas por una calidez tibia, como la de una hoguera a punto de extinguirse. Él era mucho más maduro que yo. Lo abracé —. Es tarde; por mucho que te hayas convertido en el nuevo ídolo de Micenas, me temo que nuestro tutor nos hará trabajar mañana. Las boñigas no esperan a nadie.

Dejar atrás el idílico sueño del auriga para volver a enfundarse los ropajes del mozo de cuadra fue, cuanto menos, una sensación... agridulce. Ahora que por fin había competido —y perdido— para el príncipe Agamenón, ansiaba saber si continuaría con mi entrenamiento o si iba a verme obligado a regresar a mi anterior labor como domador de caballos salvajes. No pude dormir en toda la noche. Me levanté cuando el primer rayo de sol comenzaba a asomar y obligué a mi hermano a imitarme. Devoramos las gachas que nos preparó mi abuela y acudimos raudos a los establos. Solofemo se esforzó por mostrarse igualmente excitado, aunque sabía que le daba lo mismo. Sus días no habían cambiado en absoluto. Si aquella mañana fingía tener más ganas de llegar, lo hacía única y exclusivamente por animarme. Con todo, yo se lo

agradecí mentalmente. Necesitaba el inminente encuentro con Leutides, el único que podía dar respuesta a mis preguntas, tanto que, sin darme cuenta, comencé a correr nada más ver las paredes marrones de las cuadras.

—¿Tantas ganas tienes de ponerte a trabajar? —preguntó mi hermano, sorprendido.

Los trabajadores de las caballerizas me recibieron con vítores y aplausos. No me lo esperaba y me quedé petrificado. Acababa de convertirme en alguien parecido a mi propio maestro. Estuve a punto de estallar de emoción.

—¡Enorme, Aurimedón! —exclamó uno de ellos.

—Te merecías el triunfo —secundó otro.

—Eres el campeón de Micenas. Has conseguido jubilar a Leutides. Dentro de nada, tendrás que darle clases.

Estos y otros muchos comentarios fueron sucediéndose durante los momentos posteriores a mi entrada en los establos impregnando mi ánimo de ilusión y optimismo hasta lograr endulzar mi fracaso. Tal vez no estuviera todo perdido, al fin y al cabo.

La actitud del propio Leutides, siempre tan profesional y estricto, fue la que más me chocó. No tuvo reparos en acercarse a mí, delante de todos, y darme un generoso abrazo, gritando:

—¡Estoy muy orgulloso de ti! Corriste con honor y dejaste esta casa en excelso lugar. —Con aquella felicitación, consiguió hacer partícipes de mi victoria a todos los muchachos del establo, que me aplaudieron de nuevo sin dudar. Cuando Leutides se apartó de mí, volvió a alzar la voz para pedir calma y llamar al orden—. Pero los juegos han finalizado. No podemos relajarnos. Volvemos al trabajo. —Mi hermano lo aceptó, justo antes de gritar con todas sus fuerzas:

—¡Manos a la obra, muchachos! ¡Vamos! No quiero tener que azotar a ningún holgazán; no me deis motivos para hacerlo. —Respeto y temor, dos aspectos que mi hermano no solía mezclar, aunque, en un par de ocasiones, lo había visto castigar a algún mozo despistado.

—Tú no, hijo. Vamos a dar una vuelta. Quiero enseñarte algo —me dijo Leutides en voz baja.

Mi tutor me llevó hasta sus dos corceles favoritos. Su debilidad. Aquellos que reservaba para el carro del rey Atreo. Furia y Viento, enormes y musculosos, impresionantes en su pelaje gris. Me permitió ensillarlos, pese a que nunca nos dejaba acercarnos a ellos, de modo que lo tomé como una especie de premio. Abandonamos la ciudad por la puerta de los Leones. Los guardias nos abrieron las puertas, reconociéndonos y felicitándome. Sonreí como un bobalicón. La fama y la gloria, todavía extrañas compañeras, se me antojaban demasiado deliciosas.

—¿Lo ves, muchacho? Todo lo que sucede en este mundo es muy ambiguo. Hay fracasos que saben a victoria y victorias que no valen la pena.

Continuamos cabalgando a paso ligero, hasta que me di cuenta de adónde pretendía llevarme mi maestro. No había pasado ni un solo día y el emplazamiento donde se celebraron los juegos en honor del príncipe Menelao estaba desierto. Leutides me confesó que, durante la noche, mientras se celebraban banquetes por toda la ciudad, Aquelao se encargó de desmontarlo todo gracias a gran parte del ejército micénico. Los soldados fueron obligados a ello, iluminados por centenares de antorchas y con el empuje de innumerables pellejos de vino.

Nos encontramos ante un lugar accidentado pero limpio. Las vigas de madera que se habían utilizado para montar las gradas de los más ilustres invitados descansaban apiladas en un montón, al igual que todas las piedras que se emplearon para delimitar la pista de carreras. Me quedé sorprendido por la capacidad logística y estructural de mis conciudadanos. Comprendí que no todos los talentos brillan de igual manera.

—Supongo que estarás preocupado por el parecer del príncipe Agamenón.

—Perdió contra su hermanastro por mi culpa. Toda Micenas lo vio. No creo que pueda llegar a olvidarlo.

—En absoluto, Aurimedón. En absoluto. Es cierto que Automedonte, el adalid de Egisto, logró alzarse con la victoria. Era la apuesta más segura, pero se guardó para sí muchísima información. El mirmidón parece más joven e inexperto de lo que es y, además,

lleva compitiendo desde la cuna. Ha ganado más carreras de las que puedas imaginar. Tú llevas dos meses entrenando y ya le has plantado cara, ¿te parece poco? Fuiste capaz de competir contra él de tú a tú. Ahora sí que estoy más que convencido de que llegarás a ser el mejor auriga de toda Grecia. Nadie podrá detener tu ascenso. Ni Egisto, ni Automedonte; nadie. No pudiste verlo, pero te aseguro que la ciudad entera se volcó contigo y valoró que Agamenón te hubiera escogido a ti. Al hijo de Poseidón. Al Auriga de Micenas, por encima de otros participantes extranjeros con más bagaje. Demostraste un valor íntegro e inquebrantable. No hay nada que se te pueda recriminar. Nike, la diosa de la victoria, es caprichosa y no suele otorgar su favor a los desconocidos.

Leutides buscó un pequeño paquete que tenía guardado en una de las bolsas de tela deshilachada de la grupa de su caballo y me lo entregó. Desenvolví con cuidado una frágil figura de arcilla. La escultura, rústica y un poco arcaica, mostraba el torso de una mujer sujetando una corona de laurel y portando unas enormes y preciosas alas emplumadas.

—Nike...

—A partir de ahora, será mejor que le dediques un poco de tu tiempo. Las victorias nacen del esfuerzo, del tesón y, sobre todo, de la fe. Honra a la diosa y ella te ayudará. Confía en ella. —No pude contenerme. Me abalancé sobre Leutides y le abracé con fuerza, incapaz de continuar reprimiendo mis lágrimas. Había dado más abrazos en unas cuantas horas que durante toda mi vida—. Si te sirve de consuelo, puedo asegurarte que el príncipe en persona me agradeció la manera en la que te preparamos para los juegos. Él no tiene dudas; sigues siendo su elegido. Y ahora está más ansioso que nunca por subir a tu carro. Es por ello por lo que desea que lo acompañes a Delfos.

—¿A Delfos? ¿Volveré a competir? ¿De qué se trata? ¿Una boda, un funeral, un aniversario? Bueno, me da lo mismo. Me dejaré la piel.

—Despacio, querido, despacio. Las carreras no lo son todo en la vida del auriga. Hay muchas más tareas que deberás atender. Esta misión es de otra índole..., mucho más delicada, mucho más política.

—¿Política?

—El rey Atreo no quiere dejar cabos sueltos y le ha ordenado al príncipe Agamenón que capture a su tío, Tiestes —me explicó—. Según tengo entendido, ha recibido varios mensajes de sus espías que aseguran su presencia en dicha ciudad. Se ve que está intentando recabar apoyos para enfrentarse a nosotros. Perdió la cabeza desde el banquete sangriento. Lógico. Pero nuestro monarca no puede permitir que ensucie la imagen de la ciudad. Este será tu primer encargo oficial. Me ha pedido que te comunique que te espera mañana, a primera hora, en la puerta Norte. Es una buena oportunidad para que sigas demostrando tu valía. Creo que el príncipe desea afianzar vuestra amistad. Gánate su confianza, Aurimedón, y saldrás reforzado.

—Sí, maestro —respondí con una ilusión renovada.

El resto del día se me antojó tremendamente ligero, casi onírico. Cabalgué entre las nubes y mi segunda posición en los juegos pasó a resultarme algo totalmente intrascendente. Solofemo hizo que me prepararan un buen caballo, Lucero, un corcel capado color avellana. Los dos animales blancos que solía montar cada vez que tenía algún compromiso, y que había utilizado para competir en los juegos de Menelao estaban agotados. El viejo Geras me recordó que fuera armado; aunque no se trataba de una misión en extremo peligrosa, todo era posible una vez estuviéramos fuera de Micenas. Los caminos estaban poblados de ladrones, enemigos o animales salvajes. Como no tenía armas y solamente utilizaba las de los establos en nuestros entrenamientos, me prestó su propia espada.

Es preciso entender que, por aquel entonces —¡qué diantres!, y hoy lo sigo pensando—, me gustaba cabalgar, competir en las carreras de carros y todo lo relacionado con los equinos, pero los conflictos armados y la guerra en general me generaban rechazo. Sabía que era algo por lo que era necesario pasar, aunque no por ello dejaba de implorar a los dioses que me evitaran tener que

mancharme las manos. Mas los dioses son caprichosos. Y sus designios, imprevisibles.

Mi abuela Melgara me preparó un hatillo provisto con todo lo necesario para el viaje: queso, olivas, pan y algunos frutos secos. Colocó también un pequeño odre de vino. Mi sorpresa al verlo fue mayúscula; le había confesado que no deseaba volver a beber más aquel líquido. «El vino une más a los hombres que los escudos o las espadas», fue su respuesta. Pequeñas píldoras de sabiduría que siempre he guardado en lo más profundo de mi corazón.

# X

## La sombra de Egisto

Agamenón nos había citado en la puerta menos concurrida de la ciudad. Nuestra partida debía tratarse con el mayor de los sigilos para evitar que los aliados que Tiestes conservaba en Micenas pudieran advertirle de la orden de captura que pesaba sobre él. No sabía por qué el rey Atreo se empeñaba en castigar de aquella manera a su hermano. Hacía mucho tiempo que no llegaban a nuestro hogar rumores sobre el hermano del rey. Se le tenía como a un desdichado, alguien que lo había perdido todo, incluso la cordura. Me dije que las intrigas palaciegas siempre me resultarían ininteligibles. Era mejor no meterse en esos temas.

El segundo al mando, Palamedes, un hombre bien plantado, orgulloso y gallardo, de cabello oscuro y rizado con tirabuzones que le llegaban hasta el pecho, fue el encargado de impartir las órdenes antes de partir. Se esforzaba por organizarlo todo. Tan solo las palabras del heredero de Micenas estaban por encima de las suyas, a pesar de que este decidió delegar todas aquellas funciones en el curtido capitán. Agamenón no iba a rebajarse a dar directrices como un vil capataz. Estaba por encima de todo eso.

—Tú debes de ser el capricho personal del príncipe, ¿verdad? —me preguntó Palamedes, adelantándose con su corcel e impidiendo que me presentara como era debido. Al advertir que su comentario me había desarmado, insistió—: ¿Eres o no el maldito auriga?

—Así es.

—Espero, por tu bien, que sepas acatar órdenes y actuar con presteza cuando se te requiera. Esta no será ninguna exhibición hípica.

—Lo tengo claro, señor.

—Perfecto. Veremos si es así —sentenció—. Como nuestro señor Agamenón ha insistido en que vengas, marcharás tras él. Tan solo quiero que te encargues de su seguridad. ¿Entendido? No le quites el ojo de encima. Si va a recibir un lanzazo, te pones en medio; si una serpiente amenaza con morderlo, metes el brazo; e incluso, si ves una mierda, la pisas primero. ¿Captas el mensaje?

—Perfectamente, señor.

—No se hable más. Ocupa tu puesto. Nosotros nos encargaremos del resto.

Obedecí las órdenes y esperé hasta que la columna se hubo puesto en marcha para colocarme con mi caballo detrás del príncipe. Agamenón lucía yelmo y coraza dorada. Parecía un dios encarnado, alguien más que dispuesto a ir a la guerra. Extraño, si me preguntan, porque en teoría era una misión rápida, en la que el sigilo y la velocidad iban a ser factores vitales. En aquel entonces no lo conocía bien. Hoy puedo asegurar que, si se vistió de aquella manera, no fue algo casual. Nunca dejaba nada al azar. Debió de colocarse su mejor equipo para impresionar a los pocos soldados que nos vieran salir de la ciudad y que advirtieran en él la sombra del heredero al trono de Micenas. Siempre se esforzó por dar una imagen brillante, superior al resto. Al verme aparecer, me saludó con una breve y casi imperceptible sonrisa. Agaché la frente como señal de respeto. Sería fácil no perderlo de vista. Agamenón destacaba entre la multitud como una pepita de oro en medio de un mar de arena. Esperaba tener la oportunidad de compartir alguna palabra con él. Quería disculparme por mi derrota en los juegos. Era lo menos que podía hacer.

Llevábamos ya media jornada de marcha y quedaban varios días de camino hasta Delfos cuando el capitán hizo un alto y estructuró nuestro plan de acción. Debíamos atravesar el istmo de Corinto, transitar toda la península Ática y adentrarnos tierra a través, subiendo en dirección noroeste, hasta llegar a Delfos y buscar, entre

sus muros, al deleznable Tiestes. Tras el beneplácito táctico de Agamenón, y una vez se hubo cambiado los ropajes por otros más discretos, proseguimos.

Marchábamos sin detenernos. Comíamos las raciones ya preparadas a lomos de nuestros caballos. Dormíamos un par de horas para darles el descanso justo a las monturas y reanudábamos el camino. Me sorprendió gratamente comprobar que Agamenón no se quejaba. Había supuesto que, acostumbrado como estaba a vivir entre algodones, toda aquella disciplina férrea podría incomodarlo. Nada más lejos de la realidad. Era el primero en levantarse cada día y el último en bajar de su corcel. A veces contradecía las órdenes de Palamedes cuando este decidía que debíamos descansar y nos obligaba a todos a seguir cabalgando un poco más. No encontré en su figura ningún vestigio de la cuna púrpura que se le presuponía. Sacrificado y entregado, era el que más interés tenía en que la misión se cumpliera según lo previsto. Si aquellos gestos hicieron enfadar al capitán, nadie lo notó. Aceptaba servil cualquier orden que dictaba el prometedor príncipe micénico.

¿Qué hice yo durante tantas horas? Guardar silencio. No me atrevía a importunar a nadie, y mucho menos a Agamenón. Entre los mozos de cuadra, yo despuntaba; pero entre soldados, entre soldados de verdad, era el último eslabón.

Gracias a los dioses, durante el tercer día, el príncipe decidió hablarme.

—Aurimedón, te hacía algo más divertido. No has abierto la boca desde que salimos de Micenas, ¿te ocurre algo? —Sus palabras, lanzadas al viento, ya que ni siquiera se giró para mirarme, me cogieron desprevenido.

—Disculpe, señor, no sé a qué se refiere —contesté.

—Siempre tan buen muchacho. Mi hermanastro Egisto parecía especialmente interesado en que no ganaras la carrera. Debo confesarte que fui un poco ingenuo. Infravaloré sus ansias de victoria. ¿Cómo iba a pensar que fuera a traer, expresamente, a Automedonte, el mirmidón, uno de los aurigas más prometedores de toda Grecia?

Necesitaba desahogarme con él. No teníamos ningún lazo que nos uniera más allá del incidente con Sombra Negra y tanto mi familia como mi maestro me habían advertido del peligro que suponía depositar mi confianza en alguien de la realeza; pero si nuestros destinos estaban ligados, si iba a tener que servirle toda la vida, tendría que ceder en algún momento. Acostumbrado a seguir las órdenes de personas a las que respetaba y admiraba, como Leutides, no me imaginaba trabajando para alguien a quien aborreciera.

—Alteza, ¿puedo hablarle con franqueza? —pregunté.

—Por supuesto. Es lo único que te exijo. —La sombra de Egisto pesaba demasiado. Por mucho que quise hacerlo, y juro por Zeus que quise, no pude emitir palabra alguna. El hermanastro de Agamenón era tan peligroso que, aun estando tan lejos de Micenas, yo seguía obligándome a ser prudente. El príncipe, al darse cuenta de mis reservas, alzó un poco la voz y exclamó—: ¡Palamedes! ¡Aurimedón y yo vamos a adelantarnos un poco, queremos hablar de algo en privado!

—Sí, alteza —respondió este.

—Sígueme —me pidió Agamenón mientras espoleaba levemente su montura y adelantaba al resto de soldados. Hicimos avanzar a nuestros corceles hasta que las voces de los demás se perdieron en la lejanía, engullidas por la brisa del bosque—. Ya puedes hablar con libertad.

Su gesto me sirvió como bálsamo. Le conté todo lo que había callado. Desde el ataque de los mercenarios de Egisto hasta los pormenores de la carrera. Lo hice de manera atropellada y desordenada, claro está. Fueron las palabras de un muchacho asustado y sobrepasado por los acontecimientos. El rostro de Agamenón, pétreo e impasible, no me dio ni una pista. Puede que, antes de que se lo dijera, ya fuera conocedor de todo lo que le estaba relatando. Si era así, jamás lo supe.

—Muchas gracias por confiarme esta información. Sé bien que mi hermano puede resultar muy persuasivo cuando se lo propone. —¿Persuasivo? ¡Intentó matarme! Había sido un necio al creer que su propio hermanastro iba a condenar sus actos solo porque hubiera

atacado a un mozo de cuadra. Leutides ya me advirtió al respecto de la familia real. No eran mis amigos. Me había vuelto a equivocar—. En cuanto a tu carrera, he de confesar que estoy más que satisfecho del espectáculo que ofreciste. Demostraste valentía, honor y dignidad. Muchas gracias por dejarme en tan buen lugar delante de mi pueblo, te lo agradezco de veras. —Respondí con una ligera reverencia—. No deseo que nadie más sea conocedor de que Egisto intentó asesinarte. Resolveremos ese problema a su debido tiempo.

Entendí y acaté sus palabras. Todo en su mente parecía tener un propósito claro. Si le dejaban reinar, superaría con creces a su propio padre. La sombra del cachorro sería tan grande que eclipsaría el recuerdo del león de Micenas.

La conversación con mi señor derribó las barreras invisibles que nos separaban. A raíz de mi confesión, el primogénito real se mostró mucho más atento, humano y amable conmigo. Por extraño que pueda parecer, llegué a creer que él me necesitaba tanto como yo a él. Detrás de ese semblante lejano, había un chico con los mismos anhelos que cualquier otro. La corona no le eximía de su condición humana. Desde entonces, compartí varias horas de charla con él cada día. Me contó cuáles eran los futuros objetivos de su padre y vi en sus ojos, por primera vez, la representación misma, la esencia, de la ambición. Deseaba la gloria más que cualquier otro hombre que hubiera conocido. Ni el amor ni la riqueza ni la religión ni ningún otro asunto le importaban. El deseo de ser recordado, de que su nombre quedara grabado a fuego en la Historia, lo era todo para él. Se pasaría toda la vida combatiendo si era menester, y yo lo haría a su lado, llevaría las riendas de su carro por las calles de todas las ciudades que conquistara. Estaba dispuesto a acompañarlo hasta el mismísimo Hades.

Los dioses me obligaron a cumplir mi promesa.

# XI

## La confianza de Agamenón

Llevábamos diez días de marcha, mucho más distraídos desde que Agamenón decidiera confiar en mí. Me contó anécdotas graciosas sobre sus mil travesuras junto a Egisto y Menelao cuando eran niños los tres. Seguía profesándole aprecio a su hermanastro, eso estaba claro, aunque un gesto de inquietud le surcaba el rostro cada vez que su nombre aparecía en nuestras conversaciones.

—Me extrañó que fuera Egisto quien diera el discurso de bienvenida durante los juegos en honor a tu hermano. Goza de muy buena posición para ser un... —No me atreví a decirlo.

—¿Un huérfano? ¿Un simple plebeyo adoptado? No te preocupes —me calmó Agamenón—. Llevamos conviviendo con esos rumores desde que somos pequeños. Verás, la verdad es que mi hermano fue criado como un príncipe más. Compartimos maestros, privilegios y obligaciones desde la cuna. Siempre supimos, eso sí, su origen; nuestro padre nunca nos ocultó que encontró a Egisto recién nacido en el bosque. Y eso mismo le ha pesado muchísimo. No puedo llegar ni a imaginarme lo que debe de flagelarle esa impronta.

—Pero eso no lo justifica —protesté, arrepintiéndome al instante. No era nadie para hablarle así. Me tranquilizó con un gesto de su mano antes de proseguir.

—Hace años, mi hermano cambió por completo. No creo que seas conocedor del incidente que estoy a punto de revelarte, mi padre se esforzó mucho por evitar que saliera a la luz.

—No diré nada, lo juro.

—Te lo cuento porque ser auriga te hace guardián de mis secretos. Debes protegerlos, igual que a mí, con tu vida. Por eso sé que

puedo confiar en ti con total libertad, porque guardarlos, como si fueran los tuyos propios, va implícito en tu cargo. —Las palabras de Agamenón hicieron que me sobrecogiera. Hasta ese momento, no fui capaz de comprender lo que significaba, de verdad, ser auriga real—. Era la hora de la cena cuando mi hermano bajó a las cocinas. Se moría de hambre y, antes de que pudiera entrar, escuchó a unos esclavos hablando sobre sus verdaderos padres. Se preguntaban, entre bromas, cómo serían. No entraré a detallarte los insultos que pudo escuchar, pero debo reconocer que fueron muy, pero que muy crueles. Egisto aún era un niño y regresó llorando hasta los aposentos de mi padre. Lo sé porque yo mismo me encontraba allí. Lo vi roto. Contemplé su sufrimiento. Parecía que estuviera a punto de secarse. Emergió entonces la parte oscura del rey Atreo, de la que todo el mundo habla. Castigó a los culpables, los torturó durante días delante del resto de los esclavos de palacio. Ellos mismos solicitaron morir para poder huir así de tanto dolor. Después de su muerte, mi padre dijo a todos los presentes que, si algo de lo que acababan de presenciar salía a la luz, el dolor de los ajusticiados quedaría en una tontería. —No fue necesario que me explicara que los reyes quieren sentirse temidos y respetados, pero no aborrecidos, y la crueldad, la inclemencia siempre resultan execrables—. Lo peor de todo fue que mi hermano Egisto pidió estar presente durante todas las largas horas de tortura. No se inmutó ni parpadeó. Oyó, inmune, todos sus gritos, sus súplicas y sus alaridos, sin manifestar la más mínima emoción ni piedad. Nada. Hasta mi propio padre se sorprendió. Yo creo que algo se rompió dentro de él durante aquellas jornadas. A partir de ese momento, el niño agradable, cariñoso y atento que siempre estuvo a nuestro lado comenzó a alejarse. Fue como si la sangre le hubiera cautivado. No diré que se tornó cruel, pero sí que empezó a necesitar y a anhelar el poder para poder actuar sin restricciones. Y es normal, todos lo deseamos, aunque Egisto superó esa barrera. Se obsesionó. Empezó a estar presente en todas las reuniones a las que se le permitía asistir, cosa que a mí me exasperaba, e incluso intentaba esconderse para rascar unas pocas palabras en las que se le negaba su

presencia. Creó una especie de red viscosa alrededor del palacio. Pero siempre creí que yo estaba exento de esa red.

—¿Quieres decir que desea arrebatarte la corona?

—No abiertamente, aunque hace tiempo que no deja de lanzarme retos e intenta menospreciarme para que mi padre pueda llegar a plantearse una modificación en la línea sucesoria, lo cual, como intuirás, es una completa locura. Has de tener en cuenta que es el tercero en la línea de sucesión. Incluso Menelao, mucho más joven que él, está por delante.

—¿Y el rey no dice nada? No recuerdo un caso así en ninguna otra ciudad.

—Sé que toda Micenas tiene a mi padre como un ser sanguinario, sin corazón, que se alimenta de los sueños de sus súbditos y al que le encanta la guerra. Pero en el fondo es un hombre como otro cualquiera, le mueven las mismas pulsiones que al resto de mortales. Mi padre ama a sus hijos por encima de todo. Intenta que nos llevemos bien, que nuestra relación sea fluida. Trata de motivarnos y de hacernos mejores. Finge no ver la brecha que comienza a abrirse entre nosotros. Pero no te preocupes por mí, Aurimedón: solo conozco la vida de palacio, pero eso significa que me he criado entre víboras y entre conspiraciones. Egisto cree que es un maestro y desconoce que yo inventé el juego. Voy un paso por delante, siempre. Puede intentar lo que quiera. Él se obsesionó con la corona. Yo vivo por y para ella. He aprendido de los errores de mi padre y de mi abuelo. No los cometeré. Cuando me alce como monarca, enviaré a mi hermano lejos. Quién sabe, puede que le consiga un reino propio para calmar su sed. Mientras tanto, tendré que lidiar con sus artimañas.

Estaba impresionado. Jamás hubiera imaginado que el príncipe Agamenón, la segunda persona más poderosa de mi ciudad, pudiera llegar a hablar de semejante forma conmigo. Tal vez necesitase lo mismo que yo, un amigo, alguien con quien poder sincerarse. Es cierto que yo siempre conté con mi hermano, pero Solofemo representaba para mí una figura paterna más que un amigo y, entre los mozos de cuadra, no había conseguido congeniar con nadie. No de la misma manera que con Agamenón.

—Algún día serás un gran rey —le aseguré con sinceridad. En un par de días, me había embelesado. No quería seguir torturándolo con recuerdos de su pasado ni con la imagen de un futuro que se intuía repleto de espinas.

—Ya lo creo. —Él me sonrió también desde su corazón—. El mejor que habrá visto la historia. Y tú sostendrás las riendas de mi carro.

Los razonamientos de Agamenón me hicieron comprender que el encarcelamiento y la ejecución de Tiestes buscaban solucionar varias cuestiones. La primera, de una vez por todas, el tumor que este representaba por ser el enemigo más enconado de Atreo. ¿La segunda? Demostrar la madurez de Egisto, que había solicitado ser el verdugo de Tiestes una vez lo hubiéramos llevado a Micenas. Si mostraba flaqueza o debilidad, sería relegado a un segundo plano de la política micénica, obligando al propio Agamenón a tomar su lugar y cortar la cabeza de su tío. Era un enorme peso para unos muchachos, pero obviamente los príncipes debían estar hechos de otra pasta. Agamenón era el futuro heredero de la ciudad más próspera y aguerrida de toda Grecia. Si quería gobernar, tendría que hacer frente en el futuro a esa y a otras situaciones mucho más complejas.

—Mi padre sigue siendo de los que creen que el monarca de cada reino debe ser el que imparta justicia. «Si no estás dispuesto a mancharte las manos y a condenar tu alma, es porque tu cabeza no soportará el peso de la corona» —me dijo Agamenón, imitando con voz grave el tono de su progenitor.

Me parecía muy duro, inhumano, que tuviera que enfrentarse a ese tipo de situaciones, hasta que recordé las palabras de mi maestro. Había líneas que no debía sobrepasar. Tenía que centrarme única y exclusivamente en lo que dependía de mí. Intentar ser el mejor auriga, siervo y, desde hacía apenas unos días, amigo del heredero micénico.

Delfos quedaba ya muy cerca. Llegamos antes de lo previsto. Durante la última noche, uno de los soldados vino a buscarme.

—El capitán Palamedes y el príncipe Agamenón requieren tu presencia.

Era curioso que me hicieran llamar de aquella forma, porque el campamento no era demasiado grande; Palamedes mismo podría haberme avisado. En apenas unos cuantos pasos, terminé frente a la tienda principal.

—Aurimedón, pasa, rápido —ordenó el príncipe. La tienda, aunque simple, gozaba de la suficiente distinción como para evidenciar quién la habitaba. El resto de nosotros dormíamos al raso, con la cabeza apoyada en la silla de nuestras monturas y, los que teníamos más suerte, tapándonos con una manta—. La ciudad de Delfos ya se vislumbra en el horizonte. Estaba discutiendo con el capitán la mejor manera para apresar a mi tío. Resulta evidente que la figura de Tiestes no goza de un peso político tan elevado como para que Delfos renuncie a entregárnoslo voluntariamente. Contrariar a Micenas podría llegar a ser devastador para ellos, por lo que nos resultaría muy sencillo solicitar que nos faciliten su cabeza, pero hemos de evitar a toda costa, mi padre ya nos lo dejó claro, que se descubra nuestro interés por él. Si otros reinos llegaran a conocerlo, podrían achacarnos alguna debilidad. —Agamenón permaneció en silencio unos segundos para comprobar si seguía su razonamiento. El capitán, sin embargo, no se mostró tan educado. No estaba dispuesto a soportar mi ignorancia y rompió el silencio, impaciente.

—Lo que su alteza quiere decir es que debemos apresar a Tiestes sin que nadie se entere. De esta manera, evitaremos suspicacias inútiles.

—Entiendo, señor —contesté sin saber demasiado bien adónde me estaban llevando mis propias palabras.

—Perfecto, Aurimedón. Sabía que acertaba escogiéndote como parte del selecto grupo que partirá hacia la ciudad esta misma noche.

El heredero de Micenas me sonrió. Esperaba que le diera las gracias, como si me hubiera hecho el mayor de los favores con aquella orden.

—Señor, no conozco Delfos ni tengo ni la más remota idea de dónde podría estar escondiéndose su tío.

—Descuida. No partirás solo. El capitán Palamedes te acompañará. —Me aterrorizó la perspectiva de tener que soportar la vigilancia de esa masa de músculos y gruñidos. Aquel hombre me detestaba y no se esforzaba en disimularlo.

—Sí, señor. Le traeremos a su tío. Lo juro por los Olímpicos y por las aguas del río Estigia —anunció el capitán con gesto marcial.

—Micenas confía en vosotros. Os esperaremos en el templo de Hermes, el dios mensajero. —Había oído mencionar dicho santuario; estaba a las afueras de Delfos—. Intentad no levantar sospechas. —Cuando estaba a punto de salir de la tienda, el príncipe Agamenón creyó conveniente angustiarme con una frase perturbadora—: Huelga decir que, si alguien os atrapara, yo no podré hacer nada para ayudaros.

# XII

## Todo tiene un precio

Para el capitán Palamedes, mi presencia suponía un peso engorroso que arrastrar o, al menos, así me lo indicaba con cada mirada: veía en mí a un charlatán inútil que se había inventado su ascendencia divina para ganarse el favor de la realeza. El militar era el tipo de hombre que confiaba en los hechos mucho más que en las palabras y yo estaba decidido a demostrarle a él, y a todo aquel que quisiera verlo, que no era ningún impostor. Todo lo que tenía me lo había ganado en justa lid, por mis propios méritos, los cuales, todo sea dicho, se reducían a mis aptitudes como auriga y mozo de cuadra. Detestaba las misiones secretas. En realidad, detestaba más bien todas las misiones ajenas al mundo de los caballos, el único espacio en el que podía destacar.

Para llegar a Delfos tuvimos que bordear el santuario de Hermes, uno de los lugares sagrados que poblaban los caminos. Los viajeros, comerciantes y emisarios se encomendaban al dios y realizaban sus ofrendas en busca de jornadas fecundas y provechosas. Lo rodeamos muy temprano, cuando los sacerdotes comenzaban sus labores cotidianas y los feligreses dormían. El capitán no quiso detenerse a dejar su ofrenda, pero me prometió entregar un buey en honor al dios al regresar a Micenas si nuestra misión salía tal y como planeábamos.

Nos detuvimos a almorzar unos trozos de pan y algo de queso de cabra a las afueras de la ciudad. Fue la única ocasión en que Palamedes me dirigió la palabra.

—El trabajo de un capitán es obedecer, no juzgar. —No lo creía capaz de ser tan ambiguo. No supe qué responder. Tal vez estuviera

hablando en voz alta, sin la clara intención de hacerme partícipe de sus elucubraciones—. ¿No ves nada extraño en nuestra misión?

—No sé a qué se refiere.

—Delfos no acoge a ningún prisionero político ni acepta huéspedes innecesarios. Los que acuden hasta sus puertas lo hacen en busca del favor de los dioses. Son devotos fervorosos que tratan de arañar cualquier tipo de ayuda divina.

—¿Insinúa que el rey Atreo nos ha enviado a por su hermano para impedir que reciba la respuesta del dios Apolo? No tiene sentido, ¿por qué iba a tomarse tantas molestias?

—Porque los dioses son los únicos que están por encima de los reyes. Si Tiestes logra, mediante soborno o amenazas varias, legitimar su demanda mediante la voz del divino Apolo, de nada vale la palabra de su hermano en comparación. Se podrá tachar a Atreo de muchas cosas, pero no de ser un ignorante. No ha llegado a donde está por fiarse de la gente. Ningún mortal puede arrebatarle el trono. Aunque, con la ayuda de los dioses, quién sabe... Él mismo se hizo con el trono gracias a Zeus. Créeme. El rey no deja nada al azar.

—¿Cómo vamos a encontrar a Tiestes? —pregunté, cambiando de tema.

—No creo que nos cueste demasiado. El príncipe Agamenón desea que surjamos de las sombras y lo capturemos. Tal pretensión nace de la inexperiencia; no sabe cómo funcionan las cosas fuera de Micenas —Palamedes hablaba con la suficiencia que otorgan los años de servicio—. Con sobornos, muchacho, con monedas. Todo es mucho más fácil cuando cuentas con oro. Si llamamos a las puertas adecuadas, nos servirán a Tiestes en bandeja de plata sin que tengamos que hacer ningún esfuerzo.

—Es que el príncipe ha dicho que no quería que nadie se enterara...

—Y nadie se enterará. Los acólitos de los sacerdotes se mancharán las manos por nosotros. Esperaremos hasta que lo hayan hecho, pagaremos y regresaremos victoriosos hasta Agamenón.

Nuestra misión comenzó tal y como había planeado el capitán. No entramos en el santuario de Delfos, tampoco nos aventuramos dentro de la ciudad. Nos quedamos en los barrios circundantes y nos hospedamos en una posada de mala muerte.

—Es lo que se paga en Delfos —me confesó mi superior cuando traté de quejarme por las altas tarifas del lugar—. Además, debemos mostrarnos generosos con el posadero si queremos que nos ayude.

Palamedes abonó una suma mayor de la solicitada y, a cambio, solo le pidió al posadero que hiciera venir a un sacerdote. Una sonrisa mellada asomó en el rostro del susodicho. Dinero fácil. En esa misión, aprendí que esas dos palabras juntas podían derribar cualquier muro.

El posadero hizo honor a su palabra: a medianoche, mientras mi compañero y yo dábamos buena cuenta de un plato de cordero asado con romero, un sacerdote entró en el comedor del oscuro establecimiento.

—Quédate aquí —me ordenó Palamedes.

El sacerdote y él se alejaron del resto de clientes y se adentraron en el rincón más apartado de la sala. Su conversación no fue demasiado extensa. Un par de frases, susurros más bien, una nueva bolsa repleta de monedas que el sacerdote no tuvo reparos en esconder tras su espalda, un apretón de manos y asunto concluido. Palamedes regresó a la mesa con una sonrisa triunfal.

—Pareces satisfecho, teniendo en cuenta que, entre el alojamiento y lo que acabas de pagarle a ese tipo, te habrás quedado sin una sola moneda —le dije.

—Es una inversión. Estos gastos has de verlos con perspectiva. Cuando le entreguemos su tío al príncipe Agamenón, seré recompensado con creces. El pacto está sellado. Esta madrugada tendremos a Tiestes.

Estaba eufórico. Tanto que, tras beberse unas cuantas copas de vino, más de las que había tomado yo en toda mi vida, me pidió que le contara todos los pormenores de mi carrera. Su máscara, dura e inquebrantable, terminó evaporándose. Reconoció haber disfrutado de los juegos en general y de mi duelo con Automedonte en particular. No contó mucho de sí mismo: tuvo una infancia dura

porque, como yo, era huérfano; su padre fue un héroe de guerra y por eso él decidió seguir la vida marcial. Procedíamos de mundos distintos: Palamedes se había criado entre escudos, sangre y acero; yo, entre estiércol y relinchos. Tal vez nunca llegáramos a ser amigos, pero al menos esa noche compartimos risas y alcohol. Sí, me iba acostumbrando poco a poco al agrio sabor del vino.

Palamedes había pagado por un par de camastros. Al finalizar nuestra cena, subimos a la segunda planta de la posada para intentar descansar. Los catres, repletos de garrapatas, se me antojaron insalubres y cochambrosos; aun así, agradecí sustituir la manta de mi caballo por una superficie mullida. Mi compañero me despertó en plena madrugada colocando su mano sobre mi boca. Con un solo gesto, me indicó que debíamos abandonar el establecimiento en absoluto silencio.

El dueño del lugar nos acompañó hasta la calle antes de dejarnos frente a tres tipos con aspecto patibulario. En el suelo había otro individuo más; un saco cubría su cabeza. Su lujosa túnica bermellón disimulaba cualquier posible mancha de sangre. El capitán, desconfiado por naturaleza y profesional hasta el límite, quiso cerciorarse. Ignoró a los matones y desenmascaró al prisionero.

—Es él.

—Nuestro trabajo concluye aquí —anunció el que parecía ser el cabecilla del grupo, un individuo calvo y desgarbado, que guardaba más parecido con un cíclope que con una persona. Palamedes zanjó cualquier atisbo de trifulca, antes incluso de que surgiera, entregándole un par de monedas. Los sicarios celebraron aquel premio extra y se marcharon dejando allí a Tiestes, amordazado e indefenso.

# XIII

## Larga vida al rey Atreo

Montamos al hermano del rey Atreo, como si fuera una manta, sobre el caballo de Palamedes, con las manos atadas a la espalda, amordazado y con la cabeza cubierta por el saco. Los matones de Delfos habían hecho un buen trabajo, desde luego.

Nuestros compañeros nos estaban esperando en el santuario de Hermes, al que llegamos sin ningún sobresalto. Teníamos prisa por ser felicitados.

—El príncipe Agamenón os estaba esperando, señor —nos dijo uno de los hombres de Palamedes a modo de bienvenida.

—Pues no le hagamos esperar. —Al escuchar el nombre del heredero de Micenas, su tío se retorció inquieto sobre el lomo del caballo del capitán. Mi compañero no tuvo miramientos en propinarle un duro puñetazo en la espalda, consiguiendo que sustituyera sus quejas por lamentos de dolor.

El príncipe de Micenas aguardaba nuestra comparecencia ya montado sobre su corcel. No quería perder el tiempo. Si queríamos hablar con él o recibir algún halago, tendríamos que hacerlo de vuelta en Micenas. No tuvimos tiempo para descansar, solo el que nos dio Agamenón cuando le quitó la capucha a su tío para comprobar que habíamos cumplido nuestra misión.

—Buen trabajo. Sabía que lo lograríais. La ciudad está en deuda con vosotros.

El príncipe dotó a su tío de cierta dignidad al permitirle cabalgar. Atado, eso sí. Lo puso sobre aviso de lo que le pasaría si intentaba escapar o hacer alguna tontería. Tiestes soportó con altivez todo el recorrido. Comía lo mínimo y solo hablaba cuando era preguntado

por su sobrino. Lo sé muy bien porque el capitán Palamedes me ordenó que no le quitara el ojo de encima. Agamenón nos hizo redoblar esfuerzos y acortamos las jornadas de camino. Si el trayecto de ida ya había sido duro, el de vuelta fue un verdadero ejercicio de tesón. Las bromas quedaron atrás y la tensión se apoderó de nuestro grupo. Agamenón recuperó una actitud silenciosa y distante, como si Tiestes fuera un agujero que nos absorbiera la energía.

—Está maldito —me confesó en una ocasión Palamedes—. Su fétido aroma repugna hasta a los dioses. Si estuviera en su piel, ya me habría rajado la garganta con mi propia espada.

Si lo estaba o no, nunca lo supe. Aquel hombre, eso sí lo puedo asegurar, era distinto al resto. Si Agamenón desprendía luz, energía y vitalidad, Tiestes transmitía todo lo contrario. Su aura era tenebrosa; su mirada, perdida, incómoda y lúgubre. Al morir sus hijos, Tiestes se reencarnó en puro rencor.

Agamenón envió a uno de los hombres de Palamedes al palacio para que avisara de nuestra llegada y los muros de Micenas la celebraron, o eso imaginé yo cuando los divisé desde la lejanía.

—El rey exige que entremos por la puerta principal —nos informó Agamenón—. Ya no tenemos por qué escondernos. Quiere que la ciudad entera sea testigo de la caída en desgracia de este traidor.

Desconozco qué tipo de historias recorrieron las casas, los templos y los mercados de mi hogar desde nuestra partida. Debieron de ser muchas y muy variadas. Desde anécdotas que ensalzaban la valentía y generosidad del rey, dispuesto a sacrificar a su hermano en beneficio de la ciudad, hasta leyendas maliciosas que aseguraban un linaje bastardo, hediondo y maldito de Tiestes. Estoy seguro porque, nada más entrar en Micenas, una marabunta de ciudadanos furiosos se arremolinó en torno a nuestra comitiva. Escuché más insultos y maldiciones en aquella mañana que en todas las que había pasado entre las paredes de los establos, y eso que los mozos de cuadra podían llegar a ser muy imaginativos y malhablados. A Tiestes se le

atribuyeron los peores delitos posibles y le lanzaron todo tipo de objetos, desde piedras y alimentos podridos hasta desperdicios de procedencia cuestionable. De no haber mediado los soldados del rey, hubieran terminado despedazándolo en medio de la calle. La locura se apoderó de personas respetables, de señores, mujeres e incluso niños. Toda Micenas odiaba a Tiestes.

En medio de todo aquel sinsentido, nuestro prisionero se dio cuenta de mi sorpresa. Me sonrió con la frente llena de suciedad; una enorme bola de fango, aunque su olor me hacía temer que fuera otra cosa, acababa de acertarle en pleno rostro. Escupió con desprecio al suelo y me dijo:

—Tranquilo, muchacho. Esto no ha hecho más que comenzar. —Sus palabras me dejaron sin aliento—. Mi hermano no sabe lo peligroso que es meter al lobo en una ciudad repleta de ovejas. Ponte cómodo y espera. Lo obligaré a tragarse esta humillación, esta y todas las que he tenido que soportar durante toda mi vida.

Entonces no di demasiada importancia a sus amenazas; las atribuí a la desesperación y al enojo de un loco. Ojalá se lo hubiera dicho a Agamenón. Todo podría haber sido diferente.

Nuestro grupo llegó entre ovaciones hasta el patio principal del palacio de Micenas. Todo fueron prisas. Los soldados descabalgaron de inmediato; los funcionarios reales y los pajes nos esperaban. Tiestes debía ser llevado ante el rey nada más llegar. El capitán Palamedes logró robarles unos instantes para agradecernos nuestra labor.

—Regresad satisfechos a vuestras casas. Habéis cumplido con honor la tarea que se nos impuso. ¡Larga vida al rey Atreo y a su hijo Agamenón! —exclamó.

Todos los presentes secundamos sus vítores. No pude despedirme del príncipe. Sus obligaciones en el palacio lo arrastraron dentro y yo sabía que no debía llamarme a engaño: aquella misión no cambiaba mi mundo en absoluto. Aunque me hubiera brindado su confianza, al menos temporalmente, Agamenón seguía siendo príncipe y yo un

simple trabajador de las caballerizas que soñaba con convertirse en auriga.

Miré a izquierda y derecha, buscando a mi maestro y a Solofemo. Mi hermano estaba esperándome un tanto alejado de la multitud. Corrí hacia él. Me moría de ganas por contarle todas mis aventuras, aunque me lo impidió con un gesto firme, me agarró de la pechera y se acercó para susurrarme al oído:

—Acompáñame al establo, rápido. —El tono imperativo de su voz me asustó.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo decirte nada aquí. Vámonos, deprisa. Micenas está a punto de arder.

Solofemo salió disparado. Tuve que seguirlo.

# XIV

## Los designios de los dioses

Me costó seguir el ritmo de mi hermano, que pronto me tomó ventaja. Sentía las piernas dormidas del viaje y además me veía obligado a llevar a mi caballo sujeto por las riendas entre una multitud exaltada. Algunos me reconocían y me daban palmadas en la espalda, felicitándome por la carrera. Mi fama crecía en Micenas y también mi preocupación. Asfixiado, tremendamente agobiado entre un mar de manos y brazos, apenas podía moverme entre la muchedumbre e iba acusando la fatiga cada vez más.

Mi mente parecía obsesionada en flagelarme con pensamientos tortuosos. El primero en venirme a la cabeza fue el de que a Leutides le había ocurrido alguna desgracia. Estuve a punto de vomitar, un sudor frío e intenso descendía por mi espalda. No me sentía preparado para afrontar la pérdida, no en aquel momento. Las palabras de Solofemo carecían de sentido. «Micenas está a punto de arder». ¿Qué había ocurrido durante mi ausencia? ¿Atreo estaba enfermo, le había declarado la guerra a alguna ciudad vecina, sufríamos una invasión corintia, alguna plaga enviada por los dioses...? Tenía que llegar a las caballerizas cuanto antes o serían mis propias preocupaciones las que me derrotaran.

Un muchacho joven, un mozo que debía de haber comenzado a trabajar para Leutides mientras yo me encontraba en Delfos, me esperaba a las afueras del establo. Le dejé las riendas de mi montura y entré todo lo rápido que pude. Mi hermano aguardaba en el centro del recinto con los brazos en jarras, tratando de recuperar el aliento. El ambiente era distinto. Nadie me saludó, nadie se atrevía a mirarme. La oscuridad y la tensión latían en el ambiente.

Todos mantenían la cerviz baja, con los ojos fijos en el suelo, como si tuvieran un tenebroso secreto que no querían o no podían confesar.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Dónde está el maestro? —grité. No podía más. Nada. Mis compañeros me ignoraron. El único que habló fue Solofemo.

—Tranquilo, hermano, está todo bien. Acompáñame al cuarto de los carros. Será mejor que hablemos en privado. Han sucedido muchas cosas desde que te fuiste. —El tono de su voz me resultó extraño y perturbador. Algo había cambiado en él. Era la primera vez que lo veía así. Me costaba reconocerlo tras aquella máscara tensa.

Solofemo abrió la puerta del cuarto de Leutides con su propia llave, lo que me preocupó todavía más. Sabía del recelo y el mimo con que nuestro maestro cuidaba aquella zona. Nadie tenía derecho a abrirlo sin su permiso y jamás nos dejaba la llave a ninguno. El aroma a serrín y a madera invadió mis fosas nasales. Los carros estaban sucios. Leutides llevaba varios días sin entrar allí, seguro. El crujido de las puertas al cerrarse tras nosotros me estremeció.

—Estás asustándome, ¿qué quieres contarme?

Solofemo se subió a uno de los carros antes de responderme.

—Tiene que ser una experiencia increíble, ¿verdad, Aurimedón? Conducir uno de estos carros delante de toda Micenas. Sentir el aliento del público, la complicidad de tu señor, el cariño de la familia... —No sabía a qué venía todo aquello. Estaba totalmente descolocado—. Lástima que el gran Agamenón solo te escogiera a ti, ¿no? A mí me ignoró delante de todo el mundo. Tú no te diste cuenta, pero jamás se ha molestado ni en mirarme. Para él no soy más que otro insecto que pisotear. Y a ti, a mi propio hermano, te da lo mismo. Solo estás pendiente del principito para que consiga entregarte lo que quieres, y los demás no importamos, ¿no es así? —Intenté protestar, pero él no me lo permitió. Todo fue demasiado extraño. Era como si lo hubiera estado ensayando—. Tranquilo, estoy acostumbrado. Es el deber del hermano mayor. Mirar siempre por el menor, cuidarlo e intentar darle lo mejor. Desde que nuestros padres murieron, siempre me he sentido en la obligación de protegerte y siempre lo haré. Por muy egoísta que hayas sido conmigo.

—Solofemo, no sé qué estás...

—Egisto vino a verme cuando os marchasteis —me interrumpió.

—¿Egisto, el monstruo que intentó matarnos?

—Aquí solo hay un monstruo: Atreo.

—¿Atreo? Por el amor de Zeus. ¿Se puede saber qué te ha contado ese loco?

—¡Siéntate y escucha con atención! —exclamó Solofemo, saltó del carro y me empujó contra el suelo. Me habló apenas a un par de dedos de distancia; podía oler su aliento; había bebido vino antes de afrontar nuestra conversación—. ¿Jamás te has preguntado cómo fue posible que nuestros padres murieran en una epidemia que apenas se recuerda? ¿Acaso no has visto los ojos temblorosos y huidizos de la abuela Melgara cada vez que le hemos preguntado sobre ello?

—Los designios de los dioses son inciertos.

—¡Aurimedón! —me gritó sujetándome la cabeza con ambas manos—. Atreo mató a nuestros padres.

# XV

## Vivir es recordar

Las palabras de Solofemo rugieron en mi mente como el martillo y el yunque de Hefesto, el dios herrero. Tuve que sentarme, mareado, para asimilar todo aquello. Mi hermano no era propenso a la fantasía o a los cuentos; no era ningún crédulo. El fallecimiento de nuestros padres siempre había sido una cuestión tremendamente delicada. Salvábamos ese peliagudo asunto como la certeza de la muerte, dándole la espalda. No insistíamos, no buscábamos detalles en los labios agrietados de la abuela Melgara. Cada vez que le preguntábamos, percibíamos que la sometíamos a una tortura inenarrable. No valía la pena. No nos los podría devolver. «Vivir es recordar», nos dijo en una ocasión, y, aunque jamás pude recordarlos y solo albergaba la sombra envidiosa de que Solofemo sí lo hizo, a nadie, ni siquiera a mi peor enemigo, le haría revivir tanto dolor.

—Egisto me lo contó todo —admitió mi hermano. Su voz, por mucho que intentara mostrarse decidido, me llegaba débil, tenue—. El rey Atreo, el muy cerdo, se encaprichó de mamá; ya sabes que la abuela siempre nos ha dicho que era la muchacha más hermosa de toda Micenas. Le dio absolutamente igual que estuviera casada con nuestro padre, que, además de ser un artesano cerámico, fue también un hombre leal a la corona. Durante los años más fogosos del monarca, todas las mujeres micénicas temían sus lujuriosos colmillos. Intentaban no llamar la atención y apenas salían a la calle, todo a fin de evitarlo. Atreo, tras haber recuperado el trono de la ciudad gracias a la ayuda de los dioses, se sentía intocable. Se acostaba con la presa que más le apetecía en cada momento, sin

remordimientos, sin consecuencias. La negativa de nuestra madre solo aumentó su deseo. Asustada ante la pervertida insistencia del rey, mamá terminó confesándoselo todo a nuestro padre. —Ellos se llamaban Crépito y Lisandra—. Él no se lo pensó, fue directo a palacio para exigirle explicaciones al rey. Le amenazó con contárselo a todo el pueblo, a los sacerdotes e incluso a su esposa Aérope, creyendo que Atreo todavía albergaba algún atisbo de humanidad. ¿Sabes qué hizo el rey cuando lo vio frente a él? Reírse. Sí, reírse a carcajada limpia antes de encerrarlo. —Apreté los puños, preso de la rabia—. Atreo envió a sus soldados en busca de nuestra madre y la arrastraron hasta su alcoba. Allí, el bastardo Atreo le dijo que, si no accedía a abrirse de piernas, mataría a su único hijo y a su marido. Ella aceptó entre lágrimas. «Los gritos de dolor de Lisandra se escucharon hasta en el último rincón del palacio», esas fueron las palabras con que Egisto me reveló lo que dijeron los esclavos más ancianos. Los que fueron testigos de los actos de Atreo. Un infierno envuelto en sábanas de lino. Nueve meses después, naciste tú.

—No puede... —Se me nubló la vista. De no haber sido porque Solofemo me sujetaba, habría caído al suelo. Mi mundo comenzó a tambalearse, como si Poseidón hubiera sacudido mi corazón con uno de sus terremotos.

—Lo siento, Aurimedón. Comparto tu dolor. Por mucho que me pese, la historia no termina aquí. Atreo, envidioso como solo los reyes pueden serlo, no pudo soportar la felicidad que aportaste en casa. Papá te aceptó sin dudar y el rey pasó a convertirse en un mal recuerdo, una pesadilla. Eso era inadmisible para alguien tan egocéntrico como él. Sus soldados entraron en casa de noche y mataron a sangre fría a nuestros padres. Los gritos de la abuela Melgara rasgaron el amanecer cuando encontró a su hija y a su yerno sin vida, apuñalados. —No pude evitar proyectar, mentalmente, las imágenes de mis padres ajusticiados, unos padres a los que no había conocido pero con cuyos recuerdos crecí—. Temiendo el destino que podíamos correr, ella se hizo cargo de nosotros, dejando a un lado el dolor, e intentó huir de la ciudad. Supo desde el principio que aquello no había sido casual. No fue un simple robo, como quisieron hacerle creer. No se llevaron nada de

valor salvo las vidas de Lisandra y Crépito. Sin embargo, el rey Atreo, con los ánimos mucho más templados, acababa de encontrar una nueva presa: impidió a Melgara abandonar Micenas y le prometió que jamás nos faltaría de nada y que velaría por nosotros desde las sombras a cambio de su silencio. De no acceder, aseguró, nos mataría a los tres. La abuela tuvo que tragarse toda su ira y su tristeza y apartar el orgullo para poder criarnos. Ocultó la muerte de nuestros padres con la excusa de una maldita enfermedad e intentó sacarnos adelante. No nos inculcó ningún tipo de odio hacia nuestro monarca; llegamos incluso a admirarlo. ¿Imaginas lo que eso supuso para ella? ¿Tú serías capaz de contarles historias gloriosas a tus nietos sobre el monstruo que mató a tu hija? —El rictus severo de mi hermano demostraba un odio desmedido—. Así prosperamos bajo las alas de la abuela y Atreo se olvidó de nosotros. O eso creímos.

El dolor terminó por desbordarme. Desconocía que se podía sufrir tanto. Un suplicio punzante, rodeado de mentiras, espinas y secretos, me apuñalaba sin cesar. Cada respiración, cada brizna de aire que inspiraba dolía, quemaba. Parecía que los dioses y los humanos se hubieran aliado para maldecirme. Jugaban conmigo. Yo era como la piedra pateada por un sinfín de personas que, sin voluntad propia, termina enterrada bajo una boñiga gigantesca. Estaba total y completamente roto.

—Todo el palacio lo sabe, Aurimedón. Egisto ha sido el único en atreverse a contármelo. Agamenón solo te trata así porque cree estar en deuda contigo. Por eso te escogió. Ni sueños ni caballos. Nada. Solamente le reconcome la culpa, una culpa heredada. Pretende salvar el alma de su padre, limpiar sus pecados sangrientos con buenas acciones. Pero, si cree que con sus limosnas puede conseguirlo, se equivoca. ¡Combatiremos por la memoria de nuestros padres!

—¿Combatiremos?

—Por supuesto. Egisto lo tiene todo preparado. Ha aprovechado las semanas que habéis estado fuera para hacerse con la ciudad y terminar con la vida de Atreo y de sus descendientes. De hecho, Micenas ya es suya, pero el rey borracho todavía no lo sabe. Él

mismo fue quien envenenó los oídos del monarca para que mandara apresar a Tiestes. Y esa será, precisamente, la causa de su caída.

—No entiendo...

—Conoces de sobra la enconada enemistad que se profesan los dos hermanos; lo que no puedes ni imaginar es hasta dónde llega. Cuando Tiestes fue desterrado de Micenas, acudió al Oráculo de Delfos para saber cómo podría vengarse.

—Consultarle algo así al Oráculo es...

—Monstruoso, ¿verdad? La respuesta que recibió lo fue todavía más: para poder desquitarse de Atreo, Tiestes debía engendrar a un heredero digno. Entendiéndose digno como endogámico e incestuoso.

—¿Incestuoso?

—Violó a su propia hija, Pelopia, la que tuvo con Aérope, la mujer de Atreo. ¿Y sabes quién nació de esa unión? —Solofemo dejó pasar un instante agónico en el que me sentí morir—. Egisto. El destino y las malas artes de Tiestes, que sobornó a un pastor para que le entregase el niño a su hermano, hicieron el resto.

Había escuchado historias y cantares sobre la princesa Pelopia. Muchos aseguraban que nació loca, poseída por extraños dioses. Algunos decían que su muerte había sido accidental y otros tantos aseguraron estar presentes cuando se suicidó. La figura de aquella joven siempre había estado envuelta en un halo misterioso, oculta por un velo tenebroso, pero nunca habría podido llegar a imaginarme algo así.

Todo aquello me superaba. La muerte de mis padres, la ascendencia monstruosa de Egisto, la mentira en que se había convertido mi vida. No pude más. Me desplomé. Caí al suelo y comencé a llorar desconsolado. El mundo era un lugar horrible. Tantas falacias, embustes y crímenes lograron quebrar por completo al niño que una vez fui. Mi hermano se arrodilló junto a mí. Me costaba respirar, me dolía el pecho y un torrente de lágrimas amenazaba con dejarme seco. No sé cuánto tiempo estuve así. Para mí fue toda una eternidad.

Finalmente, Solofemo me obligó a levantarme.

—Tienes toda la vida para llorar y maldecir a los dioses, pero solo una noche para vengarte, hermano.

Sé que muchos creerán que lo que me faltó fue valor o decisión. En absoluto. Mi mente estaba tan nublada por el dolor y la traición que no cabía en mí la venganza. Necesitaba respuestas, no sangre.

—¿Y el maestro sabía algo? —pregunté.

—Lo supo todo desde el principio y no quiso alumbrarnos. Prefirió que viviéramos envueltos en tinieblas. Desconozco si se lo contó la abuela o Agamenón. Lo siento. —Otra nueva puñalada. Tenía el alma agujereada, desangrándose por una herida que tal vez no cicatrizase nunca—. No podemos fiarnos de nadie, Aurimedón. Estamos solos en este mundo. La única baza que tenemos es obedecer a Egisto. Debemos aceptar la mano que nos tiende o atenernos a las consecuencias.

—¿Va a matarlos o los enviará al exilio? —La pregunta surgió de lo más profundo de mis entrañas. Hasta yo me sorprendí de haberla formulado.

—Egisto no será tan torpe como su tío. Sabe que no podría dormir tranquilo si Atreo y los de su estirpe siguieran libres.

No deseaba ser partícipe de otro enfrentamiento más. La rueda sangrienta de la familia real debía detenerse. Micenas entera moría entre estertores con cada nuevo episodio. No me quedaría de brazos cruzados, aunque tampoco tomaría partido por el desgraciado de Egisto. Debía lograr que mi hermano entrara en razón y solo se me ocurría una persona que pudiera conseguirlo.

—¿Dónde está Leutides? Necesito hablar con él.

—No tenemos tiempo para eso ahora; Egisto nos espera. Debemos demostrarle nuestra lealtad para ganarnos su favor.

—No quiero nada de Egisto. Cumplamos con la voluntad de nuestra abuela y vayámonos de Micenas. Comencemos de nuevo en otro lugar, ajenos a todas estas monstruosidades fratricidas. Tú ya lo dijiste: «Micenas va a arder». Abandonémosla cuanto antes.

—¿Estás loco? ¿Prefieres ganarte la vida como un mendigo, arrastrarte como un muerto de hambre en otra ciudad antes que seguir a Egisto, el único hombre que no nos ha mentido? Sí, Micenas arderá, pero volverá a renacer, ¡y nosotros con ella!

—¡Intentó matarnos, por Zeus! Egisto no es más que una bestia sedienta de sangre. Su origen es abominable. Hasta los mismísimos dioses lo desprecian. No encomendaré mi vida a su servicio.

—¡Siempre has sido un maldito egoísta! Solo miras por ti. Llevas tiempo acaparando la gloria y ahora no quieres soltarla. ¿No puedes soportar que tu hermano prospere? ¿Quieres que me pase toda la vida limpiando meados y cepillando crines de caballo?

—Solofemo, yo...

—Cállate. Si no tienes arrestos, quédate aquí. Yo me ocuparé de todo.

—No permitiré que te ensucies las manos. No eres ningún asesino. No vayas, por favor.

—No puedo creerlo. ¿Tantas ganas tienes de salvar a tu amiguito Agamenón? ¿Qué habéis hecho en Delfos? ¿Compartisteis lecho?

Tal vez la pregunta no fuera para tanto. Fue el tono, la mirada burlesca y cínica de mi hermano, cargada de odio, lo que provocó mi reacción.

Cerré el puño y proyecté toda mi fuerza hacia delante. La rabia, el dolor, la desesperación y la traición se unieron en un solo golpe directo al mentón de Solofemo. Mi hermano debió de olerse algo, porque consiguió que mi puñetazo le acertara en el pómulo en vez de en la barbilla. De haberlo hecho, lo habría noqueado. Cayó al suelo con la mejilla abierta. Un reguero de sangre le surcaba el rostro. En ese preciso instante, Solofemo cambió para siempre. Sus ojos destilaron un odio insano, una oscuridad inmensa. Se abalanzó hacia mí como un animal salvaje nada más recuperar la verticalidad. Retrocedí. Si había aprendido algo de todos mis entrenamientos, es que no podía vencerlo en una pelea convencional por mucho que mis movimientos fueran más fluidos y elegantes. Él era fuerza bruta, sus nudillos eran como piedras, escupía rabia en cada golpe. Su instinto asesino y sus dotes naturales me resultaban, sencillamente, inalcanzables. Fue como enfrentarse a un jabalí furioso.

Quisiera decir que la pelea fue apretada, pero debo confesar que recibí una tremenda paliza. Me cayeron patadas, puñetazos y golpes de todo tipo. Detuve alguno, esquivé unos pocos y encajé la mayoría. Un golpe seco en pleno estómago me dejó sin aire y me

obligó a doblarme. Una arcada con regusto a hierro me recorrió toda la tráquea. Vomité sangre y las gachas del almuerzo. Recuerdo que lloré; de hecho no había dejado de hacerlo desde la primera revelación de mi hermano. Solofemo pudo haberme matado pero, bajo aquella máscara rencorosa y dolida, seguía palpitando el corazón de un familiar.

Me agarró del pelo, me sacó de allí y me arrastró por las caballerizas. La imagen debió de resultar patética. El auriga de Micenas llorando, con los labios y la cara repletos de bilis y de sangre, barriendo el polvo y los excrementos de las cuadras. Todos mis compañeros lo vieron. No había lugar para burlas ni risas. La pena y la lástima los invadieron. Hasta los caballos cerraron los ojos.

Los últimos en contemplar mi ruina fueron dos guardias armados. Verlos me hizo comprender cuánto había cambiado nuestro hogar. Era la primera vez que unos soldados pisaban las caballerizas. Debían de ser enviados de Egisto para proteger a Solofemo. Se apartaron ante él y este terminó empujándome adentro de un cercado. La paja del suelo amortiguó mi caída. Escuché unos tenues murmullos cerca de mí. ¡Leutides y Geras! Tenían los rostros hinchados y repletos de moratones, con sangre seca en las vestimentas. Intentaban decirme algo. No pudieron. Estaban amordazados y atados.

—Aquí tienes a tu querido maestro. Aprovecha esta noche. No podré seguir cuidándote siempre. Es hora de que madures. Tuya será la decisión: o tu hermano, sangre de tu sangre, o el hombre que te mintió y se aprovechó de ti —me susurró Solofemo mientras me ataba las manos a una estaca de madera, antes de marcharse.

Esa noche fue el principio del fin.

# XVI

## Mercenarios

Estuve tentado de dejarme consumir por la situación. Atado, la angustia me devoraba y apenas conseguía mantenerme a salvo de la locura. Creía que los dioses me habían traído a este mundo solamente para hacerme padecer.

Escuchaba sonidos ininteligibles que provenían del lugar donde Geras y Leutides habían sido inmovilizados. Ellos intentaban por todos los medios hacerse oír, pero yo permanecía absorto, concentrado en todas las preguntas que no dejaban de repetirse en mi cabeza: «¿Me escogiste por algo? ¿Estuvo todo planeado desde el principio? ¿Os lo habéis pasado bien a mi costa?». Y, sobre todo, pensando en Leutides: «¿Llegaste a quererme de verdad, como yo te quise, como a mi padre?».

No estaba dispuesto a mostrar más fragilidad; ya no me quedaban lágrimas. Solo quería cerrar los ojos y dejarme llevar, aceptar una vida a la sombra de mi hermano y de Egisto... o luchar. Esa brutal dicotomía no dejaba de asolarme, se abría paso dentro de mí, con garras de acero, resquebrajando hasta el último rincón de mi espíritu. «Ríndete», suplicaba mi alma atormentada. «Ríndete».

Esa noche me sirvió para comprender algo: el héroe menos pensado, el invisible, el que nadie imagina, es el mejor de todos.

—¿Qué hacéis? ¿Estáis locos? ¡Atrás! —exclamó uno de los guardias al tiempo que colocaba su lanza en posición de ataque.

Al levantar la vista, me di cuenta de que todos los muchachos del establo, armados con espadas, cuchillos y garrotes, amenazaban a los centinelas de Solofemo. Porfidas, el hombre al que mi hermano le había quitado el puesto, encabezaba el peculiar contingente.

—¡Alto! ¿Queréis morir? —preguntó el otro guardia apuntando con la punta de su arma a uno de los más jóvenes.

—¡Por Leutides! —exclamó Porfidas antes de que los soldados micénicos, mejor entrenados y equipados, fueran derrotados por la veintena de trabajadores.

Mis compañeros se abalanzaron sobre ellos como aves de rapiña, apuñalando cualquier atisbo de carne, entre gritos de rabia y ataques furibundos. Habían capturado a su maestro, torturado a su campeón y violado el recinto sagrado donde todos encontramos un hogar. Los desdichados centinelas pagaron por todo ello con sus vidas; aunque, antes de caer abatidos, hicieron alarde de su destreza y tuvimos que lamentar la muerte de un par de mozos de cuadra y las heridas de varios más.

Al primero que desató Porfidas fue a Leutides. Este, una vez liberado, bebió un gran sorbo de agua del cubo que su segundo le tendía y acudió corriendo hasta mí. Intenté desviar la mirada, orgulloso. No lo conseguí. Cortó mis ataduras con un cuchillo y se arrodilló, abrazándome con fuerza. Le di un empujón.

—Lo siento. —Fue la única vez que vi llorar a mi maestro. Su abrazo fue bálsamo, cura y hogar. Refugio eterno y conocido. Todo cuanto necesitaba.

—Si Solofemo se entera... —protesté sin levantarme.

—Que se entere. No sabes las ganas que tengo de patearle el culo a ese mocoso —gruñó Geras—. Vino aquí con un montón de mercenarios pagados por el desgraciado de Egisto. A nosotros nos apalearon y a los muchachos del establo los amenazaron. La ciudad lleva siendo suya desde que os fuisteis. Algunos todavía no se han enterado.

—Estos todavía son mis establos —contestó Leutides—. Desconozco qué te habrá dicho tu hermano. Lo único que puedo asegurarte es que siempre os quise y os sigo queriendo. —¿Cómo pude creerle? ¿Cómo sirvieron unas pocas palabras para remediar años enteros de mentiras y secretos? Por su voz temblorosa, torturada, y su mirada mendicante. Leutides, el gran Leutides, uno de los grandes ídolos de toda la historia de Micenas, arrodillado ante mí, llorando como un niño pequeño. Implorando mi perdón. Le creí.

Sí. Le creí. Tenía su frente apoyada en la mía. Fue sincero, lo sé. Las mentiras, las mentiras de verdad, las que marcan a fuego, necesitan distancia para volar—. Te ruego que intentes entenderme; no podía contaros nada. El príncipe Agamenón, tu hermanastro, quería confesártelo en persona. Pero antes necesitaba conocerte. Te tiene en muy alta estima, créeme. Y solo tú puedes salvarlo.

# XVII

# El poder de los olvidados

El establo se convirtió en un cuartel improvisado. Geras se encargó de supervisar todas las operaciones: se alejaron los caídos, tanto los nuestros como los centinelas; se les aplicaron torniquetes a los heridos y se intentó hacer acopio de toda la madera posible para construir una especie de parapeto tras la puerta principal. A mí me tendieron varios paños húmedos para que me limpiara el rostro. Así me hallaba cuando Leutides se acercó y me detalló todo lo ocurrido durante las últimas semanas. Todo lo que mi hermano había omitido.

Egisto había convencido al rey Atreo de que mandara a su hijo Agamenón —el único que podía hacer frente a su plan de usurpación — en busca de Tiestes con el pretexto de una más que posible revuelta bendecida por los dioses. Hizo que fuera Agamenón consciente de que el otro príncipe, Menelao, era demasiado pequeño y menos ágil de mente, por lo que no le supondría ningún problema.

En cuanto el legítimo heredero de Micenas abandonó la ciudad, nada se pudo hacer para evitar que el perverso plan que Egisto llevaba tiempo tramando en secreto comenzara a materializarse. Se valió de la confianza ciega y del amor por el vino del monarca para que todo diera comienzo y pronto los aristócratas y los mercaderes abrazaron el cambio de gobierno, temerosos de quedarse fuera. En cuanto a los que todavía seguían siendo leales a Atreo y los militares de mayor abolengo, fueron apresados. Para ello, Egisto se sirvió de la ambición de multitud de ciudadanos hasta ese momento en segundo plano, como mi hermano Solofemo, que solo deseaban una oportunidad para prosperar. Atreo, preocupado por la captura de Tiestes, no vio venir la conjura y, cuando esta se desarrolló, tampoco

se dio cuenta de nada: los siervos de Egisto se encargaron de que no pasara un instante alejado de la bebida y del opio, de tal modo que, desde la partida de Agamenón hasta nuestra llegada, jamás estuvo en pleno uso de sus capacidades. Tampoco faltaron mujeres en su alcoba.

En cuanto a su esposa, la reina Aérope, llevaba años enclaustrada en su propia ala del palacio y no prestó la más mínima atención a Atreo, a su degradación ni a su caída. Había convivido con tantas monstruosidades, había contemplado tantas atrocidades que, según Egisto se esforzó por airear, acogió de buen gusto la caída en desgracia de Atreo aunque eso conllevara la deshonra de sus propios hijos.

La tela de araña por fin estaba terminada y la mosca aún no se había dado cuenta de lo pegajosa que era.

Una mañana, Solofemo entró en el establo acompañado por el propio Egisto y un sinfín de soldados. Redujeron a Leutides y a Geras, amenazaron al resto y les hicieron jurar lealtad. Lealtad puesta en duda, porque dejó en vigía permanente a varios soldados como los que acabábamos de abatir. Desde aquel día, mi maestro fue relegado de su puesto. Tan solo faltaba el punto y final: la llegada de Tiestes con la consiguiente ejecución de Atreo y de su descendencia. Con su muerte, no habría nadie capaz de negar su derecho a gobernar, por muy abominable que hubiera sido su manera de hacerse con la corona.

Ni el pueblo ni el ejército serían capaces de frenarlo. Egisto abrazaría el poder como a una doncella secuestrada.

—Si Egisto lo tenía todo planeado, ¿por qué el gentío recibió de esa forma a Tiestes? ¿Qué sentido tendría abuchearlo y tratarlo como al peor de los criminales?

—Egisto infiltró a muchos de sus lacayos en todas las calles de Micenas para que extendieran mentiras, rumores malintencionados e historias estrambóticas sobre su propio padre; todo para que la muchedumbre se abalanzara contra él. ¿Por qué lo hizo? Para que, cuando al fin se supiera la verdad, la verdad de Egisto, el pueblo se sintiera culpable por haberse dejado engañar, por haberlo juzgado con tanta dureza sin saber lo que había ocurrido. Además, no podía

poner sobre aviso a Agamenón. Sigue siendo el único capaz de pararle los pies.

Sin embargo, se dejó una arista sin pulir: el poder de los olvidados. Nos subestimó, como siempre. Nadie advirtió a Egisto de la fuerza que podría representar un puñado de mozos de cuadra. Y Solofemo también nos subestimó.

—¿Por qué habéis atacado ahora?, ¿por qué no lo hicisteis cuando estaba Solofemo? Un hombre más no debería haber supuesto demasiada diferencia —pregunté en voz alta.

—Porque, antes de ser retenido y maniatado, cuando descubrimos las verdaderas intenciones de Egisto, el maestro nos dejó claro que, para tomar la decisión de si levantarse o no contra su plan, necesitaba conocer tu reacción —contestó Porfidas—. Nos lo dijo con toda claridad: «Será Aurimedón quien decida nuestro futuro».

No hicieron falta más palabras. Aquella frase me transmitió todo el afecto que Leutides me profesaba. Si hubiera decidido seguir a mi hermano, habría dado su vida por mí, aceptando su propia muerte y dejando que yo creyera que era un ser indigno y mentiroso con tal de no perjudicarme. En cambio, al haberme negado a seguir las directrices de Egisto y de Solofemo, Leutides se alzó como una especie de semidiós, listo para combatir contra los usurpadores. Un león justo y decidido, dispuesto a cuidar de los suyos.

El plan que había elaborado era una maldita locura: Porfidas lo acompañaría hasta las tripas mismas del palacio, donde se jugaría el todo por el todo confiando en la integridad y en el honor de algunos viejos amigos suyos. No debían tardar demasiado. Entrar, rescatar a los príncipes y traerlos de vuelta a los establos, donde Geras y el resto de muchachos los esperaríamos armados. Les haríamos creer que las caballerizas eran el último reducto de los descendientes de Atreo. Una última fortaleza que tomar. ¿Mi papel en todo aquello? Preparar tres caballos y escapar, cobijados por la oscuridad de la noche, junto a los herederos al trono hasta una ciudad amiga: Esparta.

Mi maestro jamás fue amigo de grandes palabras. Cuando el corazón habla, no hace falta nada más. Sus actos le dieron alas. Se marchó junto a Porfidas tras darme un leve abrazo de despedida. Imploré a los dioses que todo saliera bien.

El rítmico tintineo de las armas en el centro de las caballerizas me hacía angustiarme con preguntas inquietantes. ¿Sobrevivirían mis amigos, verían otro amanecer? ¿Mi hermano podría llegar a perdonarme algún día? ¿Comprendería mi reacción? ¿Cómo iba a afectarle todo aquello a mi abuela Melgara, la mujer que siempre veló por nosotros? La preocupación le fue comiendo terreno al dolor; el deber, al pesar. Intenté convencerme una y cien veces de que estaba haciendo lo correcto. Seguir con el plan de Leutides significaba dejar atrás todo lo que conocía y estimaba: mi familia, mi ciudad, mi profesión..., todo para que Agamenón y su hermano Menelao siguieran con vida. Rogué a Poseidón que me enviara una señal, que me ayudara, que me mostrara que iba a escoger el camino correcto. Y vaya si lo hizo. Escuché un relincho fuerte, poderoso, inimitable. Solo había un caballo así en toda Micenas. Corrí hasta él y, aunque creía que no me quedaban lágrimas, verlo me hizo darme cuenta de lo equivocado que estaba. Sombra Negra.

—Egisto se lo compró a Automedonte nada más terminar la carrera —me dijo uno de los muchachos—. Fue el primer pago que le hizo a Solofemo. Tendrías que haber visto su cara. No había nada en el mundo que deseara más. Según confesó tu hermano, se lo había estado reservando para él.

No podía, no quería creerlo. Toda la parafernalia de los juegos, todos nuestros esfuerzos no fueron más que movimientos anticipados por Egisto. Me enervaba imaginármelo cerca de Sombra Negra y me atormentaba todavía más que Solofemo hubiera sido capaz de aceptarlo.

—No volveré a separarme de ti nunca más, amigo —le prometí a Sombra Negra mientras acariciaba su lomo y apoyaba mi cabeza sobre su cuello. Él suspiró aliviado y feliz, lo juro, pude percibirlo, de volver a reencontrarse conmigo.

Dispuse tres hatillos con todo lo necesario poniendo especial énfasis en las armas y en la comida: tres espadas, cuchillos, pan, carne seca, queso y olivas. Revisé las sillas y las tres monturas que había escogido: los dos corceles tesalios, uno para cada príncipe, y yo me reservé el lujo de montar a mi amigo. No pretendía ofender a Solofemo, aunque sabía de sobra cuánto le dolería mi elección. La culpa hizo amago de susurrarme al oído, pero la alejé de mi mente como a un mosquito molesto. Solofemo no era capaz de entender el lazo que me unía con aquel corcel; lo veía como un equino más, como un símbolo de superioridad, una victoria moral sobre mí. Solo yo lo apreciaba como lo que realmente era: un verdadero compañero. Volver a verlo fue lo único bueno de la noche, un soplo de alegría en medio de una tormenta de pesadumbre.

La repentina aparición de Leutides y dos figuras encapuchadas hizo estallar la noche en las caballerizas. La gran rebelión había comenzado.

—¡Aurimedón! —gritó nada más entrar—. ¡Rápido, marchaos!

# XVIII

## Esperanza micénica

La esperanza micénica palpitaba todavía en los corazones de unos pocos valientes como Leutides, que había logrado traer a los príncipes hasta los establos, envueltos en gruesas mantas de piel de cordero. Ya no había vuelta atrás. Egisto no permitiría que sus esfuerzos por derruir el orden jerárquico de la ciudad cayeran en saco roto. No podía dejarlos con vida, ni a todos los que les seguíamos siendo fieles.

Intenté acercarme para despedirme de mi maestro. Una mirada; nos bastó con eso. Había mucho en aquel gesto suplicante: apremio y desesperación, también respeto, cariño y confianza. No puedo olvidar aquellos ojos, que batallaban en combate desigual contra el llanto. La mirada desesperada y decidida de mi maestro. La mirada de un padre que sabe que no volverá a ver a su hijo.

No alargué la agonía. Abrí el portón trasero y, tras entregarle un corcel a Agamenón y otro a Menelao, partimos al galope. Atrás quedaron los muchachos de las caballerizas, prestos a dar sus vidas por nosotros, con Geras decidido a vengarse de quien lo había aporreado junto a mi orgulloso tutor. Antes de marchar, vi cómo los mozos amontonaban vigas de madera, restos de cercas y todos los utensilios posibles junto a la puerta principal, parapetándose tras ella. Atrás quedaba también otro montón igual destinado a salvaguardar la salida secundaria por la que acabábamos de salir y por la que había entrado mi maestro. Sería la última fortaleza de Leutides.

Abandonamos la ciudad por la puerta Norte, la misma que hacía unas semanas nos viera partir gallardos en busca del vil traidor que

acababa de apoderarse, junto con su hijo, de Micenas. Los guardias nos dejaron pasar. Mi maestro había enviado a uno de sus fieles para sobornarlos y que me dejaran partir con dos compañeros. A aquellos soldados la plata debió de salirles cara después, seguro.

No nos permitimos descansar en toda la noche. En mi mente resonaban gritos de seres queridos, quejidos de espadas y llantos de madres y viudas. Micenas lloraba lágrimas de fuego y sangre. Había perdido a su heredero legítimo por un ególatra traicionero. Los dioses, magnánimos y todopoderosos, no iban a otorgarle su perdón; arrastrarían a la ciudad a un futuro decadente.

Tampoco fui capaz de dejar de imaginarme el trágico devenir del establo. Mi hermano acudiría furioso portando la primera antorcha seguido de un nutrido grupo de soldados. Arrasarían las caballerizas si era necesario, calcinando hasta el último hueso de los que habían sido sus mejores amigos. Solofemo no soportaba la humillación, y que hubiéramos logrado escapar delante de sus narices suponía un golpe demasiado duro para su orgullo. Imploré a Atenea, diosa de la sabiduría, que intercediera por nosotros y le ayudara a recobrar la razón.

Jamás viví una noche tan oscura. Leutides, Geras y mis amigos abandonaron el mundo de los vivos, mártires de los deseos codiciosos del peor de los mortales. Dieron sus vidas por Agamenón. Aquella noche lo perdí todo. La rabia y la desesperación me acechaban como carroñeros hambrientos.

Miré de refilón, dolido, a los dos jóvenes príncipes. Galopaban callados, ahogando sollozos con las manos aferradas a las riendas. Combatíamos contra los mismos fantasmas. La luna y la pesadumbre nos guiaban. Habían perdido la corona; volvían a conocer los mismos temores que asolaban a los hombres mundanos.

Agamenón encabezaba la marcha; era el único que había estado en Esparta con anterioridad y lograba ubicarse.

—¿Por qué Esparta? —pregunté, rompiendo el angustioso silencio.

—El rey Tindareo era como un hermano para nuestro padre. Es noble de corazón, íntegro y leal. En cuanto sea consciente de nuestra situación, nos brindará su ayuda —respondió. Había trazas

de pena en el poderoso timbre de su voz, aunque se esforzaba en disimularlas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Dos, puede que tres días.

—¿Tanto? —inquirió Menelao.

—Contad que debemos descansar, comer y darles un respiro a nuestras monturas —respondió Agamenón.

—Mandarán a alguien a buscarnos —aseguré cabizbajo. Mis palabras chasquearon en el viento como un látigo amenazador.

—Entonces lucharemos. ¡Los mataremos! —exclamó Menelao.

—Ojalá fuera tan sencillo. No sabemos a qué o a quiénes tenemos que enfrentarnos. Ellos tendrán caballos de refresco, soldados profesionales..., solo los dioses podrán salvarnos.

—¿Dónde estaban los dioses cuando mataron a nuestro padre, Aurimedón, dónde? Atreo era el protegido de Zeus, o eso decían, y míralo ahora, traicionado y asesinado por aquel a quien se lo dio todo. No, amigo, los dioses no acudirán en nuestra ayuda porque los dioses no existen. No son más que burdas invenciones de mentes débiles y obtusas. Nosotros forjamos nuestro propio destino. El valor, la determinación y la inteligencia nos salvarán, no un puñado de estatuillas de barro.

Era la primera vez que escuchaba blasfemar a alguien. Instintivamente me tapé el rostro con las manos, temeroso de la furia de las deidades; incluso Menelao lo hizo. Agamenón se dio cuenta de que no estábamos preparados para seguir sus razonamientos, nos observó con condescendencia y aceleró el paso. No perdí ni un segundo. Imploré a Poseidón, a Nike, a Atenea que no tuvieran en cuenta sus palabras. La rabia hablaba por él. Supliqué a Zeus que lo perdonara y bendijera nuestro camino, aunque me apenaba y aterrorizaba que le pudiera estrellar un rayo en la cabeza. No es que hubiera perdonado a Agamenón. Teníamos una conversación pendiente pero, en aquel momento, desterrado y perseguido, debía aferrarme a él. Era cuanto me quedaba en el mundo.

—Nada ganaremos angustiándonos, Aurimedón. Deja de lado esa actitud cobarde y timorata. He confiado en ti varias veces; ahora te

pido lo mismo. Saldremos de esta. —Le hablaba al aire, como queriendo darse fuerzas. Por muy seguro que aparentara mostrarse, nos necesitaba, puede que incluso más que nosotros a él, aunque nunca lo admitiría.

Confianza. Fe. Creer en mi señor con los ojos cerrados. Aquel fue el día en que comencé a hacerlo y jamás me defraudó como rey. Jamás.

Dormimos un par de horas y reanudamos la marcha. Comíamos mientras cabalgábamos, incluso hacíamos nuestras necesidades sin bajarnos de la silla. No fue suficiente. En el albor del tercer día, vislumbramos la sombra de nuestros perseguidores en la lejanía.

—Tenemos que llevarlos hasta donde podamos combatirlos —dijo Agamenón—. Aprovecharemos nuestras armas.

—¿Qué armas? —pregunté.

—La sorpresa y tu talento con el arco. No te hagas el sorprendido; Leutides me mantenía informado. —Escuchar el nombre de mi maestro fue un auténtico aguijonazo directo al corazón—. ¿Veis aquel bosque que está a un par de estadios? Allí tendremos que hacernos fuertes.

Nos vimos obligados a obedecer. Escogimos el punto exacto para nuestra emboscada y aguardamos. Agamenón envió a su hermano, que era el que mejor vista tenía, para que calculara más o menos a cuántos hombres deberíamos enfrentarnos. Utilicé ese respiro tenso para lanzar mis primeras preguntas. Si iba a enfrentarme a la muerte aquella misma mañana, necesitaba tener la mente despejada.

—¿Cómo pudo Egisto orquestar una traición de tamañas dimensiones?

—Porque no lo hizo solo; fue ayudado por Tiestes y todos los aristócratas con ínfulas expansionistas. Según he podido saber, Egisto mantuvo a mi padre beodo, primero con excusas de celebraciones, luego con retos y más tarde con la noticia inminente de nuestra llegada. Se valió de mi ausencia y de que mi hermano todavía es demasiado pequeño e inocente. Tendría que haberme

olido algo... Me di cuenta demasiado tarde, cuando ya no había nada que hacer.

Con el paso de los años, comprendí el enorme pesar que invadió a mi señor durante los meses y años posteriores a la traición de Egisto. Él, que siempre creía ir un paso por delante y tenerlo todo bajo control, fue engañado por su hermanastro. Un bofetón de realidad que le hizo cambiar para siempre. No volvió a ser el mismo. Evolucionó. Comprendió que son los infortunios los que nos hacen crecer, que podía aprovechar las caídas para alzarse con más fuerza.

—¿Cuándo te diste cuenta, al llegar a casa? —le pregunté.

—Sí. Todo fue muy confuso al principio. Estaba embriagado por el recibimiento que tuvimos y la alegría de haber conseguido nuestro objetivo. Bajé la guardia. Comencé a sospechar cuando entré en el palacio. Allí, la ausencia de los hombres de confianza de mi padre terminó de confirmarme que algo no iba bien. Egisto y sus alimañas traicioneras esperaron, como cobardes perros callejeros, a que todos estuviéramos en el salón principal para abalanzarse sobre nosotros.

—¿El capitán Palamedes también estaba involucrado?

—No, se mantuvo leal hasta que lo obligaron a escoger entre la vida de sus soldados o las nuestras. Hizo lo correcto. Micenas habría lamentado tanta muerte inútil. Antes de entrar en la ciudad, ya habíamos perdido.

—Lo siento. Mi hermano me contó los actos incestuosos de tu tío.

—La historia de mi familia está repleta de episodios horribles pero no tanto como los que protagonizó Tiestes. Ninguno de nosotros habríamos podido imaginar algo así. Fue horrible incluso para alguien como él. Lo peor fue que, mientras Egisto nos lo revelaba, se jactaba de nuestro asombro —confesó Agamenón, dolido—. No sé qué le hicieron esos desgraciados a mi padre. Escuchamos sus gritos desde el sótano del palacio. Se divirtieron a su costa, humillando y ridiculizando los últimos latidos de un gran soldado, de un buen rey.

Yo estaba en desacuerdo con aquella última afirmación. Había tardado en darme cuenta, pero al fin había comprendido que Atreo había sido un monstruo toda su vida y como tal merecía terminar. No me apenaba su trágico final. Tampoco le conté a mi señor lo que Solofemo me confesó sobre nuestros lazos sanguíneos.

—La noche se cernía sobre nosotros. Vimos los ojos negros de la muerte de cerca. Egisto vino a visitarnos. Vestía la túnica ensangrentada de nuestro padre y portaba su corona. Al vernos, comenzó a reírse como un poseído. Pretendía restregarnos su traición por la cara y quería confirmarnos en persona nuestro destino: iban a ejecutarnos a la mañana siguiente, en medio de la plaza de la ciudad. Toda Micenas sería testigo de nuestra caída. Menelao se pasó la noche orando. Yo meditando; las ideas se me agotaban y la frustración me invadía por completo.

—Gracias a los dioses, Leutides logró rescataros.

—Tu maestro, fiel hasta la médula y valiente como el propio Hércules, abatió a los guardias, dio su vida y la de todos sus hombres para salvarnos... —Un silencio trágico rodeó todo el bosque. Agamenón daba por seguro que Leutides y mis amigos habían muerto. Me negaba a creerlo; era una idea que no podía soportar.

Menelao regresó al galope e interrumpió nuestra conversación.

—Ocho jinetes. No tardarán mucho en llegar aquí.

—Bien —contestó Agamenón dejando entrever sus colmillos—. ¡Demostrémosles cuán fieros pueden llegar a ser los hijos de Atreo!

Que nuestros enemigos nos superaran en número era algo que no parecía preocuparle. Él estaba seguro de que acabaríamos con ellos. Nos resguardamos bajo las densas copas de los árboles y escondimos y atamos a nuestras monturas en un recoveco del camino. Agamenón nos distribuyó de la misma forma en que hubiera colocado a un equipo de combate. Como yo era el único que llevaba arco, fui obligado a trepar hasta la copa de un árbol. Desde allí, oculto por las frondosas ramas, debía acabar con el máximo número de enemigos posible. Agamenón y Menelao se escondieron en unos matorrales cercanos, cada uno cubriendo un flanco diferente. Debíamos aguardar hasta que la patrulla enviada por Egisto se adentrara en lo más profundo del bosque. Yo daría comienzo a la emboscada con una de mis flechas. Me sentía muy nervioso; la

presión por acertar anquilosaba mis miembros. Si fallaba, estaríamos condenados. Todo dependía de mí.

Los soldados enviados para atraparnos traspasaron el claro del bosque, tal y como había predicho Agamenón. Llevaban cascos y armaduras ligeras pero, aun así, distinguí enseguida a la figura que encabezaba la comitiva. Solofemo. No. No podía ser verdad. Cerré los ojos con fuerza, intentando espantar la pesadilla. Inútil. Mi hermano seguía allí.

«Aurimedón», me dije. «Céntrate. Deja a tu hermano en paz. Acaba con el resto de soldados. Ya habrá tiempo para solucionarlo todo». Esperé hasta que el último de aquellos hombres estuviera a mi alcance antes de tensar al máximo la cuerda del arco, como tantas otras veces había entrenado con Geras. Imploré el favor de Nike, diosa de la victoria, sentí la caricia de la madera en las yemas de mis dedos, respiré y dejé ir la flecha. Acerté. Mi flecha atravesó la nuca del soldado que cerraba la comitiva. No me detuve. Antes de que cayera de su montura, tenía preparada la siguiente. Mi segunda víctima solo tuvo tiempo de girarse antes de morir.

—¡Emboscada! —exclamó Solofemo.

Esperé a que Agamenón y Menelao actuaran. No se movieron. Mis nervios aumentaron aún más. Seguía habiendo demasiados enemigos. Debía matar por lo menos a un par más antes de que ellos se enfrentaran a los soldados en campo abierto. Debía ser cuidadoso. Cuando disparara mi próxima flecha, el enemigo descubriría mi posición, arrebatándome la ventaja. Mi hermano mandó desmontar a todos sus hombres excepto a uno, que se quedó junto a él a caballo, protegiéndolo. Cuatro soldados inspeccionaban los alrededores, soltaban tajos a diestro y siniestro entre los matorrales cercanos y comprobaban las copas de los árboles con las puntas de sus lanzas. Vi como uno de aquellos hombres se acercaba peligrosamente al lugar donde estaba escondido Menelao. Si acababa con otro soldado, él podría aprovechar la sorpresa de mi disparo para ejecutarlo. Escogí al más cercano a él, el objetivo más difícil de errar. La punta impactó en su pecho haciéndole caer boca arriba. Su muerte fue instantánea; debí de acertarle en pleno corazón. Cuando el resto de hombres se

giraron hacia la víctima, intuyeron el lugar de donde había salido el proyectil y vinieron hacia el árbol en el que me ocultaba como bestias rabiosas y vengativas.

No fueron los únicos. Mis compañeros saltaron también. Menelao acabó de un tajo con el que se había acercado hasta él. Su fuerza y destreza con la espada contradecía, en mucho, su temprana edad. Agamenón se abalanzó hacia sus enemigos gritando el nombre de su difunto padre, con los ojos inyectados en sangre, buscando en aquellos desdichados alguna forma de aliviar su dolor.

Desconocía las dotes bélicas de Agamenón, por lo que decidí ser cauto y disparé una flecha al enemigo que se aproximaba hacia él. Le traspasé el muslo y cayó arrodillado justo antes de que él le rebanara el pescuezo. Solofemo y su compañero dirigieron sus monturas hacia el príncipe, dispuestos a arrollarlo. Antes de que pudieran hacerlo, Menelao arrojó la lanza del enemigo que acababa de abatir sobre el costado izquierdo del caballo de mi hermano. Su corcel cayó de forma extraña, aplastando las piernas de Solofemo. Descendí con rapidez, olvidándome del mundo entero. Necesitaba saber si mi hermano estaba bien.

Antes de llegar, oí el relincho furioso de un equino. Agamenón, en una ágil maniobra, había rodado por el suelo, cercenándole el tendón izquierdo al caballo del enemigo que quedaba. Menelao estaba esperando a que cayera al suelo para degollarlo. No había lugar para la duda; los hijos de Atreo estaban bendecidos por los talentos de Ares, dios de la guerra.

—¡Solofemo! —grité al acercarme a mi hermano. El cuerpo de su caballo lo aprisionaba.

—Traidor —me maldijo, y escupió un esputo de sangre.

—¿Traidor yo? Has sido tú el que nos has traicionado a todos. A Leutides, a los compañeros de las cuadras, a Agamenón y a mí, que no me dejé engañar por el malnacido de Egisto. —Lamenté enseguida mis palabras. La rabia, la indignación y la decepción se apoderaron del rictus de mi hermano.

Agamenón me ayudó a separar las piernas de Solofemo de su montura, mientras Menelao apuntaba con su espada a la clavícula.

Cuando conseguimos sacarlo, la rodilla de Solofemo parecía estar fuera de su sitio. Me observó horrorizado y lleno de vergüenza. Agamenón no le dejó hablar.

—Por deferencia a Aurimedón, te dejaremos con vida. Regresa a Micenas y dile al desgraciado de mi primo y a su padre que no podrán dormir tranquilos durante el resto de sus vidas. Seré su primera preocupación cuando el día amanezca y seré su último pensamiento al acostarse. Me vengaré, por supuesto. Micenas volverá a ser mía. El eco de mi padre resonará cada noche en el palacio. La sangre clama venganza. —Solofemo ni siquiera miró a mi señor—. Harías bien en recordar la deuda que acabas de adquirir con tu hermano. Si por mí fuera, ahora mismo estarías en el Hades.

Intenté ayudar a Solofemo a levantarse, pero no aceptó mi mano. Fue a montar, cojeando, en uno de los caballos que habían sobrevivido. Ambos sabíamos que la vergüenza lo acompañaría de por vida. Había sido derrotado en dos ocasiones consecutivas: la primera, dejando que me escapara de entre sus dedos, y esta. Cualquier posibilidad de éxito lo había abandonado.

—Yo no tengo ningún hermano. Desde hoy, has dejado de pertenecer a nuestra familia, Aurimedón. Que la maldición de Hera caiga sobre ti. Has demostrado que no posees ni una gota de la sangre de nuestro linaje. Eres otro hijo de Atreo, otro zorro traicionero y codicioso. Ojalá vivas eternamente y cargues con el peso de haber traicionado a todos los que una vez te quisimos. —No sé si me dolieron más las palabras de Solofemo o el brillo tétrico de su mirada mientras me lo decía.

¿Cómo había podido torcerse tanto mi vida en menos de una semana?

# XIX

# Esparta

Vivimos dos años bajo la protección y el amparo del rey Tindareo de Esparta.

Agamenón utilizó ese tiempo para poner de manifiesto su carácter y su inteligencia: demostró ser el siervo más devoto en una ciudad pulcra y temerosa de los dioses; acudía a los templos de forma regular, realizaba sacrificios abundantes y oraba en voz alta cerca de los sacerdotes, aunque ya había comenzado a mostrarme sus oscuras y pesimistas creencias.

También entrenaba con rigor, no rehuía ningún enfrentamiento, se mostraba diestro en los combates cuerpo a cuerpo y valiente en todos los desafíos. Y Esparta, pueblo belicoso y decidido, supo valorarlo. La familia real lo amaba; no exagero, lo amaba. Los príncipes Cástor y Pólux, héroes invencibles para unos, semidioses encarnados para otros, lo aceptaron como a un igual. El rey Tindareo vio en él la sombra de su padre, su viejo e inseparable amigo Atreo. Y su hija, Clitemnestra, sin haber llegado todavía a la edad adulta, se enamoró perdidamente de él. Agamenón, inteligente, astuto y zalamero, la rondaba todas las noches y endulzaba sus oídos. Y eso, para una muchacha que había tenido la desdicha de nacer siendo la hermana de Helena, la mujer más bella de la tierra, fue su perdición.

La voz de Agamenón comenzó a ganar peso en el gobierno de Esparta: con sus consejos, contribuyó al sometimiento de los pueblos del mar, que hostigaban las costas dóricas, y ayudó a Diomedes, el príncipe de Argos, a suceder a su padre Tideo, el loco y condenado por Atenea. Mi señor también se ganó el favor de

varias ciudades y reyes como heraldo. Así, si Micenas fue testigo del nacimiento de Agamenón, Esparta vivió el principio de su leyenda.

El príncipe Menelao, por su parte, creció fuerte y gallardo como un roble. Ajeno a las inquietudes de su hermano, se dedicó a la vida marcial. Pasaba sus días entrenando con los espartanos y pronto logró vencer a hombres hechos y derechos, consiguiendo así hacerse un hueco entre ellos. Su larga melena dorada causaba estragos entre las muchachas, pero él, mucho más terrenal que Agamenón, solo tenía ojos para la doncella de la que toda Grecia hablaba: Helena.

Para mí, Esparta no fue un segundo hogar, como tampoco lo fue Micenas. A esas alturas, yo ya había comprendido que mi verdadera patria estaba hecha de madera y guiada por corceles y, haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad, me empeñé en superar mi propio drama personal intentando enterrar el dolor de las traiciones y las mentiras bajo el don que los dioses me habían otorgado. Fue en vano: hice lo posible por olvidar la mirada cargada de odio de Solofemo perfeccionando mis aptitudes, pero no sirvió de nada. Mi existencia se convirtió en un trámite agónico: entrenaba y entrenaba con el único anhelo de ser el mejor auriga de todos los tiempos porque la profesión que Leutides me había regalado era cuanto me quedaba. Exprimí hasta la última gota de sus enseñanzas encerrado en una perpetua obsesión y, para ser el mejor, me entregué a mis deidades protectoras, Poseidón y Nike, suplicándoles que me permitieran alcanzar la gloria. Pobre y desdichado, tan solo pude ofrecerles lo único que poseía: mi virginidad y mis victorias. No tomé a mujer ni a hombre alguno, me alejé de los placeres de la carne e impedí así que nadie se acercara a mí ni pudiera lastimarme. Pasaba todos mis días en las caballerizas, practicando con un carro que Agamenón me consiguió, y gracias a ello, obtuve el primer puesto en las carreras en las que participé, todas ellas pruebas menores y sin rivales a mi altura: en aniversarios, bodas y entierros de la aristocracia espartana.

A las únicas personas a las que dejé acercarse fue a Cástor y a Pólux, porque eran príncipes y héroes espartanos a los que no podía contradecir y, además, hicieron despertar un nuevo mundo en mi

interior. Ellos me contaron historias sobre los carros de combate y las hazañas de los hititas, licios y troyanos. Allí, al otro lado del Egeo, y como ya me adelantara en una ocasión mi maestro, los aurigas no se limitaban a llevar a sus señores desde el campamento hasta la batalla. No: formaban parte de ella, hasta el punto de que existían regimientos enteros de carros de guerra que maniobraban con gracilidad, atacaban y hostigaban los flancos de los ejércitos enemigos. Según ellos, cuando los aurigas tomaban las riendas, los lanceros temblaban y los arqueros tiraban sus armas al suelo entre lamentos desesperados. Fascinado, les pedí que me lo mostraran.

Gracias a sus consejos, pude aprender a utilizar los carros como ningún aqueo, ni siquiera Leutides, hubiera hecho antes. Practicábamos fuera de Esparta colocando piedras, troncos o sacos de cuero repletos de arena a escasos estadios de distancia del río Eurotas. Cástor y Pólux montaban conmigo en el carro, cada día uno, e intentaban acertar de lleno en los sacos con sus flechas, lanzas o piedras arrojadas por hondas mientras nos acercábamos hasta ellos a gran velocidad; luego, con un par de maniobras, escapábamos rápidamente de allí.

Pronto los mejores arqueros de la ciudad me pidieron que los llevara a mis entrenamientos. Hasta tal punto creció mi fama, que incluso llegaron a competir entre ellos para ganarse la posibilidad de entrenar conmigo y el rey Tindareo en persona terminó solicitándome que me encargara de adiestrar a los aurigas espartanos. Mi nombre comenzó a hacerse oír por méritos propios, tanto que recibí peticiones a través de sus emisarios de monarcas de toda Grecia que pretendían comprar mis servicios y mi lealtad. Mi respuesta siempre era la misma: «Me debo a Agamenón».

¿Por qué lo hice? ¿Por qué seguía siéndole fiel, si me había mentido, ocultándome mi origen? En aquellos días, me gustaba justificar mi rechazo a esas propuestas amparándome en cualidades grandilocuentes que fingía tener, como el honor, la fidelidad, la amistad... Ahora sé que no era nada de eso: siempre vi en Agamenón al caballo ganador. Ambos éramos ambiciosos, tanto él como yo. Él deseaba triunfar. Yo, servir al mejor de los hombres, al mejor de entre todos los reyes.

—Deja ya esas promesas tan extrañas de mantenerte virgen, Aurimedón. No sabrás lo que es la vida hasta que yazcas con una de las hijas de Afrodita, la diosa del amor. Entre sus piernas, alcanzarás un éxtasis mayor que el obtenido tras cien victorias —me dijo Agamenón. Sentada sobre sus rodillas, una muchacha morena reía sin cesar.

—Confío en alcanzar la dicha cuando regresemos a Micenas.

Nuestra relación pasó de ser una gran amistad, si es que algún día llegó a serlo, a convertirse en una hermandad. Hablábamos todos los días, me confiaba sus planes, sus deseos y sus sueños. Fui su confidente en Esparta y continué siéndolo toda la vida. Se sinceraba más conmigo que incluso con su hermano, a quien, aunque lo quería con locura, continuaba viendo como a un niño al que debía cuidar. Daba lo mismo que se hubiera convertido en una mole rubia gigantesca. La falta de agudeza mental de Menelao hacía que Agamenón se apiadara de él a todas horas y prefiriera cargar sobre sus propios hombros con todo el peso de la familia. Jamás mostraba flaqueza ante su hermano, que lo veía casi como a un dios.

—Todo a su tiempo —me contestó Agamenón. A continuación, despidió a la muchacha con un gesto seco y nos quedamos a solas. Sirvió vino en dos copas, a pesar de saber que yo tampoco disfrutaba demasiado de los placeres de Dionisio, y se sentó a mi lado—. Conoces el plan. No te atormentes.

—Creía que solo tenías ojos para Clitemnestra —le reproché, señalando en dirección a la puerta por la que se había marchado la muchacha morena.

—Y solo me importa ella, pero antes tengo que ser apto para pedir su mano. Mientras tanto, voy ganando experiencia con estas profesionales del amor —soltó entre carcajadas—. Tú no querrías enfrentarte a una batalla crucial sin saber agarrar la espada ni haber entrenado, ¿no? Esto es lo mismo.

—¿Pudieron averiguar tus espías algo sobre lo que te pregunté? —le dije, cambiando de tema por completo. Aquellas eran cuestiones que no deseaba abordar. No tenía la mente ni el cuerpo para asuntos de ese tipo.

—Ah, eso; sí, perdona. He estado demasiado ocupado —se excusó Agamenón—. Tu abuela está bien. En cuanto a Solofemo, digamos que ha tenido días mejores. Por lo que tengo entendido, Egisto valora su lealtad, pero aborrece sus fracasos. Truncamos sus ansias de prosperar y continúa en los establos lamiéndose las heridas.

—Entiendo. Muchas gracias. —Estreché el antebrazo de mi señor y abandoné sus dependencias dejando que volviera a entrar la compañía que tanto deseaba. No le importó, tenía buen vino, la fogosidad de la juventud y toda la noche por delante.

Cada pocos meses, recurría a mi señor para preguntarle por mis familiares. Las respuestas siempre eran las mismas, un tibio calmante, el recordatorio de que no estaba solo en este mundo. Suficiente para no derrumbarme.

Los planes que Agamenón urdía para recuperar Micenas eran complejos y minuciosos. Los hijos de Atreo tenían la legitimidad dinástica para solicitar el trono, pero no podían hacerlo llevando un ejército invasor hasta sus puertas. No se reconciliarían con la ciudad si, para entrar en ella, debían mancharse las manos con la sangre de sus habitantes. De hacerlo así, los embustes vertidos por Egisto terminarían asentándose y el pueblo no les perdonaría jamás. «Micenas se arrastrará. Ellos mismos deben venir a implorarme que regrese. Es la única manera», solía decirme cada vez que intentaba apremiarle. Los nobles de Micenas, sus militares, hasta sus mendigos tendrían que arrodillarse ante Agamenón y rogarle que volviera. Esa era la única alternativa que él contemplaba. Debía resurgir como un salvador, no como un invasor.

Sin embargo, no se quedó de brazos cruzados esperando a que eso sucediera, ni dejó su futuro y el de la ciudad que estaba destinado a heredar en manos de los dioses, de los que desconfiaba profundamente. Esos dos años le sirvieron para revelarse como un político feroz e insaciable. Desde el reinado de su padre, Atreo, Micenas se había convertido en un pueblo dedicado en cuerpo y alma a la guerra, hasta el punto de que sus hijos portaban

orgullosos las armaduras y las lanzas de sus antepasados y aprendían a usarlas desde la cuna. Micenas conseguía recursos minerales y alimentarios del comercio, de las ganancias bélicas y de la venta de esclavos.

En cambio, durante el reinado de Egisto, el modelo económico de la ciudad cambió por completo: no se ganó ninguna batalla. ¿Por qué? Porque Agamenón se devanaba a diario los sesos para boicotear cualquiera de sus maniobras políticas: contrataba a mercenarios para interceptar las vías de suministros, hacía correr bulos terribles sobre Egisto y Tiestes, ensuciaba los oídos de los aliados de Micenas. Así consiguió unir a multitud de enemigos en su contra. Egisto, en un intento desesperado, trató de tomar la ciudad de Pilos a la fuerza, pero Agamenón logró que los reyes Tindareo y Diomedes, de Esparta y Argos respectivamente, acudiesen en su ayuda. Micenas no recordaba una derrota tan contundente. Muchos buenos soldados perecieron a las puertas de Pilos y otros muchos fueron apresados. El propio Agamenón pagó el rescate, ganándose así la lealtad de la ciudad.

El pueblo de Micenas pasaba hambre; lamentaba su destino. Los guerreros comenzaron a sustituir la espada por la hoz y aquello, para gentes orgullosas y gallardas, fue demoledor. Numerosos y adinerados aristócratas comenzaron a acudir en tropel a Esparta para desahogarse ante mi señor. Le imploraban que recuperara lo que era suyo por derecho. Tiestes y Egisto, los usurpadores, gobernaban Micenas con puño de hierro por miedo a posibles traiciones. Aun así, hubo infinidad de revueltas en las calles de mi patria. Egisto mandó ejecutar a centenares de hombres por rebelarse contra ellos. Jamás olvidaré la frialdad que Agamenón mostraba cuando le hacían partícipe de todo lo que sucedía en Micenas:

—El fruto todavía no está maduro. No temáis; cuando sea el momento de recogerlo, estaré con vosotros.

Mi primera batalla, mi primer bautizo de sangre, la viví bajo un estandarte extranjero, el espartano. Marché a la guerra siguiendo los deseos y las necesidades del rey Tindareo. Nos enfrentamos a los piratas de la isla de Citera. Esos malnacidos llevaban unos cuantos meses arrasando las costas de Laconia, robando el ganado y los alimentos con los que los espartanos pasaban el invierno. Tan envalentonados estaban por haber logrado semejantes saqueos que osaron hacernos frente en campo abierto. Lamentarían tamaña insensatez.

Siempre me había imaginado combatiendo bajo la enseña micénica, alcanzando la gloria para mi ciudad. Aprendí que nuestros deseos son simples susurros para los dioses; seguimos sus dictámenes sin darnos cuenta. Combatí bajo los designios de un rey que nada tenía que ver con Micenas, para defender una tierra que no era la mía y contra unos enemigos que nada me habían hecho. Ahora, en mi vejez, comprendo que todas las guerras son iguales. Luchamos por causas ajenas, enaltecen nuestros ánimos con oro y palabras, regamos el campo con nuestra sangre y al final solo hay arena, polvo y cenizas. No hay gloria ni fama en la guerra, solo muerte y oscuridad.

Para mí, la batalla contra los piratas de Citera supuso un punto de inflexión. No era lo mismo escuchar historias sobre la guerra que ser uno de los protagonistas en el campo de Ares.

El rey Tindareo colocó a sus mejores lanceros en el frente. Cástor comandaba el ala derecha y Pólux, la izquierda. Aquellos dos titanes impedirían cualquier posible encerrona y el monarca espartano, cobijado entre sus hombres, colocó su carro en el centro. Conocía al auriga que lo llevaba, un joven a quien yo mismo había enseñado. A mi carro subieron los príncipes Agamenón y Menelao. Este último tenía a su alcance una funda de cuero repleta de pesadas jabalinas, mientras que Agamenón se contentaba con blandir un escudo y una lanza.

El choque entre ambos ejércitos, si es que puede llamarse así a la masa de piratas, zánganos y ladrones que guerreaban bajo la bandera de la codicia y la rapiña, fue ensordecedor. Desde el primer minuto, las armaduras y los enormes escudos de los espartanos se

hicieron notar. Nuestros enemigos peleaban sin honor, lanzando proyectiles desde los flancos incluso a riesgo de lastimar o matar a sus propios compañeros. Defendían su botín y sus vidas con ahínco. No fue suficiente. Cástor y Pólux comenzaron a destrozarlos desde los costados y Menelao agotó todas sus jabalinas a pesar de que no nos metimos de lleno en la refriega. Yo tenía la orden de bordear el conflicto lo justo para dejar que lanzara sus andanadas; después desapareceríamos por donde habíamos venido. Los espartanos estaban encantados con mi forma de maniobrar; poco ortodoxa, pero efectiva.

—Descabalgamos —anunció Agamenón llegado un punto.

Menelao respondió con una gran sonrisa; yo no podía creerlo. ¿Por qué exponernos? Dejamos el carro atrás y, con cuatro bramidos de Agamenón, los soldados nos dejaron pasar. Nos permitieron tomar parte en la hecatombe bélica como señal de respeto. Todos miraban hacia delante, buscando una víctima. Todos menos yo, que, ajeno a los caprichos del dios de la guerra, solo me preocupaba por proteger las espaldas de mi señor. Aunque no apartaba los ojos de él, no pasé por alto un detalle que en el resto del campo de batalla no fue percibido: Agamenón hizo girar su escudo contra el sol varias veces, provocando un destello dorado justo cuando se encontraba a la diestra del rey Tindareo, quien, complacido por el devenir de la batalla, también había descabalgado para darse un baño de sangre, rememorar sus mejores años y desherrumbrar sus otrora tan famosos golpes de espada. En ese momento, e invadidos por una especie de frenesí asesino, los piratas transformaron sus filas en un remedo de punta de lanza y se arrojaron contra el monarca espartano. Sus guardias fueron cayendo y tuvimos que batirnos en duelo singular contra los citereos. Tindereo, hay que decirlo a su favor, no se amilanó. Comenzó a escupir órdenes y se dispuso a afrontar la acometida. Un sujeto fornido, quemado por el sol y por una vida repleta de sinsabores, se abalanzó sobre mí blandiendo una espada corta y roma. Conseguí esquivarlo justo antes de quitarle la vida de una estocada. En el fragor de la batalla, todo pensamiento se desvanece, reinan los instintos primarios de supervivencia, la técnica y la experiencia.

—¡Socorred al rey! —gritó un espartano antes de caer abatido por varias lanzas enemigas.

Tindareo estaba rodeado. Paraba golpes con el escudo y sangraba por debajo de la coraza y la túnica. Los primeros en llegar fuimos Agamenón, Menelao y yo. Los hijos de Atreo demostraron todo su arrojo y determinación exterminando a los desgraciados que se les pusieron al alcance. El ímpetu rival se desvaneció con la misma premura con la que había surgido.

—Gracias —le dijo el rey Tindareo a Agamenón—. Estoy en deuda con vosotros. Nos confiamos demasiado. Me habéis salvado la vida. Si hay algo que pueda hacer por ti, solo tienes que decírmelo.

—Ejecuta a todos los citereos. No dejes a ninguno con vida. Ni los marques ni los hagas esclavos —respondió mi señor, señalando al enemigo que comenzaba a rendirse y arrojaba sus armas al suelo.

—Así se hará.

Antes de que la noche se apoderase del campo de batalla, la sangre pirata inundó las costas de Laconia. El rey Tindareo y sus hijos se alzaron con la victoria, acaparando gestas y gloria. Pocos sabían que Agamenón, desde las sombras, había sido el artífice de todo.

Me sentía agotado, exhausto. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos por controlar mis esfínteres y mis rodillas tras aquella batalla. Los rostros de los caídos, las huellas de sangre y el crudo aroma del campo de batalla me agobiaban. Allí, junto a la tienda de mi señor y bajo el flameante susurro de una de las hogueras del campamento, le pregunté:

—¿No te ha parecido extraño el modo de guerrear de los piratas citereos?

—Esas alimañas no piensan como nosotros, hermano —me aclaró Agamenón.

—Lo sé, lo sé. Carecen de honor y de escrúpulos. Solo ansían la rapiña. Por eso mismo, me parece una auténtica barbaridad que recibieran nuestro ataque en pleno campo abierto.

—La estupidez y la osadía se confunden a menudo —replicó. Y, mientras escrutaba las sombras que nos rodeaban, bajó la voz y me susurró—: Déjalo ya, Aurimedón.

—No puedo, hay demasiados detalles que no me cuadran. Se abalanzaron como posesos contra el rey Tindareo, y eso que él estaba...

—Te he dicho que lo dejes. Conseguirás que nos maten —gruñó entre dientes mientras me asía por la pechera con fuerza y acercaba mi cabeza a sus labios—. Nunca vuelvas a comentarme tus impresiones en un lugar así. Si alguien se percatara de que todo esto estaba planeado, de que pagué a los malditos piratas para que actuaran como actuaron, estaríamos acabados. De modo que guárdate tus impresiones y, si tienes algo que decirme, asegúrate primero de que nadie pueda oírnos.

Me soltó con fuerza, haciéndome caer hacia atrás. Así, como una cucaracha tumbada boca arriba, contemplé como Agamenón se adentraba en su tienda y me dejaba solo.

Jamás le pregunté qué les había prometido a nuestros enemigos ni cuándo tuvo ocasión de hacerlo. Las incursiones citereas murieron aquel mismo día. Todos salimos ganando. Especialmente él.

Como siempre.

# XX

## Los dioses esperan

Agamenón se esforzó para que la noticia de la victoria del rey Tindareo sobre los piratas llegara hasta el último rincón de Micenas. Contrató a espías, mercaderes e incluso sobornó a algunos sacerdotes que defendieron que los hijos de Atreo estaban bendecidos por Zeus. No es que la derrota de los citereos hubiera resultado crucial, ni mucho menos, pero llegaba en el mejor momento posible para sus intereses.

Egisto y Tiestes castigaron a todo el que se atreviera a ensalzar la figura de Agamenón. Tiestes intentaba acallar todos los bulos y rumores que comenzaban a infestar la ciudad y, para impedir rebeliones, castigó y ejecutó a decenas de personas. Pero la esperanza comenzó a imponerse sobre el miedo. Él y su padre, como soberanos, no se habían ganado el amor del pueblo, que extrañaba a los anteriores, a los hijos de Atreo. Agamenón, legítimo heredero al trono, gozaba de un vínculo irrompible con su ciudad pese a estar exiliado, y también con sus soldados y generales. La voluntad micénica se decantaba ya, de forma clara, por Agamenón. Era la apuesta más segura. Por sus venas corría la sangre de un guerrero, de un campeón; gozaba de la amistad de una ciudad vecina y poderosa, Esparta, y otro rey además de Tindareo, Diomedes de Argos, que había dado muestras de su amor por la guerra, le debía su corona. Egisto, en contraposición, siempre más preocupado por conservar lo que tenía que por ampliar su reino, no tenía ningún aliado. Atenas a lo sumo, aunque su monarca Teseo, antiguo héroe y descendiente de los dioses, un ser tremendamente egoísta, se mostraba lejano de cualquier cuestión política. Las

mentiras de los usurpadores perdieron toda su credibilidad. El tiempo de la serpiente claudicaba. Los rugidos del león empezaban a alzarse sobre las murallas.

Intuía cercano el regreso a nuestro hogar y sentía que yo, como mi rey, también necesitaba un retorno victorioso. Entrené con más ahínco si cabe, deseoso de mostrarle a Micenas el auriga en que me había convertido. Durante aquellas jornadas, los espartanos hacían altos en sus quehaceres para verme practicar. Grupos enteros de personas salían de la ciudad para contemplarme correr sobre mi carro. No tardaron en sumarse otros aurigas e improvisamos carreras de entrenamiento que deleitaban a todos los presentes.

Al finalizar una de aquellas competiciones, Menelao acudió a mí mientras me secaba la frente y la espalda, perladas de sudor.

—Agamenón nos necesita. —El tono imperativo de su voz logró sobrecogerme.

—¿Qué sucede?

—Volvemos a casa —me contestó con una sonrisa.

El salón real de Esparta acogió la reunión que cambiaría el destino de Micenas para siempre. Agamenón se cuidó de que no hubiera ningún soldado espartano presente: detallista y escrupuloso hasta el extremo, pretendía alejarse de la marcialidad local. Deseaba que vieran en él al arquetipo de micénico perfecto.

—Aurimedón, colócate a mi diestra —solicitó Agamenón—. Quiero que todos te vean cuando me miren. Necesito que sepan que no me marché solo, que el hijo de Poseidón siempre estuvo conmigo.

Asentí complacido. El heredero de Micenas me había instado a vestir una coraza de bronce ceremonial, al más puro estilo de nuestro pueblo. Llevaba también una enorme lanza de fresno y un escudo pesado, con la cabeza de un gigantesco león rampante pintado en ella.

Su hermano, el príncipe Menelao, estaba sentado a su lado, en otro trono. Lucía orgulloso una túnica de color coral con ribetes dorados. Ambos parecían auténticos semidioses. El rey Tindareo le

había prestado una pequeña tiara de plata y sus mejores ropajes. Sus anillos rebosaban de piedras preciosas engarzadas. Agamenón se sentaba en el trono de Esparta con el beneplácito de su monarca pero, aun así, la imagen resultaba impactante. Nuestros compatriotas no iban a encontrarse con dos huérfanos desvalidos, sino con dos héroes, dos reyes capaces de gobernar, incluso, un pueblo que no era el suyo.

Los invitados espartanos, Tindareo, Cástor, Pólux y el resto de notables de la ciudad, aguardaban de pie en una de las esquinas del gran salón, expectantes.

—¡Que pasen! —vociferó Agamenón, satisfecho. Llevaba años preparándose para ese momento. No permitiría que nada se torciera.

El primero en entrar fue un apesadumbrado y avergonzado capitán Palamedes. Parecía haber envejecido una década: canas abundantes, ojeras prominentes y un centenar de nuevas arrugas. Junto a él, acudían también soldados, mercaderes y sacerdotes. La flor y nata de una Micenas venida a menos. Aquellas personas se lo habían jugado todo abandonando su patria. Agamenón era su última esperanza.

—Oh, descendientes del noble Atreo, protegidos de Zeus, legítimos herederos de Micenas, alabados sean los dioses por dejarnos llegar hasta vosotros —comenzó diciendo Palamedes justo antes de arrodillarse. Toda la comitiva micénica imitó su gesto y solo se levantaron cuando Agamenón les pidió que lo hicieran—. Hemos acudido hasta aquí, hasta la fiel y amiga ciudad de Esparta, para postrarnos frente a vosotros, besar vuestros pies y suplicaros que regreséis al lugar que os vio nacer. Os rogamos que solicitéis lo que es vuestro por derecho y que le devolváis a Micenas su extinto esplendor.

Agamenón sonrió. Era justo como lo había imaginado. Su voz, otrora dulce, se había convertido en un vozarrón que nada tenía que envidiar al de un titán. Dicho rasgo, que posteriormente se

convertiría en una de sus señas de identidad, logró afianzar su aura de invencibilidad y poderío.

—Hermanos, compañeros, hijos leales del pueblo de Micenas. Ni el oro ni la gloria podrían llenarme tanto como vuestra confianza. No os retendré demasiado, comprendo el deseo que llena vuestros pechos. Deseáis, igual que nosotros —dijo señalando hacia Menelao y a mí—, volver a la ciudad que tanto amamos. Me apiado de todos vosotros, sé que el gobierno de los usurpadores ha devastado la fama que mi padre se esforzó toda su vida en crear. Las arcas de Micenas están vacías, como los estómagos de sus ciudadanos. Las espadas, oxidadas; los escudos, olvidados y nuestros enemigos... felices. ¡No temáis! Juro por Zeus que regresaremos y que lo haremos juntos. En menos de un mes, estaremos cenando en los salones de Micenas y brindando por haber recuperado el control de la ciudad. —Al escuchar aquella promesa, los micénicos gritaron entusiasmados. Agamenón pidió calma. Necesitaba continuar—. Antes que nada, debemos recordar y agradecerle a nuestro anfitrión, el rey Tindareo de Esparta, y a sus hijos todo lo que han hecho por Micenas. Gracias a ellos, tenemos la oportunidad de salvar a nuestra bien amada tierra de las manos de Tiestes y Egisto. —Sus palabras fueron acompañadas y secundadas por los aplausos de todos los presentes, incluidos los nobles espartanos, a los que en nada les atañía tal asunto—. ¡Larga vida al rey Tindareo! —exclamó. Nuevos aplausos enfervorizados llenaron el salón. El monarca espartano reía, orgulloso—. El rey Tindareo, aun teniendo que lamentar el rapto de su hija Helena por parte del miserable Teseo, se ha comprometido a llevar hasta las puertas de Micenas a todo su ejército, a excepción de sus dos valerosos hijastros, Cástor y Pólux, quienes habrán de marchar esta misma noche hasta Afidnas para traer a su hermana de regreso. ¡Quede este gesto de buena voluntad en la memoria colectiva de nuestro pueblo! —Si la gratitud rugiera, el salón de Esparta habría reverberado—. No obstante, ni el rey de Esparta ni yo mismo deseamos entablar ningún combate contra nuestro pueblo. No somos amantes del fratricidio ni deseamos haceros luchar contra vuestros hermanos. Nuestro objetivo será hacer que Egisto salga de su madriguera, que abandone su palacio para hacer frente al rey de

Esparta. Conozco muy bien a mi primo. Sé que es un hombre capaz y astuto, pero no podrá resistirse a aceptar el reto y dejar su honor en entredicho delante de toda la ciudad y de su propio padre, y menos todavía ahora que se sabe cuestionado. No evitará un desafío semejante. Necesitamos que lo haga. Es más, debemos asegurarnos de que así sea. Si Egisto se muestra sensato y decide quedarse en Micenas, vuestros contactos en la ciudad tendrán que convencerlo para que salga. Que apelen a su orgullo, que le digan que el pueblo no respetará a un cobarde que se esconde tras las murallas ni a un niño que se mea de miedo frente al enemigo —explicó Agamenón mirando directamente a los oligarcas micénicos. Estos asintieron—. En cuanto a vosotros —continuó, dirigiéndose expresamente al capitán Palamedes y al resto de los militares—, tendréis que jugar un papel muy importante. Vuestra actuación determinará si el pueblo de Micenas habrá de blandir sus armas o no. Llegado el momento, cuando el usurpador Egisto haya salido por la puerta de los Leones con su ejército, deberéis conseguir que se facilite la entrada a Aurimedón por la puerta Norte. —Aquello me pilló de improviso; no me había dicho nada. Estuve a punto de dejar caer la lanza, pero lo disimulé lo mejor que pude—. Entrará con unos cuantos hombres leales y rodearemos al traidor. Estará atrapado entre las murallas de nuestra ciudad y las tropas del rey Tindareo. Una vez dentro de la ciudad, Aurimedón hará sonar el cuerno de Micenas. Todos tendréis que tomar una decisión. En ese momento, cada soldado de Micenas elegirá a qué rey desea servir.

—Os escogerán a vos, señor —contestó Palamedes.

—Eso espero, capitán. Pero yo no soy como mi hermanastro. Les daré la libertad de elegir y no castigaré la infidelidad. Quien desee seguir siéndole leal a Egisto podrá marcharse junto a él.

—¿Piensa dejarlo con vida? —preguntó un oligarca de barba cana y mirada cansada—. Puede que eso sea un grave error, majestad...

—Los dioses aborrecen el asesinato. Han castigado con dureza a mi familia y a mi ciudad por culpa de los crímenes de mi padre. No deseo erigir mi reinado sobre las tumbas de mi primo y de mi tío, por más ruines o deleznables que hayan sido.

—Muy loable por su parte, señor —respondió el capitán Palamedes —. ¿El rey de Argos sumará su ejército?

—No. Si atemorizamos a los usurpadores mostrándonos con un ejército muy numeroso, se refugiarán tras las murallas, obligándonos a acometer un asedio pesado e infructuoso. No. Deben creer que cuentan con alguna oportunidad.

El león regresaba a casa y sus cachorros estábamos dispuestos a darlo todo para que recuperara el trono. La sombra de la corona de Micenas ya podía vislumbrarse sobre la testa de Agamenón. Su corona. La que los dioses le debían.

# XXI

# Atenas

La velada transcurrió sin grandes celebraciones. Había demasiada tensión, demasiados nervios, demasiados sueños en juego. Tanto los llegados de Micenas como los espartanos se retiraron temprano. Todos recibiríamos el alba con ansia.

Cástor y Pólux tampoco tardaron en retirarse. Debían rescatar a su hermana de las manos del rey Teseo de Atenas, quien la había secuestrado, como a tantas otras muchachas antes que ella. Sin embargo, Helena de Esparta no era una doncella más; nunca lo fue. Su padre la cuidaba como al mayor de sus tesoros y estaba dispuesto a destruir hasta la última piedra de Atenas si su monarca no la devolvía junto con una cuantiosa dote a modo de disculpa. Debo detenerme para explicar el peso que tenía todo lo que ocurría alrededor de Helena en nuestro mundo. Por qué una niña se convirtió en el centro de la sociedad en un mundo eminentemente masculino.

Helena, además de ser la muchacha más hermosa que hubiera nacido, se había convertido en un símbolo de orgullo nacional. Y no solo por su belleza, sino también por su manera de ser: alegre, tierna, valiente y extrovertida. Jamás tuvo miedo de hacer lo que le vino en gana. Se sentía segura, invulnerable en Esparta. Por eso, su rapto supuso el mayor de los caos. Fue, desde su nacimiento, una mujer atípica, como también terminaría siéndolo su hermana. Mujeres de otro tiempo, de otra realidad, que no se acomodaban al rol que la sociedad les había asignado: poco dadas a someterse a la voluntad de los varones, incapaces de verse a sí mismas como simples trofeos o monedas de cambio. Ellas, a pesar de todo, a

pesar de la crueldad y al peso de sus historias, jamás se resignaron. Hay quienes sostienen que esta manera de ser fue cosa de la educación que les dio su madre, la reina Leda, que las crio de un modo distinto; o tal vez de su padre, dispuesto a entregar todo lo que tenía por ellas. Sí, no les negó nada. Incluso ofreció su corona como incentivo para que su hija encontrara al marido ideal, pero a eso llegaremos más adelante.

En aquel momento, el rey solamente rogaba a los dioses que ese malnacido ateniense no la hubiera tocado. No era más que una niña. Si Helena estaba mancillada, Tindareo haría estallar una gran guerra en la que deberíamos tomar partido.

—Todo ha ido conforme a lo planeado con los enviados de Micenas —dijo el rey Tindareo entrando en los aposentos de Agamenón y acercándose a él para estrecharlo con fuerza entre sus brazos—. Esa cabeza tuya bien vale un reino.

—Gracias, majestad. Esto no habría sido posible sin su ayuda. —Agamenón supo mostrarse humilde—. Y no se preocupe. Si Teseo no devuelve a su hija, Micenas y Argos acudirán en su ayuda, Atenas será pasto de las llamas y nuestros perros se darán un banquete con los órganos de ese malnacido —añadió con una mirada compasiva.

El rostro de Tindareo se contrajo mostrando la miríada de sentimientos que lo invadían en esa larga noche: pena, dolor, agradecimiento, rabia...

—Muchas gracias, hijo. En cuanto te hagas con la corona y tenga a Helena de nuevo entre mis muros, cumpliré mi palabra y te otorgaré la mano de mi hija Clitemnestra. Micenas y Esparta serán una.

—Gobernaremos sobre todos los aqueos. A sangre y hierro.

—A sangre y hierro —contestó Tindareo antes de marcharse.

Nos quedamos a solas Agamenón, Menelao y yo. Los mismos que habíamos abandonado Micenas juntos, hacía ya varios años.

—Será mejor que nos vayamos a dormir —comentó mi señor. De pronto, reparó en mí y, preocupado, me preguntó—: ¿Qué te pasa,

amigo? No te veo muy entusiasmado. Debería arderte la sangre. Llevamos años esperando esta ocasión.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en ellos?

La duda y la emoción se habían adueñado de mi espíritu desde el final de la reunión. Deseaba regresar como nadie y poder ver a mi abuela de nuevo, pero también me aterraban las viles artes de nuestros enemigos. Temía que todo aquello no fuera más que otra de las estratagemas de Egisto. ¿Habría espías suyos en Esparta? ¿Volveríamos a perder, una vez más?

—Si algo he aprendido durante estos años, es a no fiarme de nadie. Menelao y tú sois mi única familia, los únicos a quienes encomendaré mi vida y mi futuro. Del resto de serpientes me cuidaré, descuida. Llevo mucho tiempo orquestando las próximas jornadas, Aurimedón. Céntrate en cumplir con tu parte. De lo demás me encargo yo. —Hablaba con tanta firmeza, con tanta seguridad, que era imposible no sentirse enardecido.

—¡Y vaya parte! Podrías haberme avisado; casi me cago encima. —Yo era el único que podía hablarle así. Agamenón rompió a reír. Menelao y yo nos sumamos, alejando por un momento nuestro nerviosismo—. El rey Tindareo y tú terminaréis haciéndoos con todo el Egeo.

—No me subestimes —me susurró Agamenón—. ¿Quién crees que hizo que le llegaran tantas noticias a Teseo sobre las bondades de Helena? El rey Tindareo es un aliado valioso. Todo entrañas y corazón, pero demasiado simple. Atenas le devolverá a su hija, nosotros conseguiremos regresar a casa y sellar una gran alianza con él. Nuestra ocasión ha llegado. Los dioses nos entregan el mundo en bandeja.

—Pensaba que no creías en los dioses —le contesté, divertido.

—Es una forma de hablar —respondió, dándome una palmada en la espalda.

Esparta se puso en pie de guerra. Bronce, carne, cuero y hueso. Carros, aurigas y lanceros. Esparta marchaba. Micenas rogaba.

Agamenón sonreía.

Un auriga espartano asía las riendas del carro de mi señor. No pude evitar sentirme celoso, aunque sabía que mi función era mucho más importante. Debía dirigir una unidad de caballería completa. Marcharíamos antes y esperaríamos al norte de la ciudad, resguardados en un espeso bosque. Nuestras órdenes eran claras: esperar a que el rey Tindareo y Agamenón retaran a Egisto, valernos de la ayuda de los centinelas de la puerta menos concurrida de Micenas y adentrarnos en la ciudad. Todo el plan gravitaba en torno al éxito de esa misión. Si los centinelas nos traicionaban o nos asaeteaban, moriríamos allí, al pie de las murallas. No. Agamenón no lo permitiría. Recé a Poseidón, imploré su protección y aproveché para pedir disculpas por la escasa fe de mi señor.

Cabalgué sobre el lomo de Sombra Negra, mi amigo, mi compañero, la luz que me hacía recordar todo lo que era. Desde que abandonáramos Micenas, había estado con él todos los días sin excepción. Había prometido no abandonarlo nunca más. No dejé de acariciarle el cuello; ese gesto me tranquilizaba y me protegía del miedo y de la angustia.

—¿Qué opinas del rapto de la princesa Helena? Seguro que tú la has visto. ¿Es tan bella como dicen las canciones? —me preguntó uno de los jinetes de Micenas. Esa cuestión, tan inoportuna, banal y grosera, lejos de enojarme, me ayudó a recobrar cierta tranquilidad.

—Ten en cuenta que el artífice del rapto no es otro que Teseo, el héroe que unificó todos los pueblos que hoy conforman Atenas. Él cazó al jabalí de Calidón, combatió contra los centauros y los lapitas y, sobre todo, venció al Minotauro.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que Teseo no está acostumbrado a las negativas. Ha triunfado allá donde ha ido y, ahora, exprime sus últimos años con retos imposibles y buscando misiones heroicas donde no las hay. Dicho esto, no creo que se niegue a devolver a la princesa. Lo único que quería era demostrar que podía hacerlo, que, pese a su avanzada edad, era capaz de raptar a la mujer más codiciada de toda Grecia. Una declaración de guerra de Esparta pondría su mundo patas arriba y destruiría lo que ha creado con tanto celo.

—Ojalá. Me gustaría verla. Dicen que Zeus, el padre de todos los dioses, violó a su madre, la reina Leda, la esposa del rey Tindareo. Por eso es tan bella. Muchos aseguran que no hay cabello más hermoso que el suyo y que su rostro podría competir incluso con el de la diosa Afrodita.

—Será mejor que cuides tus palabras; estás rodeado de espartanos —le advertí. El resto de jinetes lo observaba con aire ofendido y furioso.

—Yo solamente digo lo que he escuchado.

—La gente habla demasiado —respondí, cortando en seco la conversación.

«Los dioses son la excusa perfecta tras la que ocultar nuestros errores», me dijo Agamenón una vez cuando debatíamos sobre el tema. Según mi señor, el rey Tindareo había ocultado el más que posible adulterio de su mujer haciéndolo pasar por un abuso de los dioses. La amaba demasiado. Con una artimaña, blasfema a mi parecer, consiguió librar a Leda del escarnio social para que, en vez de ser tomada como una arpía infiel, fuera considerada como una mortal sumamente bella que había logrado seducir al mejor de todos los dioses.

Además, Tindareo, en vez de avergonzarse del fruto de ese adulterio, su hija Helena, la protegió con todas sus fuerzas. Ocultaba su rostro con un tupido velo que lograba envolverla en un misterio todavía mayor. Todos deseaban ver su hermosa faz y, como les era negado, su deseo crecía exponencialmente, impulsando la fama de Helena más allá del Olimpo. No obstante, el monarca jamás habría podido imaginar que alguien fuera tan sumamente estúpido o audaz como para secuestrar a su hija. Cómo habría podido prever que los agonizantes héroes de antaño quisieran agotar sus últimas fuerzas con logros insólitos, e incluso absurdos, como aquel secuestro. Se decía que, hacía décadas, monstruos terribles y seres infernales atestaban la tierra y solo los semidioses fueron capaces de protegernos de ellos. Ahora solo quedaban leyendas y cantares de aquellos tiempos. La era de los héroes había terminado. Comenzaba la de los hombres.

El repiqueteo constante de las armas, al son de la marcha de los soldados espartanos, me hizo volver a la cruda realidad. No pude dejar de admirar a Tindareo, quien, pese a estar abrumado por el secuestro de su hija, había logrado reunir un gran ejército dispuesto a ayudar a su joven amigo Agamenón. Partíamos de Esparta con tres mil quinientas unidades de infantería, unos doscientos jinetes que yo había adiestrado personalmente y una decena de carros de combate que me apenaba no poder comandar, aunque no creía que fueran a participar en la refriega. Estaban demasiado verdes; serían un mero elemento decorativo para dar fuerzas a las tropas dóricas.

Todos aquellos soldados marchaban hacia mi ciudad, Micenas, con sus armaduras y portando el estandarte de Esparta. Seguimos juntos la ruta principal, hasta que, llegado un punto, Agamenón me ordenó a mí y al regimiento de caballería que comandaba que nos adelantáramos. Debíamos llegar casi a la par, pero separados de su grupo. Nosotros tomamos el camino más largo y tendríamos que ocultarnos. Nuestros enemigos debían creer que el ejército comandado por Agamenón y por el rey Tindareo era su único oponente.

Mi señor me había insistido en que nadie debía percatarse de nuestra presencia hasta que estuviéramos dentro de la ciudad. Éramos tan solo unos doscientos hombres y la verdadera carnaza del plan era Agamenón. Esperaba que Egisto aceptara el desafío nada más verlo, acaparando así toda su atención y la de sus hombres y, de este modo, dándome el tiempo necesario como para adentrarme con mi regimiento hasta el corazón mismo de la ciudad y hacerme con el control de esta.

Tras separarnos del grupo inicial, mis hombres y yo forzamos a nuestras monturas para llegar hasta la puerta Norte de la ciudad. Me sorprendió no encontrar a nadie y ver que los caminos estaban desiertos. A aquellas alturas, ya no estaba seguro de nada: o bien mi señor se había encargado de despejarnos el camino con alguna de sus argucias secretas o, lo más seguro, había acertado con su plan y la atención de toda Micenas se centraba en el enorme ejército que se dirigía hacia ella. Seguí junto con todo mi regimiento y llegamos hasta los albores de Micenas cuando el sol comenzaba a

ocultarse. Descabalgamos y dejamos nuestras monturas en uno de los bosques cercanos y aprovechamos que el ocaso nos favorecía para ocultarnos y avanzar entre los claroscuros de las sombras. Todos los pasos previos de nuestro plan habían sido ejecutados. A esas alturas, era casi imposible que ningún vigía de Micenas nos hubiera visto. Tan solo debíamos esperar hasta que Agamenón y el rey espartano llegaran para proseguir con nuestra misión.

Mientras nosotros nos esforzábamos por llegar, sigilosos, mi señor, en contraposición, arribó con todo su esplendor. A cara descubierta y comandando un ejército maravilloso, frente a las puertas de los Leones. Dio el alto en la enorme explanada que daba paso a la ciudad, el mismo lugar que un día acogió mi carrera contra Automedonte. Una gran polvareda, favorecida por cada paso del ejército espartano, enturbiaba el horizonte. El regusto del sonido metálico de las armas y los escudos de los soldados impregnaba el aire.

Desde nuestra posición, ocultos entre las sombras junto a la puerta Norte, pudimos percibir cómo, al otro lado de las murallas, Micenas entera se armaba, bullendo de actividad. En un burdo intento por controlar la situación que en realidad demostraba la poca eficacia militar de Egisto, más dado a intrigas palaciegas que al mundo marcial, envió un emisario a hablar con el rey Tindareo y con Agamenón para ganar tiempo. Él, sin embargo, ni se dignó a salir. Agamenón, en cambio, vio la oportunidad de dirigirse a su propia ciudad, cuyos habitantes llevaban demasiado tiempo sin verlo. Adelantó su montura, ignorando al enviado de Egisto, que ni siquiera pudo abrir la boca, y se plantó frente a las murallas sabiéndose inviolable por más que estuviera a tiro de flecha. A continuación, hizo que unas trompetas sonaran, tanto para que todos los micénicos pudieran escuchar lo que estaba a punto de decir como para indicarnos la señal que mis hombres y yo habíamos estado esperando.

Más tarde, fue el propio Agamenón quien me contaría su combate dialéctico y el transcurrir del enfrentamiento. En ese momento, nosotros avanzábamos a la par que su discurso daba comienzo:

—Noble pueblo de Micenas —empezó, con su voz atronadora—. Me presento ante vosotros como os merecéis, con alma de cobre y huesos bravos. Oh, soldados valerosos, que durante dos largos años habéis tenido que emplearos como labriegos. Entregadme la ciudad que por justicia me pertenece, expulsad a los usurpadores y empecemos una nueva era de oro y victorias para Micenas. ¡Así lo clama el cuerpo insepulto de mi padre!

Al escuchar su arenga, Egisto, que hasta entonces no se había mostrado, no pudo resistir la tentación de responderle, justo lo que Agamenón deseaba. Se presentó en lo alto de sus defensas, sobre la imponente muralla de la ciudad, ahogando con su aparición cualquier grito de júbilo o de aliento por parte de los soldados micénicos, que se debatían entre su deber, su honor y su verdadera lealtad. A mi señor no le sorprendió su aparición. Es más, la deseaba, la había estado buscando con sus palabras. Era crucial que Egisto y sus hombres permanecieran entretenidos, ajenos a lo que ocurría a sus espaldas, en la otra puerta de la ciudad, a la que mis hombres y yo acabábamos de llegar.

—No esperaba tu visita, Agamenón. Dices que vienes vestido de cobre, pero lo único que recuerdo es que huiste como una rata. No sabes lo mucho que ha prosperado esta ciudad desde que limpiamos la mancha sacrílega de Atreo. ¿Cómo pretendes ayudarnos, dejándonos que masacremos a ese ridículo ejército que has traído hasta nuestras puertas? Llevas años combatiéndonos, gozando con la muerte de cada uno de nuestros soldados, lo sé, lo sabemos, no me tomes por necio. Sé, todos sabemos, que siempre has sido un cobarde, aunque no un ignorante. No has estado esperando dos años para que os borremos de la faz de la tierra de un plumazo. Debes de tener algo más. No te atreverás a asediar la ciudad. No tienes rutas de abastecimiento ni maquinaria. No daré el primer paso.

—Me llamas cobarde cuando ni siquiera te atreves a hacernos frente y tienes a tus mejores soldados inactivos. Sus espadas se quedan sin filo y sus armaduras se pudren. No eres el rey que ellos merecen —se burló Agamenón, que con una grácil maniobra descendió de su corcel, sacó un cuchillo y se hizo un corte en la

mano izquierda—. Entrego mi sangre al Hades y juro que, si me derrotas en combate singular, mi hermano y yo renunciaremos a cualquier derecho hereditario. Baja. Lucha. Sé un hombre. Tus soldados, tu padre y tu pueblo entero te observan. Desenfunda tus armas y que sean ellas las que hablen por ti. Gana a hierro, en justicia, lo que conseguiste con mentiras y embustes. Que la sangre del perdedor nutra este suelo sagrado y no la de los hombres que, por tu culpa y la mía, podrían llegar a enfrentarse.

Egisto, rojo por la humillación, parecía dispuesto a dar media vuelta y regresar a su castillo cuando sus soldados comenzaron a dar golpes rítmicos con sus lanzas contra los escudos. No dijeron nada, no hacía falta. Si el rey de Micenas los abandonaba, perdería su respeto. En el otro bando, los espartanos rugían y se burlaban de él. Debía bajar, no tenía otra salida.

—¡Sea! —gritó descompuesto por la ira.

Agamenón regresó junto al ejército espartano para prepararse y, al cabo de un breve lapso de tiempo, su contrincante descendió las escalinatas de la muralla y salió al exterior. Acompañaba a Egisto un contingente entero de soldados micénicos, aunque lo más llamativo fue cómo se presentó en el campo de batalla: a bordo del carro de guerra de mi maestro Leutides, que conducía un auriga, mi hermano Solofemo.

Varios sacerdotes se adelantaron y se interpusieron entre los contendientes. Sus acólitos portaban varias ofrendas de carne para los dioses.

Mientras todo aquello acontecía, junto a mi regimiento, tras abandonar nuestros escondites, yo entraba por la puerta Norte, donde un único soldado montaba guardia. Respondía al nombre de Dictimo y nos dejó entrar sin oponer la más mínima resistencia. Posteriormente supe que era el subalterno de mayor estima del capitán Palamedes.

—¿Cuántos leales a Egisto quedan en la ciudad? —le pregunté.

—Ha bajado con los únicos que siguen creyendo en él. El resto estamos hartos de sus abusos.

—Bien. Muchachos, hagámonos con los muros. Dictimo, consigue que apresen a Tiestes y llevadlo hasta las murallas. —Con un simple

gesto, envió a un par de sujetos para que hicieran el trabajo sucio—. ¡Vamos, nuestro rey está a punto de combatir!

Cruzamos la ciudad entre vítores; la gente comprendió al instante lo que estaba sucediendo y comenzó a aplaudirnos. Decenas de hombres, mujeres y niños fueron sumándose a nosotros. En un visto y no visto, conseguimos subir hasta las protecciones defensivas. Los soldados que Egisto había dejado allí, confusos, apenas mostraron intención de hacernos frente; ni siquiera se esforzaron por tensar sus arcos. Entre la nula lealtad que le profesaban a Egisto y a Tiestes y el entusiasmo que veían en mí y en mis hombres, llegaron a la conclusión de que sería mejor no plantarnos cara. Al percatarse del enorme número al que tendrían que oponerse, bajaron las armas y aceptaron sin rechistar el cambio de régimen.

—¡Traedme a Tiestes, ya! —ordené a la mitad de mis hombres.

Era el único cabo suelto que nos quedaba. No podíamos permitirnos que arruinara nuestros planes, aunque Agamenón ya me había puesto sobre aviso. Hacía meses que no salía de su palacio tras dejar el peso del gobierno de la ciudad sobre los hombros de su hijo.

Todavía no había comenzado el combate. Estaban sacrificando al último buey cuando hice que los músicos que nos acompañaban junto a los soldados con los que había traspasado la puerta Norte se colocaran en los lugares estratégicos de las murallas. Eran cuatro hombres de fuertes pulmones que tocaron, como habíamos previsto, varias flautas dobles, las preferidas del dios Pan. Era la señal acordada. La ciudad volvía a pertenecer a los Atridas. Siempre había sido suya.

Egisto y sus hombres se giraron hacia las murallas al oír la música y nos descubrieron en los puestos de mando. Sus rostros sombríos nos lanzaron una andanada de miradas inquisitivas y rencorosas. Fue entonces cuando mis ojos se cruzaron con los de mi hermano. Fue una mirada fría y dolorosa a partes iguales.

—¡Traición! —gritó Egisto—. No respetan a los dioses. Se valen de treguas sagradas para arrebatarnos el trono. Blasfemos. Impíos. ¿Es lo que queréis, que la maldición de los dioses caiga sobre Micenas?

¿Que Apolo mande sus flechas ponzoñosas contra nosotros? ¿Que Zeus nos aniquile con sus rayos?

—¡Basta! —exclamó Agamenón—. Nuestro acuerdo no cambia en absoluto. Si me vences, la ciudad volverá a tus manos. Mis hombres solo han entrado para evitar que, como la serpiente rastrera que eres, repitas tu cobardía. Yo no tengo miedo. Que Micenas y los dioses sean testigos. Si falto a mi palabra, que los dioses me rasguen la piel y que los cerdos se den un banquete con mi corazón. Ganaré, en justicia, lo que por nacimiento me pertenece. —Lo había visto ensayar aquel discurso cien veces y seguía emocionándome. Se quitó el casco y lo lanzó al suelo, liberando su melena azabache al viento. Despreocupado, retando a la muerte, el aspirante al trono se ganó las ovaciones de la mayoría de los presentes.

El ejército espartano aplaudía, el pueblo de Micenas rugía. Solo permanecían en silencio los hombres de Egisto, quien, contrariado, se quitó su yelmo dorado, coronado por dos cuernos, y mostró su rostro, por primera vez en dos años, a su enemigo.

Ambos contendientes avanzaron. Sus armas lanzaban reflejos de muerte al cielo, donde los dioses se frotaban las manos mientras jugaban a los dados con nuestros destinos.

Las espadas de los Atridas danzarían por última vez.

# XXII

# El león acecha

Egisto y Agamenón, espadas en mano, se medían mientras giraban uno alrededor del otro, observándose, estudiándose. Agamenón apenas movía su espada; sus gestos eran minuciosos, precisos y estudiados como los del depredador que acecha a su presa en silencio, saboreando con antelación el suculento bocado. Egisto, además de la espada, esgrimía, más sensato y precavido, un escudo ovalado. Conocía al monstruo al que estaba a punto de enfrentarse. Pocos valoraban la pericia de Agamenón en el manejo de las armas, pero yo lo conocía muy bien. Era un soldado diestro y estudioso. No podría tildarse de sobresaliente como su hermano Menelao y no entrenaba ni una décima parte que este, pero sí era un adversario notable, frío e indescifrable.

El silencio que sobrecogía Micenas se rompió cuando Egisto llevó a cabo el primer ataque. Los soldados gritaron al intuir la sangre, pero Agamenón esquivó con facilidad aquella ofensiva y tensó todos los músculos de su cuerpo, presto a lanzarse contra su oponente. Egisto retrocedía timorato aun sin haber tenido que repeler ningún ataque. Eran los ojos de su contrincante, oscuros como dos pozos sin fondo, los que le atemorizaban, la mirada de un hombre al que le había arrebatado todo, un hombre con una sed que solo se saciaría cuando acabara con él.

El usurpador, osado como nunca al fin, pareció armarse de valor y, afianzando los pies en el suelo y dispuesto a defender su reino, su corona y su vida, dejó que se acercara. Tenía la ventaja de su defensa. Agamenón lo tanteó con varios envites, fintas y ataques

laterales. Todos sus ataques dieron contra el escudo. Con cada nuevo golpe, los gritos de la multitud se hacían más y más intensos.

Entonces comprendí la estrategia de mi señor. Estaba desgastando a Egisto obligándole a levantar el escudo una y otra vez ante la atenta mirada de sus hombres y las burlas de cientos de soldados espartanos que lo veían recular sin cesar. Agamenón esperaba encolerizar a su enemigo. Buscaba un ataque desesperado. Una muestra de que el actual rey de Micenas no era ningún pusilánime. Tenía a Egisto como alguien escurridizo y hábil mentalmente pero, bajo el sol abrasador y ante la espada ajena, los pensamientos se vuelven más toscos y burdos. Cuando uno está en esa situación, los impulsos toman el control. Egisto, alentado por sus hombres, soltó un ligero espadazo y avanzó dos pasos resguardado tras su rodela. Agamenón permanecía impasible. Aguardaba otro ataque de su rival, con esa mirada penetrante e inquisitiva que tantas veces había observado en los banquetes y en las reuniones de Esparta.

La segunda acometida de Egisto acabó en fracaso. Agamenón anticipó su ataque y, con un hábil golpe de muñeca, logró acertarle en la empuñadura. Egisto lanzó un grito desolador y el aire se tiñó de sangre. El dedo índice de su mano derecha salió volando. La gente, extasiada, saltaba. Los gritos impregnaron el ambiente.

Egisto, presa de un dolor físico que jamás en su vida había padecido, lanzó su escudo y su espada al suelo y quedó indefenso.

—¡Carne de palacio, no de bronce! —gritó Dictimo, burlándose de su ya antiguo señor.

Egisto adoptó una posición fetal y humillante tratando de taponar la sangre de su herida con la otra mano. No era un guerrero. No era un hombre valiente. Cualquier otro habría tratado de defenderse con el escudo e intentado mantener al menos una pizca de honor. Él, sin embargo, aguardó la muerte del mismo modo que había vivido. Era patético, repugnante. No suplicaba. Sabía que para Agamenón no sería fácil acabar con su vida de aquella manera. Prefirió la lástima y la compasión al respeto.

Los soldados de Micenas, que hacía muy poco habían seguido a Egisto hasta las afueras de la ciudad para enfrentarse con los guerreros espartanos, silbaron y le abuchearon. Algunos le

increpaban, otros le insultaban y los más ruines se reían de él. Agamenón los acalló a todos levantando su mano derecha.

—Egisto, levántate. Mataste a mi padre para convertir al tuyo en rey, deshonrándote de por vida. Que tanto los dioses como los mortales sean testigos de que no somos iguales. —Egisto lanzó una mirada sorprendida al hombre que acababa de mutilarle. Antes de volver a centrar los ojos en su herida, esbozó una histriónica sonrisa que me revolvió las tripas—. Puedes irte —prosiguió Agamenón—. Acompañado por estos hombres que al parecer te son leales. O vete solo, tanto me da. También perdonaré a tu padre, Tiestes. A cambio, os haré prometer por la sagrada laguna Estigia que jamás, bajo ningún concepto, volveréis a pisar suelo micénico. Si lo hacéis, seréis ejecutados. Que toda Micenas sea testigo de mi decisión, irrevocable e imperecedera. —Solo un hombre acudió a socorrer a Egisto. Solo uno. Su auriga, mi hermano. Le ayudó a levantarse y detuvo la hemorragia de su mano con un paño de lino—. Debéis saber también que seréis repudiados por todas las ciudades afines a Micenas. En ellas no encontraréis cobijo. Os recomiendo que busquéis refugio lejos, muy lejos de aquí.

Egisto no contestó, se sentía demasiado humillado para hacerlo. Se marchó como pudo, tratando de conservar un ápice de dignidad, aunque sin levantar la mirada del suelo.

—Dejad el carro de Leutides aquí. No sois dignos de él —sentenció Agamenón. Sabía que aquel gesto iba destinado a mí. Solofemo también lo supo.

Mi hermano quitó las riendas a sus caballos, ayudó a Egisto a montar en uno y subió a lomos del otro. Nadie más le acompañó al destierro. Mi hermano volvió la vista atrás antes de abandonar Micenas.

Ambos compartimos la misma lágrima.

# XXIII

## Némesis y Tánatos

La ciudad recibió a los Atridas como se merecían. Las puertas sonrieron ante el regreso de los hijos pródigos. El gentío se esforzó en disimular su vergüenza y sus pecados bajo el peso de grandes ovaciones. La alegría y la esperanza de un mundo nuevo, un mundo mejor, lo tapó todo. Egisto era cosa del pasado, una pesadilla que había durado dos años. Los habitantes de Micenas cerraban los párpados con fuerza, como tratando de olvidarla, mientras se rompían las palmas de las manos y las cuerdas vocales ovacionando a mi señor.

Agamenón supo estar a la altura. Impidió que el rey Tindareo y su ejército entraran en la ciudad. No sería un buen augurio, desde luego. Para contener la codicia espartana y premiar a sus soldados, les pagó generosamente de sus propias arcas. A continuación, triunfante, vencedor, accedió hasta las entrañas mismas de su hogar con la espada desenvainada, salpicada por la sangre del usurpador, las grebas repletas de arena y el rostro empapado de sudor. Era la viva imagen del hombre bendecido por los dioses que, con esfuerzo y tesón, había superado las pruebas impuestas. La muchedumbre se deshacía en vítores. Terminaron rodeándolo como si fuera un dios. Acercarse a él, en aquel momento, después de regresar victorioso del combate, era una odisea que contar a sus nietos.

Los soldados de Micenas, otrora siervos de Egisto, fueron los mismos que impidieron que el gentío fagocitara a Agamenón y los mismos que me ayudaron a llegar hasta él, Dictimo en cabeza.

Cuando lo vi, me cogió fuerte por el cuello y me dijo al oído:

—Aurimedón, ¿dónde está Tiestes?

—He mandado a la mitad de nuestros hombres en su busca —respondí. La verdad era que, atrapado por el vertiginoso ritmo de los acontecimientos, se me había olvidado por completo—. Deben de estar cercándolo en el palacio.

—Llévate al capitán Palamedes y a todos los soldados que necesites. No te molestes en traerlo ante mí. Quiero que desaparezca. Si renuncia a irse por su propio pie, acaba con él. Su presencia condiciona mi bondad. No tardes.

Palamedes, el rudo, el inquebrantable, el avezado militar que había acompañado a Agamenón comandando a los leales que lo seguían, estaba a punto de llorar de alegría. Veía en mi señor al salvador de su ciudad y nada le complació más que acompañarme hasta el usurpador. ¡Cuánto debían de haber cambiado las cosas en Micenas durante aquellos dos años!

—Parece que ha pasado toda una vida desde la última vez que fuimos en busca de ese malnacido, ¿verdad? —le pregunté. Me observó extrañado antes de comenzar a reírse como un descosido.

—Y tanto. Pero esta vez me ocuparé de que no escape —respondió echándose una mano al gaznate. Atravesamos una Micenas festiva. Las mujeres habían salido a la calle y lanzaban flores. Los hombres, todavía embutidos en cuero y bronces, abrazaban a sus hijos y los alzaban para que pudieran ver a Agamenón—. No sabes lo que hemos pasado —me confesó Palamedes al verme observar perplejo a la multitud—. Su reinado fue... nuestra ruina.

El palacio de Micenas se erguía impasible, atemporal. Sus muros parecían hacernos ver que allí no había cambiado nada. Comprendí que el estiércol era voluble; el oro no. Acompañé al capitán hasta las puertas. Allí, yacían exánimes unos cuantos guardias. Unos cuantos de los hombres que había enviado antes estaban esperándonos en la puerta.

—¿Tiestes ha abandonado el palacio? —preguntó Palamedes.

—No, señor —contestaron al unísono—. Continúa dentro. Estábamos a punto de ir a buscarlo. Ya no hay peligro. No le queda ni una sola espada leal.

El palacio acogía a un sinfín de esclavos atemorizados y de concubinas desubicadas. Egisto no había tomado esposa y Tiestes era demasiado mayor para el matrimonio. La gran presencia femenina atestiguaba que su virilidad no había estado enjaulada. Supe con posterioridad que Agamenón se había encargado de boicotear cualquier tipo de matrimonio diplomático, impidiendo que Egisto encontrara una esposa que le ayudara a consolidar su reinado o a expandirlo mediante el casamiento. Pagó para ello grandes sumas a todos los padres que alguna vez pudieron llegar a imaginar unir sus nombres al de Egisto. Tampoco debieron de tratar demasiado bien a sus esclavas porque casi todas ellas nos indicaron, de buen grado, dónde se ubicaban las dependencias privadas de Tiestes.

Tuvimos que golpear varias veces la puerta para poder tirarla abajo. No iba a permitir que esa burda trinchera supusiera el más mínimo obstáculo. Cuando conseguimos sobrepasarla, desenvainamos nuestras espadas, precavidos ante cualquier posible ataque.

Lo que vimos fue todavía peor.

—No dejes que nadie se acerque —le dije a mi compañero, adentrándome un poco más en aquel infierno—. Espérame fuera.

El cuerpo inerte de Tiestes dibujaba un tétrico mosaico en el suelo del centro de la habitación. Sobre su diestra, descansaba el puñal con el que se había quitado la vida. A pesar del enorme tajo que surcaba su cuello, el padre de Egisto sonreía desafiante. No hacía falta ser un erudito para saber por qué: Tiestes había abandonado este mundo maldiciendo a su enemigo, deseándole un transitar incierto y tortuoso.

Unas cuantas tallas de madera, manchadas con su propia sangre, rodeaban el cadáver. Distinguirlas hizo que se me helara el corazón: Némesis, la diosa de la venganza; Tyche, de la fortuna; Tánatos, el dios de la muerte, y Hécate, la deidad de la magia y la brujería.

Quedaba claro cuál había sido su último deseo antes de quitarse la vida: mancillar, de manera blasfema, el ascenso al trono de Agamenón. Enturbiar su presente y lastrar su futuro.

Me armé de valor y, susurrando plegarias a Poseidón, imploré que me perdonara por lo que estaba a punto de hacer. Me agaché ante el cuerpo sin vida de Tiestes y recogí todas y cada una de las figuras. Las escondí bajo un trozo de tela y me marché de allí.

Nadie, salvo el propio Agamenón, se enteraría jamás de lo que había sucedido allí. El deseo de Tiestes murió en mis labios. El reinado del primogénito de los Atridas comenzaba manchado por los dioses y bendecido por los hombres, y no sería yo quien apostara a favor o en contra de ellos.

# XXIV

## Micenas renacida

Micenas renació y nosotros con ella.

Volvimos a ser quienes éramos dos años antes. La primera persona a la que visité, nada más hube salido del palacio tras poner al corriente a Agamenón, fue, como no podía ser de otra manera, mi abuela Melgara.

La encontré en nuestra casa, el lugar donde nos había criado, ante su desgastado telar. El trabajo en el que estaba inmersa me emocionó hasta zambullirme en un mar de melancolía: Prometeo, el benefactor de los hombres, combatiendo contra su hermano Menecio, el titán más orgulloso e impetuoso de todos. No quise pensar quién era yo y quién era Solofemo. Al verme entrar, dejó todos sus quehaceres y se lanzó a mis brazos.

—Aurimedón, querido —me dijo, incapaz de contener el llanto—. Benditos sean los dioses por traerte de nuevo al hogar de esta anciana.

A pesar de ansiar tanto su abrazo, de necesitarlo, pude contener mis fuerzas y la estreché con delicadeza. Pesaba menos que una niña. Los sinsabores de los últimos tiempos habían terminado consumiéndola. Mi pobre abuela era un saco de huesos, piel y lágrimas. Sus manos, testigos de una vida tormentosa, estaban repletas de manchas y dejaban traslucir todos sus huesos. Nuevas y antiguas arrugas surcaban su rostro terroso. Supe que aquellos iban a ser los últimos días de la mujer que me había criado. Tan solo la mantenían en pie un puñado de palabras, promesas y obligaciones. La chispa de Melgara acabaría apagándose, aunque era tan obstinada que no iba a permitirlo hasta sentirse satisfecha.

—¿Tu hermano está bien?

—Hemos tomado la ciudad sin derramar ni una gota de sangre —respondí, obviando la mutilación del usurpador Egisto y el suicidio de su padre, Tiestes—. Solofemo ha abandonado Micenas siguiendo la estela de su rey. Ha sido el único.

—Entiendo —respondió mi abuela, encerrándose en un sombrío mutismo.

Cenamos juntos, como antaño. Algo de carne que llevaba tiempo dejando secar, olivas y dos copas de vino. Aunque seguía repugnándome su sabor, mi abuela me obligaba a acostumbrarme. La vitalidad y la alegría habían abandonado el cuerpo de la única mujer a la que amaba, convirtiéndola en un cascarón sin fuerzas.

Había pasado mucho tiempo y los años no nos habían afectado de la misma manera. Me partía el alma verla así, a ella, que siempre fue nuestro referente. Melgara jamás supo conformarse con el papel que la sociedad tuvo a bien asignarle solo por ser mujer. Hizo las veces de madre, padre, amiga y tutora. Nos enseñó todo lo que sabía: a vivir con dignidad, con honradez a pesar de todo. Se sobrepuso a las innumerables desdichas que los dioses pusieron en su camino para criarnos, para regalarnos la oportunidad de brillar.

No fui yo quien sacó el tema. No tenía fuerzas ni ganas, pero ambos sabíamos que la conversación no iba a quedar pendiente. Mi abuela necesitaba soltar lastre antes de abandonar el mundo de los vivos. Me relató las coacciones del rey Atreo para justificar el silencio en el que había vivido tantos años y volvió a revivir la triste muerte de mis padres. Intenté que no lo hiciera; me angustiaba verla exhalar recuerdos dolorosos. No la juzgué, ¿quién se atrevería a hacerlo? Tampoco quise extenderme en mis desavenencias con Solofemo; no quería mortificarla sabiendo que, cuando al fin había alcanzado un poco de calma en su vida, llegamos nosotros para torturarla de nuevo. Traté de justificarme aludiendo a que el único que cambió fue él. No lo consintió. Me cortó en seco, como cuando era un niño. No se decantaría por ninguno de los dos. Nunca lo hizo.

—Si ahora mismo Solofemo, allá donde esté, y tú cogierais dos cuchillos y rasgarais vuestra piel con ellos, verteríais la misma sangre. Ni los reyes ni los dioses la comparten, hijo mío; solo

vosotros. Sois todo cuanto tenéis en este y en el otro mundo. Todo lo que dejaron vuestros padres, la impronta de su amor. Por mucho dolor que te haya causado tu hermano, perdónalo. No consientas que los acontecimientos humanos o políticos logren separaros, Aurimedón. No os crie así; sois mucho más fuertes. Por favor, te lo ruego, haz que mi hija sonría desde el Inframundo. Permíteme marchar en paz, déjame que pueda volver a abrazarla con la conciencia tranquila.

—No digas esas cosas, abuela.

—Prométeme que cuidarás de él —me suplicó, agarrándome las manos—. Para que el odio infeste el corazón de dos hermanos, ambos deben consentirlo. No lo permitas. Créeme, las aguas volverán a su cauce algún día, si estás dispuesto a esperar. Si estás decidido a perdonar.

Una semana después, mi abuela abandonó el plano terrenal y se adentró satisfecha en los dominios de Hades. Entre lágrimas, les juré a los dioses que cumpliría con su última voluntad.

Agamenón me acompañó en mi trance; no como rey, sino como un auténtico amigo. Lo necesitaba más que nunca. Se encargó de pagar el funeral de mi abuela. Le aseguró un entierro digno, reunió a los mejores sacerdotes para que oraran por ella y me ayudó a ofrecer una hecatombe cárnica en su honor. No hubiera podido demandar nada mejor.

—La vida sigue, hermano. —Era la primera vez que se dirigía a mí de aquella manera—. Nosotros no somos de los que se rinden ante ella. Nosotros la agarramos de las caderas y la hacemos nuestra. —Pese a las circunstancias, no pude evitar reírme ante tamaña barbaridad—. Hablando de caderas y de senos...

—No recuerdo haber mentado ningún pecho —repliqué, sin dejar de reír.

—Puede que no, pero yo no dejo de pensar en ellos.

—Lógico. No debe de faltar mucho para tu boda con la princesa Clitemnestra.

—Su padre me ha prometido que nos casaremos durante la próxima luna —respondió satisfecho—. No es mi unión la que me inquieta, sino la tuya.

—Ya sé adónde quieres ir a parar. Te he dicho una y mil veces que he consagrado mi vida a los dioses y a las carreras.

—Sí, sí, sí, ese es un sueño muy loable entre niñatos inmaduros. —Me sentí tremendamente humillado y ofendido. Agamenón siguió hablando—. Pero ahora que hemos recuperado Micenas, esa tontería se ha acabado.

—No puedes...

—Claro que puedo, y lo haré. Tú vas a ser mi auriga, mi heraldo, mi emisario y mi hombre de confianza. El primer rostro que verán todos los que deseen conocerme. Espero que comprendas que no voy a permitir que se rían de nosotros, solo porque no quieres tomar esposa. ¿Sabes qué dirán de ti los soldados si se enteran de que jamás has probado bocado carnal?

—¿Y Menelao? —Intenté desviar la conversación.

—Tengo otros planes para él. Te casarás, Aurimedón, quieras o no, y engendrarás vástagos, aunque tenga que agarrarte la verga e introducirla dentro de alguna mujer con mis propias manos. ¡Ya está bien de tanto misticismo, dolor y caballos! Los dioses nos castigan a todos. Estoy harto de tu ensimismamiento. Ni los vírgenes ni los sacerdotes lograrán ser eternos; nosotros sí.

El nuevo rey de Micenas hablaba con tanta fuerza y ridiculizaba tanto mis propios pensamientos que no sabía cómo responderle: si darle un puñetazo, reírme o largarme de allí.

—No estoy preparado —contesté.

—Lo comprendo —me respondió poniendo una mano sobre mi hombro—. Y puede que nunca lo estés. Hay heridas que no cicatrizan por mucho que lo intentemos. Tal vez nunca vuelvas a confiar en nadie, y no te culpo. Pero no te pido que abras tu corazón ni te expongas. Solo cásate. Ahuyenta cualquier fantasma sobre tu virilidad. Los hombres te veneran por tu fama, no la estropees con una conducta tan poco varonil. Míralo como un mero trámite. Si lo haces, podrás pedirme lo que quieras.

—¿Te cuidarás de los dioses?

—Dejaré que tú lo hagas por mí si dejas que yo te cuide de los humanos —contestó Agamenón rompiendo a reír. Sus sonoras carcajadas derribaron mis defensas.

Me casaría. Al fin y al cabo, una mujer no podría cambiarme tanto, ¿o sí?

El rey Tindareo hizo honor a su palabra y cumplió con lo acordado. Agamenón se casó con su hija mayor, Clitemnestra. La alianza con Esparta quedó sellada. Un aliado increíble para una Micenas que comenzaba a levantarse.

La boda fue un auténtico festival. La mayor celebración que se recuerda. Los sacerdotes hicieron enormes y costosas libaciones en todos y cada uno de los templos y se organizaron unos juegos espectaculares, donde despunté y me alcé con la victoria en la competición de carros. Micenas entera coreó mi nombre, aunque para mí no fue una victoria completa: Automedonte, mi mayor rival, no pudo presentarse. Al menos tuvo la decencia de enviar un emisario de Ftía con una misiva donde se disculpaba y me comunicaba que no asistiría por motivos familiares, pero que deseaba competir conmigo a la mayor brevedad posible.

Sí acudieron héroes, príncipes y reyes de todos los rincones del mundo conocido, desde el astuto Odiseo de Ítaca hasta Áyax, el gran luchador de Salamina, una enorme masa de músculos a quien había visto combatir en los juegos en honor a Menelao, hacía tanto tiempo. Agamenón, como nuevo rey de Micenas, selló pactos, alianzas y forjó amistades verdaderas y procuró conceder un lugar de honor a los invitados espartanos y argivos, que nos habían apoyado en nuestro exilio, para demostrar que era agradecido y valoraba la lealtad por encima de todo. Mi señor no perdió el tiempo bebiendo vino o disfrutando de las viandas como el resto de aristócratas. Al llegar la noche, eso sí, se marchó junto a su esposa para cumplir con sus obligaciones carnales.

Mucho se ha hablado de dicha unión. Bien saben los dioses que no hubo ni una sola persona que no la comentara años después, cuando los acontecimientos se precipitaron de tan inesperada manera; pero, ahora, aquí dirá la verdad uno que los conoció a los dos, yo mismo: Clitemnestra, la princesa espartana, nunca estuvo

obligada a casarse con Agamenón, como muchos creen. Su padre, Tindareo, siempre dejó que fueran sus hijas quienes escogieran a sus maridos y la muchacha llegó enamorada, muy enamorada a Micenas.

Todos los que estábamos cerca de Agamenón pudimos percibirlo: la ilusión, el anhelo de lograr una vida soñada junto a su futuro marido brillaban en aquellos ojos color miel. Era una muchacha esperanzada, una doncella que había pasado toda su vida encerrada en el palacio de su padre, preparándose para aquella ocasión. Había anhelado ser la esposa de mi señor desde el primer día en que lo vio, siendo casi una niña, cuando, junto con Menelao y conmigo, él llegó a Esparta para pedir refugio en el palacio real.

Su boda fue el día más importante de su vida, pero solo uno más, un escalón necesario, para Agamenón.

En honor a la verdad, tengo que decir que mi señor la trató bien durante sus primeros momentos juntos. Es una escueta frase, lo sé, y debo quedarme ahí. A la reina jamás le faltó de nada salvo la atención de su esposo, que, poco a poco, después del período de descubrimiento y novedad, fue diluyéndose. Para Agamenón su boda siempre fue un movimiento estratégico, un acuerdo diplomático, un obstáculo que superar obligatoriamente para lograr ser el hombre que quería ser. Clitemnestra fue la oportunidad perfecta, una que no podía dejar escapar y, además, la cónyuge ideal para él: enamorada, rendida a sus pies, devota y, a su llegada a Micenas, totalmente entregada e ingenua. Durante su matrimonio, ella cumplió con su misión. Sin embargo, no fue una sorpresa para nadie descubrir que, pasados los primeros tiempos, su ilusión fue decayendo por el puro contraste con la realidad y, más allá de la crianza de sus hijos, en ningún momento se sintió feliz. Cambió, fue cambiando semana a semana, año tras año, hasta terminar seca, marchita, como cualquier mujer hubiera acabado de haber tenido que padecer lo que ella padeció.

Lamenté profundamente ser testigo de su primer sinsabor el día en que mi señor le dejó claro hasta dónde llegaban sus privilegios.

Ocurrió durante sus primeros meses como reina. Clitemnestra había sido educada para reinar, para gobernar una gran ciudad

desde las sombras. Por ello, nada más llegar, me atrevería a decir que al día siguiente de haberse establecido en la corte, tomó el mando del servicio doméstico del palacio y adecentó todas las habitaciones según sus gustos. La hija del rey Tindareo era la reina que Agamenón necesitaba, que todo monarca de nuestro tiempo necesitaba. Se encargó de los pormenores que a él le resultaban aburridos, tediosos, y a ella le conferían poder real. En tales circunstancias se hallaba cuando mandó llamarme.

Por aquel entonces, yo vivía en palacio. Agamenón había insistido y a mí me daba igual. Desde que regresamos a Micenas, no había sido capaz de volver al hogar de mi abuela. Los recuerdos me atacaban como murciélagos cada vez que entraba en esa humilde morada y lo cierto es que tampoco es que yo estuviera demasiado tiempo quieto en ningún sitio; de hecho, tan solo utilizaba mi alcoba para dormir y el resto del día seguía pasándolo en las caballerizas o en las afueras de Micenas, sobre mi carro. Podría decirse que mi vida no cambió demasiado... hasta que Clitemnestra se cruzó en mi camino.

No tenía ni la más mínima idea de qué podía querer de mí la reina. La encontré esperándome en su gineceo, el lugar reservado para las mujeres. Ningún hombre, salvo su marido, tenía permitido entrar allí. Me avergonzaba acceder. Me daba lástima aquella mujer. Sabía que ella solo era el medio perfecto para Agamenón, y no habría acudido de no haber mediado el temor reverencial que aquella figura femenina me infundía. Me hubiera gustado también haber avisado a mi rey, pero sabía que podría disculparme. Era el único que gozaba de tal beneplácito. El único al que mi señor creería. Entré, abochornado y con sonrojo, creyendo que estaba invadiendo una intimidad que no merecía, y me recibió con una frialdad que me descolocó.

—¿No te informó mi marido sobre cómo vestirse ante una reina? Alguien de tu posición —en aquel momento, el capitán Palamedes, el príncipe Menelao y yo éramos los tres consejeros de Agamenón— no puede seguir usando esos ropajes de pordiosero. Mírate, si hasta tienes las sandalias sucias —me reprochó con evidente desagrado.

—Lo siento, señora. Estaba entrenando. Iré a cambiarme de inmediato.

—Da lo mismo. No te lo tendré en cuenta esta vez; que no se repita. —Agaché la cabeza, humillado—. Mi esposo me ha dicho que deseas casarte. Recae sobre mí, por tanto, la obligación de encontrarte una candidata digna, perfecta. Una mujer que sepa cuidarte y respetarte. Alguien en quien confíes.

Me hubiera gustado poder contradecirla y asegurarle que era su propio marido quien me estaba obligando a casarme, pero me callé. Solo quienes hayan escuchado alguna vez a la reina Clitemnestra podrán comprender que, a pesar de su edad, era una leona con determinación titánica capaz de arrollarte. Siento la necesidad de explicarme con detalle: había sido educada para ser obedecida, para que todos sus caprichos y necesidades fueran satisfechos al instante. Pese a su juventud y al amor que sentía por Agamenón, tal vez por su inseguridad al hallarse en un reino que no era el suyo, en vez de mostrarse amable, dulce o tímida, nada más instalarse en palacio, había endurecido sus maneras altivas, quién sabe si por haberse convertido en reina o porque ya comenzaba a sospechar, incluso en esos primeros días, que el matrimonio con Agamenón no iba a proporcionarle esa felicidad con la que había soñado.

El caso era que no estaba acostumbrada a ningún tipo de negativa y parecía especialmente iracunda conmigo, probablemente porque yo era, junto con Menelao, la persona más cercana al rey, su esposo. Allí, ante ella, tenía la incierta sensación de que pretendía hacerme pagar a mí, que no podía defenderme de sus ataques, todo el desamor que, posiblemente, ya le estaba transmitiendo mi señor. Lo que estaba claro era que, sin duda, con su actitud y su tono pretendía darme a entender que, al menos en el plano personal, en lo que tenía que ver con mi vida doméstica, era dueña de mi destino del mismo modo que Agamenón lo era de mi lealtad y mi trabajo. Todo en ella, su voz, su voluntad, eran preludios de lo que iba a venir; avisos.

Dio dos palmadas y de detrás de una cortina apareció una muchacha bastante más joven que yo, de tez pálida, cabellos pelirrojos y rostro repleto de pecas.

—Esta es Calíope, comparte nombre con una de las doce musas, pero que ni su nombre te retraiga ni su mirada infantil te lleve a equívocos —me advirtió—. Es una mujer apta, capaz de darte hijos y de llevar tu casa como los dioses mandan. Por cierto, he habilitado un hogar para ti fuera de palacio. Unos pocos esclavos se han encargado del traslado. ¿No querrás seguir pululando por aquí, importunando al rey, con tu mujer y tu futura familia? Es hora de que asumas el rol de un hombre adulto, ¿no te parece? —inquirió con una mirada retadora.

No supe qué responder. Eran demasiadas preguntas y demasiada información en muy poco tiempo y, por fortuna, quisieron los dioses que el rey me salvara de contestar. Entró en esos instantes en el gineceo, hecho una furia. Olía a vino. Había estado reunido con algún emisario extranjero y cerrando un par de acuerdos comerciales hasta que uno de sus espías —los tenía incluso en su propio palacio — le había advertido de algo con lo que no contaba.

—¡Clitemnestra! ¿Se puede saber quién te ha dado permiso para expulsar a Aurimedón de mi palacio?

El posesivo *mi* reverberó con fuerza entre los muros de la habitación. Pude percibir que la voz atronadora del rey de Micenas se metía entre los huesos de Calíope, quien no pudo evitar que sus rodillas comenzaran a temblar. En cuanto a Clitemnestra, cualquier mujer en su lugar hubiera contestado algo como: «Mi amor, querido, yo pensaba..., creía que...». Pero la primogénita del rey Tindareo, la mujer enamorada y orgullosa que casi acababa de llegar a Micenas, no era así. Vi cómo la furia cegaba su mirada por un instante, pero ella estaba acostumbrada a dominarse. Vi, también, cómo sostenía la mirada de Agamenón, desafiante, retándole, provocándole. Supe entonces que aquella era una lucha entre ambos que tenía mucho que ver, ya en aquellos inicios de su relación, con la decepción, el poder, la necesidad de respeto y, sobre todo, el ansia de libertad de él y de amor de ella. Clitemnestra pensaba que mostrándose fuerte, demostrando a su esposo que podía gobernar y reinar, lograría su respeto y, a través de este, su amor. Tal vez solo yo sabía que todos sus esfuerzos serían en vano. Agamenón no la amaría nunca, hiciera

lo que hiciera, y esa verdad solo podría acarrear decepción y dolor a ambos.

—Aurimedón, déjanos. He de hablar con mi marido —ordenó mientras se centraba, intentando hacer acopio de toda su frialdad y su dominio sobre sí misma y quienes la rodeábamos.

—Tú no te vas a ningún lado —replicó Agamenón agarrándome del brazo—. Ni ahora ni en el futuro. Y a ti, mujer, más te vale no volver a extralimitarte. Una cosa es que te pida consejo sobre la futura esposa de mi hermano —era la segunda vez que me llamaba así y que lo hiciera delante de Clitemnestra demostraba que había tenido la confianza de revelarle ciertos secretos o, quizá, que deseaba demostrarle con esas palabras quién era quién en su particular escala de valores— y otra muy distinta es que le busques casa, apartándolo así de mi lado, y le traigas a una niña escuálida, sin tetas, con el pelo como una zanahoria y cara de conejo que no está a la altura de lo que debería ser la esposa de un consejero del rey. —Ante aquella andanada de insultos, Calíope se puso a llorar. Agamenón la ignoró y continuó dirigiéndose a su esposa con fuego en la mirada—. Has demostrado ser una incompetente. Ya me encargaré yo de buscarle una esposa.

—¿Incompetente yo? Si querías a una de esas furcias que venden sus cuerpos en los burdeles y que tanto te gustan, habérmelo dicho. —No es que mi señor las visitara con asiduidad, pero Clitemnestra no era una necia. Lo que desconocía es que nadie le hablaba así al rey, y menos en público—. Me pediste una mujer digna y eso es lo que le he traído, una espartana con la que me he criado y que...

Clitemnestra no pudo seguir hablando. Agamenón le cruzó la cara con una sonora bofetada. Todos enmudecimos. La reina cayó de rodillas. Una lágrima de dolor, humillación y desencanto surcaba su rostro.

Los errores y las decepciones duelen mucho más que las mentiras, y supe que Agamenón acababa de comprenderlo en aquel momento. Fue entonces cuando se rompió, nada más nacer, su matrimonio, con esa bofetada preñada de verdades. Su esposa intuía que le encantaban todas las mujeres y que no iba a conseguir serle fiel ni un par de semanas, y entonces el amor, la admiración adolescente

que desde niña había sentido por él dio paso a la inquina, al desengaño. Agamenón siempre fue un depredador sexual como su padre, pero en Esparta había sido tan hábil como para esconderlo a ojos de todos menos, tal vez, de los míos y los de Menelao. En Micenas, en cambio, en su propia tierra, no tenía por qué esconderse. Eso sí, al menos no era como Atreo. Descargaba su apetito sexual con esclavas y prostitutas, sin mancillar a las demás mujeres ni la honra de vecinos ni compatriotas, respetando a sus esposas y sin tomarlas por la fuerza.

Sin embargo, que Clitemnestra se atreviera a escupírselo a la cara, que le mostrara orgullo y dignidad le hizo darse cuenta de lo tormentoso que iba a resultarle aquel matrimonio. Él estaba acostumbrado a esperar de las mujeres sumisión y admiración; nunca pensó que alguna, y menos su esposa, pretendiera estar a su altura.

El bofetón fue la primera grieta de un jarrón destinado a romperse y a herir con sus esquirlas a todo el que estuviera cerca. Los dos, en ese momento, fueron conscientes de ello.

—Aurimedón, vámonos de aquí. Y no te preocupes; enviaré a un par de esclavos para que traigan tus cosas de vuelta a palacio.

—Señor... —Una voz en mi interior me impedía quedarme callado ante las injusticias, sobre todo ante las perpetradas con las mujeres. Quizá se debía al recuerdo de mi madre, ¿quién podía saberlo? El caso es que no podía permitir que Calíope quedara humillada y avergonzada. La guerra entre mi señor y su esposa era cosa suya. El destino de esa muchacha, en cambio, de alguna manera que no había deseado, me incumbía. Tengo que reconocer que no fue amor a primera vista ni ella me causó especial interés ni ternura. Fue la voz de los dioses, o puede que de mi conciencia, la que no dejaba de preguntarme cómo habría de afrontar aquella pobre muchacha la vida cargando con una negativa semejante sobre su frágil espalda. A mí, que no me interesaban las mujeres ni los hombres, lo mismo me daba una que otra y creí que, además de a ella, podría ayudar también en la relación entre Agamenón y su esposa quitándole fuego al asunto—. Calíope no me desagrada.

—¿Que no te desagrada, estúpido follacaballos? —La ira de Agamenón ya no podía ser aplacada—. Perfecto. ¡Quédate con ella! —contestó, haciendo temblar a Micenas entera.

La reina no se molestó ni en mirarme. En sus ojos centelleaban la rabia y la decepción de haber descubierto el tipo de hombre que era Agamenón.

Entre los labios temblorosos de Calíope, mi futura esposa, descifré una sola palabra:

—Gracias.

# XXV

# Boda

El enfado no le duró ni un día al rey. Interrumpió mi entrenamiento a la mañana siguiente.

—Los cuchillos del enemigo son más fáciles de esquivar que las actitudes sibilinas de las mujeres —dijo. Era lo más cercano a una disculpa que podía esperar de él—. Cuídate de ellas siempre, Aurimedón. No te fíes ni siquiera de la niñita esa con la que vas a casarte.

Mi boda fue algo muy sencillo: votos a los Olímpicos, ofrendas a Hera y oraciones ceremoniales. Apenas hubo asistentes. Hacía dos años que no pisaba Micenas y tampoco es que antes tuviera demasiados amigos. Mi maestro Leutides había muerto defendiendo a los Atridas, al igual que todos mis compañeros de las antiguas caballerizas. Mi abuela también me había dejado y solo los dioses sabían dónde estaría Solofemo. Los únicos representantes de mi familia, aunque no fuera un lazo reconocido de manera legítima, eran Menelao y Agamenón, quien al menos tuvo la gentileza de seguir mis deseos y permitir una ceremonia concisa, recatada y devota, sin grandes lujos ni excesos desmesurados. Una sacerdotisa de Hera nos unió en matrimonio bajo los designios favorables del resto del panteón. Tuvimos que esperar, eso sí, hasta que hubo luna llena, para no atraer desgracias.

Solo recibí tres regalos: un arco de madera noble de Menelao; una espada sobria y funcional, como su benefactor, el capitán Palamedes, y, por último, el mejor de todos, un carro que el rey de

Micenas ordenó fabricar para mí, decorado con pintura azul y blanca que simulaba las olas del mar.

—El vástago de Poseidón cabalgando los mares —me susurró Agamenón.

Sobra decir que me encantó. La parafernalia que envolvía el regalo real fue más grandilocuente que la misma boda. Curiosos y cotillas acudieron en tropel para verlo, hasta que los soldados terminaron por llevárselo a las caballerizas.

Todavía no se había acabado mi boda y ya tenía ganas de subir en él y alcanzar la gloria, tantas que apenas atendía a las conversaciones de los invitados; solo me imaginaba derrotando a Automedonte sobre él. Esos eran mis deseos en aquella época, los sueños de un muchacho enamorado de su vocación.

Mi propio jergón me aterrorizaba. O, más bien, estrenarlo con Calíope. Tras beber, comer, reír y repasar anécdotas, Agamenón y unos cuantos muchachos más levantaron en brazos a Calíope y la llevaron hasta nuestra alcoba. Menelao y el capitán Palamedes me empujaron también, entre palabras groseras, chascarrillos lujuriosos y retos viriles. La joven espartana me esperaba, sentada sobre la cama y con las manos apoyadas en sus rodillas, aguardando a que tomara la iniciativa. Ante mi silencio, se quitó el peplo y susurró:

—Mi señor, ¿me acompañáis? —me dijo, y me tomó de la mano para conducirme hasta nuestro lecho. Su mano era fina, primorosa y suave. El nerviosismo se apoderó de mí. Jamás había estado tan cerca de una mujer y su mero contacto me acongojaba.

—Por supuesto, esposa —recuerdo que respondí. Le solté la mano y, evitando su mirada, me aposenté en el lado derecho de la cama —. No quiero que me temas; te juro por los dioses que nunca te haré daño —dije para intentar tranquilizarla. Lo cierto es que yo estaba bastante más tenso que ella.

—Lo sé, fuisteis muy bueno conmigo. No tendríais por qué haberme aceptado —contestó alargando sus delicadas manos, de nuevo, hacia mí.

El roce de sus uñas erizó mi piel. No sabía qué responder. Había pasado toda la ceremonia pensando cómo aclararle el porqué de todo aquel embrollo. Sin embargo, cuando llegó el momento, me

quedé totalmente desconcertado. La contemplé desnuda ante mí. Su mirada tímida, avergonzada, sus pechos pequeños, turgentes, más adolescentes que adultos, sus formas atrayentes... Era la primera vez que veía a una mujer desnuda tan cerca, una mujer que se había desnudado para mí.

—No voy a tomarte. —Hice valer toda mi fuerza de voluntad. Primó mi racionalidad por encima de mis impulsos, que ya comenzaban a hacerme sentir cosquillas en lugares donde nunca las había sentido. Mi respuesta dejó helada a la pobre Calíope—. Estoy muy cansado por toda la ceremonia y mañana parto hacia Argos. Cuando vuelva, retomaremos todo esto.

—Como deseéis —contestó decepcionada.

—Me gustaría pedirte algo, no obstante: si la reina o las mujeres de palacio te preguntan, asegúrales que cumplí con mis obligaciones. No quiero que corran rumores poco... varoniles sobre mi persona. ¿Me harás ese favor?

—Por supuesto —aseguró en un susurro mientras volvía a vestirse.

Así fue mi noche de bodas. Cada uno durmió en un lado de la cama y amanecimos envueltos en mentiras y secretos. No nos atrevimos ni a mirarnos, aunque la cálida imagen de mi esposa me acosó durante mucho tiempo. Afrodita sembró su confusión en mi mente; tardaría un poco en dar su fruto. Yo solamente quería continuar con mi vida y cumplir las órdenes de Agamenón.

Mi boda me sirvió para darme cuenta de que no hay nadie capaz de escapar de su destino; ninguno de nosotros es realmente libre. Nuestros instintos y anhelos nos encadenan y nos llevan a decisiones que terminarán marcándonos para siempre.

El año que siguió a mi matrimonio y al del rey fue extremadamente ajetreado. No volví a visitar a mi esposa ninguna noche, aunque ella no dejaba de hacerlo en mis pensamientos. En mi defensa, admitiré que dormí en pocas ocasiones en la ciudad y, en las que lo hice, encontré alguna excusa para negarme a entrar en mis aposentos. No me sentía preparado ni digno. No podía permitirme abrirle mi

corazón y mi vida a nadie más. Llegué al límite; no había hueco en mi ser para más sufrimiento.

Agamenón pareció percatarse y decidió enviarme a todos los rincones de Grecia. Visité ciudades importantes como Argos, Tesalia, Corinto o Tebas, y conocí reinos insulares como Ítaca, Chipre, Creta o Salamina. En todos estos lugares, además de cumplir con las misiones diplomáticas impuestas por mi rey, busqué el favor y la bendición de los dioses. Ofrecí sacrificios de cabritos, vacas, venados e incluso bueyes en todos los templos, obteniendo idéntico resultado en todos ellos: los sacerdotes, al escuchar la maldición de Tiestes a Agamenón, convenían en una misma respuesta: «De la muerte no se puede huir. Tan solo la sangre habrá de librarlo». Percibía su maldición como mía. Me sentía en la obligación de ayudarle porque sabía que mi señor, impío, no iba a darle la importancia que merecía. Y mi misión en este mundo era protegerlo. Incluso de las cosas en las que no creía.

No podía dejar de imaginarme al desgraciado de Tiestes, desde el Inframundo, riéndose de mis intentos por salvar a su sobrino. Llegué incluso al centro mismo del mundo, al Oráculo de Delfos, aunque su pitonisa me dejó otro mensaje todavía más tétrico y perturbador.

> Las rodillas del león de Micenas tocarán fondo. Sus lágrimas empujarán mil naves. La gloria que tanto ansía será su perdición. Dominará el mundo y perderá su casa. Oh, pobre primogénito de Atreo; será recordado, sí, mas no como le gustaría.

Ninguno de los vaticinios de los dioses hacía mella en Agamenón, que no dejaba de reírse, cuando le informaba de mis pesquisas, ante cada uno de mis avisos.

—¿No te resulta previsible que todos esos necios me auguren un futuro nefasto? Hasta el último ignorante sabe que mis apellidos han sido mancillados. Lo extraño sería que me dieran buenas noticias. No te atormentes, amigo. Nosotros somos los forjadores de nuestro propio destino. Los dioses nada tienen que ver.

La incredulidad de mi señor siempre pugnó con su impiedad. No hubo manera de hacerle cambiar. Estaba decidido a transcender sin

halos divinos ni poderes sobrenaturales y parecía que, al menos en cuanto a descendencia, los dioses parecían permitirle cumplir ese deseo.

En efecto, a pesar de que el matrimonio de mi señor y su esposa navegaba entre tormentas torrenciales, arribó a buen puerto: Clitemnestra estaba encinta.

Recibí la noticia nada más regresar de una misión diplomática en Pilos que me había resultado en extremo placentera, pues siempre me resultaba gratificante poder conversar con Néstor, su longevo y sabio monarca. Nada más traspasar las puertas de las murallas de Micenas, uno de los guardias de la ciudad me dio la buena nueva. Tenía órdenes de comunicármela de inmediato. No perdí el tiempo en deshacer mis fardos. Acudí directo al palacio para felicitar a Agamenón, que me recibió con una sonrisa inmensa. Nunca lo había visto así. Nos abrazamos con fuerza, sabedores de que su linaje perduraría en el tiempo.

—Ahora es tu turno, muchacho. Deja de darles la murga a los dioses y a sus sacerdotillos y céntrate en tu mujer. Empiezan a oírse rumores.

—¿Rumores de qué tipo?

—Ya sabes, tonterías; las abuelas aseguran que no has visitado a tu esposa desde que os casasteis hace meses. Comentan que pasas más tiempo lejos de la ciudad que aquí y que no duermes con ella. Hay quienes creen que tienes alguna amante fuera de los muros y otros, los menos, que te desfogas con los caballos.

—¿Con los caballos? ¿Qué clase de monstruo creen que soy?

—Solo son tonterías. Pero puedes evitarlas si depositas tu semilla en tu mujer y engendras un hijo. Imagínate a nuestros vástagos corriendo juntos por Micenas, ¿no sería maravilloso?

Agamenón estaba tan ilusionado con su inminente paternidad que no pudo enfadarse conmigo ni recriminarme nada. Prefirió darme ese consejo. No hacía falta que me dijera nada más; él no malgastaba sus palabras. Y yo sabía que debía hacer algo.

Llegué a mi casa, tras haber terminado de hablar con mi señor, dispuesto a hacer mía a mi joven esposa, pero fracasé de nuevo. Puede que resulte tremendamente complejo de comprender, pero

sentía que le estaba fallando a mis dioses. Le había entregado mis votos de castidad a Poseidón para que me ayudara a ser el mejor auriga de todos los tiempos y, en mi fuero interno, acostarme con mi esposa significaba traicionar a mi dios. Agamenón me había puesto entre la espada y la pared. Debía enfrentarme a mis peores monstruos encarnados bajo la ardiente melena de la mujer que me visitaba en sueños.

Meses después, llegaría al mundo la primera hija del monarca, Ifigenia. El mejor regalo que pudo haber recibido. Su mayor orgullo.

Los acontecimientos hicieron que, para celebrar el acontecimiento, y dado que el flamante padre permanecía con la madre y la recién nacida, yo escogiera a un peculiar compañero de borrachera, el príncipe Menelao. Aunque nos apreciábamos, solíamos mantener las distancias. Sus modales toscos y su pasión por la guerra me aburrían, aunque no había nadie mejor cuando de beber se trataba.

Comenzamos brindando por la noticia del nacimiento, riendo y bromeando. La noche avanzó y, con ella, corrieron un sinfín de copas de vino. No, no es que hubiera aprendido a valorar la bebida predilecta del dios Dionisio; es que no me quedaba otra. La vida se digiere mejor con vino. Supongo que eso era lo que quería enseñarme mi abuela. Celebramos gestas pasadas y brindamos por los éxitos venideros.

—Pronto yo también seré padre —confesó Menelao, beodo pese a que su capacidad para beber era legendaria.

—¿Ya has puesto tus ojos sobre alguna muchachita micénica? Ninguna será capaz de resistirse a tus encantos.

—Espartana —contestó—. La mujer más bella de toda Grecia será mía. Agamenón me lo ha prometido. —Me habría encantado explicarle lo difícil que iba a resultarle desposarse con Helena, la hermana de la reina. No solo porque era una de las doncellas más deseadas, sino porque a nuestra ciudad, en concreto, esa boda no le reportaría demasiados beneficios. Esparta y Micenas ya eran

ciudades hermanas. No osé contradecirlo; no estábamos allí para hablar de política.

—¡Por tu mujer! —exclamé alzando mi copa.

Fue la primera vez que tuvieron que llevarme hasta mi casa. Calíope me observó con una mezcla de extrañeza y repulsión. O eso creo recordar, porque caí rendido.

Amanecí con un fuerte dolor de cabeza. Era como si los cascos de todos los caballos de Micenas me hubieran pasado por encima. Me sorprendió descubrir que vestía una túnica parda impoluta. Avancé a tientas y, con algún que otro traspié, llegué hasta la puerta. Tenía que salir de allí; no podría soportar la vergüenza de mirar a Calíope a la cara.

—Te he preparado unos huevos y un poco de fruta —me saludó su voz a mis espaldas. Ella me observaba sonriente como si nada hubiera pasado.

—Discúlpame por lo de anoche, no tendría que...

—No hay nada que lamentar, esposo. Tenía ganas de verte. —Fueron pocas palabras, pero tan afiladas como un ejército de dagas.

La culpa y el remordimiento me invadieron. Ella no merecía todo aquello. No sé si fue la resaca, la vergüenza o una mezcla de ambas, pero tomé asiento, agradecí la comida que me ofrecía y comencé a desgranar las palabras que llevaban carcomiéndome desde hacía un año:

—Sé que te he decepcionado. Seguro que, cuando eras una niña, no imaginabas casarte con alguien como yo. —Ahí comenzó todo. Me abrí, exponiéndome como nunca había hecho. Me presenté ante ella con transparencia, con mis pocas zonas de luz y mis miles de sombras. Sin atreverme a mirarla, con la vista fija en mi plato, hablaba como si meditara en voz alta. Dejé salir el peso de toda una vida sin esperar nada a cambio. Le relaté los abominables actos del rey Atreo, la traición de Egisto y de mi hermano, la muerte de Leutides, los votos de castidad que le juré a Poseidón a cambio de su protección y amparo cuando estaba en tierras extranjeras y, cómo

no, mi obsesión por ser el mejor auriga de todos los tiempos. No tuve miedo de esconderme. Le confesé que nunca me habían interesado las mujeres; tampoco los hombres. Me había visto obligado a casarme y además me instaban a que visitara su cama con asiduidad para engendrar un vástago y alejar las habladurías.

—Ya lo sabía. Todo —respondió Calíope alzando mi barbilla para obligarme a mirarla. Casi sin querer, terminé perdiéndome en su mirada, cómplice, tranquila, emotiva. Ella también me necesitaba, también se sentía sola—. No hay secretos para la reina Clitemnestra, pero me alegra que me lo hayas contado.

—¿Y qué más sabes de mí?

—Sé que eres un hombre justo; por eso me libraste de la humillación de Agamenón; que eres devoto de los dioses, sensible, pues solo así se explica tu conexión con los equinos, y valiente, aunque aborreces la guerra.

Me sentí comprendido. Hacía muchos años que no experimentaba esa sensación. Ni siquiera Agamenón había llegado a conocerme así de bien. En cambio, esa muchacha a la que había estado rehuyendo desde que la conocí lo había conseguido.

Unos labios cálidos y húmedos se posaron en los míos. Fue nada, un suspiro, un parpadeo. Calíope se escondía tras una mirada tímida y el rubor amenazaba con consumirla. Me acerqué un poco más a ella deseoso de repetir la experiencia. Antes de volver a besarme, mi esposa me dedicó una sonrisa tierna, un gesto sincero y alegre. Todo mi cuerpo ardió, desde el pecho hasta la entrepierna. Los nervios me invadían más incluso que antes de una carrera. No sabía qué hacer, no quería parecer torpe. Me torturaba no saber comportarme, no estar a la altura.

—Déjate llevar —susurró Calíope al percatarse de lo tenso que estaba.

No entraré en más detalles; nos pertenecen a mi esposa y a mí. Solo diré que fue mágico. No había podido imaginar los placeres y peligros que escondían las mujeres hasta que probé su ambrosía. Ya no pude despegarme. Calíope se convirtió en mi compañera, mi amiga, mi amante y mi confidente. Me entregué en cuerpo y alma, y bien saben los dioses que no me arrepiento.

Imploré el perdón de los dioses. Me entendieron; estoy seguro. De lo contrario, no me habrían permitido experimentar tanta felicidad. Felicidad plena, sí. Por una vez, desde hacía tanto tiempo, era feliz.

Afrodita, la diosa del amor, la eterna denostada por los hombres, me demostró todo su poder. Un poder colosal, capaz de mover montañas y secar ríos.

Varios meses después, la humanidad viviría un acontecimiento que removería los cimientos mismos de nuestra civilización: las nupcias de la preferida de los dioses, Helena de Esparta.

# XXVI

# Helena

En aquel entonces, no se hablaba de otra cosa. Helena de Esparta. Su padre, cansado de rechazar ofertas absurdas y a pretendientes enamorados, decidió desposar a su hija. Su gran belleza había quedado un tanto opacada por el rapto de Teseo y los rumores que difundían su deshonra. Gracias a los dioses y a la intervención de sus hermanos, Cástor y Pólux, no hizo falta utilizar la fuerza. El rey de Atenas aceptó devolverla y aseguró no haberle tocado ni un pelo. Además, aportó una cuantiosa suma a modo de disculpa. Hay quienes aseguran que los propios atenienses le echaron en cara haber actuado de semejante manera.

Continuaron llegando príncipes, adinerados comerciantes e incluso supuestos héroes dispuestos a pedir su mano, pero Tindareo buscaba a un hombre de más abolengo para ella y no aceptó las propuestas de ninguno de ellos. No se conformaría con nada que no fuera la más absoluta excelencia.

Con tal de asegurarse de que la fama de Helena no menguara y de que su boda fuera legendaria, Tindareo ofreció una dote cuantiosa y suculenta, así como el mismísimo trono espartano para su esposo. Quien se casara con Helena sería rey de Esparta cuando él muriera. ¡Jamás se había presentado tamaña oportunidad! Belleza, poder y posición.

Agamenón me hizo llamar en cuanto sus espías le revelaron las intenciones de su suegro.

—Nos debemos a nuestra ciudad. Tenemos que conseguir que Menelao se case con Helena.

—Pensaba que no te agradaba esa unión.

—Con el trono de Esparta en juego, todo cambia, hermano. Casándome con Clitemnestra, conseguí sellar un pacto magnífico, pero si llega a Esparta un rey ambicioso, todo puede irse al traste. Además, Menelao sigue perdidamente enamorado, como tú. No querrás insultar a Afrodita, tu nueva diosa predilecta, ¿verdad? —Reímos—. Debes llegar a Esparta antes de que comiencen a acampar todas las comitivas extranjeras.

—El rey Tindareo no me hará caso —protesté.

—No es con él con quien quiero que te entrevistes. Buscarás a Odiseo de Ítaca, ¿lo recuerdas? —Asentí—. Lleva semanas allí. En un principio, llegó como pretendiente de Helena. Al ver que no tenía oportunidades, se ha quedado cortejando a la prima de mi mujer, Penélope. Los dioses nos han servido la ocasión en bandeja.

—Será la primera vez que les agradezcas algo.

—Es una forma de hablar —contestó. Siempre respondía así—. Odiseo es el hombre más astuto que he conocido en mi vida. Un zorro. Si fuera más ambicioso, o rey de alguna gran ciudad, en vez de gobernar esa isla pedregosa y repleta de cabras, conseguiría que el mundo entero se postrase ante él.

—Los dioses le dan zarpas a quien no quiere cazar —comenté.

—Exacto. Hemos de aprovechar el ingenio de Odiseo. Habla con él, explícale la situación de Micenas. Prométele que, si nos ayuda, yo me encargaré de que Penélope sea suya; de lo contrario, la obligaré a casarse con mi hermano.

La misión que debía llevar a cabo era realmente sencilla. Un viaje corto, rápido. Como tantos otros que había realizado. Pero mis circunstancias no eran las mismas y me costaba un mundo abandonar Micenas. Sentía un fuerte vacío en el centro del pecho. Un agujero hondo, insondable. La ternura y las bendiciones de Calíope me tenían embelesado. Su amor me aprisionaba en una jaula de oro, caricias y noches deliciosas. Nos despedimos con un atracón de besos y abrazos eternos. Me deseó suerte y terminé dejando mi ciudad, por la puerta de los Leones, mirando atrás y suplicándole a los dioses que me permitieran volver en el menor tiempo posible.

Volver a pisar suelo espartano me hizo regresar a mi adolescencia. Mis recuerdos se avivaron y los templos, los comercios y los edificios públicos me sonrieron. Mientras me acercaba al palacio, saludé a viejos conocidos y muchos ciudadanos corearon mi nombre. Esparta jamás me defraudó.

Presenté mis respetos al rey Tindareo y les entregué a él y a sus hijos los regalos que el rey Agamenón me había dado para ellos. Cástor y Pólux, mucho menos diplomáticos, me estrujaron entre sus brazos, me obligaron a ponerlos al día y me exigieron que les avisara de mi próxima competición.

—Mi yerno, tan cuidadoso como siempre. Me alegro de que todavía vigiles sus espaldas, Aurimedón —me dijo Tindareo cuando sus hijos me dejaron tranquilo.

Me reuní con Odiseo aquella misma noche. Unos esclavos prepararon algo de carne, algunos trozos de queso fresco y dos copas de vino. Les pedí que se llevaran las ánforas; el alcohol no debía turbar nuestras mentes. Había demasiadas cuestiones en juego.

Conocía de sobra las historias sobre Odiseo, famoso por sus incursiones piratas y por su ingenio infinito, si bien debo confesar que en aquel momento se me antojó un mortal normal y corriente. No parecía un rey; tampoco alguien rico. Llevaba una barba de varias semanas y vestía como cualquier marino del puerto, con una túnica vieja y anillos y abalorios de hierro; nada que pudiera mostrar su estirpe regia. No me sorprendió que llevara un par de semanas intentando cortejar a Penélope. Con semejante aspecto, bien podría esperar años enteros. Y, sin embargo, no necesité intercambiar más que un par de frases para darme cuenta de que las palabras del rey de Ítaca brillaban más que cualquier metal precioso. Las engarzaba a voluntad, como el mejor orfebre. Si había alguien capaz de hacerte decir lo que quería o de convencerte de cualquier barbaridad, era él.

—¡Qué sorpresa y menudo orgullo poder cenar con toda una celebridad! ¡Aurimedón de Micenas, vástago de Poseidón y maestro

auriga! —Sus alabanzas me hicieron sonrojarme y olvidé mi ensayada presentación.

—Siéntate, por favor —respondí al fin—. Bebe algo. El rey Agamenón me ha pedido encarecidamente que hable contigo.

—Vaya. Qué decepción. Yo pensaba que pasaríamos una agradable velada conversando sobre caballos, carreras y dioses. —El tono me hizo dudar de si su respuesta era sarcasmo o alabanza.

—Agamenón ansía lo mismo que el resto de monarcas: el trono de Esparta. Lo que lo distingue es que está dispuesto a interceder en tus demandas y concederte la mano de Penélope. Nadie tiene tanto peso en Esparta como él, sobre todo si logra que su hermano Menelao se case con Helena.

—El rey Tindareo será el encargado de dirimir cualquier disputa. Estoy atado de pies y manos. ¿Qué quiere que haga? ¿De qué modo le puedo servir?

—Mi señor halagó tu ingenio y tu astucia. Me aseguró que se te ocurriría algo.

Odiseo alzó su copa y le imité, pero justo antes de que pudiera mojarme los labios con el vino, me escupió en la cara.

—¡Ya lo tengo! Lo siento... —Se había atragantado—. Ya sé lo que haremos. ¡Ha sido todo gracias a ti!

—¿Yo? ¿Qué he hecho?

—Vuelve a Micenas. Hablaré con el rey Tindareo. ¡Organizaremos unos juegos!

—Menelao es fuerte y valiente, pero no destaca en ninguna disciplina. Si organizamos unos juegos...

—No te preocupes por eso. Lo único que debes hacer es asegurarle a tu rey que todo está bajo control. Yo le entregaré a su nueva cuñada, siempre que él consiga darme a mi reina.

El anuncio de los juegos orquestados por el rey Tindareo sobrevoló todos los rincones del mundo conocido. Se esperaba a reyes, príncipes y héroes. Agamenón sabía que era la ocasión perfecta para

estrechar lazos, reforzar aliados y descubrir debilidades. Por ello, nuestra comitiva fue de las primeras en llegar.

Tindareo recibió a su primogénita y a Agamenón con todo el lujo y el amor que ambos merecían. Las mejores dependencias del palacio fueron destinadas a ellos. Más adelante, Agamenón me confesó sus sospechas relativas a que hubiera espías infiltrados. Su única petición fue que estuviera listo para la carrera de aurigas.

—Aunque, sabiendo quiénes compiten, no hará falta que te motive demasiado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—No vendrá Peleo, el rey de los mirmidones, ni su hijo Aquiles. Pero sí su campeón, Automedonte. Correrá bajo el estandarte de Menencio y su hijo Patroclo.

Me dejaría la piel por Agamenón, por Menelao, por Micenas, pero sobre todo por Calíope. Estaba enamorado como solo los jóvenes pueden estarlo. Ardía en deseos de ofrecerle mi triunfo.

Pasaron más de tres semanas hasta la llegada de todos los pretendientes. Cuando todos estuvieron en Esparta, dieron comienzo los juegos. Tindareo tomó la palabra:

—Alabados sean los dioses por traer hasta mis puertas a los mejores hombres de la tierra. Mi hija y yo nos sentimos honrados de recibir a tantos y tantos héroes. Sed bienvenidos. Durante el tiempo que duren los juegos, mi casa será la vuestra. Comed y bebed cuanto gustéis. Desearía aprovechar que estáis todos presentes para reivindicar los términos de la unión que os ha traído hasta aquí. Helena decidirá con quién desea casarse. Ningún hombre, ni siquiera yo, hablará por ella.

—¡Ninguna mujer, por muy bella que sea, debería regir el futuro de nuestros reinos! —exclamó indignado Eumelo de Feras.

—Helena no es una mujer cualquiera; es la preferida de Afrodita y solo se casará con quien ella desee. Si no respetas su decisión y no la vas a tratar con respeto, no sé qué haces aquí. —El increpado bajó la mirada, rojo de vergüenza, ante el silencio cómplice del resto

de asistentes—. Los juegos servirán para que mi hija compruebe de lo que sois capaces. Competid con fervor, honor y arrojo. Cortejadla como los dioses desean. Ganaos su corazón, única llave del trono de Esparta.

El discurso del rey Tindareo duró demasiado para mí. No pude seguir prestando atención. Sus palabras perdieron fuerza hasta terminar resultándome ajenas, concentrado como estaba en observar con toda mi atención al auriga que asía las riendas del rey de Atenas. Solofemo me devolvía la mirada. Algo en él había cambiado: su aura era tan oscura como el abismo Tártaro.

# XXVII

# Vínculo

El rey Tindareo, flanqueado por Odiseo y por mi señor, condujo a los pretendientes hasta el templo de Poseidón. Allí, el sumo sacerdote de la ciudad haría partícipes a todos de un juramento de sangre.

—Aurimedón, acompáñame hasta palacio —me pidió la reina Clitemnestra aprovechando la ausencia de su esposo—. ¿De verdad crees que todos estos guerreros aceptarán la decisión de mi hermana o, mejor dicho, de mi marido? —Hacía meses que no hablaba con ella—. No me gustaría que mi hija creciera en un mundo en guerra.

—Nadie la desea, señora. Pero Agamenón me ha asegurado que el plan de Odiseo es infalible.

—¡Cuánto sabes de caballos y qué poco de los hombres! —me escupió—. Con ese corazón tan puro, no sé cómo todavía continúas al lado del rey.

—Majestad, yo...

—Deberías ir a tus dependencias; mañana mismo darán comienzo los juegos. Tendrás que estar preparado.

—¿No prefiere que la acompañe?

—Sigo siendo Clitemnestra de Esparta. Este es mi palacio, esta es mi ciudad. Sabré cuidar de mí misma.

Así era, así se mostró siempre. Alternaba pequeñas dosis de sabiduría con una altiva indiferencia. Fue una mujer incomprendida que, con los años, se volvió más y más difícil. Nunca terminó de sentirse acogida por mi ciudad y menos aún por mi señor. Habría sido una gran reina si Agamenón no se hubiera limitado a encerrarla bajo la corona. Si hubiera tenido en cuenta sus opiniones y su

formación excepcional. Si la hubiera valorado y no aislado en las labores puramente domésticas. Si hubiera compartido el trono con su esposa, solo los dioses saben hasta dónde hubieran llegado.

Más tarde, sería el propio Agamenón quien me confesaría todo lo que sucedió durante la ceremonia en el templo de Poseidón. Solo estuvieron presentes tres monarcas ajenos a la pedida de mano de Helena: Tindareo, Agamenón y Odiseo. El encargado de oficiar el acto fue el máximo sacerdote espartano de Poseidón. Odiseo susurró hábilmente en su oído las palabras que debía decir:

—Nobles, reyes, príncipes y héroes que acudís a Esparta en busca de amor y poder, uníos en juramento bajo las leyes divinas y el nombre del gran Poseidón. Sirva este vínculo para reforzar vuestra hermandad. Quien se atreva a quebrarlo traicionará las leyes humanas y también las divinas. ¡Que el dios de los sismos arrastre hasta lo más profundo del Tártaro a quien ose denigrar su nombre! ¡Que los desleales vaguen eternamente por el Hades como sombras sin alma! Jurad, por el gran Poseidón y sus hermanos, que si alguien se atreve a ultrajar a Helena de Esparta o a mancillar su decisión, acudiréis en su ayuda. ¡Auxiliad sus deseos; Poseidón lo hará en los mares, Zeus en la tierra y Hades en el infierno!

A continuación, degolló, en el centro del santuario, al mejor caballo espartano, un semental del color del trigo tostado, y, por temor a la justicia terrenal y divina, todos los presentes juraron sobre el animal sacrificado. La decisión de Helena quedaba así libre de cualquier suspicacia o réplica. Los juegos podían comenzar.

En ese momento, yo, ajeno a la ceremonia y encerrado en mis dependencias, en el ala este de palacio, me debatía en una cuestión profundamente personal y dolorosa: ¿cómo me presentaría ante mi hermano?, ¿cómo podría superar la enorme distancia que nos separaba? Aunque mi interior seguía culpándolo de la muerte de mi maestro Leutides, no olvidaba la promesa hecha a nuestra abuela. Debía intentarlo al menos. Quizá había abandonado a Egisto, tal vez lejos de él ahora Solofemo era el paladín de Atenas. Ojalá. Lo

deseaba con todas mis fuerzas. Una nueva vida, una nueva oportunidad alejado de aquel monstruo. Sin embargo, su mirada, oscura, repleta de odio, me hacía temer que no era así.

Me levanté dispuesto a acercarme a la zona donde se alojaban los atenienses, pero el sonido de alguien llamando a mi puerta me interrumpió. Era Automedonte. Lo abracé en un impulso y él, tras reírse con ganas, acogió mi gesto con cariño.

Hacía demasiado tiempo que no veía a mi amigo y principal rival. Pasamos toda la noche hablando sobre carreras, carros y caballos. Me refugié en su energía para no tener que afrontar la temida conversación con Solofemo. Tras unas cuantas copas, terminé contándole todo, desde su traición hasta mi feliz boda con Calíope.

—¡Brindemos! —exclamó—. ¡Por nuestra fortuna! Porque los problemas se evaporan cuando subimos en nuestros carros. Disfrutemos de los juegos que han de llegar. Ofrezcámosle al mundo un espectáculo que no pueda olvidar.

—¡Que gane el mejor!

Así terminó la noche. Ahogué en alcohol y risas unas lágrimas que no tenía ganas de derramar.

Mi hermano, mientras tanto, preparaba su venganza.

# XXVIII

## Festejos

No se recuerdan juegos mejores que los celebrados en honor a la princesa Helena de Esparta. Campeones de toda la Hélade compitieron con valor, determinación y entrega: pancracio, carreras de diversas distancias, lanzamiento de jabalina, de disco... En la primera jornada, se disputó el tiro con arco, donde el gran Filoctetes resultó vencedor. Su pericia arquera era incomparable. En segundo lugar, quedó Odiseo de Ítaca, sorprendiéndonos a todos con sus dotes. Durante aquel día, también se celebraron carreras en las que destacó el argivo Diomedes, si bien todos los presentes compartíamos la misma opinión: Helena no se casaría con el perro loco de Argos por más veloz que fuera o por muchos laureles que ostentara.

Las últimas disputas atléticas del primer día fueron los combates. Contra el gran Áyax no había nada que hacer; se sabía invencible. El resto de participantes combatían entre ellos hasta que les llegaba el turno de enfrentarse al gigante de Salamina y, cuando tomaban conciencia de que debían cruzarse con él, renunciaban. Solo un hombre reunió el coraje necesario para hacerle frente, uno que llegó a la final con los ojos amoratados y los labios rotos por puñetazos, golpes y patadas. Solo uno se creyó capaz de hacerle frente: Menelao, el único que estaba total y perdidamente enamorado de Helena.

Con su melena rubia y ondulada brillando al son del viento, como un león herido dispuesto a enfrentarse a su última gran prueba, Menelao se plantó ante Áyax en un combate en el que pronto se hizo patente la diferencia de técnica, fuerza y habilidades de ambos.

Áyax evitaba los golpes de Menelao con gracia y una velocidad sorprendente para alguien de su corpulencia.

—¡No me avergüences! —gritó Menelao—. ¡Déjate de tonterías! ¡Ven a por mí!

Aquellas palabras despertaron al monstruo. Áyax sonrió por primera vez desde que llegara a Esparta e hizo volar su puño con una fuerza endemoniada. Golpeó a Menelao en el pecho haciéndolo caer de espaldas. De haberle acertado en la cabeza, lo habría matado, seguro, pero al darle en el torso, solo lo dejó inconsciente. Luego rugió, logrando los aplausos del público y dedicó su victoria a Helena, aunque no olvidó ayudar a Menelao a levantarse y le agradeció su valor.

Al derrotado no le sirvieron los vítores, los aplausos ni los reconocimientos. En la primera prueba, había terminado rompiendo su arco contra la rodilla. En la segunda, pese a saber que la rapidez no era su fuerte, acabó indignado. Y en la última, la pelea contra Áyax, abochornado.

El juramento ideado por Odiseo y el transcurrir del primer día de los juegos ayudaron a crear un ambiente de camaradería entre los pretendientes. Se generó una especie de cofradía guerrera, fuerte e indisoluble. Helena había unido a todos los pueblos griegos bajo la estela de su belleza. Al menos, de momento.

La noche trajo consigo un fastuoso banquete regado por las bebidas y viandas más deliciosas. Entre carcajadas, promesas de pactos y anécdotas bélicas, dio comienzo la procesión de presentes para la princesa Helena. El rey Tindareo concedió tiempo a todos y cada uno de los pretendientes para que entregaran a su hija sus regalos, precedidos de unas pocas palabras. Lo que más recuerdo es un lujoso arcón de plata con que Menelao agasajó a Tindareo y unas excelsas piezas de joyería de oro con las que obsequió a su amada, a la que no se atrevió a mirar a los ojos. El león indomable de espectacular melena dorada era apenas un gatito sometido por los

encantos de Helena. Estaba perdidamente enamorado de ella; toda su vida lo estaría.

Recuerdo que esa misma noche entró en mis aposentos con la mirada vidriosa.

—Debes ganar mañana, Aurimedón. Te lo imploro —me dijo, arrodillándose ante mí.

—Levanta, por Zeus. Acuéstate y descansa. Ten por seguro que haré todo lo que esté en mi mano por entregarte la victoria.

—Si lo haces, podrás pedirme lo que desees. ¡Que los dioses sean testigos!

El amor rendido de Menelao, su inocencia, sus sueños y su desesperación fueron la leña perfecta para inflamar el fuego de mis ansias de gloria.

No iba a volver a perder. Les demostraría a todos cuánto había mejorado. Ni los dioses ni Automedonte ni mi hermano podrían impedírmelo. Había llegado mi día. El que llevaba esperando toda una vida.

# XXIX

## Malas artes

La carrera de carros era el colofón de los juegos, una competición en la que los reyes no participaban de manera directa. Nosotros, sus aurigas, representábamos sus nombres y el de sus ciudades, paladines dispuestos a jugarnos el tipo por ellos. Esparta entera salió a las calles para desearnos suerte. Cada ciudadano apoyaba a uno de los héroes, a su favorito; los anfitriones no participaban. Corrieron sacos de monedas en las apuestas clandestinas por ver quién resultaba ganador y quién se convertiría en su futuro rey. Y no es por vanagloriarme, pero he de confesar que el nombre más coreado fue el mío, no sé si porque era el único que conocían o porque deseaban que fuera Menelao quien los gobernara.

El rey Tindareo había mandado construir un graderío para sus invitados imitando aquellos juegos que se organizaron en honor a Menelao hacía tanto tiempo, mientras el resto de los ciudadanos llenaban los alrededores de la pista delimitada por vallas, piedras y señales. Habían tenido mucho tiempo para prepararla y el resultado sin duda valía la pena. Era un circuito sencillamente inconmensurable; el mejor lugar para competir. Pero no podía olvidar que entre mis rivales, en mi carrera soñada en la ciudad que me acogió en mi momento de mayor debilidad, estaba mi enemigo por antonomasia: Solofemo. Mi hermano.

Sentía que, de alguna manera, los dioses habían creado esa carrera para mí.

Antes de salir, se nos ordenó a todos que fuéramos hasta los establos para prepararnos. Estando allí, seríamos llamados por un heraldo. Cada pretendiente, así como su auriga, serían debidamente

anunciados. Los trámites burocráticos, las hazañas pasadas y el peso de cada abolengo se hicieron presentes.

Los primeros en salir fueron los argivos. Por instinto, yo coloqué mi carro junto al de mi amigo y rival Automedonte.

—Que los dioses te protejan —le dije.

—Lo mismo te deseo —respondió.

—Necesitará algo más que la ayuda de los dioses para salir vivo de esta —espetó mi hermano desde su carro.

No me había dado cuenta, pero estaba cerca, mucho. Tengo que reconocer que había estado muy centrado en la carrera, incluso hasta el punto de olvidar por completo su angustiosa presencia.

—Hermano, yo...

—Yo no soy tu hermano. Dejé de serlo cuando me traicionaste.

—¡¡Desde Atenas, representando a Pirítoo... Solofemo!! —anunció el heraldo, interrumpiendo de pronto cualquier posible réplica.

—Voy a demostrarle al mundo entero que no eres más que un farsante. «Hijo de Poseidón» —fue lo último que dijo antes de marcharse.

Sus palabras me dolieron más que cualquier lanzazo. Ni las frases amables de Automedonte ni la inmediatez de la carrera lograron atenuarlas. Solo el anuncio de mi nombre consiguió devolverme, más moribundo que ilusionado, a la realidad.

—Representando a Menelao de Micenas, el auriga más rápido, el vástago predilecto del dios de los equinos: ¡Aurimedón!

Las ovaciones atronadoras del gentío me llevaron hasta la posición de salida. Solofemo miraba al frente, con los dientes apretados y su rabia bien sujeta. No podía evitar sentirme culpable, aunque sabía que, de haber algún traidor, era él y no yo. La promesa a mi abuela Melgara me obligaba a intentar acercarme y hacer las cosas de otra manera, pero los dioses y los acontecimientos parecían estar alineados para evitar que lograra mi objetivo.

El encargado de bendecir la carrera y darle inicio fue el sumo sacerdote de Poseidón, el mismo que había tomado juramento a los pretendientes. Un recordatorio de que, pasara lo que pasara, debían respetar la voluntad de los dioses y de la princesa Helena. La

ceremonia fue rápida. Nadie estaba allí para verlo a él. Sacrificó un pequeño corderillo, su sangre regó la arena y exclamó:

—Los dioses van a regalarnos una gran jornada. Una carrera que ninguno de los presentes olvidará jamás. Disfrutadla.

Silencio. Recuerdo el silencio previo a la salida, esa tensión expectante. Y, de inmediato, el sonido de los instrumentos que anunciaron el inicio de la contienda. Mis corceles respondieron raudos. No hubo sutilezas; nadie se guardó nada. Salimos como sabuesos hambrientos deseosos de gloria. Descarté especular. Debía mostrarme invencible desde el inicio. Tan solo las aptitudes, la pericia y la experiencia hicieron que tanto Automedonte como yo nos pusiéramos en cabeza, librándonos del salvaje banquete de golpes, colisiones e intenciones siniestras en que se convirtieron los primeros compases de la carrera.

En aquella primera vuelta, salieron volando al menos tres aurigas. Automedonte se puso en cabeza, aunque no tardé demasiado en adelantarlo con una arriesgada maniobra que el público aclamó; me pareció vislumbrar incluso el asomo de una sonrisa en su rostro cuando lo adelanté. «Bravo, amigo, has mejorado de veras», creí leer en sus labios.

Éramos los únicos que seguíamos compitiendo desde los juegos, hacía ya tantos años, en honor a Menelao. Qué curioso el azar de los dioses, que volvían a juntarnos en las celebraciones de Helena y Menelao. La vida profesional de los aurigas no era demasiado extensa. Las victorias marcaban nuestras carreras, no los años. Por eso no reconocía a ninguno aparte de mi amigo y de mi hermano, cuyas habilidades no pude evaluar. Apenas lo vi.

La carrera enseguida se convirtió en un desafío de dos. El resto de corredores no podían alcanzarnos, quedaban tan lejos que ni nos cruzábamos con ellos. Automedonte y yo fuimos adelantándonos, vuelta tras vuelta, combatiendo en cada curva y exprimiendo a nuestros corceles en cada recta. Nunca había disfrutado tanto.

Hasta la última vuelta.

Cuando todo cambió.

Tras adelantar de nuevo a Automedonte, una sombra, un nuevo auriga apareció delante de mí. Imposible. No me llevó más de un

par de segundos darme cuenta de que estaba a punto de alcanzar al último. No porque fuéramos tremendamente veloces, que lo éramos, sino porque aquel sujeto iba muy despacio. Sus corceles trotaban a un ritmo pausado, cansino, como si estuvieran lesionados o heridos. Cuando descubrí quién manejaba las riendas, quedé horrorizado. Mi hermano.

No podía ser. Estaba seguro de que, antes de hacer el ridículo, se habría retirado. Pero si todavía permanecía en la carrera... No, no sería capaz de ejecutar la sucia treta que aventuraba mi imaginación... El único que conocía la argucia que había utilizado mi maestro Leutides para prevenirme del mal hacer de algunos aurigas era Solofemo y estaba claro que, en ese momento, pretendía utilizarla contra mí. El mundo se detuvo por un instante. Perdí un poco de brío, me puse tenso e intenté alejarme. No lo conseguí. El impulso natural de mis caballos me llevó hasta él y vi que poco a poco comenzaba a girarse, con una mirada intensa como la sangre. En su diestra, una lanza. Armó el brazo. El público aguardó en silencio, sorprendido y aterrorizado. Cerré los ojos. Era imposible que fallara a tan poca distancia.

Sentí cómo el arma pasó rozándome la cabeza, tan cerca que movió mis cabellos. Cuando volví a abrir los ojos, me di cuenta de que Automedonte me había salvado la vida adelantándome por la derecha y golpeando con su carro contra el lateral del de Solofemo para hacerle errar el tiro. Mi hermano soltaba todo tipo de maldiciones mientras era abucheado por el público. Yo aproveché todo aquel sinsentido para apretar las riendas y alejarme de su radio de acción. Automedonte no pudo seguir el ritmo; una de sus ruedas había quedado destrozada tras el impacto.

Traspasé la línea de meta y me alcé vencedor de los juegos, pero los laureles perdieron importancia. La gloria de Micenas y de su príncipe, Menelao, quedó en segundo plano. Bajé de mi carro tras dejarle las riendas a un mozo y mi primer impulso fue el de auxiliar a Automedonte, no el de castigar a Solofemo.

El público la tomó con mi hermano por sus ruines intenciones. Las peleas y golpes a traición eran algo común entre los aurigas, incluso los asesinatos estaban permitidos, pero todo en pos de una victoria.

De la gloria. Solofemo no ganaba nada matándome. Había mancillado el espectáculo solamente con el fin de hacerme daño y el gentío no le iba a perdonar esa vileza. Acerté a ver cómo los guardias encargados de la seguridad de la carrera lo agarraban por las axilas y se lo llevaban. El resto sucedió muy deprisa: aplausos, silbidos, palmadas en la espalda e insultos para mi hermano. La gloria, el fracaso, la amistad y la decepción gravitaron a mi alrededor con la misma velocidad que los caballos de Automedonte.

El mismísimo rey Tindareo en persona me entregó los premios delante de todas las grandes personalidades, Helena incluida. Me hubiera gustado poder disfrutar de mi momento, no todos los días te aplauden excelsos héroes como Odiseo o Áyax, pero la vil acción de mi hermano, su deshonroso ataque y las consecuencias que le acarrearía me preocupaban demasiado. Recibí de manos del monarca una bolsa de cuero repleta de monedas de plata y una bellísima espada con su tahalí. Me llovían alabanzas, aplausos y pétalos de flores. Agamenón aguardó en segundo plano. En aquel momento, no lo estaba representando a él, sino a Menelao, quien acudió raudo para agradecerme mis esfuerzos y abrazarme. Fue entonces cuando aproveché para solicitarle mi único anhelo, escondido tras un velado susurro.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres? —me respondió—. Piénsalo bien. No sabes lo feliz que me has hecho. Podrías pedir muchas otras cosas. Oro, mujeres, caballos..., lo que quieras.

—Sí, señor. Sois muy generoso, pero no deseo nada más.

—Así se hará. Te lo debo y siempre te lo deberé. Despreocúpate y disfruta de tu triunfo, hijo de Poseidón. Yo me encargo del resto.

# XXX

## Gratitud mutua

La deuda que acababa de adquirir con Automedonte me obligó a visitarlo en primer lugar. Me había salvado la vida renunciando a su más que inminente victoria. Yo era el único blanco de la ira de Solofemo. Conmigo fuera, los laureles hubieran sido para él. Fui hasta la zona que el rey Tindareo había habilitado para el monarca de Opunte, Menecio, y su hijo Patroclo, que no era más que un niño.

—Necesito hablar con Automedonte —le dije al guardia. Aunque ya era noche cerrada, me permitieron acceder.

Encontré a mi amigo recostado sobre su jergón, mirando al techo. Se incorporó de inmediato nada más verme.

—Menuda carrera, Aurimedón. Se hablará de nuestro duelo en Esparta durante generaciones. Los niños jugarán tratando de imitarnos. ¡No sabes lo que la he disfrutado! Muchas gracias.

—¿Gracias? El que debería agradecértelo soy yo. ¡De no ser por ti, estaría en el Inframundo!

—Te lo debía —contestó, aludiendo al episodio acaecido hacía tantos años, cuando competimos por primera vez. Aquello no fue lo mismo, ni por asomo—. No iba a permitir que nadie arruinara nuestro momento. Además, para ser justos, si tu hermano no hubiera actuado como ha actuado, habrías salido vencedor igualmente. Hoy estabas imparable. Pero no te relajes: la próxima vez será diferente.

Reímos y brindamos largo rato, ajenos a las horas, el cansancio o el alcohol. Los agradecimientos y las palabras corteses están de más entre amigos. Ojalá hubiera podido quedarme toda la noche.

Lamenté tener que marcharme, aunque Automedonte me comprendió. Sabía que debía atender un asunto urgente.

—Esto es para ti —le dije, y le ofrecí la espada que acababa de ganar, una pieza de orfebrería bellísima.

Los ojos brillantes de Automedonte me confirmaron cuánto le había gustado. Para su pueblo, no había mejor regalo que una espada.

Mi segunda parada de la noche no fue tan agradable. Arrastré los pies por las calles de Esparta sin ganas de llegar a mi destino. Las únicas almas que seguían despiertas eran las de los borrachos y mendigos, además de algún que otro perro callejero que buscaba fortuna entre la basura. Pensamientos negros se arremolinaban en mi mente como las nubes que preceden a la tempestad.

Las celdas adonde habían conducido a mi hermano no eran más que cavidades rocosas bajo tierra. Allí, escondido entre las sombras, se encontraba lo que quedaba de Solofemo.

—Al final todo ha salido como querías —dijo. Solo sus ojos, como luceros repletos de odio, refulgían en medio de la oscuridad—. El rey Pirítoo de Atenas, que ha ocupado el trono momentáneamente a petición de su amigo Teseo, nos ha expulsado a Egisto y a mí de la ciudad. Ha venido a verme personalmente. Dice que no va a dejar que mancillemos el nombre de Teseo ni el de Atenas con comportamientos como el mío. Además tu *hermano* —se esforzó por hacer hincapié en esa palabra, en flagelarme con ella— se ha asegurado de vilipendiar el nombre de Egisto ante él para que nos destierre. Volvemos a ser dos parias desterrados. No pararás hasta que muera de hambre. ¡Lo que no sabes es cuánto he evolucionado durante estos años! Triunfaremos, Aurimedón, triunfaremos sobre todos vosotros. —Hablaba como un iluminado, como un loco. Lo que decía carecía de todo sentido en su situación, en esa celda oscura, rodeado de delincuentes, con sus ropas hechas jirones tras el intento de linchamiento de que había sido objeto después de la carrera—. Me levantaré sobre todos los que lleváis tanto tiempo

mirándonos por encima del hombro. Solo los dioses han de juzgarnos y ten por seguro que lo harán en esta vida o en la siguiente. ¡Ay, pobre de ti, que andas tan cerca del fuego eterno!

—Abandona al demente de Egisto y vuelve a casa —contesté, interrumpiendo su cansina perorata. Las lágrimas volvían a asediarme. Me dolía ver a mi hermano así, tan extraño, tan distinto. Tan loco—. Ya comienzas a hablar como él.

—Ese demente es el único que se ha preocupado por mí. Mientras tú formabas una familia, prosperabas y conseguías todos tus objetivos lamiendo traseros y vendiéndote al mejor postor, yo he seguido leal e íntegro, fiel a mis principios.

—¿Cómo...? —No terminé la frase. Era obvio; Egisto y él seguían teniendo gente de confianza dentro de los muros de Micenas—. Eres libre —dije fijando mi mirada en el suelo, incapaz de verlo mejor—. El príncipe Menelao intercederá a tu favor para que te saquen de aquí. ¿Qué vas a hacer? Nadie acogerá a Egisto. Si fueras por tu cuenta, tal vez podrías comenzar otra vida. Tengo dinero...

—¡No me hacen falta tus migajas! No finjas preocuparte por nosotros. Mi señor sabrá recobrarse. La fortaleza es la mayor habilidad de los marginados. —Solofemo se dio la vuelta y terminó perdiéndose entre la oscuridad que lo envolvía, dando la conversación por finalizada.

—Le prometí a la abuela Melgara que cuidaría de ti —rugí. Ni el recuerdo de nuestra única familia, ni mi llanto, nada. No hubo manera de hacer hablar a Solofemo. Se quedó encorvado frente a la pared más alejada de su celda. Habría preferido que siguiera insultándome antes que tener que seguir soportando aquel silencio devastador.

Me marché con todavía más dolor del que sentía cuando llegué allí. Me sentía estúpido, luchando por una causa perdida en la que ni siquiera yo creía. Ese hombre había dejado de ser el Solofemo que yo conocía. Se había convertido en un espíritu atormentado que jamás encontraría la paz, una persona arrastrada por los acontecimientos y por sus propios errores. No había nada que hacer.

—¡Aurimedón! —gritó antes de que traspasara el umbral—. Ni los reyes ni los dioses podrán salvarte de mi castigo. La próxima vez

que te vea, juro por el recuerdo de mis padres que terminarás suplicándome que te mate. ¡Que Hades sea testigo!

Regresé a mi alcoba cansado, hastiado y en combate permanente contra el destino que las Moiras pretendían tejer para mí. Entré en mi alcoba con las fuerzas prestas a abandonarme. Solo tenía ganas de dejarme caer sobre mi jergón cuando, ante mí, hallé a Agamenón, que me esperaba sentado sobre mi lecho.

—¡El héroe de Micenas! —exclamó antes de abalanzarse sobre mí y golpearme de forma amistosa. Estaba ebrio; el pesado aroma a vino y a bilis era inconfundible. Sus ojos mostraban el brillo de los deseos conseguidos. Había pasado la noche en vela—. Tu victoria ha sellado la decisión de la princesa.

—Seguro que no solo mi victoria —le susurré. Rio con ganas.

—Por lo menos has dejado huella, una demostración que nadie osará contradecir. Gracias, hermano. Te debemos mucho.

—No hay de qué. La familia está para eso.

Aquella fue la primera vez que pronuncié esa palabra, no sé si por cansancio o porque anhelaba sentirme parte de algo más que mi propia sombra. Los dioses hicieron que compartiera mi infancia con Solofemo, pero los acontecimientos y mis decisiones cambiaron el tablero de juego. Mi nueva familia era otra. Y tenía asumido que el mando le correspondía al primogénito, un rey que para muchos era codicioso y despiadado, pero que era un hermano, un amigo y un héroe para mí. O, al menos, eso necesitaba creer. Con el paso de los años, me he dado cuenta de que los seres humanos precisamos aferrarnos a alguien, o a algo, para no sentirnos solos. Agamenón fue mi elección. Nunca me arrepentí.

La boda de Menelao y Helena, su posterior ascenso al trono de Esparta y los lazos irrompibles que se formaron durante los juegos marcaron la historia para siempre. Una nueva era de reyes guerreros empezaba. Daba inicio la edad dorada de Micenas y, con ella, el

reinado hegemónico del león micénico, el más grande de entre todos los hombres: Agamenón.

Nadie osó contrariar sus rugidos, al menos no a este lado del mar.

# XXXI

## Años de bonanza

La boda de Menelao marcó un antes y un después. La alianza guerrera entre todos los asistentes no se desmoronó jamás, grabada en piedra y bronce por obra y gracia de los dioses, y por el juramento que todos habían hecho a Poseidón. El ingenio de Odiseo transcendió también. Se respetaron los acuerdos y Micenas se alzó como la mayor potencia militar de toda Grecia y una de las ciudades más prolíficas en la actividad comercial.

Fueron años de bonanza.

Sin embargo, no tardamos en darnos cuenta de que la espada se oxidaba si permanecía mucho tiempo dentro de la vaina y el guerrero se iba debilitando lejos de la sangre.

Agamenón había nacido para la gloria y, en nuestro tiempo, esta se encontraba, necesariamente, en el campo de batalla. Nadie alabaría las tareas burocráticas y, además, mi señor se aburría entre las murallas de nuestra ciudad, lo que le hacía buscar diversión en el juego y en las mujeres. Comencé a comprender que su codicia le encadenaba. La ambición era, al mismo tiempo, su mejor aliado y su condena.

Yo, por mi parte, me dediqué a disfrutar junto a Calíope. Lo único que me atormentaba era no poder tener hijos. Dudábamos de su fertilidad y de la mía y, aunque ambos evitamos hablar sobre el tema, esa herida, flagelante y ponzoñosa, nos iba desgastando poco a poco. Acudí a sacerdotes, a brujos y hechiceras. Probamos brebajes, rituales y oraciones. Nada funcionó. Calíope lloraba por las noches creyéndose marchita y seca. Yo me limitaba a combatir a Fobétor, dios de las pesadillas, acechante cada madrugada,

recordándome que mi cercanía con Agamenón estaba convirtiéndome en un ser maldito.

Por las mañanas, ahuyentaba los malos sueños y volvía a montar sobre mi carro, actuando como auriga, cosechando victorias en cada juego al que acudía. Ninguna de ellas conseguía saciarme. Mi mayor rival, Automedonte, descansaba en la otra punta de la Hélade. Los dioses parecían querer dosificar nuestros enfrentamientos, predestinándonos a competir solo en eventos extraordinarios.

Intenté que Agamenón recuperara la fe, sin éxito, hasta que comprendí que seguir acosándolo con tales cuestiones solamente abriría una brecha entre nosotros. Hay hombres que no desean sanar o no se saben enfermos hasta que ven el Hades de cerca. Únicamente conseguí que me ayudara a buscar a mi hermano contratando a espías y mercenarios que no tuvieron fortuna en su labor. Parecían haberse esfumado de la faz de la tierra.

Para entender mejor esos años de transición, me veo en la obligación de revelar una historia que pocos conocen:

Los pueblos se rendían ante Agamenón nada más verlo llegar. Sus amigos prosperaban y podían contarse con los dedos de una mano los osados o insensatos que se posicionaban en su contra como enemigos. Y sobraban dedos, claro. La caza era una de las pocas actividades que conseguían hacerle hervir la sangre.

En una de esas jornadas cinegéticas, nos adentramos en un bosque inmenso a varios días de Micenas. El capitán Palamedes y la reina Clitemnestra se quedaron al mando de la ciudad. Fuimos hasta allí porque varios cazadores nos aseguraron que en aquel lugar se encontraba el último gran jabalí, una de esas bestias legendarias que doblaba o triplicaba en tamaño y ferocidad al resto de ejemplares de su especie. Seguíamos su rastro cuando mi señor nos obligó a detenernos.

—Dime que tú también la ves —me susurró.

En un claro del bosque, con los ojos abiertos como platos, una joven nos observaba horrorizada. Llevaba una cesta repleta de verduras y, antes de que pudiéramos dirigirle la palabra, se marchó corriendo. Era la señal que esperaba Agamenón. Volvió a sonreír, espoleó a su caballo y los demás lo seguimos, acortando distancias.

Me sentí sucio, abochornado por perseguir así a la pobre muchacha. Pero no dije nada. Todo sucedió demasiado rápido. Dejamos atrás el bosque y nos encontramos con un santuario perdido en medio de las montañas, al norte de Megara. Sus flamantes colores y sus bellas esculturas no dejaban lugar a dudas: aquel era un lugar protegido por el dios Apolo.

Quedamos petrificados; sabíamos que no debíamos estar allí. ¿Todos? No. Agamenón espoleó más aún a su caballo y avanzó hasta que un viejo sacerdote salió del templo y exclamó a gritos:

—¡Alto! ¿Quién es el estúpido que se atreve a perseguir a una sierva de Apolo?

Aquello fue el principio del fin.

Agamenón se había encaprichado locamente de la muchacha, y, cuando algo se le metía en la cabeza, no había manera de hacerlo cambiar de opinión. Pasamos en el bosque más de una semana, comiendo y durmiendo en los alrededores del santuario, temerosos de atraer maldiciones o tormentos. Noche y día, mi señor trataba de llegar a algún tipo de acuerdo con los sacerdotes. Amenazas, sobornos y promesas se entrelazaban en sus labios. Las negativas rotundas fueron dejando paso a ciertos titubeos esperanzadores, hasta conseguir la tan ansiada respuesta. La suma fue sencillamente escandalosa, tanto como para que los siervos del dios aceptaran corromper sus almas por el sucio metal.

—A ver si esto te ayuda a darte cuenta de que los dioses solo existen en los corazones de los crédulos. No son más que milongas, cuentos de niños. Y, si existieran, ten por seguro que no habitarían en las casas de esos cobardes —se regodeó Agamenón mientras regresábamos a Micenas. A su espalda, sobre la grupa del caballo, la sierva de Apolo lloraba.

El miedo me poseyó durante todas y cada una de las noches que siguieron al rapto de la sacerdotisa. Rapto, sí. No fue otra cosa. Rapto pagado y negociado, pero rapto al fin y al cabo. Sentía náuseas y ataques de pánico. Agamenón estaba tensando demasiado la cuerda.

Y ni mis súplicas ni mis ofrendas lograron refrenar a las deidades. Apolo no tardó en responderle. Fue el primero que lo hizo.

El día en que conocí a Calcante, me encontraba en el salón del trono de Micenas hablando con Agamenón. Me necesitaba para organizar los juegos en honor a su primogénita, Ifigenia.

—Un sacerdote de Apolo, natural de Megara, os ruega audiencia, mi señor —anunció uno de los guardias. De no haber estado yo presente, puede que lo hubiera ninguneado, pero conocía de sobra mi carácter piadoso. Negarse habría supuesto largas peroratas por mi parte, por lo que accedió a recibirlo.

—No te vayas muy lejos, Aurimedón. Sabes que no soporto a estos mojigatos.

Las puertas del salón se abrieron y una triste figura, envuelta en ropajes sucios y pobres, entró. Tapado con una capucha, mantenía la mirada fija en el suelo, en gesto de humildad y de súplica. Agamenón observaba con superioridad y hastío su caminar lento y apesadumbrado. Yo, en cambio, percibí en él, aun sin haber vislumbrado su rostro, un tipo de energía distinta, poderosa, especial, de esas que logran erizarte el vello. Se descubrió la cabeza a tan solo unos pasos de llegar ante nosotros. Tras una breve mirada al rey, más fugaz que un parpadeo, se arrodilló, posó su frente sobre el suelo y habló:

—Oh, noble monarca, descendiente de Atreo, acudo para implorarle que me devuelva a mi hermana Leucipe. —La intensidad y tono de las palabras del sacerdote contradecían, en mucho, la súplica.

—Compré a esa muchacha con todas las de la ley. No tengo por qué devolvértela —contestó Agamenón con el semblante serio y crispado. No le gustaba que se cuestionaran sus nuevas adquisiciones.

—Mi hermana no era esclava. Nació libre y por devoción decidió convertirse en sacerdotisa de Apolo, igual que yo. Es sierva de los dioses; solo al Divino Arquero pertenece. Ningún mortal puede mancharla, si no desea desatar su furia.

—¿Me estás amenazando? —ladró el rey—. Fueron los propios siervos del dios quienes me la entregaron.

—Pagarán por su codicia y por haber traicionado al gran Apolo. Los dioses aborrecen el oro. Tan solo deseo restablecer el orden

natural de las cosas. No tengo nada que ofrecerle —confesó, aferrándose a las botas del rey y besando sus empeines—, nada más que mis oráculos y consejos.

—No necesito las palabras de un charlatán —respondió Agamenón apartándolo de una patada—. La muchacha es mía y aquí permanecerá hasta que yo quiera.

—¡Si no me la devuelve, sana y casta, aténgase a las terribles consecuencias que mi Señor arrojará contra ustedes! —exclamó Calcante, irguiéndose cuan largo era.

Atrás había quedado el disfraz lastimero para mostrar al orgulloso sacerdote de Apolo. Lo que él no podía imaginar era hasta qué punto se enfrentaba a uno de los hombres más gallardos e impíos de su tiempo, alguien que no temía a dioses ni a humanos y que no toleraba el desacato ni las amenazas. Agamenón, rey de Micenas.

Mi señor se levantó furioso, como un león que hubiera sido retado, y, tras empujar al sacerdote, sacó el puñal que llevaba sujeto en el cinto.

—¿Estás loco? ¿Acaso no temes a los dioses? ¿Te atreves a amenazar a un sacerdote? —bramó Calcante.

Antes de que pudiera contestarle o atacarle, lo sujeté y le susurré:

—Se ha presentado como sacerdote de Apolo, como un emisario de la voluntad de los dioses. Aunque no creas en sus palabras, si lo ejecutas aquí, en palacio, toda Micenas quedará maldita. —Antes de que pudiera contestarme que le traían sin cuidado las habladurías mitológicas y las amenazas de los débiles, proseguí—: No tires por la borda lo que tantos años te ha costado conseguir. Si matas a un hombre santo, tus amigos y aliados te aborrecerán. Seremos perseguidos como ratas.

Agamenón me observó, iracundo. Sus ojos centelleaban de rabia e impotencia.

—Encárgate de él. Dale a la chica y pacta un precio por la pureza que ya no puedo devolverle.

Fueron las últimas palabras de Agamenón antes de que nos expulsara del salón.

Ayudé a Calcante a levantarse. Se sentía perplejo y desubicado; nunca nadie le había amenazado abiertamente. Lo acompañé fuera e intenté hablar con él.

—Agamenón no es un mal hombre. Ha sufrido mucho. Los dioses se ensañaron con él y con su familia.

—¿Y por eso ahora los desafía? —preguntó el sacerdote, más recompuesto.

—No los desafía. Ha dicho la verdad; los sacerdotes le entregaron a tu hermana. Pagó hasta la última moneda.

No hubo manera de seguir disculpando a mi señor. Calcante, fiel servidor de los dioses y bendecido con su favor, contradecía cada una de mis réplicas. Solo pareció agradecido cuando le confesé que Agamenón había aceptado devolverle a Leucipe.

—Algo oculta tu rostro —dijo, desconfiado—. ¿Te ha pedido un rescate? ¡Ya le he dicho a ese perro codicioso que no tengo ni un óbolo!

—No ha pedido nada. Pero tampoco puede devolverte todo lo que deseas.

Lo entendió. El rey de Micenas había abusado de su hermana impidiéndole, al arrebatarle su pureza, volver al seno de su templo. La había privado de un futuro digno. Calcante lloró con amargura y rabia. No intenté atenuar su dolor. Atendí, simplemente, con diligente burocracia, los menesteres que requirió y acepté todos sus reproches e insultos.

Cuando estaba a punto de irse, a las puertas de Micenas, se giró hacia mí y pronunció una frase que cambiaría el destino de Agamenón para siempre:

—Esto no quedará así. El gran Apolo le arrebatará lo que más quiere, le hará sufrir como nadie ha sufrido jamás. Ningún mortal se burlará de los dioses. Reyes y gusanos son iguales para ellos. Y nadie, ni tú ni todos sus ejércitos, logrará librarle de ese castigo. —Intenté mantener la compostura, pero la última frase que me escupió terminó por afectarme—. Y para ti, que te crees al margen de todo, que rezas a escondidas e imploras constantemente su perdón, será todavía peor. Tendrás lo que tanto ansías, sí, pero,

cuando lo tengas, desearás no haberlo logrado. Ese será tu castigo, Aurimedón.

# XXXII

# Funeral

El cielo de Micenas amaneció cubierto aquel día, como si los dioses quisieran advertirnos del temporal que se nos venía encima. Las nubes, densas, grises, maliciosas, conversaban divertidas sobre nuestras cabezas sabiéndose inalcanzables. Ellas sabían que estaba a punto de llegar a la ciudad un heraldo cretense con malas noticias: Catreo, el abuelo materno de Agamenón, había fallecido.

La relación del monarca de Creta con sus nietos jamás había sido afectuosa; tampoco cercana. No se preocupó por los Atridas cuando fueron desterrados ni les mostró su apoyo en ningún momento. Siempre se había mantenido neutral, como si lo único que le preocupara a Catreo fuera lo que afectaba a su territorio. Sin embargo, el vacío de poder que dejaba su ausencia en una de las islas más importantes de todo el Egeo obligó a Agamenón a abandonar Micenas un par de semanas para acudir a su funeral.

La muerte de Catreo fue tratada con gran solemnidad. Se le concedieron honores de héroe, no solo en Creta sino en otras muchas ciudades, en todas las que tuvo relevancia, como en Micenas, Esparta o Atenas. Se cantaron sus gestas y sus hazañas y se mitificó su paso al Inframundo. Algunos aseguraban que un infame grupo de sirenas lo había seducido, haciendo que su barco se estrellara contra cientos de rocas afiladas; otros sostenían que unos piratas habían matado a su tripulación y lo habían herido de muerte —antes se había llevado por delante a más de una veintena de enemigos, por supuesto—, y la última y más fascinante de todas las historias era la que afirmaba que la tierra se lo había tragado por petición propia, cansado de la rutinaria vida que le había tocado

llevar en su vejez. Nada más lejos de la realidad. Abandonó el mundo de los vivos preso de unas fiebres inoportunas y una tozudez extrema que le impidió acudir a un sanador hasta que fue demasiado tarde.

Agamenón volvió a poner el gobierno en manos de su esposa, signo inequívoco de que, a pesar de todas sus peleas, confiaba en ella y la tenía como una gran aliada. Calíope, que seguía trabajando para ella, solía decirme lo cansada que estaba la reina de las muchas amantes de mi señor y del trato que este le daba. Agamenón la veía como otro de sus peones y ella jamás estuvo de acuerdo con el lugar que le dio. Además, el hecho de que se llevara consigo en ese viaje a Orestes, su hijo, todavía un infante, tampoco le agradó. Me hizo prometerle que cuidaría del niño y, sobre todo, que impediría que se convirtiera en alguien como su padre.

Partimos a bordo de una lujosa embarcación con al menos una treintena de soldados experimentados y un número similar de esclavos. La primera cuestión que abordé, cuando Agamenón y yo estuvimos alejados, fue obvia:

—¿Menelao está de camino? —Mis palabras hicieron que los demonios que mi señor llevaba apaciguando en su interior los últimos meses se agitaran. Desde que Menelao se coronara rey en Esparta, tras la muerte de Tindareo, los dos hermanos habían comenzado a distanciarse.

—Vendrá. Ha perdido el norte por culpa de esa furcia espartana, pero vendrá. No le queda otra. Al menos, debe guardar las formas. Helena. Helena. Helena —refunfuñó—. Es lo único que le importa, lo que siempre le ha importado. Se deja embrujar por sus palabras sibilinas y se comporta como un auténtico botarate. ¿Te puedes creer que esté acogiendo a esos perros troyanos en su propio palacio? ¡¿Qué digo?! ¡Mi palacio! Fui yo quien se lo conseguí. Y en vez de estarme agradecido, se pavonea con su nuevo amigo Príamo y todos sus principitos.

—En la ciudad se rumorea que están a punto de firmar un tratado de paz.

—¡Por encima de mi cadáver! —rugió—. ¡Sería lo último que hiciera como rey! Troya es la única ciudad que todavía no me rinde

pleitesía ni se digna a responder a mis emisarios. Se creen invencibles detrás de sus murallas. ¡No sabes las ganas que tengo de estrujarle el pescuezo a ese reyezuelo altivo y deslenguado!

Sabía que aquel tema era veneno para su tranquilidad. Sin rivales ni competidores cerca, Agamenón había centrado toda su atención y su rabia en Troya, una ciudad inconquistable, de exquisito trato comercial, donde comerciantes y viajeros se dejaban la piel y la plata para poder mercadear.

Troya, favorita de los dioses, era cuna de leyendas y héroes. De su rey, Príamo, se alababa tanto su capacidad para engendrar vástagos —unos cincuenta, se afirmaba— como su brillantez bélica, su astucia en lo monetario y, sobre todo, su gran tesoro. Por aquel entonces, en Micenas se decía que hasta los adornos de los caballos troyanos eran de oro puro. No era difícil de creer, teniendo en cuenta que, antes de que la primera piedra micénica cimentara nuestra ciudad, Troya ya brillaba con luz propia. Ni siquiera Heracles, el bastardo favorito de Zeus, pudo con ella. Se antojaba un rival imbatible incluso para el gran Agamenón, y esa imposibilidad manifiesta de poder tomarla por la fuerza lo excitaba y angustiaba a partes iguales.

Una enorme cabeza de Minotauro coronada por un hacha de doble filo ondeaba sobre el palacio del difunto rey Catreo de Creta. Se trataba del símbolo personal de un monarca ostentoso hasta en su último adiós. Nos recibió el heredero legítimo y primo de Agamenón, Altémenes, que nos agasajó con viandas y regalos. Se le veía más tenso que triste, preocupado por si su propia familia decidía hincarle el diente a su parte del mundo, a su trozo del pastel.

Fuimos hospedados en las mejores habitaciones del palacio, igual que lo sería Menelao a su llegada, medio día después que nosotros, y desde sus ventanas pudimos observar la ciudad y percibir que Creta, la otrora urbe más importante, la misma que brillara por encima de todas bajo el reinado de Minos, había dejado atrás su esplendor. No es que pudiera considerarse una simple isla: la pétrea

elegancia de sus construcciones y las miradas orgullosas de sus habitantes seguían presentes, igual que una infinidad de pinturas y murales con motivos taurinos, pero ya no podía compararse a Micenas, ni siquiera a Esparta. Creta languidecía a la sombra del gran Agamenón.

La oscuridad de la noche cretense recibió el funeral de su monarca en medio de un ambiente tenebroso. Antorchas titilantes intensificaban la sensación de desasosiego, todo tenía un aire triste y sombrío... Se lloró por el difunto, se le pusieron las monedas en los ojos como pago al barquero Caronte, que habría de llevarlo hasta la otra vida, y se incineró su cuerpo en una pira gigantesca, regada por el mejor vino y las lágrimas de las más bellas mujeres. Aunque el destino era el mismo que para el resto de mortales, el peaje de los poderosos siempre ha sido más espectacular.

Y, mientras todo esto sucedía, la tormenta comenzaba a arreciar entre dos reyes extranjeros, dos hermanos, Agamenón y Menelao, que discutieron en Creta como no lo habían hecho nunca.

Menelao se había hecho un hombre, un monarca autoritario y decidido, según sus propios pensamientos, o corrupto, influenciable y dominado por una mujer, según los de su hermano mayor.

No pude oír la conversación completa, pero sí recuerdo escuchar gritos e increpaciones desde fuera de la estancia donde los hermanos se desahogaban.

—¿Dónde se ha visto a un hijo de Atreo brindando y comiendo junto a sus enemigos? ¡Padre te escupiría en la cara si viviera! —le reprochaba Agamenón.

—No empieces una guerra que no puedes ganar, hermano. Troya y Esparta son ciudades amigas y no te permitiré que continúes ofendiéndolas.

—¡Tú no me tienes que permitir nada! ¿Me oyes? ¡Nada! Un par de semanas les han bastado para comerte la cabeza. Algo que no era muy difícil; jamás tuviste demasiado seso. Y el poco que tenías parece que ya se ha perdido entre las sábanas de tu mujer.

—¡No te atrevas! —rugió Menelao.

—¿Tu mujer? ¡Debería decir la mía! Yo te la conseguí. ¡Por los dioses, si es más de mi auriga que tuya! —exclamó antes de romper

a reír.

Aquel dardo fue demasiado para Menelao; impetuoso como era, en un gran ejercicio de dominio de sí mismo, salió de la estancia dando un sonoro portazo. Yo, que me encontraba fuera escuchando como un vulgar cotilla, estuve a punto de morirme de vergüenza cuando Menelao me descubrió. Destilaba rabia, impotencia y asco. Me miró, antes de marcharse, como quien mira a una sabandija.

Pensé que abandonaría Creta esa misma noche. No fue así. Soportó estoico y contrariado los siete días de duelo establecidos en honor de la memoria de su abuelo, pero los dos hermanos no volvieron a cruzar ni una sola palabra. Una peligrosa brecha se abría entre ellos.

Imploré a los dioses que fueran magnánimos. No quería que compartieran el mismo destino que Solofemo y yo, pero las Moiras, tejedoras del destino, ya lo tenían todo perfectamente hilvanado en un tapiz lúgubre y épico a partes iguales.

# XXXIII

# ¡Traición!

Las jornadas que siguieron a nuestro retorno a Micenas cambiarían nuestro mundo para siempre.

Agamenón se encerró en sus aposentos rodeado de vino y meretrices; yo regresé a casa y me derrumbé junto a mi querida Calíope. Sentía miedo y la única forma de combatirlo, el único antídoto que conocía, era el amor. Era consciente de que una guerra entre Esparta y Micenas, una guerra fratricida, resultaría demoledora. Sin embargo, Agamenón y Menelao estaban más cerca que nunca de cometer los mismos pecados de su padre, que no tuvo escrúpulos en enfrentarse a su hermano.

Qué necio fui. Ojalá mis temores se hubieran cumplido. La realidad nos engulló, demostrándonos lo estúpidos que podíamos llegar a ser jugando a predecir el futuro.

Varios días después de nuestro regreso a Micenas, Menelao llegó al galope junto a una pequeña comitiva de jinetes. Su melena estaba desgreñada y sus manos sucias. Temí, en un primer momento, que viniera a declararnos la guerra. Su rostro, rojo e inflamado, acrecentaba mis temores; era evidente que había pasado horas enteras llorando. No lo dudé y salí corriendo a su encuentro. Lo recibí en la puerta de los Leones. Yo mismo tomé las riendas de su montura.

—Aurimedón, llévame junto a mi hermano —imploró.

En su voz no había ni rastro del gran guerrero que era, tampoco de la serenidad regia del monarca de Esparta. Solamente escuché

las palabras de un hombre atormentado que buscaba consuelo en su familiar más amado.

Su entrada en el salón fue patética. Agamenón lo esperaba sentado y recubierto de bronce. Dos hileras de soldados hacían guardia en los laterales del gran salón. Quería que su propio hermano se sintiera un extranjero en Micenas.

Menelao ni lo percibió; se acercó y no tuvo el menor inconveniente en arrodillarse frente a él, delante de todos nosotros. Cuando Agamenón le sujetó el rostro, estalló en lágrimas antes de susurrarle unas pocas palabras.

—¡Todos fuera! —rugió mi rey.

Los guardias salieron, tanto los de un rey como los del otro. Mi señor me indicó con un breve gesto que me quedara vigilando la salida.

—Se la han llevado, Agamenón, se la han llevado —decía Menelao sollozando a los pies de su hermano. El otrora gran soldado, el que se había atrevido a combatir con los puños desnudos contra el mismísimo Áyax el Grande, lloraba como una plañidera desconsolada —. El traidor de Paris, a quien abracé como a un familiar, valiéndose de nuestro duelo y de mi ausencia, la ha raptado. Se sirvió de la noche y de la confianza que deposité en él para secuestrar a mi esposa. ¡Esos troyanos son unos zorros! ¡Los mataré! ¡Los mataré a todos! A los cincuenta hijos de Príamo, a sus esposas y a sus nietos. ¡A todos! Lamentarán haberme traicionado. A mí, que les abrí las puertas de mi casa... Debí hacerte caso, hermano. Siempre fuiste el más cuerdo de los dos, el más inteligente. Tenías razón; al enemigo nunca se le debe dar la espalda. El amor me cegó. Lo siento... Lo siento muchísimo.

—Deja de llorar, querido hermano, y ponte en pie. Ningún hijo de Atreo debería actuar así por una mujer. Los frutos de Afrodita no valen tanto como la sangre, recuérdalo. Dignifica tu apellido. — Menelao obedeció y se secó las lágrimas con los antebrazos, tratando de recuperar la compostura—. Esos troyanos sabrán de lo que somos capaces. Poseidón nos ampara; recuerda el juramento que hicimos. Todos los pueblos que pretendieron la mano de Helena lucharán por tu honor, miles de espadas y lanzas se alzarán para

vengar tu afrenta. Pero para ello deben verte como lo que realmente eres: un guerrero.

Mientras Agamenón abrazaba a su hermano pequeño, vi en su rostro una sonrisa siniestra y, de pronto, sus palabras cobraron sentido para mí: Helena y su rapto por los príncipes troyanos le habían servido en bandeja aquello que él había estado buscando durante tantos años, la excusa perfecta para invadir Troya y hacerse con su enclave estratégico. El mar Egeo se abría ante Agamenón y no iba a dejar pasar esa oportunidad.

—Quiero la cabeza del príncipe Paris. Orinaré en ella y bailaré sobre su tumba —sollozaba un malherido Menelao.

—Claro que sí, querido, claro que sí. Tendrás tu venganza. Lo juro por la sangre de nuestros ancestros.

Las lágrimas se me contagiaron. Confesé a mi mujer todas mis preocupaciones y temores. No iba a ser una guerra cualquiera; sería el mayor conflicto bélico de todos los tiempos. Troya y sus belicosos aliados contra Agamenón y su hermandad guerrera. Dos choques de titanes con un marido despechado de por medio y una princesa raptada. Los aedos cantarían sobre nosotros eternamente, pero nosotros, los que íbamos a regar las llanuras de Troya con nuestra sangre, temblábamos. El terror a un futuro en guerra me paralizaba y los nervios me retorcían el estómago. Vomité en más de una ocasión por la noche y ni los abrazos, caricias y promesas de Calíope lograron calmarme. Mi señor llevaba toda una vida preparándose para aquella guerra. Todos sus movimientos lo habían llevado hasta ella. Era lo que siempre había estado buscando, el tablero perfecto donde perpetuar su nombre, la ocasión idónea para lograr una gloria atemporal. Su nombre y el de su familia perdurarían eternamente, aunque para ello tuviera que sacrificar al resto de mortales. Solo yo sabía que iba a ser así. Solo yo conocía, de verdad, al monstruo codicioso y sangriento que acechaba Troya.

Morfeo, dios del sueño, vino a buscarme a altas horas de la noche. Sin embargo, desperté temprano. Las siluetas de miles de troyanos

me asaeteaban en pesadillas. La realidad sería todavía peor.

De Micenas salieron carros, caballos y emisarios hacia todos los reinos afines al nuestro. Las respuestas de los reyes habrían de ser claras. No podían negarse. Menelao también partió para poner en pie de guerra a toda su ciudad. Todo nuestro mundo estaba a punto de cambiar y nunca volvería a ser el mismo.

# XXXIV

## Clitemnestra

Debo detener mi narración un instante para relatar la breve historia de la única persona que estuvo dispuesta a luchar por la paz. Solo un alma trabajó para que miles no murieran en los años siguientes. Alguien cuyos gestos, valientes y decididos, quedarán sepultados por el olvido. Mas, aunque Agamenón sea, por siempre, mi señor, me debo a la verdad y este es el momento de revelar que fue su esposa, la reina Clitemnestra, la única mujer que intentó que Helena volviera junto a su marido. De haberla escuchado, incontables vidas se hubieran podido salvar, vidas de grandes héroes, de reyes, hombres, mujeres y niños. Pueblos y lenguas se habrían preservado. De haber obedecido sus consejos, todo habría sido distinto.

Fue mi propia esposa quien me advirtió, nada más llegar a casa, de que la reina deseaba hablar conmigo. Todavía no le había contado nada sobre la traición de Helena ni sobre los ambiciosos planes de Agamenón, pero Calíope ya lo sabía. Clitemnestra era conocedora de todos los entresijos de su palacio y también de los de Esparta.

Encontrar la ocasión idónea para entablar una conversación segura y fructífera en Micenas iba a ser, a todas luces, imposible, por lo que la reina hizo alarde de sus maravillosas dotes interpretativas y consiguió lo imposible: modelar, sin que este se diera cuenta, la voluntad de Agamenón.

Su plan fue magistral. Mi señor necesitaba a sus mejores hombres aquellos días. Su voz, su llamada, debía ser escuchada en todos los pueblos. Por ello, Clitemnestra le propuso que me enviara a la ciudad vecina y amiga de Argos. Yo, que tenía tanta paciencia y

tanta mano izquierda, era el perfecto interlocutor, el único que podría lograr convencer al rey loco, Diomedes, de que se sumara a nuestra causa. ¿Qué ganaba ella con ese plan? Me acompañaría. Convenció a Agamenón de que le permitiera venir conmigo para adquirir allí dos caballos, los mismos que yo, su auriga, debería conducir hasta las puertas de Argos.

Agamenón no encontró ningún inconveniente. Era plenamente consciente de la enorme responsabilidad que suponía dejar el mando de su ciudad en las manos de Clitemnestra y, si ella le pedía ese breve parpadeo de libertad, no podía negarse. Me advirtió, eso sí, de que no le quitara el ojo de encima. No es que tuviera miedo de que actuara de la misma forma que su hermana; sabía que su esposa gozaba de un juicio exquisito, pero eso mismo era lo que más le preocupaba.

Partimos de Micenas acompañados de una docena de jinetes armados hasta los dientes. Clitemnestra se llevó consigo también, en su carromato —pues Agamenón no le permitía montar a caballo por considerarlo una actividad demasiado varonil—, un par de esclavas domésticas y unos cuantos regalos con los que agasajar a Egialea, la esposa de Diomedes. Las malas lenguas aseguraban que era su prima.

Clitemnestra mantuvo un silencio sepulcral durante todo el recorrido. Quería evitar que los soldados pudieran contarle cualquier comentario sospechoso a su marido. Yo, por mi parte, albergaba una tibia esperanza de que me permitiera llevar mi labor a cabo y volver a casa sin sobresaltos ni sorpresas inesperadas.

Envié un emisario a Argos cuando quedaban pocos estadios de distancia para llegar a su corte. Era mejor ser precavido. Sobre ese monarca circulaban diversos rumores, y casi ninguno bueno. Había alcanzado el trono con la ayuda de Agamenón y del rey Tindareo en la época en que estuvimos exiliados en Esparta. Para ello, derrocó a su progenitor Tideo, otrora argonauta y héroe respetado que, con el paso de los años, había ido perdiendo la cabeza hasta terminar siendo aborrecido y odiado por la gran diosa Atenea; según muchos, al parecer cometió un brutal acto de canibalismo contra los beocios, aunque esa es otra historia.

Con un padre impío y una ciudad deseosa de recuperar su grandeza, Diomedes logró acabar con su padre bajo la atenta planificación de Agamenón. Desde aquel entonces, se ganó su favor y siempre era el primero en salir en auxilio de mi señor. No obstante, no era un alma cándida y bondadosa. Todo el mundo conocía su carácter tormentoso, impaciente e inmisericorde. Gobernaba Argos con guante de hierro, jamás hacía prisioneros y los que tenían la mala fortuna de caer en sus manos terminaban suplicando la muerte. Las inenarrables torturas a las que los sometía fueron uniendo, indefectiblemente, la perversidad a su nombre.

Diomedes, temido y repudiado a partes iguales por todos los pueblos cercanos, nos recibió con toda la parafernalia que fue capaz de reunir mientras llegábamos. Salió a nuestro paso, envió pajes para que se llevaran nuestras monturas y a sacerdotes vestidos con túnicas grises para que nos bendijeran. No hizo falta que me lo dijera: comprendí de inmediato que asumía la presencia de la reina y del auriga de Agamenón como un trato de favor, una cortesía excepcional para premiar a su mejor aliado. A pesar de su temperamento, no era ningún necio e intuía que deseábamos comunicarle algo realmente importante.

—Estoy cansada por el viaje, Aurimedón. Por favor, entrégale el mensaje en persona al rey. Si me disculpan... —comentó la reina Clitemnestra.

—Oh, sí, por favor. ¡Faltaría más! Llevadla hasta el palacio. Que la reina Eigalea se encargue de habilitarle la mejor estancia —exigió a sus vasallos—. Mis hombres la acompañarán, majestad.

De ese modo, con la misma elegancia con la que había venido, la reina Clitemnestra se marchó, acompañada por los guardias de su marido y sus esclavas. Diomedes no le merecía ningún tipo de respeto ni despertaba su curiosidad. Había hecho aquel viaje para hablar conmigo y supe que estaba buscando el momento idóneo. No tardaría en encontrarlo.

La sonrisa burlona, divertida e ilusionada que se dibujó en el rostro del rey Diomedes cuando le relaté los sucesos que envolvían el rapto, o fuga, de Helena de Esparta, me demostró que los rumores acerca de su cordura y misericordia no eran descabellados.

—Dile a Agamenón que allí estaré en la fecha acordada. Reuniré tantas naves como pueda. ¡Que cuente con todas las lanzas de Argos! —exclamó estrechándome la mano con fuerza—. La reina Hécuba deseará no haber parido jamás a ese adúltero de Paris. Argos y Micenas se bañarán en la sangre y en el oro de Troya. ¡Que los dioses sean testigos!

Se le notaba nervioso, excitado. Tenía ganas de marcharse y comenzar a preparar los trámites necesarios para reunir a todos sus efectivos, por lo que tuve que pararle los pies y contarle por qué se encontraba allí la reina Clitemnestra.

—He competido varias veces contra vuestros aurigas. Sé que los caballos de vuestra cuadra son grandes sementales: valientes y puros. Por ello, mi señora desea regalarle un par de ejemplares a mi rey antes de que este parta hacia Troya y me ha pedido que le ayude a escogerlos. Le pagaremos con generosidad, por supuesto.

—Todo lo que hay en mis caballerizas es vuestro —respondió Diomedes, a quien le traían sin cuidado los deseos de mi señora—. Cenaremos, brindaremos por el maravilloso futuro que tenemos por delante y mañana por la mañana os podréis llevar los corceles que deseéis.

Dicho esto, organizó un banquete improvisado al que asistieron sus familiares, sus capitanes y gente de confianza. En él, ambas reinas intercambiaron regalos y los hombres, chascarrillos, promesas y retos. Regué la ingente cantidad de carne servida con varias copas de vino para olvidar, para evadirme. Los perros locos de Argos hablaban con tanta frialdad y banalidad de la vida, la muerte y la guerra, que me hicieron sentirme pequeño, insignificante. Envidié a mi amigo, Sombra Negra. Si ser humano era jugar así con las vidas de los demás, hubiera deseado ser un caballo.

—¿Pueden dejarnos solos? Necesito hablar con mi auriga —pidió Clitemnestra cuando, al día siguiente, visitábamos las caballerizas. Los esclavos y los encargados se inclinaron ante nosotros y se marcharon, creyendo que deseábamos debatir sobre la mercancía que íbamos a adquirir. Yo mismo también lo creía.

—Me gustan estos dos, señora. No es que sean los mejores caballos del mundo, pero seguro que...

—Quédate con los animales que desees, Aurimedón. Sabes bien que no me importan. Sé que tú tampoco deseas esta guerra. Entonces, ¿por qué la consientes?

—Señora, yo no soy nadie. ¿Cómo iba a poder evitarlo?

—Eres el único al que mi esposo escucha. Y yo soy la única que podría hacer que mi hermana entrara en razón. No puedo tolerar que pase a la historia como la mayor arpía que pisó la faz de la tierra. No es justo. Nuestro padre se cuidó mucho de educarla y emparejarla correctamente; sería escupir sobre su legado. Confía en mí. Helena volverá a casa y me encargaré de que los troyanos cubran con oro todos los desagravios, aunque me cueste la vida.

—Mucho me temo que Helena es la excusa. El rey Agamenón tenía sobre la mesa un millar de motivos para declararle la guerra a Príamo. Solo que ahora contará con más aliados que nunca. Ni los dioses lograrían hacerle cambiar de opinión. —Mis palabras no lograron contrariarla. Era plenamente consciente de los pensamientos que se arremolinaban en la mente de su marido.

—Entonces deberás matarlo —sentenció con una frialdad sobrecogedora—. Para salvar miles de vidas, tendrás que acabar con la de tu señor. Puedes terminar la guerra antes incluso de que se haya iniciado. Yo misma te ayudaré si lo necesitas. —Comencé a marearme, incapaz de asimilar lo que estaba escuchando. Lo que me estaba planteando era, simplemente, horrible. Traicionar y ejecutar al hombre al que había jurado servir y proteger—. Si no lo haces, hasta la última de las muertes acaecidas en las costas troyanas pesará sobre tu conciencia. Serás igual de culpable que Agamenón, por mucho que intentes escudarte bajo tus rezos y credos —prosiguió—. Solo tú puedes hacerlo. Solo tú puedes salvarnos.

—No le diré nada a Agamenón de todo esto, pero no voy a perderte de vista ni un solo segundo. Abandonamos Argos ahora mismo. —Traté de sonar convincente, seguro y gallardo. Sé con total certeza que no lo conseguí.

La decepción y la desesperanza brillaron en los ojos de Clitemnestra antes de que me respondiera:

—Acabas de decidir el futuro del mundo. Lástima que no quede rastro de los dioses en ti.

# XXXV

## La gran alianza

Todos los pueblos sometidos y amigos del régimen de Agamenón se armaron, y no fueron pocos. Los antiguos pretendientes de Helena, aquellos sometidos por el juramento a Poseidón, acudieron hasta el punto señalado por mi señor junto con el resto de aliados de Micenas. Soldados de todo tipo, armados con toda clase de metales, cuero y sueños, dispuestos a matar y obtener fortuna.

Mucho se habló de las naves en las que los monarcas y guerreros acudieron. He oído decir que sumaban más que estrellas en los cielos, que no había suficiente mar para todas ellas. Lo cierto es que estuve presente cuando iban llegando y, a pesar de que las leyendas siempre tienden a exagerar la realidad, debo confesar que los números fueron impresionantes. Los magnates trajeron cuarenta naves, al igual que los lapitas, y diez menos los beocios; sumaron también veintidós los perebos y enienes; treinta los héroes Ascálafo y Yálmeno; cuarenta más acudieron desde la isla de Eubea; otras cuarenta de los locrenses y otras tantas de los focenses. Áyax el Grande aportó doce embarcaciones, los atenienses cincuenta, los gerenios noventa, el iracundo Menelao reunió sesenta; entre Argos, Tirinto, Hermíona y Egina, ochenta; los arcadianos sesenta, los epeos cuarenta, los cefalenios doce, los etolios cuarenta, el rey Meges trajo cuarenta más, los cretenses ochenta y los rodios ocho... Nireo, el más hermoso después de Aquiles, trajo un trío de navíos; los mirmidones, aqueos y helenos, cincuenta; Fidipo y Antifo, treinta barcos; el rey Protesilao, cuarenta; Eumelo, once; Eurípilo, cuarenta; Polidario y Macaón, treinta; Filoctetes y Medonte, siete. Y, finalmente, mi señor, el rey Agamenón de Micenas, fue el que más

soldados reunió en un centenar de naves. Aquella era la flota más grande jamás reunida, un ejército capaz de poner en un brete a los mismos dioses. Un ejército dispuesto a cambiar la historia.

Todos se reunieron en la Áulide, en la costa beocia frente a la isla de Eubea. Una ruta perfecta, corta y amplia para llegar a nuestro destino.

Una armada como la nuestra necesitó varias semanas para organizarse, reunir suministros y víveres para el viaje y preparar una serie de planes de acción. No todos los héroes llegaron a la vez; hubo alguno, como el gran Odiseo, que trató de escabullirse con alguna de sus hábiles tretas, aunque no lo logró. Otros, como el glorioso Aquiles, fueron advertidos sobre su funesto destino si viajaban a Troya, pero acudieron igualmente.

La antigua Ilión no estaba preparada para el aluvión de almas que se le venían encima; sus cimientos temblarían. Las ancianas rodillas de Príamo se doblarían cuando nos viera llegar y los caballos de Héctor huirían despavoridos.

Sin embargo, nuestros problemas comenzaron antes incluso de haber zarpado. Sobre nosotros se cernió un nubarrón espeso, punitivo y desolador: Calcante el adivino, una de las personas que más me aterrorizaban.

Nadie sabía cómo ni cuándo había llegado. Sí que lo hizo imbuido de esa especie de halo protector que parecía alzarlo sobre todos nosotros. «El elegido de los dioses», lo llamaban algunos; «el escogido», otros... Lo que quedó claro enseguida fue que era intocable. Amparado bajo la voz de los dioses, desafiarlo significaba demostrar impiedad públicamente. Huelga decir que la opinión de Agamenón sobre él era bien distinta. «Un parásito. Peor que las putas y los comerciantes que acompañan a los grandes ejércitos. Un alma más que alimentar. Un alma que solo suelta mierda y es incapaz de empuñar la lanza. Un completo inútil».

Verlo allí, rodeado de hombres prestos a confiarle su pasado, entregarle su presente y encomendarle su futuro, me destrozaba por dentro. Cierto es que la fe de mis compañeros hacía que la mía saliera reforzada. Las creencias de uno siempre cogen vuelo cuando son compartidas, pero comprobar el poder que ostentaba Calcante

hacía que mis piernas temblaran como las de un viejo decrépito. Sabía de él que, desde que perdiera la virtud de su hermana, había aborrecido a sacerdotes y templos por igual. Su dedicación era hacer la guerra por su cuenta. Intenté acercarme a él varias veces, pero no hubo manera.

—Dicen que los sacerdotes que vendieron a su hermana aparecieron calcinados dentro del templo. Calcante es uno de los escogidos de Apolo. Tiene el don de la adivinación —me dijo una vez un muchacho cuando le pregunté por él.

Su fama crecía dentro del ejército y seguiría creciendo más y más.

Tuve que contentarme con dejar pasar los días, semanas enteras, entrenando, brindando y riendo junto a mi amigo Automedonte, que se había erigido como el auriga personal de Aquiles, el príncipe de los mirmidones. Agamenón nos había prometido celebrar los juegos más grandes de la historia en el interior de Troya cuando la conquistáramos y debo confesar que, en esos días, fantaseábamos con ello. Vistas las dimensiones de nuestro ejército, no había nada que nos pudiera hacer pensar que el resultado del sitio a los troyanos no se saldaría con una victoria rápida y aplastante. Las puertas de la ciudad de Príamo caerían antes de lo que él creía. Haríamos historia y regresaríamos enseguida a casa.

Promesas. Deseos. Sueños. Revueltos y mezclados con las sonrisas y el brío que la juventud otorga sin pensar en sangre, sinsabores y muerte. Las Moiras nos mostrarían que todo en la vida tiene una cara oculta.

Ni Príamo ni sus murallas ni sus hijos fueron el primer gran obstáculo de la expedición. Fueron los dioses que, enojados y ultrajados por la impiedad de mi señor, se sublevaron contra nosotros. Los días pasaban sin una sola brizna de viento. El mar estaba en calma, como una balsa inofensiva. No podíamos navegar. Estábamos estancados y los soldados comenzaron a impacientarse. Las señales divinas eran inequívocas. Los Olímpicos no deseaban que partiéramos.

Sacerdotes, adivinos y charlatanes comenzaron una sucesión de rituales para aplacarlos. Hubo hecatombes, sacrificios de animales, oraciones arcaicas... Nada. Ni Eolo, el dios del viento, ni sus cuatro hijos se dignaron a escucharnos.

Calcante también apareció. Fue el último de todos. Su aparición fue muy distinta a la que tuvo lugar en Micenas: se mostró gallardo, pretencioso, recubierto por un aura de divinidad que logró sobrecoger tanto a reyes como a soldados.

—Estimados compañeros, hermanos hambrientos de gloria y hazañas. ¿Todavía os preguntáis por qué los dioses están enojados con nosotros, por qué nos niegan su favor? ¿Acaso no os dais cuenta de que se sienten despreciados por vuestro líder? —Todas las miradas se dirigieron de inmediato hacia Agamenón.

—Cuidado, sacerdote —rugió este ante la mirada incrédula de todos los reyes, que no podían creer que se atreviera a hablar así un siervo de las deidades.

—¿Lo veis? ¿Sirve esta amenaza para que os percatéis de lo sacrílego que es el señor de Micenas? Pero bien sabéis que los dioses son magnánimos y necesitan varios ataques para responder. Bien, aquí tenéis el peor: la semana pasada participó en una cacería junto a muchos de vosotros. —Miró a los demás monarcas—. Y, ajeno a lo que, estoy seguro, le advertisteis, se adentró en lo profundo del bosque, en los lugares que Artemisa tiene vedados a los mortales, y cazó uno de sus ciervos. Esa ha sido la última gota de su descaro. Los dioses están hartos de su actitud. No bendecirán esta empresa hasta que el gran Agamenón muestre su arrepentimiento.

Silencio. Los soldados, curtidos en mil batallas, dispuestos a dar sus vidas y a sacarles las tripas a todos los troyanos, cayeron en un silencio pesado y denso. Agamenón, rojo de rabia, a punto de explotar e incapaz de encontrar una salida rápida y digna a la enmarañada argucia que le había tendido el adivino, no supo cómo responder. Yo también participé en aquella cacería. Nadie habló de Artemisa, de bosques privados ni santos; tampoco de castigos divinos ni reproches. Sí era cierto que Agamenón se alejó un poco más del resto y cazó una hermosa pieza. No por impiedad, sino

porque era el más intrépido y el mejor cazador de toda la partida. De aquella información se valió Calcante para orquestar su venganza.

Ante la incertidumbre de la ausencia de viento y el inexplicable rechazo de los dioses, las palabras del adivino tomaron fuerza.

—No se me advirtió de nada —respondió finalmente Agamenón. Silencio. Calcante dejó pasar unos pocos segundos sin decir nada—. ¿Y qué quieres que haga? —No era necesario ser un sabio para darse cuenta de la enorme dosis de repugnancia que destilaban las palabras de mi rey.

—¿Qué voy a querer yo, un simple transmisor de la voluntad de los dioses? Lo que yo desee siempre te ha sido indiferente, ¿verdad? Deberías preguntar más bien qué desea Artemisa para saciar su sed y su enojo. Oh, noble Agamenón. —Calcante estaba disfrutando con la humillación del rey de reyes, bajándolo de su pedestal, haciéndolo más y más humano. El alcance de su revancha estaba a punto de ver la luz—. Para poder partir, para poder llegar hasta Troya, para volver a ser tenido en consideración por los dioses, debes entregar aquello que más amas. —Agamenón cambió de color. La palidez cubrió su rostro. Creo que empezó a comprender la venganza que su contrincante había estado preparando—. Debes entregar a tu primogénita. La sangre de tu hija es el precio exigido por los dioses.

# XXXVI

## El enfado de los dioses

Creo que fue la única vez que Agamenón se rindió. Sus ojos centelleaban llenos de insultos, puñales y rayos. Abandonó el campamento entre maldiciones, frustrado por no haber podido mandar ejecutar al sacerdote ni contestarle todo lo que hubiera deseado. La tropa y sus generales lo entendieron. El resto de reyes se apiadaron de él. Cómo no hacerlo; tal demanda habría quebrado el ánimo de cualquier hombre.

Mi señor se encontraba ante una terrible disyuntiva. Negarse a aceptar la voluntad de los dioses suponía perder el apoyo de todo su ejército. Ningún rey, por muy poderoso que fuera, podía esconderse bajo la bandera de la impiedad. Nadie en su sano juicio le seguiría, pues ello supondría exponerse a la ira de los dioses. Tampoco podía volverse atrás. Anular la campaña demostraría debilidad ante sus aliados. En pocas palabras, si no accedía a la cruenta exigencia de Calcante, lo perdería todo.

Fue como mirar de frente a Medusa, con quien, si cruzabas la mirada, terminabas petrificado. El antiguo sacerdote había urdido un plan macabro y ruin, alzando la voz frente a todo el ejército, ante príncipes, reyes y héroes. Si el sacrificio de Ifigenia no servía para aplacar la ira divina, Agamenón lo mandaría torturar y ejecutar, eso seguro, pero incluso así su venganza ya habría sido cumplida.

Mi señor nos estaba esperando en su tienda. Muy pocos habíamos sido llamados; solo los más próximos a él: Menelao, el capitán Palamedes, los reyes Odiseo de Ítaca y Néstor de Pilos y yo mismo.

Agamenón estaba abatido, derrotado como nunca lo había visto. Mantenía las lágrimas a raya con orgullo, pero se notaba que había perdido alguna batalla contra ellas a lo largo del día.

—¿Qué hacemos? —preguntó. Era la primera vez que le escuchaba formular un grito de auxilio como ese. Normalmente era él quien sostenía las riendas, no quien acataba órdenes ni aceptaba consejos.

—Calcante nos tiene bien agarrados —gruñó Menelao.

—¿Nos tiene? ¡Es a mi hija a la que quiere sacrificar, por todos los dioses, no a la tuya ni a tu mujer!

—Será mejor que nos calmemos —terció Odiseo, evitando que el conflicto entre los hermanos fuera a más—. Desconozco si esta calma de los vientos es un castigo divino o una venganza de ese vil hechicero, pero lo que yo crea carece de importancia. El hecho es que no hay ni un solo soldado en todo el campamento que no esté hablando ahora de sus palabras. Tendrás que traer a Ifigenia.

—¿Cómo voy a sacrificar a mi propia hija solamente por las ansias de venganza de un demente como Calcante? ¿No dices nada, Aurimedón? ¿No defiendes a tus queridos dioses? ¿Es que ves magnanimidad, poder o benevolencia en esto que me exige su devoto servidor?

Callé, avergonzado. Por supuesto que podría decirle que esas eran las consecuencias de una vida de sacrilegios y desmanes hacia todo lo que tuviera un ligero aroma divino. No lo hice. Solo habría avivado los relámpagos de su tempestad.

—No te digo que se la entregues —continuó Odiseo—. Necesitamos ganar tiempo. Tú, que no crees en los dioses, sabrás que es anormal tanto tiempo sin brisa. Mientras tu hija acude a la Áulide, puede que la calma desaparezca...

—¿Y si no lo hace?

—Puede que los dioses solo deseen ponerte a prueba, como a Hércules —opinó Palamedes, intentando rebajar la tensión.

—¿Y cómo habría de convencer a mi mujer y a mi pobre hija de que vengan hasta aquí? Si Clitemnestra se enterara de las palabras del adivino, calcinaría hasta la última piedra de Micenas antes que entregarme a nuestra preciosa Ifigenia.

—Debes ofrecerle algo. De lo contrario, no vendrá. ¿Y qué hay mejor para una madre que casar a su hija? Y no con un hombre normal y corriente, no. Con el más grande de todos los héroes griegos, con alguien tocado por la divinidad. ¡Con el mismísimo Aquiles! —exclamó Odiseo, alumbrado por esa idea repentina.

Agamenón acogió la idea con agrado y a mí me tocó la tarea más ingrata de todas: regresar a Micenas para engañar a madre e hija. Para llevarlas al matadero.

Ojalá los dioses, Ifigenia y su madre pudieran perdonar mi mentira.

# XXXVII

## La misión más terrible

No puedo decir que Agamenón me lo implorase; la verdad es que él no sabía en quién delegar aquella misión y nuestra confianza fue mi tumba. No pude negarme por mucho que me rompiera el alma tener que volver a Micenas.

A pesar de la distancia, el camino se me antojó tan breve como un parpadeo. No quería llegar y enfrentarme a la realidad. Los pensamientos trágicos y el destino funesto de la princesa me abrumaban. Me acompañaron un par de soldados con los que no crucé ni una palabra en todo el camino. Intenté aliviar mi desazón montando a Sombra Negra, que, junto a los dos caballos argivos, fue mi elegido para viajar a Troya.

Nada más llegar, la reina Clitemnestra salió a recibirnos.

—Aurimedón, ¿me puedes explicar cómo continúas al lado de una persona tan tosca, engreída y manipuladora como mi marido? ¡Ni siquiera me ha preguntado qué me parece su decisión! —Me sentí mareado. Más que mareado, medio muerto—. ¿Por qué se empeña en hacerlo todo tan rápido? ¿Por qué quiere casar a mi hija ahora, tan pronto, justo antes de partir hacia Troya? No creas que estas son las quejas de una madre cualquiera. Sé de sobra que, a pesar de contar solo con diez primaveras, es común que las niñas de la realeza se casen a una edad tan temprana. —Respiré. Debía de habérseme adelantado algún emisario para poner sobre aviso a la reina. Agamenón me cuidaba, evitando que tuviera que decirle la cruel mentira. Comprendí entonces que solo debía calmarlas y

llevarlas hasta la Áulide sanas y salvas—. ¿Y por qué Aquiles? Un pequeño príncipe de un minúsculo reino perdido entre las montañas. ¡Si dicen que se ha criado entre centauros! ¡No tiene ni idea de cómo tratar a las mujeres! Si muere, quieran los dioses que no sea así, mi hija solo reinará sobre vacas, cabras y paletos. No me da miedo que la tomen antes de tiempo; sé que solo consumarán su matrimonio cuando se haga mujer. Lo que jamás podré comprender es por qué, siendo hija de quien es, vaya a casarse con un cualquiera. ¿Tan poco ama Agamenón a su hija? No lo entiendo; tan inteligente que parece para unas cosas y tan necio para otras. ¿O es que solo los hombres pueden albergar grandes ambiciones? Conozco de sobra a mi pequeña. Sé que no encontrará en Aquiles lo que busca. Además, es demasiado joven para casarse. Si hubieras tenido el valor de hacerme caso...

—Estoy seguro de que habrá escuchado miles de historias sobre Aquiles, hijo de Peleo y de Tetis, la ninfa marina. —Me sentí obligado a cantarle mil alabanzas sobre el futuro esposo, un esposo que no lo sería jamás—. Es lo más próximo a los dioses que veremos nunca. Su belleza y su valentía no tienen comparación. Créame, señora, Aquiles es el mejor partido posible para cualquier muchacha. Estoy seguro de que su hija se sentirá dichosa cuando lo vea y converse con él.

—Varones. Siempre igual. Solo valoráis la gloria y la guerra. No conocéis a las mujeres... —Estas fueron las últimas palabras de la reina antes de desaparecer tras las puertas del palacio de Micenas. Más tarde, uno de sus esclavos me confirmó que partiríamos al día siguiente.

Esperaba la actitud distante, seca y afilada de la reina. A pesar de tener dos hijos más, Electra y Orestes, Ifigenia había sido siempre la debilidad de sus padres. Su niña querida. Quizá porque la engendraron cuando todavía se amaban. Desde nuestro viaje a Argos, Clitemnestra había cambiado. De no haber sido el

hermanastro de Agamenón, puede que no hubiera visto otro amanecer.

Aproveché aquella visita inesperada a Micenas para reencontrarme con mi mujer, la única persona capaz de comprenderme y consolarme en un momento como aquel. Nada más verla, nos comimos a besos e hicimos el amor como dos posesos, con la fuerza fugaz y atronadora de los que creen que van a pasar mucho tiempo separados. Le prometí a Agamenón no revelar mi auténtico propósito pero, ante los ojos húmedos y suplicantes de mi esposa, solté toda la verdad, una verdad tan dolorosa que hasta pronunciarla me apuñalaba las entrañas. Rompí a llorar, acompañado por las lágrimas más dulces de la tierra. Llevar a una niña hasta el matadero y engañar a su madre era demasiado incluso para el que solo obedece órdenes. Calíope me observó incrédula y dolida a partes iguales. Encontrar la decepción y el sufrimiento en lo más profundo de su mirada destrozó hasta la última fibra de mi ser. Me rompió por dentro.

—Debes hablar con la niña antes de que abandone el mundo de los vivos. Cálmala, ayúdala a aceptar su destino con dignidad. Se lo debes.

—¿Qué quieres que le diga? Si le cuento la verdad, Agamenón me matará y vendrá a tomarla por la fuerza. No hay nadie que sea capaz de aceptar ese destino.

—Ojalá pudiera ayudarte, querido. Date cuenta de que solo miro por ti. No creo que los dioses vean con buenos ojos tus actos. ¿Qué harías si fuera nuestra hija?

—Entregaría el mundo mismo antes que traicionarla, te lo juro —aseguré, agarrándole la mano con fuerza.

—Ahí tienes tu respuesta —me contestó antes de romper a llorar de nuevo—. No te preocupes por mí —aclaró, conociendo los temores que me angustiaban—. Estaré bien. —Ambos sabíamos que no era verdad. Cuando le arrebatáramos su hija a Clitemnestra, cuando supiera que le había mentido de forma deliberada, convertiría la vida de mi esposa en un auténtico infierno.

—Agamenón me ha prometido que habrá guardias protegiéndote de su furia. Dice que no se atreverá a hacerme daño.

—No te preocupes, querido —me tranquilizó, acogiendo mi rostro entre las palmas de sus manos—. Lo más importante en este momento es la vida de Ifigenia. Ayúdala. Los dioses cuidarán de nosotros, como siempre han hecho.

Así era mi esposa: altruista, generosa y entregada. La bondad hecha mujer. El mejor regalo que la vida pudo darme.

No necesité dar más de un paso fuera de Micenas para darme cuenta de que, a partir de ese momento, ni la confianza ciega que tenía en las divinidades ni los sacrificios valdrían para nada. Debía hacerle frente al oscuro y punzante temor que me afligía. Y eso empezaba, sin otra opción, por ayudar a la pobre Ifigenia.

# XXXVIII

## Las Moiras

La reina de Micenas y su hija viajaron en un lujoso carruaje repleto de guirnaldas y flores silvestres. Tuve que reconocer que Clitemnestra había realizado un gran trabajo en un solo día. Estaba seguro de que sus esclavas se habían dejado las yemas de los dedos y el alma misma preparando y decorando el carruaje. Mi esposa no lo hizo porque Agamenón decidió que podía viajar conmigo, decisión que a la reina no le agradó en absoluto, como todo lo que venía de su esposo. Ifigenia se escondía bajo un velo tupido, tanto para protegerse del sol como para evitar que el resto de hombres observaran su rostro hasta que se hubiera casado, tal y como marcaba la tradición.

El trayecto se tornó en una aventura tensa y silenciosa, rota solo por las palabras alegres y divertidas de Ifigenia, que resultó ser una muchacha divertida y llena de vida. Hermosa juventud... Ella me preguntaba por su prometido y, ante cada una de mis respuestas, reía emocionada y con ilusión. Sus carcajadas limpias e inocentes sacudían mi conciencia una y otra vez. Me mataba tener que mentirle hora tras hora, respuesta tras respuesta. Me sentía sucio, rastrero. Sabía que su madre no me perdonaría jamás. Si ya me odiaba por haberme mantenido leal a Agamenón, a partir de aquel momento no quería ni imaginar el odio que albergaría hacia mí. Imploraba a los dioses, una y otra vez, que nos regalaran el viento necesario para nuestra campaña, que tuvieran piedad, que no fueran tan tercos.

Intenté aprovechar cuando Ifigenia callaba o dormía para pensar en cómo ayudarla. A medida que nos acercábamos a la Áulide, mis

esperanzas morían.

El campamento aliado era tan amplio que cubría todo el horizonte. En la costa beocia, se alzaban miles de tiendas de soldados. Aunque la reina y la princesa de Micenas se esforzaban en disimular su sorpresa, resultaba obvio lo impresionadas que estaban al ver ese río de almas. Al vernos entrar, las bromas, risas y disputas típicas quedaron sepultadas. Todos observaban a la princesa entre perplejos y taciturnos. La pregunta que se dibujaba en sus rostros era clara: ¿por qué va vestida de novia?

Palamedes vino a buscarnos de inmediato y nos llevó hasta la tienda de Agamenón, la más grande de todas, evitando teorías, susurros y suspicacias.

—¡Oh, querida! —exclamó Agamenón cuando nos vio aparecer. Su mirada delataba un profundo agradecimiento y ocultaba una intensa pena. Bajé la cabeza como signo de reconocimiento y abandoné la tienda al borde del llanto.

Solo había un lugar adonde podía ir en aquel momento.

—¡Aquiles se va a poner hecho una furia cuando se entere de que lo utilizasteis para engañar a una muchacha! —me gritó Automedonte.

—Por eso te necesito. Hemos de sacar a Ifigenia de aquí, como sea.

—¿Y contradecir a los dioses? ¿Arrebatarles lo que es suyo?

—Sabes que soy un hombre devoto y temeroso de los dioses, pero no puedo comprender por qué desean arrebatarle la vida a una muchacha inocente.

—Los caminos de las deidades y de las Moiras son intrincados, Aurimedón. —Habíamos llegado a un callejón sin salida; sentía que mi amigo deseaba ayudarme, pero ir en contra de los Olímpicos era demasiado, incluso para él.

—Hablaré con Calcante y encontraré una solución. Te lo prometo. Lo único que te pido es que pongas a tu señor al corriente de todo y

tantees sus intenciones. Si está dispuesto a ayudarme, os lo agradeceré toda mi vida.

—Haré lo que esté en mi mano, amigo. No puedo asegurarte nada. Aquiles es como el fuego: embelesador y peligroso.

Mi siguiente parada fue la tienda de Calcante, el adivino. Al verme, retrocedió por instinto, temiendo un más que posible castigo, y echó mano de su cuchillo ritual. Me arrodillé, frente a él, para su sorpresa. Posé la frente sobre el suelo terroso y, entre lágrimas y súplicas, logré balbucear:

—Tienes que ayudarme. Haré lo que sea, lo que sea —le rogué, humillándome. No encontré otro camino. Solo él podía ayudarme.

La pérfida sonrisa que se dibujó en su rostro me dio una ligera idea de lo caras que iban a resultar mis peticiones.

# XXXIX

## Sacrificio

No me atreví a entrar en la tienda de Agamenón en todo el día. Un nutrido grupo de soldados protegía la zona destinada a las tropas micénicas. Mi señor no deseaba que alguien pudiera enterarse de lo que ocurría en su campamento, pero juro por los dioses que los gritos desesperados de Clitemnestra llegaron hasta el último rincón. Alaridos de un alma en pena, destrozada, amargada y furiosa. Solo se me ocurría algo más doloroso para una mujer que la pérdida de una hija: saber que era su padre quien lo permitía.

El ejército recibió al alba con solemnidad. Lo que estaba a punto de suceder no era plato de buen gusto para nadie. Calcante dispuso una tienda y un pequeño altar para el sacrificio. Se acercaba el momento de la ofrenda a los dioses de Ifigenia cuando Eolo, deidad de los vientos, comenzó a hacer acto de presencia. Los hombres giraron sus cabezas en dirección a las nubes nuevas y esponjosas que aparecían por el norte. Por mucho que me duela admitirlo, intuíamos a los dioses cerca, esperando, atentos para evaluar nuestros actos. Ifigenia llegó acompañada por sus progenitores. Cabezas bajas y miradas tristes, lágrimas aprisionadas bajo el manto del deber y una furia atrida a duras penas refrenada. Clitemnestra no se esforzaba lo más mínimo por ocultar su desolación. Vestía de negro y mostraba sus mejillas arañadas. Todavía estaba fresca la sangre que sus propias uñas habían provocado. Tuve la mala fortuna de encontrarme con su mirada. Ni Solofemo cuando se sintió traicionado, ni los enemigos a los que había visto morir ante mis ojos; nadie me había mirado jamás de aquella manera. Dos ojos iracundos inyectados en horror, asco y deseo de venganza. Quiso

secarme, devorarme el espíritu, causarme el máximo dolor posible con solo una mirada. Lo consiguió. Me sentí despreciable y ruin. Un monstruo obligado a serlo. Agamenón, en cambio, parecía permanecer fuerte y gallardo, dispuesto a aceptar la voluntad de los dioses; todo en pos del bien del ejército que tanto había costado reunir. Yo, que lo conocía, puedo decir que fue la única vez que lo vi a punto de desmoronarse.

Los soldados comenzaron a golpear de forma rítmica sus escudos, igual que cuando se alentaban unos a otros en pleno fragor del combate para afrontar la muerte. Mostraban respeto hacia la niña que había de entregarse y hacia los padres que debían afrontar tan nefasto destino. El cadencioso traqueteo se detuvo en seco cuando la princesa llegó hasta la tienda del adivino. Se arrodilló frente a él, con los ojos anegados en lágrimas. Temblaba. Era el temor del inequívoco viaje hacia lo desconocido en el que estaba a punto de embarcarse. Tan joven, tan viva para morir. Todo un futuro de sueños y anhelos cortados en seco. Aquello no era justicia divina. No podía serlo.

Calcante la introdujo en su habitáculo para iniciarla en los preparativos: verter sobre su terso cuerpo los aceites sagrados y hacerle beber un extraño brebaje para tranquilizarla y que no sufriera. Surtieron efecto. Ifigenia salió con una corona de flores sobre la cabeza y las lágrimas secas. Se arrodilló ante el improvisado altar y cerró los ojos. Resignada. Valiente.

—Sed testigos, hermanos, de la fragilidad del ser humano. Ni los reyes ni los príncipes son nada para los dioses. Somos juguetes de barro en sus manos. La altanería de Agamenón será castigada. Sirvan sus lágrimas de alas para nuestros navíos y que su dolor sea la energía para impulsarnos hacia Troya. —Acto seguido, segó el cuello de la joven con su cuchillo ante el espectral grito ahogado de su madre. Su dolor hizo tambalearse a todo nuestro ejército. La muchacha cayó inerte y Calcante, con el rostro sombrío, procedió a taparle el rostro con una sábana de lino. Vertió la sangre de la niña sobre un cuenco y, alzándolo, se lo entregó a los dioses—. Alabados sean Zeus, Poseidón, Apolo y Artemisa. Que el sacrificio de esta virgen sirva para saciar vuestro apetito. Hemos aprendido la lección.

Y como si todo hubiera estado orquestado, el viento surgió desde lo más profundo del cielo, las velas de las naves se hinchieron y el ejército entero estalló en júbilo. Todos excepto Agamenón, que apretaba los dientes con rabia, con su mirada hacia los cielos, receloso y desafiante. Y Clitemnestra, dispuesta para su venganza.

—Eres un hombre bueno, Aurimedón —me dijo Ifigenia, aún un poco mareada y bajo los efectos de las sustancias utilizadas por Calcante, antes de marcharse.

—Tú sí que eres buena, princesa —le contesté, estrechándola contra mi pecho—. Ojalá hubiera podido conseguirte algo mejor. Recuerda nuestro pacto; que nadie sepa tu paradero. Refúgiate en las montañas de Ftía y comienza una nueva vida. Sé honesta y respetuosa con los dioses; son ellos los que te han permitido renacer.

—¿Mis padres no sospecharán nada? Seguro que querrán honrar mi cadáver.

—Cuando se te entregó, se te entregó por completo. Cuerpo y alma. Deben confiar en que Calcante haya realizado los rituales sagrados conforme ordena la tradición. Yo mismo convenceré a Agamenón de que se hizo todo de forma correcta.

Ifigenia me abrazó con fuerza. Sentí su calidez y he de admitir que me costó contener las lágrimas mientras abandonaba el campamento oculta en un carromato vulgar y corriente, bajo una capucha oscura y protegida por un par de esclavos que, gracias a semejante encargo, evitaron los peligros que les iba a suponer la guerra de Troya. Lejos quedaron las guirnaldas y los velos con los que había acudido a la Áulide. Ifigenia murió aquel día y una nueva joven renació lejos de la realeza, de sus normas y costumbres.

—Estoy en deuda con vosotros —reconocí ante Aquiles y Automedonte.

—En absoluto. Gracias a ti. Mi auriga ya me había hablado de ti. Me alegrará veros competir. Estoy seguro de que nos brindaréis un

espectáculo digno de presenciar —contestó el príncipe ftío antes de internarse en su tienda.

Automedonte y yo nos quedamos a solas, frente al fuego de una pequeña hoguera, calentando varios trozos de carne y apurando un odre de vino.

—¿Vas a contarme lo que tuviste que aceptar para que Calcante decidiera ayudarte?

—Me hizo prometer que ni Agamenón ni Clitemnestra sabrían la verdad. Jamás. Quiere deleitarse en su dolor. Desea verlo sufrir más que cualquier otra cosa en el mundo. Tampoco es tan cruel; no quería mancharse con la sangre de una inocente. Creo que hasta él mismo se dio cuenta de la brutalidad de su venganza y agradeció la mano que le tendí. Drogó a Ifigenia antes y le hizo un tajo superficial ante los presentes.

—Es todo un virtuoso de los cuchillos y de la actuación.

—No tanto como Odiseo. Fue él quien tuvo la idea. El único que comprendió el alcance del plan de Calcante. Aquiles no habría podido cargar con el deshonor de saber que su «prometida» había sido asesinada ante sus ojos. Es demasiado orgulloso. No habría combatido para Agamenón. Por ello, Odiseo se encargó de que la princesa tuviera una nueva vida en Ftía gracias a Aquiles. Es un maestro del engaño.

—Pero fuiste tú quien se ocupó de todo.

—Solo era el pretexto perfecto. El nexo entre Calcante y Agamenón. Odiseo es el rey de Ítaca. No podía acudir en persona ante Calcante y verse sometido después por él. No podía rebajarse a pedirle nada. Yo soy mucho más prescindible. Ahora me tocará servir a Calcante para que no me delate.

—¿Cómo que a servirle? ¿Acaso vas a llevarle hierbas y ungüentos?

—No es eso. Deberé interceder en su favor cada vez que a Agamenón se le pase por la cabeza cualquier deseo de venganza, y todos sabemos que eso ocurrirá más pronto que tarde. Debo mantenerlo informado de todos los movimientos personales y tácticos de mi señor —confesé apesadumbrado—. Mi lealtad y mi honor, ese ha sido el pago a cambio de salvar a Ifigenia.

—Esto es solo el principio —me contestó Automedonte mientras agarraba mi antebrazo—. Por mucho que los reyes así lo deseen, ambos sabemos que la guerra no traerá nada bueno. Se avecinan años de luchas y de penurias, amigo mío. Debemos permanecer fuertes y unidos. Algún día volveremos a nuestras tierras y les contaremos todas estas historias a nuestros nietos.

Automedonte tenía razón. Solo esperaba que nuestros nietos no tuvieran que pagar por los pecados que cometimos. Fuimos osados. Nos creíamos intocables y no tardamos en comprender que los dioses y la vida terminan sometiendo a todos.

No volví a ver a Clitemnestra. Se fue antes de que pudiéramos partir, sin poder darle el último adiós a su hija. Fue Melíandres, uno de los guardias de Agamenón, quien vino a visitarme para entregarme un mensaje.

> Tú mataste a mi hija. Por tu culpa, miles de madres como yo habrán de llorar la caída de sus vástagos. Tus ancestros gritan desde el Hades, avergonzados por tu cobardía, sabiéndose malditos. Jamás existió en Micenas vergüenza más grande que la de ser tu familiar. Alabados sean los dioses por secar tus genitales. Tu maldición termina contigo, maldito impotente.

Fueron palabras duras, llenas de odio, que solo pretendían hacerme daño. Me lo hicieron, sí. Pero me preocupaba más, sin embargo, el destino de mi esposa. Era la única vía que tenía para torturarme. Durante toda la travesía, imploré a Poseidón y a Nike que intercedieran por mí y por Calíope. Me quedé seco de tanto pedirlo.

# XL

## Vientos de sangre

Nuestras naves infestaron el Egeo como nunca se había visto. Tanto a un lado como a otro de los barcos relucían el sudor y la madera. Los remeros se empleaban con fuerza y destilaban ambición. Lobos sedientos de sangre y oro se avecinaban sobre Troya.

Las primeras jornadas tras la falsa muerte de su hija, Agamenón se recluyó en el silencio y dejó que fuera el capitán Palamedes quien se desgañitara dando órdenes a sus hombres. A mí tampoco me dejó acercarme. No deseaba que nadie le molestara. Cargó con el duelo solo, sin mostrar emociones, hasta que vislumbramos la costa troyana.

—¡Por Ifigenia! —bramó, con los ojos rojos y desorbitados, mientras sacaba la espada de su funda.

Todos lo acatamos con un grito ensordecedor. Sirvieron nuestras gargantas para darle apoyo. Un mundo nuevo daba comienzo.

Mucho se habló de los primeros años de la guerra de Troya. Desde la gloriosa toma de sus costas a manos del intrépido Aquiles hasta los saqueos del templo de Apolo y de los pueblos aledaños. Las primeras semanas, las incursiones y escaramuzas se saldaron con victorias contundentes. Héctor, el primero entre todos los troyanos, no fue capaz de proteger sus aldeas ni sus puntos estratégicos. La moral de las tropas se alzó hasta el Olimpo. Nos creíamos invencibles.

Nada más lejos de la realidad. Años estancados, lejos de casa, sin juegos ni gloria; solo muerte, hambre y desesperación. Los héroes

se marchitaban rodeados de sangre seca y los defensores combatían desesperados con el único afán de defender sus tierras. Las murallas de Troya se alzaron, construidas por los dioses Poseidón y Apolo y por el semidiós Laomedonte, inexpugnables. Bajo su sombra, cayeron infinidad de hombres buenos.

Pero muchos poetas cantarán las primeras hazañas de esa guerra. Proezas y gestas que quedarán inmortalizadas por la elocuencia de los versos de quienes no estuvieron allí. Aquiles bailará sobre el viento en combate desigual contra dioses, hombres y elementos. El gran Héctor, domador de caballos, defenderá Troya incansable. Áyax terminará con las vidas de centenares de enemigos con un mandoble de espada... Tonterías. Solo quienes soportamos las penurias de aquellos años conocemos la verdad. Fango, mierda, sangre y horror. Agudos alaridos, muerte, heridas supurantes y lágrimas, miles y miles de lágrimas de ambos bandos, diarias y eternas. Penuria y miseria. Nada más.

Y un acontecimiento que se tornó definitorio durante aquel tiempo: el enfrentamiento entre nuestro mayor héroe, Aquiles, y su rival más enconado, mi rey, mi señor, Agamenón.

Todo el mundo sabe que fue Aquiles quien tomó las costas troyanas con rapidez, matando a cuantos troyanos se le acercaron en un macabro baile de espadas, lanzas y gargantas. El resto de héroes, incluso el astuto Odiseo, quedaron impresionados por el don de aquel joven para la guerra. Era un espíritu libre, educado por Quirón, el centauro, y más próximo a los dioses que a los reyes.

Nadie le había dicho jamás lo que podía o no hacer, ni siquiera su maestro o sus padres. La autoridad era para él una cadena que siempre le quedó holgada. Tomaba cuanto quería y todos, ya fuera por admiración, envidia o respeto, se lo consentían. Todos excepto Agamenón, quien, temeroso de quedar opacado, decidió ponerlo en su sitio demasiado pronto. El detonante fue, como siempre, una mujer, Briseida.

Sin embargo, en ese enfrentamiento, aunque fuera de manera involuntaria, hubo muchos otros participantes... Desde la fingida muerte de Ifigenia, yo estaba en deuda con Calcante, a quien tuve que salvar en más de una ocasión de la furia de mi señor

Agamenón. Cada vez que este me confesaba sus deseos de vengarse y acabar con su vida, yo le aconsejaba que lo dejara en paz. «Es un grano molesto, pero necesario», «goza del favor de los dioses» o «los hombres confían en él y le temen», le repetía en infinidad de ocasiones. Y así era. La habilidad de Calcante se me antojaba irrebatible y en Troya dio más muestras de ello.

En una de nuestras incursiones por la Tróade, ciudad cercana a la capital del Imperio troyano, conseguimos capturar a un gran número de esclavos, que se repartieron equitativamente entre los distintos reyes del ejército. Hubo quienes por su botín solicitaron rescates y otros que, como mi rey, prefirieron disfrutarlo. Agamenón se quedó con Criseida, la hija de Crises, sacerdote de Apolo, y la hizo su concubina. En aquel entonces, a nadie le sorprendía ya la predilección de mi señor por las muchachas jóvenes y bellas. Cientos de meretrices y esclavas pasaban por su tienda, hasta el punto de que llegó a decirse incluso que ninguna de ellas repetía dos veces en su cama.

Cuando esto llegó a oídos de Calcante, viendo en aquella tropelía un delito recurrente e impío por parte de Agamenón, estalló.

—Ese cerdo no aprende. ¡Ni por las buenas ni por las malas! No respeta a los dioses ni a la vida misma. Escupe sobre el recuerdo de mi hermana. —La pobre muchacha, tras enterarse del enfrentamiento entre su hermano y Agamenón, se quitó la vida. Otra víctima más en la enorme y sangrienta lista de mi señor.

Una semana. Ese fue el breve período de tiempo que tardó el dios Apolo en responder a la nueva afrenta de mi rey. A los siete días de que tomara a Criseida, la peste empezó a asolar nuestro campamento, llevándose a jóvenes y a mayores, a fuertes y a débiles. Sin motivo, sin distinciones. El propio Calcante trajo en persona a Crises, el sacerdote troyano de Apolo, para que intercediera en nuestro favor. Este solicitó, como era obvio, que le devolvieran a su hija. Agamenón se negó. Ya había claudicado con

su primogénita y no estaba dispuesto a ceder de nuevo ante los dioses.

Yo tuve que lamentar, durante aquel período, una pérdida especialmente dolorosa. La de mi amigo Sombra Negra. La epidemia de Apolo no fue la causante, ya que no afectó a los equinos ni al resto de los animales del campamento.

Nadie, ni los médicos ni los más sabios supieron decirme el motivo exacto. Lo intuí gracias a la conexión especial que teníamos. La guerra. No estaba hecho para tanta sangre. Era un animal puro, acostumbrado a las carreras y a los entrenamientos, no a las enormes multitudes de soldados y a la tensión de las batallas. Yo lo maté al llevarlo a Troya, a ese asedio que ya se había prolongado mucho más de lo que cualquiera, en un primer momento, hubiera pensado y que nos estaba manteniendo allí años y años fuera de casa. Fui un egoísta por querer que estuviera a mi lado. Hubiera sido más feliz quedándose en Micenas, en su establo, con los cuidados de los mozos y pastando por los alrededores de la ciudad.

El día en que Sombra Negra descendió al Hades (porque, por mucho que haya gente que defienda lo contrario, estoy convencido de que los animales trascienden en el Inframundo igual que nosotros), una parte de mí murió con él.

Lo lloré de la misma forma en que el resto de soldados lloraban a sus amigos, amantes y familiares. Me encargué de quemarlo personalmente, impidiendo que pudiera ser despedazado. Nadie probaría su carne, pese a las quejas furibundas de muchos hombres hambrientos. Agamenón me concedió ese privilegio.

Muchos guerreros buenos cayeron aquellos días. Por ninguno sufrí más que por Sombra Negra.

La peste continuó, con sacudidas feroces y despiadadas. Reyes y héroes suplicaron ante la tienda de mi señor. Yo también le imploré que entregara a la muchacha.

—¿Cuánto más desean arrebatarme esos desgraciados? —me preguntó, borracho de vino y de odio.

Finalmente, y habiendo perdido más almas de las que podía permitirse, Agamenón liberó a Criseida y ofreció una hecatombe

cárnica al dios Apolo para aplacar su ira. Calcante sonrió ante su nueva derrota y los dioses cesaron en sus represalias.

Pero cuando los dioses descansan, los hombres despiertan.

Agamenón se había quedado sin su concubina favorita y en el campamento solo se hablaba de otra joven, Briseida, la más hermosa de todas las troyanas después de Andrómaca, la mujer de Héctor. Se decía que era tan bella y dulce que había conseguido embelesar al mismísimo Aquiles, quien la había ganado en buena lid, ya que habían sido los mirmidones quienes tomaron el templo de Apolo, ubicado en las costas troyanas. No fue tarea fácil. Para lograrlo, habían tenido que acabar con los guardias y con la mitad de los sacerdotes. A los demás los hicieron esclavos y, entre ellos, descubrieron a una mujer que destacaba sobre todos los siervos del dios del sol. Ella, Briseida. Era deslumbrante, diferente al resto. Desde que fuera apresada, no había dejado de acaparar miles de elogios y bendiciones. Todas, excepto las de mi señor.

Y, de pronto, un día la venganza recalcitrante de Apolo, el protector de los troyanos, hizo reverberar la tierra. Fue el día en el que todo ardió, el día en el que las reglas de la guerra cambiaron por completo.

El día en el que Agamenón retó a Aquiles.

# XLI

# Aquiles

El intenso aroma de las cenizas y las humaredas de las piras, levantadas en honor a los caídos por la peste, todavía castigaba nuestro campamento. Agamenón solicitó la presencia de Aquiles sin tener en cuenta los consejos de grandes reyes como Néstor u Odiseo. La lujuria, la codicia y el ego fueron sus aliados.

Cuando llegó, me bastó una mirada para darme cuenta de que el príncipe ftío encontraba la tienda de mi señor, adornada con múltiples objetos ganados durante los primeros años, repugnante. A mi señor, en cambio, todos aquellos trofeos se le antojaban nimios en comparación con lo que realmente deseaba: mujeres.

Siempre había sido un coleccionista de cuerpos femeninos y allí, rodeado de hombres y bajo la estela constante de la muerte, su apetito se acrecentaba mientras que a mí me repugnaba cada día más. Troya nos había distanciado. Sus transgresiones eran cada vez más osadas y graves y mis temores, más evidentes. No osaré echarle toda la culpa; no fui lo que él esperaba. La guerra me vino grande. Destaqué en los juegos, pero me hundí en el conflicto.

Pero quiero regresar, en mis recuerdos, al momento en que Aquiles entró en la tienda de mi rey: desde el primer instante, los allí presentes (Néstor, monarca de Pilos, el más anciano y sabio de todos, un par de soldados armados, Odiseo de Ítaca, el capitán Palamedes y yo mismo) dejamos de importar. Éramos meros espectadores. Aquella fue una conversación entre dos gigantes, dos colosos acostumbrados a ver cómo el mundo temblaba bajo sus sandalias.

—Gracias por aceptar mi invitación, noble Aquiles —comenzó mi señor—. Con este encuentro, deseo hacerte partícipe de mi aciaga situación. Como sabrás, he tenido que entregar a mi querida Criseida para salvaguardar al ejército de la ira de Apolo.

—Obligación que te corresponde, gran rey. Velar por los suyos es la primera promesa que un líder debe cumplir para que le sigan.

—¿Quedándose sin nada? ¿Siendo el único que sacrifica algo, el que padece mayores injusticias? ¡Me han arrebatado a mi esclava favorita mientras el resto las conserváis!

—Tu tienda es la más lujosa del campamento, gran señor. Mire donde mire, veo tesoros, joyas y armas. No te has quedado huérfano de premios —respondió Aquiles. Mi señor suspiró contrariado, como si solamente estuviera oyendo sandeces. Ante ese gesto, Aquiles estuvo tentado de dejarlo ahí mismo, pero el desdén con el que estaba siendo tratado le impulsó a seguir—. Deberías cuidarte de tus palabras, no vayan a escucharte desde el Inframundo todos los que han sacrificado sus vidas. Fue tu terquedad lo que enojó a los dioses. Y no es la primera vez.

—Cuida tus modales, muchacho. Mi paciencia tiene un límite.

—Conozco muy bien los límites de tu paciencia, al igual que tu propia hija. —Aquiles, presuntuoso, gallardo, joven y temperamental, llevó a Agamenón a un punto sin retorno. Ifigenia era el único nombre que no podía pronunciarse ante él.

—¡Estúpido engreído! ¿Cómo te atreves? —exclamó Agamenón—. ¡Deberías suplicarme que te permitiera conservar a Briseida, la de hermosas mejillas! ¡Y en vez de eso, me insultas!

—¿Que cómo me atrevo, cara de perro? ¿Cómo te atreves tú a liderar a hombres mucho más valientes que tú? Tu ejemplo brilla por su ausencia. Te escondes detrás de nuestros escudos, pero eres el que más tesoros acapara. Y, no contento con eso, insultas a los dioses y, cuando te ves obligado a afrontar sus represalias, lloriqueas y me amenazas con arrebatarme lo que me he ganado con sudor y sacrificio. Eres penoso y minúsculo. Jamás deberías haber ostentado corona alguna. ¡Todavía no he visto tu espada bañada con la sangre de los troyanos! ¿La has traído, acaso?

—¿Crees que los insultos proferidos por un mancebo que ve con buenos ojos vestirse de mujer con tal de evitar la guerra pueden llegar a afectarme? —En el campamento corría un bulo, una historia, nadie sabía si ficticia o no, que aseguraba que Aquiles, sin obligación alguna de venir a Troya porque no formaba parte del juramento de Helena, se había escondido en la isla de Esciros, en la corte del rey Licomedes, casándose con su hija y bailando como cortesana para eludir sus obligaciones bélicas. Odiseo en persona fue quien consiguió convencerlo para que acudiera a luchar; ahora, desvió la mirada, intentando esquivar la ira de Aquiles—. ¡No eres más que un niñato que se esconde tras las faldas de su madre! No te amenazo, muchacho. Briseida es mía, como todo lo que hay en este campamento. Tú solo la has disfrutado durante un breve período de tiempo. El que ¡yo! te he dejado. Esta noche, mis hombres irán a por ella y puede que se lo pasen en grande entre sus piernas antes de entregármela.

—¡Atrévete y te mataré, cara de perro, entrañas de ciervo! —gritó Aquiles echando mano a su espada.

La tensión se apoderó de todos nosotros. No había vuelta atrás. Cuando Aquiles tomaba las armas, la muerte se frotaba las manos. Sin embargo, algo extraño le sucedió al héroe más bello de nuestro ejército en ese momento. Una fuerza —luego se diría que la intervención divina de la diosa Atenea— consiguió detenerlo. Sus ojos centelleaban de cólera y saña; sus dientes rechinaban con nervio, pero él era incapaz de moverse. Estaba paralizado por la rabia.

—Si te atreves a tocarme, tú y todos los tuyos moriréis —respondió Agamenón—. Mi hermano y mis descendientes arrasarán Ftía. Nadie recordará a los mirmidones. Nada se sabrá del gran Aquiles, de su fuerza ni de su padre. Castigaré a todo aquel que ose nombrarte, tu fama y tu gloria desaparecerán para siempre; tal es mi fuerza y el poderío de Micenas. Recuérdalo.

En ese momento, todas las lanzas de los soldados apuntaron hacia la garganta de Aquiles pese a que este las obviaba con desprecio. Sus pupilas estaban fijas en las de Agamenón. Fue un duelo titánico de miradas fuertes, decididas y desafiantes.

Néstor, el más avezado diplomático, se vio obligado a intervenir en ese momento.

—Prudencia, amigos, prudencia. Los años me han dado la oportunidad de conocer a hombres mucho mejores que vosotros. Héroes capaces de hacer temblar a los dioses que nunca, repito, nunca, fueron tan irascibles y orgullosos como habéis demostrado ser vosotros. Calmad la furia, templad esos ánimos y hagamos causa común contra los troyanos. Ellos son el enemigo al que debemos abatir. Si Príamo nos viera ahora, celebraría nuestra desunión.

—¿Cómo podría llegar a algún tipo de acuerdo con alguien que solo lucha por sí mismo? Aquiles desconoce lo que es la lealtad. Combate por alimentar su propio nombre y el de Patroclo, ese...

—Señor —intervine, antes de que la situación se tornara más dramática. Acorralar a un león jamás fue una buena idea; lo hace todavía más peligroso—, Aquiles es el mejor soldado de todo nuestro ejército, deberíamos... —No pude seguir hablando. Agamenón me golpeó fuertemente con el dorso de su mano. El regusto metálico de la sangre inundó mi boca. Caí de rodillas y escupí varios dientes. Sobre mí se alzaba mi rey, crudo y violento. Más inestable que nunca.

—¡No te atrevas a interrumpir una conversación entre reyes nunca más! ¡Cobarde!

—Quédate con la muchacha, cara de perro. No desenvainaré mis armas por ella, pero tampoco volveré a combatir por alguien que golpea a quien le ama y arrebata injustamente las recompensas a sus héroes —zanjó Aquiles—. Nada se puede esperar de las serpientes salvo veneno. Héctor os destrozará. No estáis a su altura. Los troyanos sabrán que Aquiles se retira de la contienda y bramarán de alegría, harán el amor con sus mujeres y afilarán sus espadas. El Hades está presto a abalanzarse sobre vosotros, Agamenón. Acordaos de este día, el día en que perdiste la guerra y obligaste al mejor de los guerreros a envainar sus armas. No volveré, lo juro por Zeus, padre de todos los dioses, aunque me supliques de rodillas y te arrastres. Me recluiré en mis naves hasta que el tiempo nos permita volver a Ftía. Desde el mar, te veremos sucumbir y sonreiré.

Sin Aquiles, la tienda de Agamenón parecía más pequeña, más fría. Y, sin Aquiles para dirigir contra él toda su ira, el rey de Micenas se desahogó conmigo golpeándome una y otra vez, dándome patadas y puñetazos.

—¿Cómo osas intervenir? Por tu culpa he quedado como un desagradecido. Ni tú ni Aquiles ni ninguno de los que habitan este campamento seríais nadie sin mí. ¿Y quién me lo agradece? ¡Nadie! Soy el rey que más naves ha traído, el que más oro ha gastado y todos me vilipendiáis. Aquiles y Áyax acumulan halagos por su valentía; Néstor y Odiseo, por su inteligencia. ¿Y qué se dice de los hijos de Atreo? Que el pequeño es un cornudo y el mayor, un tirano capaz de sacrificar a su propia hija.

Ni el capitán Palamedes ni los hombres de Agamenón hicieron nada para que mi tormento amainara. Solo cuando la vista comenzó a nublárseme y a invadirme el temor a la muerte, pude contestar a mi señor.

—Ifigenia... continúa con vida.

Los golpes cesaron demasiado tarde. La oscuridad acudió a mi encuentro.

# XLII

# Retirada

Amanecí en la enfermería con un punzante dolor de cabeza, los riñones destrozados y el cuerpo lleno de moratones. Me costó un mundo abrir los ojos y rememorar lo ocurrido.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó una figura envuelta en un halo negro. Temí haber transcendido, pero no podía morir. Mi mujer, Calíope, y nuestro sueño de ser padres me esperaban en Micenas—. Tienes la cara hecha un mapa, te has llevado una buena paliza. Seguro que eres el único al que Agamenón ha aporreado así desde que desembarcamos en Troya. —Ese tono y ese humor, tan ácido, me devolvieron a la realidad: Automedonte.

—¿Qué ha pasado?

—Dicen que te dejó inconsciente. Aquiles te está agradecido; por eso estoy aquí. Habría venido de todas maneras, compréndeme, pero mi príncipe dice que fuiste el único que se atrevió a mediar en su favor en aquella tienda. Confía en ti.

—Mi intervención resultó bastante estéril. Solo conseguí que me rompiera los dientes —confesé mientras me pasaba la lengua por el hueco dejado por los golpes.

—Más o menos. Anoche los hombres de Agamenón se adentraron en nuestro campamento y se llevaron a rastras a Briseida. El alma de Aquiles se agitaba cada vez que la escuchaba gritar. Nuestro señor nos ha prohibido volver a combatir. Hemos comenzado a retirar las tiendas y a llevar todos nuestros bienes a los barcos. Partiremos. No se sabe cuándo, pero partiremos. Abandonaremos Troya sin haber sobrepasado sus largos muros. No habrá carreras

gloriosas en el interior de la ciudad, amigo. Tendremos que esperar largo tiempo para volver a competir.

—Lo siento —respondí.

—No tienes nada que lamentar. Has actuado como un verdadero héroe y como el mejor de los amigos. No puedo echarte nada en cara. Me mata ver a Aquiles llorando junto al mar, rezándole a su madre y gritándole a Zeus que le permita la más jugosa venganza, pero nada puedo hacer. Y mucho menos culparte por las decisiones de tu señor.

—No tengo ni idea de qué está sucediéndole. Antes no era así.

—La mayoría adoptamos nuestra máscara final cuando las Moiras tejen una urdimbre compleja y azarosa alrededor. La sonrisa del afortunado es barata, sencilla y abundante; la del desdichado es la verdadera.

—Estás hecho un filósofo.

—He acompañado a Aquiles a ver a su maestro Quirón en infinidad de ocasiones. Al final, algo se te pega.

—¿De verdad era un centauro?

—Lo único que tenía de equino era su olor —contestó entre risotadas. Amigos como Automedonte, que, roto por dentro y por fuera, todavía logra sacarte una sonrisa, son los que duran toda la vida y le dan sentido.

A media mañana, el capitán Palamedes irrumpió en la enfermería equipado con su coraza de cuero y con el casco bajo el brazo.

—El matasanos dice que solo tienes un par de contusiones, una costilla rota y algunos dientes menos. Estás de suerte.

—¿De suerte? —pregunté, incrédulo.

—Algo le dijiste a Agamenón para que dejara de reventarte la cabeza. De lo contrario, te habría matado.

—Pudiste haberme ayudado —le recriminé.

—También podrías haber permanecido en silencio. —No iba a sacar más de aquella conversación. Palamedes no era del tipo de personas que dan su brazo a torcer. Me tuve que contentar con

aceptar la mano que me tendía y con levantarme como buenamente pude—. El rey quiere hablar contigo. Otra cosa: yo me guardaría de reunirme con los mirmidones, al menos durante un tiempo. —Tanto él como Agamenón debían de estar al corriente de la visita matutina de Automedonte.

—¿Es una orden?

—Un consejo. Las cosas van a ponerse muy feas. No le des motivos a Agamenón para volver a castigarte.

Mi señor me recibió en su tienda, solo. Ni el más mínimo rayo de luz se atrevía a entrar. Se había esforzado por crear un ambiente denso, sombrío. No quería que nadie se enterase de la conversación que estábamos a punto de mantener. Me costaba reconocer a mi amigo, a mi hermanastro. La guerra lo estaba cambiando. Y, a pesar de todo, no quería perderlo, no quería que sucediera lo mismo que con Solofemo. Llevábamos siendo uña y carne más tiempo del que recordaba. Aquel día, tras la paliza, no pude evitar sentirme como un total desconocido ante el rey de reyes.

—Ayer dijiste que mi hija seguía con vida. —Directo, conciso. Ni un ápice de arrepentimiento. Se me hizo un nudo en la garganta. No supe qué responder sin traicionar a Calcante, sin atraer la ira de los dioses, aunque tampoco podía permanecer callado—. ¿Fue solo una burda argucia para que dejara de apalearte? ¿Te atreviste a utilizar el nombre de Ifigenia para evitar unos cuantos golpes que sabes merecidos? —Juro que no podía hablar; me sentía petrificado—. Te conozco mejor que nadie, Aurimedón. Sobre el carro, eres un titán. Cuando bajas, no eres más que un cobarde. Siempre, desde que empezaste a trabajar en las caballerizas de mi padre, has sentido miedo. Has convivido con él. Las mujeres, los dioses, la guerra, la muerte..., todo te asusta. Tus consejos siempre han estado condicionados por el miedo y no por el buen juicio. He tardado en darme cuenta y al fin lo he comprendido. Solo eres un cobarde.

—Señor, yo...

—Lo que no podía llegar a imaginar es que, además de cobarde, fueras tan deleznable como para valerte del nombre de mi hija fallecida...

—Sigue viva —escupí sin pensar en lo que estaba haciendo. Me olvidé del adivino y de las deidades. Solo quería que dejara de torturarme con sus reproches.

—¿Cómo dices? —volvió a preguntarme, ahora sonriendo. Sus palabras servían para lo que deseaba. Había terminado por sacarme lo que quería.

Traicioné mis convicciones. Me traicioné a mí mismo, me condené. Se lo conté todo. Bueno, casi todo. Tampoco fui tan necio como para confesarle que su nuevo enemigo, Aquiles, había acogido a su hija en Ftía. Solo los dioses saben lo que hubiera hecho. Le dije que estaba a salvo, bajo los cuidados de un amigo mío, y le supliqué que no me obligara a decirle nada más. Demasiado había defraudado a los dioses. Él, en lugar de volver a pegarme, de rasgarse las vestiduras, de gritarme, de perjurar contra los Olímpicos o arrepentirse de que Calcante lo hubiera engañado, me abrazó. Agamenón me abrazó y se echó a llorar.

—Gracias. —Fue lo único que logró susurrarme al oído. Entre sus lágrimas, encontré unas disculpas sinceras. El desbordamiento, en silencio y en secreto, de su enorme figura me devolvió a mi viejo amigo.

Automedonte y Agamenón fueron siempre distintas caras de la misma moneda.

Tardamos menos de una semana en retomar las hostilidades contra los troyanos. Agamenón y el resto de reyes debían enfrentarse, por primera vez, a sus enemigos sin el brazo armado de Aquiles. Precisamente esa fue la mayor dificultad. Tanto mi rey como todos los otros grandes héroes aqueos decidieron demostrarles a nuestros enemigos que Aquiles no era insustituible y, en pos de aquella nueva verdad, preparamos toda nuestra ofensiva.

Nos lanzamos en tropel para combatir al ejército troyano capitaneado por un Héctor embravecido. Fue la primera vez que llevé a Agamenón tan cerca de los muros de Ilión y fue la primera vez que vi la crueldad del conflicto tan de cerca. No es que hasta ese momento no hubiéramos combatido, sino que para alentar a los hombres, para motivarlos, tuvimos que hacerlo, prácticamente, desde la primera fila, como solía hacer Aquiles. Lanzamos nuestros carros contra la infantería enemiga. Resistieron. Con los escudos bajos y las rodillas apoyadas en la arena. No logramos ahuyentarlos. Defendían su hogar con fervor y poco a poco fuimos perdiendo terreno.

Los cuerpos de los caídos, el barro y la sangre me impedían maniobrar. Las manos de decenas de hijos de Troya se cernían sobre nosotros con frenesí homicida. Saqué mi espada, sesgué un par de brazos y Agamenón ordenó la retirada. Perdimos miles de hombres esa jornada. Solo las flechas de nuestros arqueros de retaguardia evitaron que el final de la contienda se decidiera en aquel aciago día.

Nos resguardamos al amparo de las naves mientras nos lamíamos las heridas.

Los hombres asegurarían posteriormente que Aquiles sonrió, cual perro rabioso, ante la derrota de Agamenón, sin saber que esa noche sería la peor de su corta vida.

# XLIII

## La aparición inesperada

Aquella noche reinaba un silencio atípico. El temor se había apoderado de cada alma. Era la primera vez que sufríamos un revés tan duro. Ningún otro nos había dolido tanto y Agamenón era consciente de ello. Organizó una reunión urgente con todos los reyes en su propia tienda, nada más llegar. A mí me envió en busca de Aquiles, que seguía en sus naves, decidido a no saber nada del resto del ejército, para tantear el terreno. Por muy orgulloso que fuera mi rey, parecía haberse dado cuenta de lo evidente: sin él, estábamos perdidos.

El cielo, muy luminoso, lloraba con estrellas blancas, como si lamentara las miles de muertes estériles que nuestros actos habían precipitado. Crucé el campamento. Miradas al suelo, corazones heridos y lágrimas. La viva imagen de la desesperanza.

Me sorprendió comprobar que los barcos ftíos compartían nuestra pena. Llegué a creer que los encontraría inmersos en celebraciones por nuestra derrota, brindando y danzando. Me equivoqué. La demostración de que Aquiles era simplemente trascendental para nuestros propósitos no apaciguaba los ánimos de aquellos hombres, hechos a la guerra, pero también al compañerismo. Me recibieron con los ojos rojos y vidriosos, con muecas rabiosas y las espadas envainadas. Gracias a los dioses, Automedonte no tardó en salir a recibirme.

—Amigo, ¿qué haces aquí?

—Agamenón me ha ordenado que le pida a vuestro príncipe que vuelva al campo de batalla. No podremos acabar con Héctor sin su ayuda. —Mis palabras lograron levantar a los mirmidones.

—Vamos, sígueme —contestó con una sonrisa resplandeciente. Varios soldados, con la esperanza de que mi demanda llegara a buen puerto, nos siguieron.

Necesitaban volver a combatir. El silencio del observador, y esto solo lo saben quienes han luchado, es mucho peor que la tensión de quien empuña las armas.

Aquiles nos recibió sentado en la parte posterior de su propio barco, con ademán lobuno, encorvado. Cubierto apenas por una fina toga de lino, centraba su mirada en los cielos, buscando respuestas a preguntas no formuladas. No hubo saludos. El tiempo para la cortesía se había desvanecido.

—El ejército se desangra sin ti —dije con solemnidad.

—Lamento escucharlo. Ya se lo advertí a tu rey. Sabía muy bien lo que iba a suceder. Deberá cargar con todas esas muertes. —Seco. Directo. Conciso.

—Eres nuestra única esperanza. Los hombres te reclaman —imploré.

—Ojalá pudiera ayudaros, Aurimedón. No tengo nada contra los hombres ni contra el ejército. Es a tu señor a quien aborrezco y tú deberías imitar mi comportamiento. No le debes nada. Regresa con nosotros. Serás feliz en Ftía.

—El mismo Agamenón me ha implorado que venga a buscarte. Ha sido una auténtica carnicería. Héctor se ha dado un festín. —Obvié su oferta; necesitaba su ayuda, no misericordia.

—Si quiere que regrese, que venga él mismo a pedírmelo de rodillas. ¡Dile que deje de esconderse detrás de sus soldados! ¡Que dé la cara! ¡Que hombres y dioses sean testigos de su vergüenza! —El anuncio de Aquiles nos arrastró a un silencio insoportable—. Lloro por el paso al Inframundo de todos los ingenuos que siguieron a Agamenón, pero, si ese perro desea que los mirmidones vuelvan a tomar las armas, que me traiga a Briseida y me lo suplique. —Solo había en Aquiles algo que superaba su pericia guerrera: su orgullo. Y este terminaría condenándolo, condenándonos a todos—. El hombre que conocías murió cuando la guerra dio comienzo, amigo mío —comentó Aquiles. Parecía tener el don de leer dentro de mi mente—. La guerra nos cambia a todos, sobre todo a los codiciosos. Sé que

crees que tu rey es intrépido, ágil de mente, astuto como un zorro y valiente. Créeme, hay miles de reyes mejores que él, miles de coronas a las que podrías servir con más honor. Codicia y soberbia, eso es lo único que brilla en Agamenón. Y es lo que ha terminado fagocitando todo lo que él era antes. Por mucho que te duela escucharlo, es igual que su padre.

Abandoné el barco ftío derrotado. Aquiles había puesto de manifiesto todos mis temores, lo que tanto tiempo llevaba rumiando. No dudo de que actuara así por mi bien, pero eso no lo hizo menos doloroso. Los mirmidones que me habían acompañado, apesadumbrados y enfurecidos, me guiaron hasta el final de su campamento. La fe inquebrantable que le profesaban a su señor no los hacía menos humanos. Sufrían igual que el resto. Odiaban a Héctor. Querían verlo caer.

—¡Estúpido malcriado! Todos le bailan el agua y pretende que me convierta en otro más de sus cómicos. Quiere que me humille delante de todo el ejército. Pretende dejarme en ridículo y por la memoria de mi padre que no lo conseguirá —contestó Agamenón cuando le comuniqué la respuesta de Aquiles.

Esperaba su reacción y no me sorprendió su furia. En realidad, no me sorprendió la reacción de ninguno de los dos. Orgullosos y tozudos, solo se ocupaban de librar su propia guerra personal.

—Lo necesitamos, señor. Deberíais dejar de lado vuestras desavenencias. Con esta absurda pelea, solamente beneficiamos a los troyanos. Aquiles es más que un soldado; es un símbolo. Los hombres lo seguirán hasta la muerte.

—¡Pues que sigan a Áyax! Me atrevería a decir que iguala a Aquiles en todo. Le falta su velocidad y su carisma, pero lo suple con la potencia de un buey. Recuerda que ni el mismo Héctor pudo con él —replicó, y tenía razón. Áyax y Héctor se habían enfrentado en combate singular durante horas hasta que la lucha se saldó con un

empate. Héctor quedó tan impresionado que llegaron incluso a intercambiar regalos.

—Pero Áyax... —comencé a rebatir, cuando un grito me interrumpió.

—¡Los troyanos! —exclamó un soldado irrumpiendo en la tienda—. ¡Héctor ha acabado con nuestros guardias y amenaza con asediarnos!

Las estacas de madera del campamento, la estrechez de la playa abarrotada de tiendas, soldados y animales y el terreno enlodado no nos permitieron sacar nuestros carros de guerra para hacer frente al sorpresivo ataque. Tuve que contentarme con acompañar a Agamenón a pie portando el mismo escudo y la misma lanza que el resto de los compañeros. Sin mi carro, me sentía muy vulnerable mientras avanzábamos hasta las posiciones más cercanas al enemigo. Me rugían las entrañas, descompuestas, desesperadas y poco preparadas para luchar cara a cara. No les hice caso; mi deber era proteger a mi rey aunque pereciera en la contienda.

Los troyanos, encabezados por un embravecido Héctor, nos asaeteaban con flechas incendiarias, hondas e incluso piedras, tratando de derribar los muros y acceder a nuestras tiendas. Si lo conseguían, estaríamos perdidos. Reinaría el caos. Cada soldado defendería su propia tienda, su propio botín. Si lograban invadir el campamento, combatiríamos desordenados. Algunos se echarían a la mar, otros plantarían cara a los troyanos y los más cobardes intentarían huir. Todos moriríamos. Nuestra única posibilidad de sobrevivir pasaba, ineludiblemente, por aceptar las órdenes de hombres más preclaros, como Agamenón, y mantener como fuera nuestras defensas.

—¡Resistid! —bramó—. ¡Por lo que más queráis! ¡Resistid!

Mi rey fue el primer gran héroe en llegar hasta las murallas. Acudimos en auxilio de un puñado de hombres que trataban de defender las posiciones exteriores del campamento y detener la hemorragia causada por Héctor y los suyos.

Nos topamos, de bruces, con el enemigo. Las murallas, que no dejaban de ser troncos plantados sobre la arena, bailaban de un lado al otro a favor o en contra del empuje de aliados y rivales.

Cientos de proyectiles, rugidos y amenazas sobrevolaban los cielos; también insultos y oraciones. El valeroso ejemplo de Agamenón, cuestionado desde su pelea con Aquiles, sirvió para dar fuerza a los defensores y captar nuevos seguidores. Miles de guerreros nos siguieron, sobre todo compatriotas.

Estábamos tan cerca de los troyanos que podíamos oler sus alientos y escuchar sus gemidos mientras tratábamos de contenerlos. Proyecté mi lanza varias veces hacia la enorme masa de carne enemiga que tenía enfrente. Todas y cada una de las veces en que retiré mi arma, estaba empapada de sangre. No fue pericia ni habilidad; solo instinto de supervivencia y angustia.

Los troyanos parecían poseídos. Aunque morían por decenas, siempre había un soldado nuevo para suplir al caído. Luchaban con la fuerza de quienes llevan años oprimidos y han sufrido lo indecible, de quienes han visto masacradas a sus familias y han llorado por sus tierras quemadas. Nos odiaban y, con cada nuevo envite, daban muestra de ello. Retrocedíamos.

Fuimos perdiendo terreno. Nuestros enemigos comenzaron a saltar a nuestro lado. Eran rápidamente abatidos, pero generaban espacios entre nuestras filas que sus compañeros aprovechaban para destrozar desde allí nuestras menguadas defensas. Y seguíamos retrocediendo.

Agamenón detuvo un sinfín de golpes. Héctor gritaba. Los troyanos avanzaban. Hasta que renacimos, gracias a los nuevos vítores originados por la llegada de Áyax, el gigante de Salamina.

—¡Héctor! ¡Héctor! —gritaba una y otra vez.

—¡Aquí estoy! —exclamó la voz del troyano—. ¡Muéstrate! ¡Terminemos lo que empezamos la otra vez! ¡Morirás ante tus hombres!

Héctor ignoraba que Áyax no era el tipo de hombre al que se le podía retar. Instarlo a combatir era como espolear a un animal salvaje, desatar una fuerza primitiva de la naturaleza que luchaba de forma feroz y obcecada. Cuando se cegaba, cuando la ira le nublaba la vista, no había vuelta atrás.

Era como un gigante. Se deshizo de varios troyanos antes de agarrar una piedra gigantesca, una que únicamente él podía levantar

sin ayuda de nadie, y lanzarla por encima de todas nuestras cabezas, por encima incluso de la misma muralla, contra Héctor, que solo tuvo tiempo de protegerse instintivamente el rostro con los brazos. Y cayó. Cayó el protector de Troya y, con él, el ímpetu de sus fieles. La presión asfixiante ejercida contra nuestra empalizada disminuyó.

Áyax abatía enemigos con la misma letalidad del rayo divino de Zeus. Todos los que intentaron vengarse por la muerte de Héctor cayeron de igual manera. Odiseo, Diomedes, Menelao y el resto de grandes señores de nuestro bando, empapados en sangre, lucían victoriosos. Las flechas cambiaron de bando y las rodillas de los hijos de Troya comenzaron a temblar. El rey de Argos sonreía, empapado en la sangre enemiga de los caídos, disfrutando de la matanza. Nuestros enemigos temblaban al verlo, tan loco, tan ido.

—¡Avanzad! ¡Expulsemos a estos bastardos de nuestra tierra! —rugió Héctor desde la ultratumba. El líder de los troyanos se alzó de entre los muertos con la frente ensangrentada, la coraza repleta de barro y los brazos amoratados. Su grito enmudeció los bramidos de nuestro ejército. No nos podíamos creer que estuviera vivo y que hubiera vuelto a la batalla. ¡En primera línea! Desoyendo a la muerte misma, con la barbilla alzada y orgullosa. Ejemplo para propios y extraños.

El combate se recrudeció todavía más. Nunca vi tanta muerte, tanto sufrimiento encerrado en un espacio tan pequeño. Cuando las lanzas se quebraban y las espadas perdían el filo, combatíamos con los puños e incluso con los dientes. Fue una auténtica carnicería: tajos abiertos, tripas esparcidas por la arena, párpados que no volverían a abrirse jamás. Los dioses, estoy seguro, se taparon los ojos ante semejante barbarie. Solo uno de sus preferidos, uno de sus mortales predilectos, detuvo aquella catástrofe: Aquiles.

Surgió de entre sus naves, vestido de negro y volando entre los caídos. Sus mirmidones bramaban como posesos, deseosos de dar muerte, necesitados de batallas y de recuperar su buen nombre.

No pudimos evitar el duelo. El combate entre los dos mejores soldados. Nadie habría podido.

Por un lado, se alzaba Héctor, bajo el amparo de las estrellas, el titán vengativo que combatía para salvar a su ciudad de los invasores. Por el otro, Aquiles, el héroe escogido por las divinidades para salvar a sus compañeros.

Ambas figuras transmitían un temor reverencial. No fue nada orquestado. Todos callamos y les dejamos espacio. Las armas dejaron de sonar y las miradas se centraron en ellos. Hasta los moribundos parecieron dejar sus lastimosos trances en pausa para ser testigos del duelo, un combate que habría de decidir el curso de una guerra que ya duraba demasiado.

Los contrincantes se observaban mientras daban vueltas en círculo, estudiándose, tratando de adelantarse al próximo movimiento del enemigo. Eran como dos animales sedientos de gloria, de triunfo, agazapados y ansiosos por reinar en el campo de batalla. El primero en lanzarse sobre el otro fue Aquiles, con un movimiento rápido y grácil como el danzar armonioso de una bailarina, aunque su lanza terminó siendo repelida por el escudo de su adversario. El ataque de Héctor a continuación fue mucho más contundente y tosco, respaldado por el peso de toda una ciudad asediada, por miles de viudas, de hermanos caídos y por las lágrimas de un padre que veía cómo su Troya pasaba hambre.

No podía creer lo que veían mis ojos. Aquiles, el héroe invencible, el hijo de Tetis, iba haciéndose cada vez más pequeño con cada golpe de su enemigo. Aquel que no había retrocedido jamás debía contentarse con detener golpe tras golpe. La espada de Héctor resonaba, metálica, una y otra vez contra el escudo del príncipe ftío. Como el dios herrero Hefesto golpeaba su forja, con la misma cadencia y el mismo poder, Héctor hacía retroceder a su contendiente. Era como presenciar a la muerte encarnada, incansable, insaciable, asediando sin parar a la humanidad.

El troyano siguió acosando al hombre más bello de nuestro ejército, hasta que el brazo fatigado de Aquiles dejó caer el escudo. Héctor aprovechó el momento sin vacilar y le atravesó el pecho con la lanza. Apartamos la mirada. Las tropas troyanas ulularon con fuerza, como búhos enfervorizados, al ver caer al enemigo que

tantos infortunios les había causado. Aquiles borboteaba sangre a través de su yelmo. Solo restaba el golpe de gracia.

—¡Quiero ver su cara! —solicitó Héctor, tras arrancar la lanza del cuerpo de su enemigo y lanzarla a un lado. El sonido que emitió su espada al rozar contra su vaina nos heló el alma a todos—. Deseo ver su rostro cuando abandone el mundo de los vivos. No tenía nada que ganar aquí. Esta no era su guerra. Solo es un asesino.

Fue en ese mismo momento cuando le quitó el casco al desdichado contrincante. Y el mundo entero tembló. Un rostro infantil, hermoso, cubierto de sangre, exhalaba su último aliento. Rubio y angelical. Tierno y devoto. Héctor comprendió el porqué de la desigual batalla: no había estado luchando contra Aquiles. Arrepentido, cerró los ojos antes de alojar su espada en el corazón de quien no estaba destinado a ella. El joven Patroclo descendió al Hades cubierto de lágrimas, tanto de troyanos como de nuestros aliados.

Su sacrificio cambió el rumbo de la guerra. La sangre de inocentes dirimió la disputa en la playa.

Al darse cuenta de que el hombre al que acababa de matar no era Aquiles, sino uno de los muchachos que lo acompañaban siempre, Héctor detuvo la guerra y pactó con Agamenón una tregua para recoger los cadáveres. Los dos ejércitos estaban exhaustos. El factor sorpresa se había desvanecido. De nuevo, todo quedaba en tablas.

Unas cuantas noches más tarde, mi amigo Automedonte me contó lo ocurrido. Aquiles, el príncipe de los mirmidones, obcecado y testarudo como nadie, había contemplado el ataque troyano desde su nave. Ni siquiera se inmutó cuando las llamas llegaron hasta el campamento.

—Si Agamenón quiere mi ayuda, si quiere que salve a su ejército, que venga a pedírmelo de rodillas —contestó ante la insistencia de sus soldados, deseosos de combatir.

Solo Patroclo se rebeló contra Aquiles. Fue el único que se atrevió a hacerlo. Aprovechando que su señor se había retirado a sus

aposentos en el barco, pues no quería saber nada del ataque troyano, tomó el mando de los mirmidones engañándolos a todos, pues apareció ante ellos vestido con la armadura y el yelmo de Aquiles. Fue así como salió al encuentro del príncipe Héctor. Si los soldados creyeron su treta o simplemente necesitaban creerla para poder liberar sus ansias de entrar en combate, es otra cuestión.

El caso es que Patroclo desoyó las órdenes de Aquiles, desafió al campeón de los troyanos y murió bajo su espada.

Patroclo cambió el rumbo de la guerra. Su sacrificio sacó del letargo a nuestro soldado más letal. El dragón despertó, rodeado de cenizas.

La responsabilidad de comunicarle la muerte de Patroclo a Aquiles recayó en los hombros de mi amigo Automedonte.

La relación entre Patroclo y Aquiles siempre fue un tema candente dentro del campamento. Unas cuantas voces aseguraban que eran primos, otras sostenían que simplemente, pese a la diferencia de edad entre ellos, habían compartido la infancia y las enseñanzas bajo la tutela del centauro Quirón. Y, por último, había quienes no dudaban en afirmar que eran amantes. Dos príncipes de reinos distintos, unidos bajo la bandera de los mirmidones. La reacción de Aquiles nos hizo darnos cuenta de que todos nos quedábamos cortos en nuestras suposiciones. El amor entre Aquiles y Patroclo no era terrenal. No podía serlo. Fuera cual fuera su naturaleza, se trataba de un amor perfecto, que estaba más allá de nuestro entendimiento.

«Una misma alma dividida en dos cuerpos. Una vida palpitando en dos corazones», me dijo Automedonte cuando me atreví a preguntarle por la relación entre los dos príncipes.

Los alaridos de Aquiles desgarraron el tejido entero de nuestro mundo. Jamás había albergado tanto dolor una sola persona. Esa misma noche, la guerra volvió a renacer, cruda y abominable, en el pecho de Aquiles, dispuesto a vengar la muerte de su amado.

# XLIV

## Las puertas abiertas del Hades

El acercamiento tardío entre Agamenón y Aquiles, o lo que quedaba de él tras la muerte de Patroclo, no sirvió de mucho. Mi señor cedió en todas las peticiones del príncipe de Ftía. Demasiado tarde. Aquiles ya no encontró alegría ni en el regreso de Briseida ni en los juegos funerarios que se celebraron en honor de su amante, unos juegos atípicos y sombríos. Los atletas se esforzaron en honor al caído y batieron sus mejores marcas, los combatientes lucharon con ahínco y Automedonte y yo nos disputamos el primer puesto en una carrera muy reñida que terminaría ganando él. Fueron los peores juegos de la historia; no hubo sonrisas, todas las disciplinas fueron acompasadas por palmadas huecas y lágrimas. Aquiles se rasgó las vestiduras, se arañó las preciosas mejillas, se cortó sus largos cabellos y los mandó incinerar junto con el cadáver de Patroclo. Las mujeres que acompañaban al ejército lloraron, los hombres se encomendaron a los dioses, conocedores del nuevo rumbo que comenzaba a tomar la guerra. Ya no había vuelta atrás, puede que nunca la hubiera. El conflicto no terminaría hasta la destrucción total de un bando u otro.

Yo no vi cómo Aquiles derrotó a Héctor. Infinidad de aedos cantarán esa historia a todas horas, pero lo cierto es que solo los troyanos y los dos protagonistas fueron testigos.

Aquiles no permitió que nadie lo acompañara. Nuestro ejército se quedó en el campamento mientras él acudía a retar a Héctor, solo, rugiendo el nombre del enemigo contra las puertas de su ciudad.

Aquiles acudió sin compañía hasta las murallas mismas de Troya y retó a su mejor guerrero. No le llovieron flechas ni insultos; tampoco admiración ciega. Fue como un enviado del Hades. Héctor aceptó su desafío y se resignó a él. Valiente y honorable hasta el último instante, pudo haberse negado. Nadie hubiera podido culparlo. Aquiles era inevitable e invencible, pero Héctor no rehuyó su destino. Lo afrontó delante de toda su ciudad, de su esposa y de su hijo. Sabiéndose condenado, no trató de esquivarlo. Nosotros únicamente vimos sombras desde la lejanía, hormigas combatiendo a estadios de distancia. No duró demasiado. Aquello fue más una ejecución que un combate.

No hubo gloria en los actos posteriores de Aquiles. Los troyanos gritaron iracundos cuando desvistió el cadáver de Héctor y lo ató a su carro, despedazando sus restos contra la tierra y las rocas del hogar que había jurado proteger.

Cuando traspasó el umbral del campamento y trajo a rastras el cuerpo exánime del príncipe, lo celebramos. Unos, los más viles, escupieron sobre Héctor; otros bajamos la cabeza en señal de respeto.

Las horas fueron pasando, los días también, y el cuerpo de Héctor, otrora causante de pavor, comenzó a repugnarnos. Contemplarlo de aquella manera hacía que nos diéramos cuenta de lo pequeños que éramos. Nos angustiaba.

Se dice que una noche, pasada una semana desde la caída de Héctor, el propio rey Príamo en persona le pidió a Aquiles que le devolviera el cuerpo de su hijo. Desconozco si la historia es cierta o no. Para ser sincero, me cuesta creer que pudiera atravesar todo nuestro campamento sin ser visto. El caso es que, fuera por conciencia, respeto, honor o por Príamo, Aquiles entró en razón y aceptó entregar el cuerpo de su enemigo a los troyanos. Ambos bandos pactaron una tregua en su honor. Agamenón volvió a ceder. No quería interponerse en la furia destructiva de Aquiles. Nadie quería. Y menos sus propios enemigos.

Tras los funerales en honor a Héctor, la guerra continuó, más salvaje y encarnizada que nunca. Los grandes héroes troyanos fueron cayendo bajo el acero de Aquiles. Ni Memnón, príncipe de los etíopes, ni la reina amazona Pentesilea pudieron con él. Fueron el zafio Deífobo y Paris, el rastrero, quienes lo lograron. Quisieron las Moiras, endiabladas tejedoras del destino, que fuera una de sus flechas cobardes, como solo Paris sabía serlo, la que terminara con la vida del guerrero más grande de la historia.

La leyenda, mucho más mágica e idealizada que la cruda realidad, asegura que la madre de Aquiles bañó a su hijo en la laguna Estigia, siendo este un recién nacido, para engañar a la muerte. Sin embargo, hubo una única parte de su cuerpo que quedó sin sumergir: el talón derecho, por donde su madre lo sujetaba. En ese mismo punto fue donde lo alcanzó la saeta de Paris. Muchos aseguraron que el proyectil estaba envenenado, otros que hasta el más mínimo golpe en aquella parte del cuerpo de Aquiles habría podido terminar con él...

Lo cierto es que la realidad no respondió a tintes tan poéticos. Aquiles cayó en mitad de una escaramuza, una de esas en las que siempre había reinado. Cuando los troyanos se dieron cuenta de a quién habían abatido, intentaron hacerse con el cadáver y con sus armas, pero los mirmidones se aferraron a los despojos de su líder combatiendo como leones. Para cuando recuperamos el cuerpo de Aquiles, poco quedaba ya de su inquebrantable belleza. En el desesperado afán de apoderarse de sus restos, había sido pisoteado y arrastrado. La sangre y el barro lo cubrían con una máscara inmunda. Los troyanos consiguieron algunas piezas de su armadura, aunque lo más impactante de todo fue descubrir la flecha que todavía estaba clavada en su talón derecho. Germen y cuna de todas las leyendas que habrían de nacer a partir de aquel momento.

La pérdida de Aquiles fue un golpe demoledor para nuestro ejército. Las victorias parecieron estancarse sin él. Ambos bandos nos encontrábamos tremendamente debilitados, agotados. Cierto es que los que más sufrieron fueron los troyanos, que perdieron a todos sus aliados. Aun así, pese al hambre y la escasez de efectivos, los fuertes muros de Troya resistían, desafiantes y sólidos.

Los dioses se encargarían, como siempre, por boca del astuto Odiseo, de desnivelar la balanza.

Según supe después, la idea del caballo de Troya se le ocurrió mientras uno de sus hombres tallaba, resguardado tras la lumbre de una hoguera, una figurita de madera para su hijo.

—Una ofrenda a los dioses —se esforzó por explicar el hábil Odiseo en la tienda del rey Agamenón, con la talla en la mano—. Acabaremos con los troyanos usando una ofrenda.

—Estoy cansado de sacrificios y trucos divinos —contestó Agamenón—. Es el momento del acero, no del incienso.

—Cuidado, no vayan a escucharte Calcante o el resto de adivinos. Pero atiende: esta dádiva no será una hecatombe normal y corriente. Ofrendaremos el presente más grande jamás creado, fabricado en madera. Su interior esconderá a nuestros mejores soldados. Cuando los troyanos se vayan a dormir, nuestros hombres nos abrirán las puertas. Troya caerá antes del amanecer.

—Eso contando con que dejen entrar la ofrenda dentro de sus murallas —protesté.

—Lo harán.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque, al igual que nosotros, temen a los dioses. —Sus palabras, confusas y enigmáticas, precisaron una explicación—. Desmontaremos el campamento y alejaremos nuestras embarcaciones hasta una isla cercana. Quemaremos madera podrida y rescataremos unos cuantos cadáveres infectados por la peste que nos asoló hace tiempo. ¿Recordáis que la última vez que la cruenta epidemia nos atacó enviamos a los enfermos a las islas aledañas para que no pudieran contagiarnos? Esos mismos cadáveres serán los que recuperaremos. Haremos creer a los troyanos que nos hemos ido porque las divinidades nos han vuelto a castigar con las flechas emponzoñadas de Apolo. Y que, para asegurarnos un buen retorno a casa, hemos dejado una ofrenda a los dioses: una enorme figura de madera, un caballo erigido en honor a Poseidón, dios del mar y de los equinos. —Y gritó, como si se le acabara de ocurrir de pronto, mirándome—: ¡El mismo dios que construyó sus murallas! Perfecto, sí, ¡todo encaja!, ¿lo veis?

—En tus labios suena convincente —repuso Agamenón.

—Y en los de mi primo también.

—¿Qué quieres decir?

—Mi primo, Sinón, es el bastardo más mentiroso que he conocido. Lo dejaremos aquí, ataviado con los ropajes de un sumo sacerdote, y lo obligaremos a convencer al rey Príamo y a sus generales de que acepten el regalo.

—¿Nuestro futuro dependerá de las palabras de un mentiroso? —volvió a preguntar Agamenón.

—¿Qué son las mentiras, sino la certera aniquilación de la realidad? —contestó Odiseo guiñándole un ojo.

Aguardé desde nuestro barco, junto a mi rey, la entrada del caballo a Troya. Incluso hoy me sigue pareciendo increíble lo que las manos de unos pocos hombres esperanzados pudieron realizar. La gigantesca construcción de madera dejada sobre la playa era espectacular. No es que pudiera compararse con las delicadas tallas que se ofrendaban en los templos, pero en aquel tiempo, más dado a la destrucción que a la construcción, me pareció sublime. Las mentiras del primo de Odiseo, el temor a los dioses y el ansia festiva de los troyanos, ebrios de alegría y de fe ciega en su victoria, deseosos de creer en el fin del asedio, hicieron el resto. El equino de madera fue aceptado.

A derecha e izquierda de nuestro barco, aguardaban las decenas de embarcaciones de nuestros aliados. Todos nos sentíamos nerviosos, intranquilos y expectantes, a pesar de que los vaticinios de los augures y los sacerdotes fueron positivos. También los de Calcante que, para sorpresa de todos, nos aseguró un triunfo rotundo. Habíamos recuperado el arco de Heracles de manos de Filoctetes, al que previamente abandonamos en una isla, a petición de varios adivinos. No podíamos hacer nada más. Nuestro futuro y nuestra gloria quedaban en manos de la robustez del caballo creado por Epeo, el ingeniero de Odiseo, y de las mentiras de su primo.

Fue uno de los días más tensos que recuerdo. Todos rehuíamos cualquier conversación, cosa harto rara entre los soldados. Muchos se mostraban irascibles, otros apesadumbrados, la mayoría implorábamos a los dioses que nos fueran propicios. Agamenón estaba tan nervioso que culpaba de su mala suerte a quien osara acercarse a él. El propio Odiseo se escondió dentro del caballo junto a Menelao, que ardía en deseos de reencontrarse con su esposa, e ignoró las advertencias de su hermano sobre el peligro de la misión. También Esténelo, Anticlo, Menesteo, Toante, Áyax, Eurípilo y Neoptólemo, el hijo de Aquiles, que apenas siendo un niño había llegado desde Ftía, obligado por el rey de Ítaca, para animar a los mirmidones y vengar a su padre.

Tal y como nos había indicado Odiseo, regresamos y desembarcamos en las costas troyanas bien entrada la noche. Allí, armados hasta los dientes, aguardamos la tan ansiada señal. La verdad es que no tuvimos que esperar demasiado. Una gran antorcha nos saludó desde la parte superior de las murallas.

Atravesamos la distancia que nos separaba de nuestro objetivo corriendo como almas posesas y furiosas. Nuestras sandalias pisaron el mismo campo glorioso donde tantos hombres buenos habían perecido. Al llegar ante las puertas, abiertas de par en par, los ojos de soldados hechos y derechos, curtidos en mil batallas, se anegaron en lágrimas. ¡Al fin! La ciudad que llevaba resistiéndosenos más de diez años al fin abrazaba su funesto destino.

Dejamos la humanidad en los barcos. Jabalíes, leones, lobos y hienas empuñaron nuestras espadas. Nos transformamos en las peores alimañas que jamás poblaran el mundo. No entraré en detalles ni mucho menos en justificaciones. No encontramos ni gloria ni eternidad tras los muros de Troya. La noche se tornó grana. Los aullidos desesperados de las mujeres y las súplicas de hombres condenados entonaron una agónica canción entre las calles de una ciudad moribunda.

El caos se desató. Soldados cuerdos, nobles y leales, cometieron crímenes inenarrables, la justicia brilló por su ausencia y los impulsos más bajos y depravados nacieron de entrañas monstruosas. Me avergüenzo tanto de todo lo que hice aquella noche que no me atrevo ni a ponerle voz. Esos recuerdos son oscuros secretos que arrastraré por siempre como una losa y que habré de llevarme hasta el Hades. Todos nos condenamos aquella noche, todos pagaremos lo que allí se hizo. Esas pesadillas continuarán persiguiéndonos hasta el final de los tiempos.

Troya derramó sus últimas lágrimas y dejó atrás un enorme legado de muerte, desesperanza y desolación, una tierra ya vacía, carente de hijos que la repoblaran.

Príamo cayó también junto con su reino. Y, con ellos, buena parte del mundo conocido.

# X LV

## Troya renacida

El fin de la gloriosa ciudad de Troya trajo consigo grandes cambios económicos y políticos. Agamenón logró hacerse con las mejores rutas comerciales y fijó un impuesto arancelario en la antigua Ilión. El resto de aliados de Troya tuvieron que pagar por la paz para que no descargara su furia contra ellos, aunque dudo mucho que lo hubiera hecho. No estábamos para más guerras, ni Micenas ni ellos. La pléyade de monarcas que nos acompañaron recibieron oro, esclavos y promesas. Nada más. Ni un palmo de tierra ni una sola piedra. Troya terminó perteneciendo al que más tiempo llevaba ansiándola. Mi señor.

Menelao finalmente perdonó a Helena y volvieron juntos a Esparta. Muchos tildaron su comportamiento de cobarde y sumiso; yo creo que, tras reencontrarse con los cálidos ojos de su amada, fue lo bastante valiente como para comprenderla. Aprendió el verdadero significado de la hombría lejos de la guerra, las espadas y la sangre, agradecido por los que habían luchado y muerto por su causa.

Sé que Agamenón tenía infinidad de planes para el futuro de Troya. Aquellos primeros días, tras la caída de la dinastía de Príamo, fueron única y exclusivamente festivos. Tras la locura que se desató la noche en que tomamos la ciudad, los soldados micénicos trataron de reinstaurar el orden. Se dividieron los exiguos botines y tesoros de la ciudad todo lo equitativamente que se pudo, se delimitaron adquisiciones, se regalaron esclavos... Y, una vez calmadas las ansias devoradoras de unas almas que habían padecido enormemente durante diez años, la vida, lo cotidiano y la

normalidad volvieron a nosotros como las primeras lluvias de otoño, tan escasas como necesarias. La plata y las heridas llenaron los bolsillos de nuestras tropas, mucho más ricas y mucho menos humanas.

Agamenón organizó unos juegos para celebrar la victoria y un enorme festín. Automedonte y yo nos batimos en una carrera maravillosa, de la que no disfrutamos lo más mínimo. Lejos quedaban ya aquellos niños ilusionados que partieron en busca de gloria y victorias. Nuestros sueños se habían resquebrajado por el paso del tiempo, la muerte de seres queridos y la decepción de conocer el mundo tal y como era. La realidad nos venció, borró nuestras sonrisas y nos obligó a adoptar una amarga distancia. En aquella ocasión, yo salí vencedor. Fue la última vez que estreché el brazo de mi amigo y la última vez que volvimos a competir como aurigas. El fin de una etapa, de toda una vida.

Uno de los primeros reyes en emprender el regreso a casa fue Menelao, junto con su recién recuperada esposa y sus hombres. Abrazó a su hermano, agradeciéndole todo lo que había hecho por él, con temor a ser juzgado por su decisión amorosa, y abandonó Oriente, pero, antes de su partida, Calcante ofreció un sacrificio en honor a los dioses. Mató pollos, corderos y bueyes, agradeció a las divinidades su ayuda e imploró a Poseidón que bendijera el regreso de todos y cada uno de los navegantes. Odiseo, la mente más prolífica e ingeniosa de todo nuestro ejército, no tardó en seguir a Menelao en su partida. Y así, poco a poco, como las gotas de lluvia que van abriéndose paso entre las cavidades rocosas, reyes y héroes abandonaron las ruinas troyanas.

Los últimos en partir fuimos nosotros. Agamenón dejó a cargo de la antigua ciudad de Troya al capitán Palamedes, uno de los pocos hombres en los que todavía confiaba. Calcante, temeroso de lo que podía llegar a depararle el futuro una vez terminada la guerra, se

quedó por voluntad propia. «Los nuevos comienzos necesitan de antiguos dioses», me pareció escucharle decir.

Me despedí del adivino en su nueva vivienda. Hacía poco que se había instalado, pero ya podían verse allí infinidad de bártulos y utensilios: calderos, hierbas aromáticas, cuchillos, incensarios o estatuillas.

—Eres un buen hombre, Aurimedón. Jamás traicionaste el lecho de tu esposa, la corona de tu señor ni el honor de tus dioses. Lamento, de verdad, lo que te depara el destino. Tu regreso a Micenas no será tal y como imaginaste. Pagarás, no sabes cuánto lo siento, los pecados de tu rey.

—¿Qué quieres decir? —pregunté angustiado.

—Solo las divinidades te revelarán el futuro. Confía en ellas pase lo que pase. No flaquees; tu vida en el Más Allá depende de ello.

Un hombre, por curtido que esté, no es capaz de asimilar una predicción como esa. Me quedé toda la tarde intentando sacarle más información. Me respondió con vaguedades y frases crípticas. No estaba en su mano desvelar lo que los Olímpicos me tenían preparado; solo tuvo a bien advertirme.

Días antes de nuestra partida, yo mismo me encargué de preparar los sacrificios en honor a Poseidón. Escogí los animales para ofrendar, pagué a los sacerdotes y recé. Nadie sabe cuánto recé e imploré a los dioses. Por nuestro regreso, por nuestro futuro. ¡Qué lejos quedaban ya aquellos tiempos en los que llegué a creerme que era el escogido de Poseidón! ¡Qué lejos Leutides, mi abuela Melgara y mi Micenas natal! Oré como siempre y con más fuerza que nunca. Oré, angustiado, esperando que los dioses pudieran perdonar a Agamenón, quien, aunque se cuidaba mucho de admitirlo, continuaba creyendo que todo el mérito de sus victorias radicaba en su mando. Rechazaba cualquier intervención divina o humana y se reía de los crédulos como yo que continuábamos alabando a las deidades.

De nada servía desesperarse. El orgullo y el ego son los principales enemigos de la fe. Puse todos mis anhelos y mis sueños durante la travesía de vuelta en rememorar el rostro de mi mujer, Calíope. Me moría de ganas de volver a abrazarla, de hacerle el amor y de luchar por nuestro futuro. Conseguiríamos lo que siempre habíamos deseado: tener descendencia. Necesitaba cobijarme bajo su cálido manto, bajo nuevos sueños, mucho más palpables y cotidianos, dejar atrás la guerra y recuperar todo el tiempo perdido. Tal vez, con el dinero que había sacado de la campaña y con la ayuda de mi señor, pudiera retomar el negocio de alfarería de mi padre.

Tardé mucho, muchísimo en darme cuenta de que la gloria y las victorias que había estado persiguiendo toda mi vida no eran nada comparadas con el deseo de ser felices juntos. Lo que antes se me antojaba una existencia monótona y aburrida se convirtió en el más grande de los sueños. La edad y las penurias me exprimieron la juventud y la sombra amable de Calíope era el último clavo al que aferrarme.

Ojalá las palabras de Calcante no hubieran estado resonando en el interior de mi cabeza durante todo el trayecto. Ojalá Calcante no hubiera tenido razón.

# XLVI

## Vuelta al hogar

Agamenón envió emisarios antes de que partiéramos de Troya para que prepararan Micenas como era menester. También le pidió a su hermano Menelao, cuando este partió, que enviara a alguno de sus hombres, por si los suyos no llegaban a tiempo. Quería que fuéramos recibidos como lo que realmente éramos: héroes, conquistadores. Tras una década combatiendo, había llegado el momento de que se reconocieran todos nuestros logros.

El suntuoso desfile no defraudó. Micenas se vistió de gala para celebrar la llegada de sus hijos y de su rey Agamenón, el primogénito de Atreo, el pastor de hombres. Respondimos con arrugas, sonrisas, heridas y lágrimas, reconociéndonos más viejos y menos buenos, buscando refugio entre los muros del hogar querido. Las calles estaban repletas de guirnaldas y adornos florales, los templos brillaban más que nunca, las mujeres vestían sus mejores ropas y los niños jugueteaban con ramas de olivo. Las esposas, tras diez años de guerra, con los rostros mucho más añejos, buscaban con el corazón en el puño a sus maridos. Los hijos apenas recordaban la sombra de sus progenitores, sobre los que solo habían escuchado historias heroicas. Había padres y madres, ancianos que se alegraban de reencontrarse, probablemente por última vez, con sus descendientes. Micenas revivía gracias a su hijo pródigo. Micenas palpitaba al son de la gloria de Agamenón.

Si Atreo, el monarca dedicado en cuerpo y alma a transformar la ciudad, hubiera visto hasta dónde la había llevado su hijo, no habría dado crédito. Había logrado empequeñecerlo.

Agamenón había conseguido convertirnos a todos en héroes eternos, gloriosos. Nuestros hijos, nietos y bisnietos presumirían orgullosos de su ascendencia. Mi señor sonreía mientras lanzaba a la multitud monedas de cobre y de plata. Sus vasallos regalaban también telas, adornos, armas e incluso algún que otro esclavo troyano. Recibimos infinidad de aplausos y gestos de agradecimiento. Sin embargo, si soy sincero, habría preferido ausentarme y ceder toda aquella gloria, pues ardía de ganas de encontrarme con Calíope. Troya me había secado. Todos mis recuerdos anteriores se me antojaban fantasmagóricos, como de otra vida, ajena y melancólica. Una vida que necesitaba recuperar.

La gloriosa, concurrida y exuberante procesión nos llevó en volandas hasta las puertas mismas del palacio de Micenas. Una vez allí, el ejército del gran Agamenón, por primera vez desde hacía más de dos lustros, se dispersó. Los soldados volvieron con sus familias. Las espadas descansaron al fin.

—Señor, ¿puedo irme? —le susurré a mi rey.

—Por supuesto. Tu esposa estará esperándote. Corre, hermano —contestó, abrazándome con fuerza—. Gracias por todo. Mañana nos vemos.

Le cedí las riendas del carro a uno de los pajes de las caballerizas reales, un muchacho que bien podría haber sido yo hacía años, y salí corriendo. Dejé los arcones que había conseguido en Ilión, mis laureles y todo mi dinero en los carruajes de Agamenón. Ya habría tiempo de reclamarlos. Lo que necesitaba en ese momento, y solo sabían los dioses cuánto, eran los besos de mi esposa.

Jamás pensé que volver a ver la fachada de mi propia vivienda pudiera llegar a despertarme tantos sentimientos. Recuerdos de un tiempo mejor, de cuando el mundo todavía no me había despreciado, en los que aún albergaba sueños y esperanza en la humanidad. Llamé a la puerta, dispuesto a abrazar a mi esposa. Tenía tantas cosas que contarle, que confesarle, tantas... Las palabras silenciadas me apretaban el cuello y el estómago. Aquella

espera, aquella necesidad era peor que la sed de quien está a punto de morir por falta de agua. El corazón me latía con fuerza desbocada, como los corceles más rápidos y diestros de todo el mundo. Me abrió la puerta un niño de mirada almendrada, una mirada que había deseado ver toda mi vida.

No podía ser. ¿Acaso aquella última vez antes de irme...?

Me arrodillé tembloroso ante el chiquillo. Hubiera reconocido esos ojos, esos gestos, en cualquier lugar, en cualquier momento. Era la viva imagen de mi esposa. El rostro por el que tanto había suplicado durante todos esos años. Mis deseos hechos carne. Ese sentimiento, lo juro, soy incapaz de explicarlo con palabras. Tan repentino, tan punzante, tan hondo. Amor. Puro y duro, sí, amor. No pude evitar abrazarlo. Los dioses habían escuchado nuestras súplicas. Comencé a llorar, agradeciendo a las deidades todo lo que me acababan de regalar. Me había perdido los diez primeros años de vida de mi hijo, pero juré y perjuré no volver a perderme ni un solo segundo. El niño, sorprendido y contrariado, intentó, sin éxito, librarse de mí.

—Cariño, ¿está tu madre en casa? —le pregunté, apartándome para evitar asustarlo. Ya tendríamos tiempo de contárselo todo—. No puedes hacerte una idea de lo que necesito verla.

—Solo papá —respondió, agarrando mi alma por los hombros, sacudiéndola en su idílico letargo y apuñalándola un centenar de veces.

# XLVII

# Insospechado

—Delio, te he dicho mil veces que no abras la puerta a desconocidos —pronunció una voz que terminaría arrastrándome hasta lo más profundo del Tártaro, una voz que creía haber olvidado y esperaba no volver a escuchar nunca. La de mi hermano Solofemo, que sonrió al verme—. Te estaba esperando —dijo mientras se acercaba a mí—. Hijo mío, sal fuera. Seguro que todavía quedan rastros del desfile.

—Papá, dijiste que no podía...

—¡Fuera! —exclamó Solofemo con furia. El niño, más que acostumbrado a no llevarle la contraria a su padre, agachó la cabeza y huyó atemorizado.

—¿Qué... qué haces aquí? —conseguí decir entre perplejo y angustiado.

Con dos pasos rápidos, Solofemo recortó la distancia que nos separaba y, antes de que pudiera reaccionar, preso de mi inmensa sorpresa, me asestó una puñalada en el costado. Ni siquiera pude ver el afilado metal que se abrió paso dentro de mi carne. Solo noté su furia. La sangre comenzó a caer por mi costado. El dolor, intenso e insoportable, me hizo doblarme.

—Esta es mi casa, Aurimedón —me susurró—. Por favor, no te mueras. Tu infierno no ha hecho más que comenzar.

Un puñetazo repleto de rabia me abrió el camino hacia el vacío. La negrura fría me engulló.

Aquello no fue el final, aunque lo hubiera abrazado complacido.

Desperté, no sé muy bien cuándo, atado a un madero en lo que reconocí como mi propio dormitorio. El tenue crepitar de una antorcha era el único foco de luz. Allí, de pie y con una sonrisa malvada, aguardaba mi hermano.

—¡Por fin! Ya temía que me hubiera pasado con mi saludo inicial —se burló—. Tantos años esperando esto y casi me lo cargo nada más empezar. —Apenas podía contener una risa nerviosa y cruel. Sus ojos habían perdido cualquier pizca de cordura. El monstruo había engullido por completo el alma de Solofemo.

—Cuando Agamenón se entere de esto, hará que te maten. Huye mientras puedas.

—Siempre con el nombre de tu amante en la boca, ¿no te cansas? Lo idolatras como si fuera un dios.

—No es mi aman... —No pude terminar. Solofemo me propinó un puñetazo en el plexo solar que me dejó sin aire. Me agarró del pelo y me escupió en la cara.

—Calíope no hablaba tanto, pero era mucho más fiera. —Nueve palabras. Solo nueve, que me mataron. Nueve palabras que hicieron que el apuñalamiento, la guerra de Troya y todas las vicisitudes que había tenido que superar a lo largo de mi vida resultaran insignificantes.

—¿Qué le has hecho a mi esposa, desgraciado? —Mi hermano había estado esperando la pregunta. Rompió a reír con ganas, con fuerza. Soltó en aquella carcajada todo lo que había estado escondiendo durante años.

—¿Qué le he hecho yo? Nada. Has sido tú, Aurimedón. Tú la condenaste. —Dejó que sus palabras calaran en mí; se alimentaba de mi sufrimiento—. Después de que sacrificarais a la princesa Ifigenia, hace diez años, la reina Clitemnestra se hundió en la miseria. Estuvo meses sin salir de su alcoba. Micenas se sumió en una penumbra densa e irrespirable. Los dioses abandonaron la ciudad de mis padres. —Se esforzó en remarcar la palabra *mis* para dejarme claro que no me consideraba parte de su familia—. Fue en aquel momento cuando decidimos volver.

—¿Decidimos?

—Así es. Egisto, el legítimo heredero del trono, y yo. —Me quedé sin aliento. No esperaba volver a escuchar el nombre del mayor monstruo de mi juventud—. Y no, no creas que Micenas estaba resentida. Sus hijos morían en Troya por culpa de los cuernos de un bastardo, la ciudad palidecía y su reina lloraba con amargura. Tan solo la llegada de Egisto logró cambiar las tornas. Se necesitaba el mando de un hombre fuerte y decidido para garantizar la estabilidad del reino.

—Agamenón descubrirá todo lo que habéis hecho y os mandará descuartizar. Y, por primera vez en mi vida, no estaré ahí para defenderte, hermano —contesté con repugnancia, escupiendo sobre los pies de Solofemo—. La ciudad entera os volverá la espalda otra vez. —Esa acotación, el recuerdo doloroso de su pasada derrota, me costó un nuevo golpe en el costado sano.

—A estas alturas, tu adorado Agamenón no será más que un puñado de despojos. Aprendimos de nuestros errores. No vamos a dejar ningún hilo suelto.

Lo insulté. Con rabia, con desesperación. Puede que fuera la primera vez que me desahogaba a gusto. Que le decía todo lo que pensaba de él. Se relamió con todas y cada una de mis palabras. Gozó con mi padecimiento antes de decidir que la función había terminado. Quería dosificar mi sufrimiento. Volvió a dejarme inconsciente con un nuevo puñetazo.

Debió de pasar una semana desde mi captura. Siete días en los que mi secuestrador me cosía las heridas y me proporcionaba curas solamente para alargar mi agonía. Una semana de torturas constantes en la que me traía agua mezclada con heces y orina y me daba unas gachas repugnantes. Aprovechaba para reírse de mí cuando le venía en gana y contarme detalles escabrosos sobre todo lo que le había hecho a mi esposa que, por deferencia a su memoria, no contaré. Lo único que me quedó claro fue que, tras regresar a Micenas, Egisto y Clitemnestra tuvieron a bien entregársela. La reina se vengó de ese modo de mi engaño.

Solofemo la violó, no os hacéis una idea de cuánto me duele confesarlo. Sí, más veces de las que quiero admitir, hasta que la dejó embarazada.

Lo peor llegó después, cuando por fin dio a luz. La torturó, o eso se empeñaba en repetirme para destrozarme el alma, hasta que un día Calíope, cansada y exhausta de esperarme, de ver que jamás acudiría en su auxilio, abandonó el mundo de los vivos entre lamentos, lágrimas de sangre y maldiciones.

Fue la semana más negra y aciaga de mi vida. Recordarla me hace entrar en una profunda espiral de tristeza. Por mucho que intento decirme, una y otra vez, que no fue culpa mía, que de ninguna manera habría podido ayudarla, el bálsamo no surte efecto. Arrastraré la muerte de mi esposa toda la vida.

El noveno día, o el décimo, no recuerdo bien, una voz distinta, con matices conocidos pero con una profundidad extraña, me trajo de vuelta a la realidad.

—Vamos, Aurimedón, tenemos que salir de aquí —gruñó la sombra. Noté una punzada gélida en mis muñecas; alguien cortaba mis ataduras—. Debemos vengar a Agamenón.

—¿Quién..., quién eres?

—Pílades. Un amigo del príncipe Orestes.

# XLVIII

## Malas noticias

Abandonamos Micenas como vulgares delincuentes a lomos de dos equinos que el propio Pílades había traído consigo. Me costó reconocer a aquel muchacho, el mejor amigo de Orestes. Los años lo habían transformado por completo: hombros anchos, músculos fibrosos y barba poblada. Un hombre hecho y derecho, como debía serlo el propio príncipe de Micenas. Divina juventud que regala a los jóvenes buenos años y nos castiga a los mayores.

No pasó mucho tiempo hasta que tuve que detenerme. Las heridas, la fatiga y la mala alimentación me impidieron seguir avanzando. Quisieron los dioses que mi descanso pudiera darse en pleno corazón de un frondoso bosque.

—¡Zeus divino! ¿Qué te han hecho? —exclamó Pílades mientras me ayudaba a descabalgar. Me dio de beber y compartió conmigo un mendrugo de pan.

—Es una larga historia —respondí, tragándome todos mis demonios, para evitar caer de nuevo en ellos—. ¿Cómo sabías que mi hermano me tenía encerrado?

—No tenía ni idea. Orestes me envió a Micenas para comprobar si los rumores eran ciertos.

—¿Cómo? ¿Dónde estabais? ¿Por qué no recibió el príncipe en persona a su padre? ¿Qué rumores?

—Veo que estás completamente desinformado. Desde la llegada de Egisto, Clitemnestra se esforzó todo lo que pudo en alejar a Orestes de palacio. Habló con mi padre, Estrofio, el rey de la Fócide, y le imploró que se encargara de su educación. Que le enseñara a ser un hombre, ya que su padre seguía en Troya.

—Conozco a tu padre... —respondí.

Y era verdad. Agamenón me había mandado en un par de ocasiones a la Fócide, la última de ellas para intentar convencer a su rey de que se embarcara en la aventura troyana. Se negó escudándose en que había sido uno de los pocos que no acudieron a pedir la mano de la princesa Helena y por lo tanto estaba exento de rendir cuentas a la hermandad militar presidida por Agamenón. Cierto es que envió a unos cuantos soldados bajo las enseñas de otros reinos pero, si tengo que ser sincero, siempre me pareció un cobarde, una de esas ratas que se vanaglorian de su grandeza cuando los gatos están lejos.

—Si lo conoces, sabrás que aceptó de buen grado. —Cómo no, pensé; para alguien como él, aquella era una oportunidad irrepetible —. Sabrás también que Orestes y yo siempre fuimos amigos. Al principio obligados, ya que Agamenón le solicitó a mi padre que, desde mi más tierna infancia, conviviera con él en Micenas. —Era cierto. Agamenón no llegó a enfrentarse contra la Fócide, pero una de sus medidas más amenazantes fue pedirle a Estrofio que le entregara a su hijo para que creciera con el suyo. Se amparaba en el pretexto de que su hijo necesitaba un compañero, pues tenía dos hermanas y deseaba que creciera junto a otro príncipe como él. Era un bello argumento el de que los dos herederos de los dos reinos debían crecer juntos, pero en el fondo todos sabíamos que, aunque los niños lo ignoraran, Pílades era un rehén de Agamenón y entregárselo era una muestra de abnegación y de sumisión por parte de Estrofio. Por ello, ese repentino cambio en los acontecimientos le congratulaba tanto. Ahora era él quien tenía al único hijo varón de Agamenón en su poder—. Pero no solo eso —prosiguió Pílades—. El año pasado, tras una victoria aplastante de mi padre en los Juegos Olímpicos —se le notaba que estaba orgulloso. A mí me hubiera encantado decirle que no había gloria en esos Juegos. Todos los hombres de verdad estaban en Troya hacía años. Pero no quise disgustarlo—, nos encontramos con la princesa Electra.

—¿Con la princesa?

—Sí. Había acompañado a su madre y a Egisto para contemplar a la delegación micénica y fue lo suficientemente hábil como para

escaparse y llegar hasta nosotros. La vimos peor que nunca. Parecía desubicada. Loca. No osamos culparla; nadie sería capaz de soportar lo que estaba soportando aquella muchacha. Nos aseguró que su madre estaba dispuesta a asesinar al rey Agamenón en cuanto este regresara de Troya. —Su rostro demostraba vergüenza. Había visto ese semblante miles de veces durante mi vida. Se sentía culpable.

—Y no la creísteis.

—¿Cómo íbamos a hacerlo? Nos reímos. Orestes estaba convencido de que sería al revés. Cuando Agamenón volviera, el traidor abandonaría Micenas al instante y su madre lo negaría todo.

—¡Dioses! ¿Cómo pudisteis ser tan estúpidos? ¿Acaso no conoce Orestes a su madre? Esa mujer es capaz de todo. De todo. ¡Por Zeus! ¡Agamenón mató a su hija delante de sus narices! ¡Jamás se lo perdonará!

—Orestes intentó avisar a su padre. Enviamos mensajeros, pero nunca llegaron. Ahora sabemos que Clitemnestra los tenía controlados. Jugó con nosotros. Estuvimos siempre a su merced —repuso desolado—. Cuando al fin nos llegó la noticia del regreso de Agamenón a Micenas, supimos que ya era demasiado tarde. Orestes me envió a buscarte. Necesitaba saber si al menos tú continuabas con vida. Me dijo que habías sido más que un amigo, más que un soldado para su padre, que solo podíamos confiar en ti para darle justa venganza. Te estuve buscando durante días, se ve que tus compañeros también, y el que Solofemo se hubiera apoderado de tu casa nos olía demasiado mal. No nos atrevimos a entrar directamente. La ciudad está agitada y confusa. Los soldados temen contrariar a la reina; tampoco aceptan al nuevo rey. No saben qué hacer. No me ayudó nadie. Tuve que esperar a que tu hermano abandonara su casa para entrar a por ti. Ahora mismo deben de estar buscándonos.

Todo aquello me superaba. Era demasiada información. La muerte de mi señor, junto con la de Calíope, terminó derrotándome. Conservaba la esperanza de que todo fuera un burdo engaño, una argucia de mi hermano para hacerme sufrir durante mi encierro. Con su caída, todo mi mundo se evaporaba. Sin seres queridos, sin sueños ni esperanzas. Sin nada por lo que vivir.

—Lo que sé me llegó por boca de un esclavo, uno de esos hombres que siguen siendo leales al príncipe Orestes y que se jugó la vida revelándonos lo ocurrido. Nada más regresar a Micenas, me reuní con él y me lo contó todo. Cuando la reina Clitemnestra se enteró de que Agamenón había derrotado a los troyanos y se disponía a volver a Micenas, ordenó que se preparasen hecatombes y sacrificios en los templos de la ciudad. Todos los dioses debían quedarse satisfechos. Una medida que no levantó suspicacias. Según el esclavo de Orestes, el pueblo creía que la reina los había orquestado en honor a la victoria, para agradecerles la gloria que le habían permitido alcanzar a su marido. Nada más lejos de la realidad. Fue una especie de bula, un pago por lo que estaba a punto de cometer, solo que, en ese momento, nadie lo sabía aún. Entonces llegasteis en vuestros enormes barcos en un desfile triunfal, gloriosos y dorados como vívidas reencarnaciones de héroes de otros tiempos. Agamenón tuvo incluso la desfachatez de traer consigo a una esclava troyana, Casandra...

—Sí, la adivina. Familia directa del gran Héctor. Agamenón se encaprichó de ella y la hizo su concubina —aclaré.

—Lo que le faltaba a Clitemnestra para decidirse a actuar, si es que alguna vez tuvo dudas. Llevaba años siendo la reina y señora de toda Micenas y, por lo que se ve, odió tanto que su esposo trajera a una troyana a su casa que casi boicotea sus propios planes. El esclavo me contó que estuvo a punto de matarla en persona. Al final logró que fuera el propio Egisto quien la ejecutara en una habitación aparte. Se dice que, antes de morir, soltó una especie de maldición o de vaticinio: «La leona de dos patas me aborrece, la misma que se acuesta con el lobo en ausencia del noble león. La felina sin corazón terminará matándome a mí, que desde hace más de diez años no conozco la dicha. Primero vi caer mi ciudad y ahora debo morir en la casa de quien destruyó la mía. Mas no me lamento de mi destino, sino del de mis verdugos, pues será el valiente cachorro quien esgrima el cuchillo vengador. La casa de Atreo estuvo manchada desde su nacimiento y manchada quedará, mientras el cachorro se niegue a limpiarla».

—Orestes.

—En efecto. Aunque eso no es todo. Lo peor es que Casandra no se equivocó lo más mínimo. Egisto la degolló como a un cabritillo y tiró su cadáver Zeus sabrá dónde. Mientras, Agamenón iba quedándose solo. Todos sus compañeros fuisteis abandonándolo, lógicamente, al final. Hacía una década que no veíais a vuestros seres queridos y él se dispuso a hacer lo mismo. Pero no sospechaba que Clitemnestra continuaba detestándolo profundamente, tanto por el sacrificio de su propia hija como por todos sus desplantes. Supo disimularlo a la perfección. Bebieron y cenaron juntos y, antes de irse a la cama a retozar, la reina le pidió que se diera un baño. Allí, sobre el agua templada, le arrojó una red, inmovilizándolo, y fue en ese preciso momento cuando apareció Egisto. Apuñalaron al rey más grande de toda Grecia, el que más barcos había logrado enviar a Troya, el mismo que derrotó a Príamo, y lo hicieron de forma denigrante. Desnudo, desamparado, sin una espada en su mano, escuchando las burlas de los adúlteros, recibiendo sus insultos y sus cuchillos. Agamenón descendió al Hades viendo cómo su mujer recibía los besos soeces de otro hombre. Humillado, hundido y moribundo, el esclavo me aseguró que dedicó sus postreras palabras a los dioses, suplicándoles clemencia.

—Al fin consiguió reconciliarse con ellos —comenté antes de estallar en llanto.

De no sentirme vacío por completo, me habría pasado todo lo que me quedaba de vida llorando. Seco. Las Erinias, deidades vengativas enviadas por los dioses, habían tomado a la fuerza la vida del mejor y más grande de los reyes. Y, por muy sacrílego que pueda sonar, me resultó injusto, muy pero que muy injusto. Le dejaron paladear la gloria en Troya para arrebatársela nada más regresar a su tierra. Triunfó sobre el enemigo y sucumbió ante su propia mujer.

Sí, es cierto que se odiaban y que no la había tratado con justicia, pero sé que el Atrida, a su atípica, enfermiza y altiva manera, llegó a amarla en algún momento. Más allá de sus repetidos adulterios, que para mí fueron siempre una manera de demostrar poder, jamás

repetía dos noches con la misma muchacha. ¿Cómo me atrevo a asegurar tal cosa, viendo las innumerables humillaciones a las que la sometió? Porque solo quienes conocimos plenamente a Agamenón sabemos que él valoraba el poder, la posición jerárquica, mucho más que la carne. Y dejar el mando de la ciudad de sus amores, su ciudad, en manos de Clitemnestra, cuando pudo haber colocado a cualquiera de sus hombres de confianza e incluso ir rotándolos anualmente para que no acumularan demasiado poder, así lo atestiguaba.

Durante mi lastimosa estancia en Troya, comprendí que el sexo y la lujuria son pasiones en las que los más bajos impulsos toman las riendas de tu ser, en las que cedes para luego arrepentirte. Yo jamás cedí. Siempre fui más fuerte que Agamenón en ese sentido. Puede que fuera el único.

Lo cierto es que nunca vi a Agamenón satisfecho tras una de sus noches. Sí disfrutaba de lo previo, de la «caza», de la conquista de conseguir todo lo que quería, como su padre Atreo, el monstruo que había acabado con la vida de los míos. Eran idénticos y, sin embargo, continuaba defendiéndolo. Paradojas del destino. Pero amar, el amor, era algo mucho más profundo, algo que no se quedaba solamente en la piel. Amor era lo que sentía Aquiles por Patroclo, un sentimiento que trascendía al resto, por el cual estaba dispuesto a dejar atrás su honor, su orgullo, su cordura y su vida. Amor era lo que sentía Héctor por su ciudad, Odiseo por su isla y Menelao por su esposa. Poder amar, amar de verdad, requería necesariamente un sacrificio, porque el amor es una responsabilidad, un acto voluntario, una decisión consciente en la que cedes parte de tu vulnerabilidad y la dejas en manos de otra persona creyendo en ella, deseando que te corresponda. Le entregas a otro ser las herramientas y el poder necesario para destrozarte. Le regalas el cuchillo, pones el cuello, cierras los ojos y confías. Eso es el amor. Confianza. Fe.

Y eso hizo Agamenón con Clitemnestra creyendo que ella se lo perdonaría todo, confiando en que entendería que los reyes aman de otra forma, asumiendo que, como la hija de un rey que era, comprendería su lugar y la forma en la que iba a ser amada.

Pero Clitemnestra no era una mujer normal y corriente. Ni sumisa ni complaciente. Se respetaba demasiado como para permitir que el mundo la pisoteara. Debería haberlo entendido (y habérselo advertido a él) cuando me miró de aquella manera durante el sacrificio de su Ifigenia, cuando estuvo dispuesta a pagarme lo que hiciera falta por acabar con su esposo.

Prueba irrefutable de ello fue que nadie, ni siquiera los soldados que Agamenón dejó en Micenas, se atrevió a revelarle lo que estaba a punto de ocurrir. Mi señor, mi amigo, no supo nada hasta que fue demasiado tarde. No pudo defenderse. Tampoco llegaron emisarios a la Fócide hasta que el rey, el verdadero rey, hubo caído.

Tal era la fuerza de Clitemnestra. La mujer que lo orquestó todo. La mujer que quedará sepultada, incluso en su venganza, por la sombra de un hombre. De su amante, Egisto.

Pílades me obligó a volver a montar a lomos de mi corcel y no nos detuvimos hasta llegar a la Fócide. Pero, antes de continuar con mi relato, necesito detenerme brevemente para explicar los motivos que creo que esgrimió la reina Clitemnestra para exiliar a su hijo.

Estoy cansado de escuchar que lo hizo para tener el camino libre, para que nadie pudiera impedirle acabar con su marido. Nada más lejos de la realidad. Los que llegamos a conocerla, aunque fuera de manera superficial, sabemos que, tras el inenarrable dolor sufrido por la muerte de su primogénita, la protección y el cuidado de sus otros hijos se tornó en una especie de obsesión. No podía permitirse el lujo de dejar a Orestes demasiado cerca de Egisto por más que hubiera llegado a ciertos acuerdos turbios con él. Tampoco creo, soy sincero, que llegara a enamorarse de semejante traidor. Después de la execrable experiencia amorosa con Agamenón, no creo que Clitemnestra pudiera llegar a amar a otro hombre, al menos no de esa manera. Creo que lo utilizó, como nos utilizó a todos, para conseguir su objetivo. Para llevar a cabo su venganza. Si tuviera que definir a Clitemnestra en dos palabras, tengo muy claro cuáles utilizaría: Reina. Madre.

Y precisamente por eso, porque ante todo ella era una madre, una leona dispuesta a proteger a sus cachorros, alejó a Orestes. No iba a

permitir que fuera testigo directo del asesinato de su padre. Lo quería demasiado. ¿Electra?

Con su hija todo fue más sencillo. No tuvo por qué alejarla del palacio. Aprovechó el pretexto que los hombres siempre habían esgrimido: serviría para unir reinos, para alcanzar acuerdos diplomáticos. Solo que, por más y más pretendientes que llegaban a Micenas a pesar de la guerra en Troya, jamás aprobó a ninguno. Ella buscaba un protector, alguien que cuidara y respetara a su hija, que no la pusiera en peligro, que la valorara por lo que era, una joven digna de amor y respeto, no una princesa. No encontró a nadie. Duele reconocerlo, pero, en ese tiempo, los príncipes y reyes, los que se suponía que debían ser los mejores hombres de cada reino, solo apreciaban a las mujeres por su valor como herederas de estirpes, como eslabones en una carrera para tejer alianzas y afianzar cadenas de poder. Ninguno vio en Electra a una mujer digna de ser amada, solo a una princesa que incrementaría su poder, igual que Agamenón vio eso mismo en Clitemnestra. Y por eso, porque se negó a aceptar que su hija sufriera el mismo trato que ella, no acordó ninguna boda, no fue capaz de alejarla de Micenas y Electra, finalmente, tuvo que asistir a todo aquel horror.

Quiero pensar que la reina se consoló pensando que su amor bastaría, que ella protegería a Electra. No habiendo salido las cosas en cuanto a su matrimonio como deseaba, quiso creer que Electra siempre estaría a su lado. Que compartirían lazos y motivos para odiar a su padre. Ese fue su único error. Su único cabo suelto. Electra fue tan inteligente o más que ella. Escondió su verdadera lealtad a Agamenón hasta el último momento.

Porque Agamenón era un asesino y un rey despiadado, sí, pero también era su padre. Un héroe del que todos, salvo su madre, hablaban maravillas. El león dorado que había conquistado la ciudad invencible de Troya. Electra y Orestes siempre lo idealizaron. Siempre lo amaron.

Gracias a ese amor, podríamos vengarnos.

Durante el trayecto, no pude evitar flagelarme una y mil veces. Todo aquello era culpa mía. Si le hubiera contado a Clitemnestra la verdad sobre el destino de Ifigenia, puede que no hubiera caído en

un pozo sin retorno, puede que no hubiera condenado su alma cometiendo el más vil de los asesinatos para vengar a su hija. De habérselo dicho, puede que mi esposa, y mi rey, todavía siguieran con vida.

Alejé esos demonios de mi cabeza de inmediato. Debíamos dejar en paz a Ifigenia. Por lo poco que me había confesado mi amigo Automedonte cuando estábamos en Troya, era una muchacha feliz. Incluso se había casado con un pastor ftío. No éramos nadie para volver a destruir su mundo. No después de todo lo que tuvo que sufrir. De lo que tuvo que luchar para crearse una nueva vida.

Nada se podía hacer. Ya era tarde para lamentarse. Tenía que mirar hacia delante. Se lo debía a Micenas. Ya habría tiempo para regodearme en mis tribulaciones.

Es cierto que alejé mis remordimientos acuciado por la necesidad inmediata de ayudar a mis congéneres. Pero he de ser sincero: abandoné el mundo de los vivos y de los cuerdos en el mismo instante en que regresé de Troya. Entonces fue cuando sustituí los terrores de la guerra por el sinsentido del mundo real. Clitemnestra, Egisto y Solofemo me lo habían arrebatado todo: mi mujer, mi esperanza, mis planes de futuro y mi rey, mi referente, mi amigo. Dejé mi cuerpo y mi alma al amparo de una única razón, el único estímulo que me movía, que me permitiría continuar respirando y que habría de marcar mi destino.

La venganza.

Seguiría el camino de Némesis hasta el Más Allá. No me quedaba otra. No me quedaba nada.

# XLIX

## Clitemnestra y Egisto

Nada más llegar a la Fócide, Pílades me dejó bajo los cuidados de un sanador que me limpió y desinfectó las heridas. Estuve varias jornadas encamado comiendo bien, bebiendo y recuperando fuerzas. Al amanecer del cuarto día, partimos. Los tres solos: Pílades, Orestes y yo. Sin soldados ni sirvientes. Encapuchados, a lomos de monturas ligeras, y desarmados. No hablé con el príncipe, ¿qué iba a decirle?, ¿que lamentaba la muerte de su padre? Estaba seguro de que sabía lo mucho que lo quería. Hacerme partícipe de su venganza suponía un gesto inequívoco. No, no era momento para el consuelo entre tibios abrazos, no. Se cumplió la hora de convertirnos en cuervos, de afilar los picos y rebuscar entre la carroña. Venganza. Solo eso lograría saciarnos.

Al llegar a Micenas, advertimos un enorme bullicio. La ciudad entera lloraba a su rey. La tensión y el desánimo se habían apoderado de todos y cada uno de los micénicos. Sin su líder, se sentían desorientados. Una cosa era aceptar a la reina Clitemnestra mientras Agamenón combatía en Troya y otra muy distinta tener que hacerlo una vez que este había fallecido.

La desazón y la incertidumbre arañaban las puertas de Micenas.

¿Que por qué tardaron dos semanas en celebrar los ritos fúnebres? Porque Clitemnestra no era ninguna estúpida. Ocultó su asesinato tanto como pudo, no fuera a ser que los soldados de Agamenón, incendiados todavía por los estragos de Troya, acabaran con ella. Intentó que todo pareciera casual. Contrató a cientos de

personas para que hicieran correr el bulo de que su esposo había muerto a causa de una repentina enfermedad que lo tuvo varios días indispuesto. Los esclavos afines a mi señor, que podían revelar la verdad, fueron ejecutados en secreto, en un burdo intento de que esta no saliera a la luz. La reina decidió, también, celebrar el entierro sin invitar a Menelao ni al resto de reyes y héroes que habían participado en la guerra de Troya. Dado que todos estaban agotados y deseosos de permanecer en su hogar y disfrutar de sus familias, su éxito y sus reinos, todos ellos se conformaron y aceptaron de buen grado, yo diría que incluso con alivio, no tener que volver a viajar, ahora a Micenas, para las exequias.

Orestes tampoco contó con ellos. No quería que aquello derivase en una nueva y gigantesca contienda que arrasara los cimientos de su pueblo. Debía solucionarlo todo de muros para dentro. Y por eso estábamos allí. Tragándonos nuestra propia bilis, soportando todo el espectáculo que Clitemnestra y Egisto habían organizado. Hicieron todo lo que estuvo en sus manos para evitar posibles represalias, bélicas y económicas, con el único fin de demostrar fortaleza. ¿Cómo pensaban los nuevos gobernantes, los usurpadores, conservar la recién ganada Troya si no respetaban ni al hombre que la había sometido?

Demasiados interrogantes, demasiadas preguntas por hacer.

A mí me traían sin cuidado. Ya tendría tiempo para ocuparse de ellas Orestes, cuando fuera coronado. Yo solo tenía una preocupación en mente: saciar mi sed de sangre. Dejaría que el hijo vengara al padre, se hiciera con el control de la ciudad y diera respuestas a todas aquellas cuestiones. Yo tenía claro mi cometido: vengar la memoria de mi esposa a riesgo de traicionar la de mi abuela Melgara.

Esta vez ni los dioses ni los mortales lograrían que perdonara a mi hermano. Calíope me reclamaba su cuota de dolor desde el Inframundo, atormentada.

Cientos de mujeres llorando a mares llenaban las calles de Micenas. Los hombres, los mismos que habían superado infinidad de obstáculos y matado a miles y miles de troyanos, se dejaban contagiar por el llanto de las mujeres y los niños, incrédulos y sorprendidos. No se les dio ninguna explicación y sin su estrella, sin la tutela del ser que los había conducido hasta la gloria, fueron incapaces de saber qué hacer.

Nosotros entramos en la ciudad encapuchados y disfrazados de pastores. Todos sabían quién era Orestes, el legítimo heredero, el rostro que en aquellos momentos deseaban ver, la voz que necesitaban escuchar. Pero Orestes no estaba para discursos. Tuvimos que sobornar también, pese a nuestros atuendos, a varios soldados que Egisto había colocado estratégicamente en las diferentes puertas de Micenas. La llegada de Orestes era su único temor y se cuidó mucho de intentar por todos los medios que no entrara en la ciudad. ¿Su problema? Que la fidelidad de sus soldados solo respondía al oro y, en aquel momento, Orestes subió la puja. No volvimos a ver a aquellos hombres. Con el dinero que el príncipe les entregó, comenzaron una nueva vida lejos de allí. No les culpo.

No nos detuvimos a ver el funeral de Agamenón. Sin embargo, varios de los compañeros con los que había compartido sinsabores en Troya terminarían revelándome, noches más tarde, cómo Egisto y Clitemnestra decidieron honrar al difunto.

Por más que lo odiasen, por más que prefirieran lanzar sus despojos a la basura o dárselos de comer a los perros, no pudieron hacerlo. Agamenón había sido el monarca micénico más importante de la historia. Escupir sobre su legado habría sido contraproducente. El ejército continuaba amándolo y, por ello, se le trató con el máximo respeto. La reina se envolvió en vestiduras negras, gritó desconsolada y su llanto resultó amargo y convincente. Egisto se quedó en palacio evitando habladurías y rumores. Sabían que iban a enfrentarse a un problema mayúsculo: la reacción de Orestes y del resto de reyes que guerrearon bajo el cetro de Agamenón.

Cientos de soldados marcharon, como si de un desfile militar se tratara, siguiendo el féretro. Muecas lastimeras, lágrimas en los ojos y armas enfundadas. Todo lo que mi señor, mi amigo, detestaba. Los

templos sacrificaron sus mejores ofrendas, imploraron el perdón de los pecados de Agamenón y le desearon un buen tránsito a la otra vida. Micenas gritaba, amarga y rebelde, por el funesto destino de su hijo pródigo, del conquistador.

Cerrando la fúnebre comitiva, destrozada, al borde la locura y rodeada de sacerdotes y soldados, caminaba Electra. Todas las miradas fijas en ella.

El féretro de Agamenón, cerrado para que no se pudiera contemplar su estado de descomposición, y mucho menos las heridas de los puñales que le habían causado la muerte, fue depositado y enterrado cerca del palacio, en el mausoleo de sus ancestros. Uno de los pocos cuerpos que no estaría allí, seguro, sería el de su padre. Nadie sabía qué hicieron Tiestes y Egisto con su cadáver una vez que se apoderaron de la ciudad. Esta vez Egisto y Clitemnestra se vieron obligados a hacer un entierro de forma adecuada. Debían cubrirse las espaldas y tratar a Agamenón en la muerte con todo el respeto que le habían negado en la vida. Comprendo que muchos de vosotros veáis en la tradición real micénica del enterramiento algo extraño. El resto de mortales somos incinerados. Sin embargo, los ciudadanos de Micenas creían que, si sus héroes estaban bajo suelo local, estos podrían seguir velando, de alguna manera, por ellos desde el Más Allá.

Era espantosa la situación que se le presentaba ahora al trono de Micenas. Lidiar con una conquista, jugosa, recién conseguida y lejana, en Oriente; convencer al pueblo, al ejército que había estado dejándose la piel por Agamenón y a todos los reyes de la Hélade para que no se lanzaran contra ellos como perros hambrientos, y, sobre todo, calmar la furia vengativa de Orestes.

Cuesta demasiado olvidar la sangre del padre.

—Conozco perfectamente los demonios que te mueven, amigo mío —me confesó Orestes una vez dentro de Micenas—. No me abandones, te lo suplico. Te necesito para vengar a mi padre.

Cuando lo hayamos hecho, te prometo que tu hermano no tendrá lugar donde ocultarse.

Confié en él. ¿Cómo no hacerlo cuando no te queda nada?

Bien entrada la noche, mientras todos los ciudadanos apenados, tristes y pesimistas por el futuro que les aguardaba acababan de acostarse, Orestes decidió acudir a la tumba de su padre para dedicarle unas últimas palabras. Lo necesitaba. Agamenón había emprendido la guerra de Troya siendo él apenas un niño. No lo había visto crecer, no vio cómo la barba poblaba sus mejillas ni cómo sus músculos se hacían fuertes, pero él lo recordaba con la admiración que solo un niño puede sentir hacia su padre, un héroe, un rey.

Tuvimos que esquivar a varios guardias para llegar hasta la tumba de Agamenón. El mausoleo era un recinto exterior, anexo al palacio, una explanada verde en mitad de la ciudad, un lugar poco transitado, recubierto de lápidas, estatuas y estelas mortuorias. La de mi amigo era fácilmente reconocible.

—Rápido. Escondámonos —nos ordenó el príncipe al escuchar unos pasos. Alguien se aproximaba.

Nos cobijamos tras una figura de Caronte, el dios barquero que transportaba el alma de los caídos de una orilla a otra, tallada en piedra. Desde allí, reconocimos la lúgubre figura que nos importunaba.

—Oh, padre querido, perdóname. Perdóname por no haber honrado tu nombre, por haber consentido que mi madre se aliara con ese malnacido, por dejar que ocuparan tu trono mientras te jugabas la vida en Troya. Fue el miedo el que actuó por mí; el temor de poder ser la próxima Ifigenia y las palabras de mi madre azuzaron esos caballos aterrados que galopan en lo más profundo de mi ser. Siempre me amaste, lo sé, como sé que amaste a todos tus hijos —se lamentó la princesa Electra antes de dejarse caer sobre el suelo y quedarse mirando, ensimismada, la tumba de Agamenón—. Si, al menos, mi hermano estuviera aquí, él sabría qué hacer. Cómo vengarte. Siempre fue el más decidido. —Era como si

los dioses hubieran orquestado los compases del tiempo y el espacio para terminar uniendo allí, esa noche, a Orestes y a Electra en el último adiós de su padre.

Tuvimos que sujetar al príncipe para que no se lanzara a abrazar a su hermana. No había ido sola. Los nuevos reyes de Micenas no lo habrían permitido. Dos soldados la acompañaban a una distancia prudencial.

Le indiqué con un gesto que aguardara a que Pílades y yo pudiéramos colocarnos tras ellos.

—No son nuestros enemigos —le advertí en un susurro a mi compañero—. No consentiré que les hagas daño, ¿entendido?

Acepté su asentimiento y, en cuanto nos hubimos dispuesto, le pedí al príncipe que saliera al encuentro de su hermana.

Lo demás ocurrió muy deprisa. Los soldados intentaron sacar sus espadas, pero antes de que pudieran hacerlo, tenían mi cuchillo y el de Pílades en la garganta. Los redujimos, los maniatamos y amordazamos con pedazos cortados de las telas de sus vestimentas y los dejamos detrás de unos arbustos.

—¡Hermana! —gritó Orestes, mientras nosotros seguíamos ocupados con los soldados. Ambos se quedaron arrodillados, abrazados y llorando por el Agamenón menos conocido, el padre cariñoso y atento.

Cuando todas las lágrimas fueron derramadas, Electra empezó a darle puñetazos en el pecho a su hermano, alejándolo de ella.

—¿Ahora sí que me crees? ¿Ya no estoy loca? Si me hubieseis hecho caso, padre seguiría vivo. Está muerto por tu culpa. Pudiste haberlo evitado —le escupió con amargura.

Orestes no supo qué responder. Era la verdad. Aceptó su culpa y se derrumbó, como un niño, sobre la tumba de su padre. Les imploró perdón a ambos. Electra no tardó demasiado en apiadarse de él. Ya habría tiempo para reproches. Rezaron juntos por el alma de su progenitor, le hicieron promesas de venganza, vertieron más lágrimas de las que uno podría contar en toda una vida y dejaron sendos mechones de sus cabellos a modo de presente.

—¿Cómo podías estar tan segura de que madre iba a hacer lo que hizo? —preguntó Orestes.

—Porque jamás le perdonó. Hombres. No os dais cuenta de las cosas. ¡Ni de lo que está sucediendo ante vuestras propias narices! Tan solo pensáis en guerrear, cazar y follar.

—¡Eso ya lo sé! Pero de ahí a que orquestara todo esto... Más que nuestra madre, parece la encarnación misma de Atenea. Lo tenía todo planeado. No la imaginaba tan fría y cruel.

—Egisto se aprovechó de ella. La visitó cuando era más vulnerable y le regaló lo que más ansiaba en el mundo: un propósito. Recuerda que padre ya nos contó cómo le arrebató el trono. No es de extrañar que Egisto haya urdido todo esto.

No les creí. Sabía que aquellas eran las palabras de unos hijos que no querían ver a su madre como realmente era. La cara oscura de Clitemnestra era demasiado tenebrosa para ellos. La venganza de Egisto acabaría tomando fuerza más adelante. Sería la versión más extendida. No iba a permitirse que el glorioso Agamenón acabara sepultado por el odio de su propia mujer. Mas yo conocía la verdad. Egisto solo fue un mero juguete para Clitemnestra.

—¿Cómo pretendes entrar en el palacio? —preguntó Electra.

—Tenía pensado valerme de la lealtad de varios esclavos. Todavía hay gente que me es fiel —contestó Orestes.

—En palacio no queda nadie que continúe siéndonos leal; madre se encargó de ello. Hace años que no la ves. Es más astuta que nadie. Utiliza a Egisto como si fuera un títere, se vale de su nombre y de su linaje para gobernar. Ha duplicado todas las medidas de seguridad por temor a que alguien, tú mismo o algún asesino enviado por Menelao, pueda intentar agredirla. No hay momento del día ni de la noche en el que estén solos. Tienen guardias que vigilan su descanso.

Fue en aquel momento cuando el espíritu de mi señor, siempre combativo, incluso en el infierno, deseoso de recibir justo desagravio y resistiéndose a abandonar nuestro plano terrenal, hizo que me llegara, a mí, que jamás urdí estratagema alguna, un plan sin fisuras. El plan que habría de terminar con la vida de los adúlteros traidores.

# L

# Huérfanos

No me sorprendió que Electra confesara que los esclavos temían a Egisto y Clitemnestra. ¿Cómo fiarse de quien asesina a su marido a sangre fría y del traidor que regresa a casa cuando su oponente se halla conquistando la mayor de las ciudades?

Ese miedo, esa desconfianza, se convirtió en nuestra llave. Pudimos entrar sin ser vistos gracias al último engranaje, los cocineros, que vivían encerrados en la cocina. Personas tan poco importantes que no levantaban sospechas pero que resultaban, sin embargo, esenciales para el funcionamiento de todo el palacio. La princesa Electra fue la primera en regresar a su hogar y encargarse de darle forma a nuestro plan. La verdad es que no sé cómo nos las hubiéramos arreglado sin ella. Una vez dentro, se internó sin ser vista en las estancias del servicio y, valiéndose de las debilidades como madre de Clitemnestra, las únicas que tenía, logró encontrar una grieta. Su nodriza. Una esclava entrada en años que había ayudado a la reina con todos sus hijos y que los amaba como si fueran suyos. Clitemnestra, sabedora de su amor y de sus buenos cuidados, se sentía agradecida y en deuda con ella y, cuando ordenó ajusticiar a todos los servidores de palacio leales a Agamenón, no osó atentar contra ella. Le debía demasiado. Su antigua aya accedió a ayudar a Electra y Orestes, a quienes quería como hijos, más por temor a lo que podría ocurrirles si Egisto los encontraba que por convicción propia. Seguía siendo leal a su ama, pero no pudo negarle su ayuda a Electra.

La nodriza, una vez hubo hablado con Electra, convenció a los cocineros de que nos dejaran entrar a nosotros también. Lo hicimos

por las puertas traseras de la cocina, a través de unas aberturas diminutas que se utilizaban para ventilar la estancia y arrojar los residuos a las calles. Reconocí a los esclavos que nos abrieron. Seguían siendo los mismos, un matrimonio beocio, dos ancianos que llevaban toda la vida al servicio de Agamenón. Nada más vernos, se echaron a los pies de Orestes, le besaron las manos y se arrodillaron ante él antes de que, siguiendo a Electra, nos internáramos en el interior del palacio.

La zona escogida para la venganza fue el despacho de Agamenón, el lugar donde mi amigo había trabajado tanto, maquinando proyectos, orquestando invasiones y futuros movimientos. La elección del lugar no se basó tanto en el intento de lograr una especie de victoria poética como en el mobiliario que había, crucial para nuestros planes. Precisábamos el gigantesco arcón, de madera noble, donde tenía guardadas grandes piezas cerámicas, diversas corazas y útiles varios. Lo vaciamos a toda prisa y llevamos los utensilios a la cocina en varios viajes. Pílades apresó a algún esclavo que tuvo el oído tan fino como para escucharnos. Orestes se escondió dentro del mueble, armado con la espada de Agamenón y con todo el rencor del mundo. Pílades se quedó con Electra y yo me marché a la cocina junto al matrimonio beocio.

Lo que sucedió aquella noche me lo revelaría luego el príncipe Orestes.

La princesa Electra entró en las habitaciones de su madre y la llamó asustada, envuelta en lágrimas. No le costó volver a encontrarse bañada en llanto. La pena por el trágico fallecimiento de su padre era demasiado reciente y se le quedaría grabada de por vida.

—Madre, madre, acompáñame, rápido —dijo, despertándola. Los soldados que custodiaban la puerta no habían logrado detenerla, ni tampoco Egisto, que dormía junto a su madre, pudo evitar que las palabras de la princesa calaran en Clitemnestra. Cuando el traidor intentó levantarse de la cama, Electra lo impidió y, acercándose a su

madre, le dijo en un susurro—: No. Él no. Es algo... femenino. Creo que estoy encinta.

Clitemnestra tranquilizó a su amante y siguió a su hija hasta el despacho de Agamenón.

—¿Qué sucede? ¿Cómo ha sido? Es imposible. Tú nunca has...

—Era mentira, madre —repuso Electra—. Necesitaba sacarte de allí. Quería hablar contigo a solas. No podía permitir que ese asesino se enterara. Es Orestes... Orestes ha... ha...

La reina debió de comprender o temer lo acontecido, porque se le encogió el corazón ante el llanto de su hija. Las palabras, cada vez más pesadas, apenas podían salir de sus labios.

—Habla, hija mía, ¿qué le ha pasado a tu hermano? —preguntó con el gesto asustado y la melena desgreñada. Lejos quedaban las cuidadas apariencias de una reina delicada y presumida. Allí estaba todo lo que era. Madre. Dolor. Miedo—. ¿Qué hace este hombre aquí? —preguntó entonces al ver que Pílades accedía al despacho.

—El príncipe ha sido asesinado. Por el hombre al que abrazabas hace apenas un instante —anunció este.

El rostro todavía bello de la reina se transformó en una mueca grotesca mezcla de terror y aflicción. Retrocedió de manera instintiva, intentando encontrar algo bajo lo que resguardarse, algo que la ayudara a ahuyentar esa pesadilla.

—Eso es imposible. Lleváis años en la Fócide. Tú y tu padre debíais encargaros de que no le pasara nada. Contraté a mercenarios y a guardias para que lo tuvieran siempre vigilado. Es imposible. ¡Imposible! —susurraba desesperada y sobrecogida.

Ante el silencio de Pílades y las lágrimas de su hija, la reina terminó por derrumbarse. Quedó de rodillas, temblorosa, presa de un pánico y un dolor que, tras la muerte de Ifigenia, creía que no podría revivir jamás. Los dioses parecían decididos a atormentarla a ella y a sus descendientes toda la vida.

Y ante tamaña injusticia, se volvió loca. Comenzó a gritar, a rasgarse las vestiduras y a arañarse las mejillas. Se arrancaba mechones de cabello con sus propias manos.

—De nada vale todo esto ahora —le reprochó Electra—. ¿De verdad creías que tu amante iba a contentarse con ser tu consorte?

¿De verdad pensabas que podrías tenerlo todo bajo control? ¿Tan necia has sido? ¡Por Zeus y Poseidón! Ha jugado contigo. Ahora que Orestes no está, podrá eliminarte, eliminarnos en cualquier momento. Ese cerdo lleva anhelando la corona toda la vida.

—Yo... nunca quise que Orestes...

—¡Asesina! —le increpó Electra.

En ese momento, me confesó Orestes, que lo escuchaba todo desde el arcón, temió que su hermana se dejara llevar y tirara por la borda todo su plan. No fue así.

—¿No te bastó con asesinar a mi padre? ¿También tuviste que permitir que mataran a mi hermano? ¿Yo seré la siguiente? —preguntó Electra.

Aquellas recriminaciones sacaron a la reina de la locura por un instante.

—¿Cómo sabes lo de tu padre? ¿Quién te lo ha dicho...? No olvides que ese malnacido hizo sacrificar a tu hermana mayor ante todo su ejército. ¡Era un violador! ¡Un desgraciado! Un asesino egoísta y prepotente. Nunca le importó nadie, ni siquiera sus hijos... ¡Lo que hizo con Ifigenia no dudaría en hacerlo con vosotros, si tuviera que elegir entre vuestras vidas y el poder!

—¡Era mi padre! —rugió Electra con la fuerza de mil leonas—. No tenías ningún derecho a arrebatármelo. Y ahora también habéis matado a mi hermano.

—¡No! —volvió a exclamar la reina—. Yo nunca le hubiera hecho daño a tu hermano. Lo sabes bien.

—¿Y por qué lo enviaste lejos de casa? ¿Por qué no le dejaste que abrazara a padre, al menos una vez, que celebraran juntos la toma de Troya? ¿Por qué no le dejaste gobernar? ¿Por qué me has privado de los dos hombres de mi vida? ¿Por qué? Tú que siempre me has dicho que podría escoger a quien quiera. ¡Los escojo a ellos! ¡A los dos!

—Majestad... —interrumpió Pílades, temeroso de que toda Micenas se enterara de aquella discusión y de que no terminara nunca—. Atrapamos al asesino de su hijo y, tras torturarlo, reconoció el nombre de quien lo contrató: Egisto.

El corazón herido, traicionado millones de veces y torturado de Clitemnestra no pudo más. La reina de Micenas quedará como una dama cruel y egoísta para la eternidad, pero sé que sus hijos y yo mismo sentimos lástima por ella en aquel momento. Sufrió. Sufrió hasta lo indecible. Y al final... nada. Volvía a empezar. Volvía a sufrir. Volvía a ser engañada. Volvía a tener que lamentar que una vida creada en su interior le fuera arrebatada de entre las manos.

—Todos los hombres sois iguales. Solo buscáis el poder. ¿Cómo he podido acostarme con el asesino de mi hijo?

Los acontecimientos la desbordaron. No atendía a razones. Ni las palabras de Pílades ni las de Electra consiguieron calmarla. Comenzó a rodar por los suelos y a proferir frases inconexas. Parecía que la cordura estaba a punto de abandonarla.

Fue la misma princesa en persona la que me reconocería posteriormente que la imagen fue devastadora. Aterradora.

—Haz que venga. Que nos dé merecidas explicaciones —le imploró Electra —. Que reconozca sus crímenes. Deja que me vengue, madre. Es lo mínimo que merezco.

En un último acto de amor, de comprensión, la reina accedió. Regresó a su alcoba en busca de Egisto. La escena que presenció el usurpador debió de resultarle espantosa. La mujer a la que había estado abrazando se presentaba ante él devastada, con las mejillas sangrando, el pelo a medio arrancar y bañada en lágrimas. Más muerta que viva. No es de extrañar que se presentara en el despacho de Agamenón de inmediato.

El hombre que había asesinado a mi amigo y se había reído de él mientras este agonizaba había caído en la trampa. El príncipe Orestes temblaba, dentro del arcón, cuando escuchó sus pasos. Le hervía la sangre y sentía que le fallaban las rodillas. Comprobó que la tapadera de su escondite estaba lo suficientemente suelta como para poder salir cuando lo deseara.

En cuanto Egisto hubo entrado en la habitación, Pílades se presentó ante él con la espada desenvainada, obstruyendo la puerta para impedir cualquier atisbo de huida.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí? —preguntó Egisto.

—¡Asesino! —gritó Clitemnestra abofeteándole el rostro—. ¡Me juraste que Orestes no correría peligro, que respetarías su vida! ¡Me lo prometiste!

—¿Qué dices? ¿Estás loca? —la cuestionó, desorientado. Lo comprendió todo en unos pocos parpadeos, justo cuando su mirada se cruzó con la sonrisa macabra de la princesa Electra. —¡Tú! Maldita perra traicionera. Has envenenado los oídos de tu madre en mi contra. Te saldrá caro. Cerbero se dará un festín con tu alma allá abajo, cuando haya terminado contigo.

Otro golpe, este mucho más punzante, atronador, resonó en el despacho. Una nueva bofetada de la reina.

—No permitiré que le hables así a mi hija, desgraciado.

Egisto no lo soportó más. Agarró a Clitemnestra por las muñecas y la lanzó contra una de las paredes.

—Sabía que no podía salir nada bueno de la estirpe de ese perro. Agamenón siempre estuvo podrido por dentro —le dijo a Electra—. Voy a arrancarte la cabeza y a orinar en tu cráneo y luego se la enviaré a Orestes.

—¡No harás nada! —gritó Orestes saliendo del arcón y mostrándose ante el asesino de su padre—. Yo soy el sucesor de Agamenón, el grande, el pastor de hombres, el rey de reyes, conquistador de Troya y dueño del mundo. Esta noche vengaré su muerte.

La mirada aterrorizada de Egisto les mostró que acababa de comprender el brete sin salida en el que se encontraba. Sin embargo, astuto como era, intentó escudarse tras la figura de Clitemnestra. Corrió hacia ella, que todavía estaba en el suelo, sangrando por el golpe que se había dado contra la pared, y pretendió alzarla para usarla como escudo, pero Orestes se lo impidió pinchándole una pierna con la espada.

El usurpador cayó de rodillas. Orestes pudo haberse deleitado torturándolo, alargando su agonía. Pudo haberse dejado llevar por las Erinias vengativas que le estrujaban las tripas y le llenaban la cabeza de maldades. No lo hizo. Le cortó el cuello con un tajo profundo y decidido. Era el primer hombre que mataba en toda su vida. Lo último que vieron los ojos de Egisto fueron los del hijo del

hombre al que había matado. No había rabia ni ira en ellos. El príncipe solamente encontró tranquilidad y resignación en el último suspiro del usurpador. Se sabía irremediablemente condenado.

Acabar con la vida de Egisto resultó sencillo. Lo verdaderamente complicado vino después.

Clitemnestra.

Pílades salió de la habitación para comprobar que los gritos de Egisto no habían alertado a sus hombres.

Fueron instantes mudos, cargados de pena, rabia y miedo. También de responsabilidad, culpa e incertidumbre.

No hubo reproches. Tampoco justificaciones.

Tuvo que ser la reina, o lo que quedaba de ella, quien, viendo la compleja situación en la que se encontraban sus hijos, tomara las riendas de la situación.

—Si no tenéis la fuerza necesaria para empuñar la espada contra mí, lo haré yo misma —les advirtió.

—Madre —intervino Orestes asediado por las lágrimas—. ¿Cómo pudiste...? ¿Por qué?

—Las palabras están de más, hijo mío. Nada de lo que os diga servirá para que comprendáis. Solo quiero que sepáis que nunca quise haceros daño. Siempre intenté protegeros.

—Puede que si le echamos toda la culpa a Egisto... Si le aseguramos al pueblo que nuestra madre solo fue una víctima más de los engaños de ese malnacido... —propuso Electra.

—No. No mancillaré vuestros reinados ni vuestro futuro con mis faltas. No me queda nada por hacer en este mundo. Orestes, álzate como el rey de Micenas, como el hombre que vengó el legado de su padre. Sé mejor que él —le imploró Clitemnestra a su hijo agarrándolo de la mano. Él se lo permitió. Sostuvo su palma—. Electra, sé que nunca podrás entenderme. Sé que te pasarás las noches en vela maldiciéndome. Solo espero que nunca tengas que comprenderme. Eso significará que has elegido bien. Que has escogido a un marido digno. A alguien que no te hace sufrir. Que te ama y te respeta. No cometas mis mismos errores, no te dejes seducir por la fama ni por el oro, no te dejes cegar por un amor que no sea el amor a tus hijos, y mucho menos por los méritos en

combate de un hombre. Fíjate en cómo trata a la gente, pregunta a sus esclavos y a sus súbditos. No tengas prisa. Eres una mujer excepcional.

Orestes y Electra se quedaron petrificados, incapaces de asimilar cómo una mujer que había descendido a los infiernos de la locura había sido capaz de sobreponerse solamente para ahorrarles el mal trago de tener que matarla. La reina Clitemnestra le quitó la espada a su propio hijo, apuntó directamente a su corazón con la punta de la misma y, con un grácil y decidido movimiento, se quitó la vida.

Fue un gesto de amor incondicional. Un gesto que solo una madre podía cometer.

Tras la sangre, llegaron los sollozos de dos hermanos que acababan de quedarse huérfanos. Dos hermanos, dos Atridas que continuaban con la impronta sangrienta que sus predecesores les habían dejado. Con un legado maldito.

# LI

## Como perro rabioso

La noche se tornó oscura y carmesí. Derramada la sangre, aún quedaba más por verter. No íbamos a esperar a la llegada del alba para mancillar otro día. Las Erinias sonreían, complacidas. El príncipe había vengado a su padre. Mi mujer aguardaba justicia.

Orestes y Pílades me acompañaron hasta la casa de mi hermano. Mi propia casa, usurpada por Solofemo. Orestes dejó a cargo del palacio a su hermana Electra y sobre sus hombros recayeron varias tareas ingratas y amargas: adecentar los cuerpos de Clitemnestra y Egisto, anunciar a los esclavos, soldados y trabajadores lo sucedido y orar a los dioses por el perdón de sus pecados.

La ciudad dormía, apesadumbrada por el fallecimiento de su monarca y ajena a los crímenes que había cometido, esa misma noche, su heredero legítimo. Despertaría sobresaltada, seguro. Una nueva etapa estaba por comenzar.

No nos topamos con ningún soldado ni con ningún partidario del cruel Egisto. Sí con borrachos que apuraban sus últimos instantes de etílico placer, parejas que se escondían entre las columnas o los pórticos de las casas y algún que otro perro callejero. Los funerales en honor a Agamenón se habían alargado más de lo previsto.

Me sorprendió encontrar la puerta de mi casa abierta de par en par. A Solofemo parecía no importarle en absoluto su seguridad o se sentía invulnerable siendo quien era.

Nada más lejos de la realidad.

Aquel gesto fue su primer envite. Una tácita invitación al conflicto.

Entramos, antorchas y espadas en mano, esperando lo peor. Solofemo logró sorprendernos. Hacía tiempo que había dejado atrás cualquier trazo de humanidad. Estaba descompuesto, con una grotesca e infernal mueca en su rostro, agarrando a su propio vástago Delio por detrás y amenazándolo con un cuchillo.

—Cierra la puerta, Aurimedón, y que esos dos se queden fuera si no quieres que le rebane el pescuezo al chico. Y dales tu espada.

—Es tu propio hijo —le espeté.

—Y lo único que te queda de tu mujer. —Tenía razón. De todas las opciones que se me pasaron por la mente mientras revivía el acto final de la vida de Solofemo, jamás habría llegado a imaginar la que se me presentaba.

El chiquillo lloraba, asustado, implorándome que lo salvara. Se me rompió el alma en mil pedazos.

—Dejadnos solos, por favor —dije, sin mirar los rostros de mis compañeros que, reticentes, abandonaron mi hogar arrastrando los pies como si me quisieran suplicar con sus pisadas que meditara mi decisión.

Se quedaron fuera, dejándole claro a mi hermano que no tenía escapatoria. No sé si aquello fue un acierto o un error.

La punta del cuchillo besaba la fina piel del níveo cuello de Delio, que mostraba miedo, terror, sí, pero no confusión. Me pareció ver en él a un muchacho acostumbrado a castigos similares. El alma de mi hermano había cambiado profundamente desde hacía diez años. Se notaba, a estadios de distancia, que había emprendido una bajada directa hacia la locura, de la que ya no podía escapar.

Permanecimos unos cuantos minutos en silencio, estudiándonos. No tenía claro qué deseaba conseguir Solofemo con todo aquello.

—Egisto ha...

—Lo sé. ¡Sé lo que le habéis hecho, desgraciados! No solo vosotros tenéis gente en palacio. Toda la vida igual, pisoteándome, boicoteando todos mis planes.

—¡Estás loco! ¡Violaste a mi esposa, la mataste y ahora amenazas con hacerle lo mismo a tu único descendiente! Te has convertido en un monstruo peor que Atreo. —Pronunciar el nombre del antiguo monarca micénico, el mismo que asesinó a nuestros padres, hizo que Solofemo se pusiera todavía más agresivo.

—¿Loco? ¡Loca de placer dejé a la zorra de tu esposa!

Sus palabras solo buscaban hacerme daño. Lo consiguieron, claro.

—Acabemos de una vez con esto. Deja al niño y permitiré que te vayas de Micenas.

—No pienso irme.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Tu vida a cambio de la del muchacho. Déjate matar y Delio y lo que queda de tu esposa vivirán. Así de simple. Así de sencillo.

—¿Y qué ganarás tú con eso? Orestes y Pílades te matarán cuando pongas un pie fuera de esta casa. El único que puede garantizar tu seguridad soy yo, ¿no lo entiendes?

—El que no lo entiende eres tú —respondió mi hermano esbozando una sonrisa cruel que parecía propia de un sátiro—. ¿Crees que me sigue importando la vida? ¡No me queda nada! ¡Nada! No deseo ver otro amanecer. Y olvídate. Tú tampoco lo verás. Descenderemos juntos al Hades y allí continuaremos con esta conversación durante toda la eternidad. —Sus palabras lograron paralizarme. De todos los escenarios posibles que había imaginado, aquel era el único que no habría podido anticipar. Matarme. Acabar con mi existencia única y exclusivamente. No le preocupaba nada más—. ¡No tengo todo el día! —bramó, apretando un poco más la punta de su puñal contra la garganta del joven Delio.

—Papá, me haces daño —protestó, antes de que le tapara la boca con la otra mano.

—¿Y bien? ¿No te has autoproclamado siempre como el gran auriga, el protector de los indefensos, el marido ejemplar y el gran héroe de Troya? ¿Vas a dejar que el hijo de Calíope muera ante tus ojos? ¿O te da miedo reconocer la triste verdad? Que solo eres un cobarde y siempre lo has sido. Escondido tras las barbas de Agamenón, creyéndote superior a todos solo porque nuestro maestro y tu rey te adoptaron como su perrito faldero. —Ardía en

ganas de romperle la boca, de hacerle tragar todos sus dientes y sus asquerosas palabras, pero la mirada suplicante de Delio, la viva imagen de mi amada Calíope, me lo impedía. Volví a ser el niño que se enfrentaba a su hermano mayor, incapaz de hacerle frente, incapaz de derrotarlo—. ¡Vamos, usa tu cuchillo y ábrete las tripas aquí mismo! O quédate a contemplar cómo degüello al chico.

Intenté preguntarme cómo actuarían hombres mejores que yo, los héroes de verdad. ¿Qué harían en mi lugar Agamenón o Aquiles? Imposible, era como querer encarnarse en los dioses. En un estúpido intento de ganar tiempo, desenfundé mi puñal solo para quedarme contemplándolo como un bobo.

—¿Por qué no lo haces tú mismo? —pregunté—. Si tantas ganas tienes de castigarme, ¿por qué esconderte como una gallina detrás de Delio? —Me esforcé por pronunciar su nombre y mirarlo intentando que se tranquilizara, aunque yo estuviera muriéndome por dentro.

—¿Crees que soy estúpido? En cuanto suelte al niño, llamarás corriendo a tus amiguitos.

—¿Tanto miedo te doy, Solofemo? ¿Tanto me temes? ¿Te asusta que te haya superado como soldado tras diez años combatiendo en Troya? Lo entiendo. Mientras yo me enfrentaba a grandes guerreros, tú a duras penas podías con mi mujer y un recién nacido. Puede que en tu situación hubiera hecho lo mismo: suplicarle a mi enemigo que se quitara la vida. Me llamas cobarde solamente para esconder tu propio miedo. —Eran trucos burdos y baratos, como de niño de seis años. Jamás le había hablado así a mi hermano, a quien ya comenzaba a hinchársele la vena de la frente. Faltaba poco, muy poco para que el loco dejara paso a la bestia. Solo me importaba que Delio no sufriera daño alguno—. Te juro que no avisaré a nadie. Te prometo que será una lucha justa, entre los dos, hasta que uno muera. Lo juro por la memoria de Agamenón, mi auténtico hermano, y la de mi padre, Atreo.

Invocar su nombre fue descender al fango y estrujar los demonios más íntimos de Solofemo. Se lanzó a por mí como un perro rabioso, echando espuma por la boca.

# LII

# Delio

El ataque de Solofemo no se parecía a nada que hubiera sufrido antes. Atrás quedaron las lecciones tácticas y la experiencia en la batalla. No me enfrentaba a un hombre. Combatía contra un monstruo dispuesto a atacarme con todo lo que tenía. A entraña abierta.

Solo Poseidón pudo salvarme de su primer ataque, cargado de furia ciega. No me atravesó con su cuchillo, pero sí volvió a abrirme la herida que me hiciera semanas antes. El dolor no fue nada en comparación con el nerviosismo y el temor que me invadían. Sus ojos, encendidos en llamas, no me daban opción a prever sus próximos movimientos. Soltaba tajos a diestro y siniestro, mientras yo debía contentarme, únicamente, con evitar salir muerto de aquellos primeros embates.

¿Por qué no ataqué de igual manera si mis motivos eran mayores que los suyos? ¿Por qué no me lancé como otra bestia salvaje contra el hombre que había violado y asesinado sin remordimientos a mi mujer? No fue por falta de ganas ni porque las Erinias vengativas me hubieran abandonado. Mentiría también si digo que lo hice porque estaba pensando en el joven Delio.

Fue puro instinto de supervivencia.

Solofemo siempre había sido mucho más fuerte y rápido que yo y ni mi paso por la guerra de Troya, donde tuve más bien que limitarme a llevar a Agamenón de un lugar a otro, sirvió para igualar nuestras fuerzas. El único rincón en el que podía refugiarme, el único atisbo que tenía para evitar que el frío metal de mi hermano

me atravesara las tripas, era mi ingenio. Debía ser más inteligente y calculador, valerme de mi mente para derrotarlo.

Amagué un par de veces, traté de hacer un par de fintas que no sirvieron de nada. Él atacaba como un suicida, exponiendo sus flancos y sus debilidades. Su táctica era simple: matar o morir. Contra eso poco puede hacerse. El entrenamiento, las estrategias y el valor nada pueden hacer cuando las reglas del combate las delimita un loco. Algunos de mis golpes acertaron. Sangró en un par de ocasiones. Las heridas lo enfurecían más y cada vez me costaba más detener sus acometidas.

Hice solamente lo que me permitió hacer: bajar al fango.

La pelea pasó a convertirse en un intercambio de cuchilladas, de antebrazos rasgados, de sangre en el suelo y sacudidas de dolor. Rabia, rencor, sueños rotos. Nos entregamos a nuestros demonios, sacando lo peor de nosotros mismos. Y ahí, en ese lúgubre agujero negro, Solofemo fue superior. Era su terreno. Llevaba años conviviendo con una conciencia atormentada, siendo un vástago del mal. Nada pude hacer contra él. Uno de sus furiosos ataques me acertó en la muñeca derecha. Dejé caer mi propio cuchillo, incapaz de mantener la mano cerrada en torno a su empuñadura. Aprovechando aquella ventaja, se lanzó contra mí, placándome e inmovilizándome con su propio cuerpo contra el suelo. Sus ojos centellearon; veían mi muerte más cerca que nunca. Se relamió como un perro antes de entregarse a un hueso suculento, repleto de carne. Proyectó la punta del cuchillo con fuerza contra mi rostro. Solo tuve tiempo para cerrar los ojos e interponer la mano izquierda. Su cuchillo se clavó entre mis falanges, atravesó mi mano y se quedó incrustado en ella. El dolor fue horrible, solo opacado por el miedo que sentí cuando Solofemo me agarró del cuello.

Me empezó a estrangular con ambas manos, con fuerza y rabia. Intenté apartarle los dedos, golpear, sacármelo de encima. Imposible. Me iba asfixiando poco a poco, arrebatándome las fuerzas, alejándome de este mundo.

Siempre había escuchado que cuando se ve la muerte de cerca, se piensa en todo lo que se ha hecho en la vida. Mentira. El terror es tan intenso, la oscuridad tan apremiante, que no puedes pensar en nada.

Y entonces sucedió.

Un espasmo, seguido de otro y luego de otro más, convulsionaron el cuerpo de mi hermano. Y todo se volvió carmesí. La sangre de Solofemo comenzó a caer, densa como un río, sobre mi rostro. Cálida. Entre las cortinas rojas, descubrí la mirada de un ser asustado, que sostenía mi cuchillo y lo miraba fijamente. Como si todavía no fuera consciente de lo que acababa de hacer. Tras unos pocos segundos de indecisión, Delio volvió a acometer una y cien veces más contra el cuerpo sin vida de su padre.

# LIII

## Las riendas de la vida

Orestes recuperó el trono y calmó los ánimos de su tío Menelao y del resto de reyes que habían combatido junto a su padre en Troya. Pese a ello, Micenas no volvió a brillar con la misma fuerza. Nadie podía sustituir a Agamenón, ni siquiera su hijo. Su previsión, su hambre de gloria y su ambición belicosa, todas ellas cualidades innatas, no se heredaban.

En cuanto a Troya, el lejano y exquisito enclave estratégico arrebatado a las frías manos de Príamo, lejos de suponer un jugoso banquete para Orestes, fue más bien una maldición que condicionó sus primeros años de reinado, ya que tuvo que destinar ingentes cantidades de dinero y de hombres a Oriente para afianzar lo que mi señor había logrado. Los hititas y sus aliados demostraron ser unos pésimos vecinos; los acuerdos comerciales de los troyanos con todos los pueblos tardaron en volver a asentarse y Orestes hubo de establecer costosas alianzas, pactos y convenios.

Las cosas tampoco le resultaron sencillas dentro del continente. Orestes se vio obligado a guerrear contra reyes otrora aliados que creyeron ver debilidad en su juventud y a buscar un matrimonio ventajoso pero carente de amor. No fue, en definitiva, un reinado sencillo. En absoluto.

Pero aquellas ya no eran mis batallas. Toda generación tiene un fin y todo guerrero merece un descanso. Lo único que le pedí a Orestes, tras haberle ayudado a llevar a cabo su venganza, fue la paz que tanto anhelaba. No por cobardía o hastío, sino para poder criar lo mejor que supiera a Delio. Aceptó a regañadientes. Los primeros meses me buscaba mucho, intentando hallar algún

consejo. Luego solo me requería un par de veces al año. Finalmente, comprendió que mi vida estaba en paz y que lo mejor era no alterarla. Pienso que, también, había comenzado a olvidarse de mí.

Volví a abrir el negocio cerámico de mi padre. Contraté a un gran artesano y Delio y yo aprendimos el oficio juntos. El muchacho se adaptó rápidamente al cambio familiar. Solofemo le había hecho padecer lo indecible, pero no había sido capaz de oscurecer la luz que mi esposa le había dejado. Los rasgos de mi Calíope seguían vivos en él. Era un buen muchacho, ágil de mente y con un espíritu atrevido. Tuve que aprender a ser padre a toda prisa. Ni la vida ni la juventud se detienen. Comprendí, al fin, los sufrimientos por los que había pasado mi abuela.

Delio me lo dio todo. Hizo que volviera a vivir. Aproveché cada segundo junto a él como si fuera el último. Sabía que no estaría a mi lado muchos años, así que le regalé lo único que pude, lo que había estado utilizando toda mi vida y que a mí también me habían regalado: las riendas de un carro.

Le enseñé todo lo que sabía sobre corceles, vehículos, carreras y contrincantes. Volví a ser feliz a lomos de un caballo, regresé a los mejores años de mi vida con la mejor compañía posible. Fui padre, maestro y amigo. Intenté ser todo lo que Delio necesitaba hasta que me di cuenta de que lo que de verdad anhelaba era ser libre. Buscar sus propios sueños que, paradoja del destino, fueron los mismos que los míos. Deseaba ser el mejor auriga de todos los tiempos.

Hice lo que creí mejor para él. Lo envié a aprender del más rápido. De Automedonte, el auriga de Aquiles, en un pueblo, el de los mirmidones, mucho más libre y estable que el nuestro.

Y en estas me encuentro ahora mismo, esperando noticias de mi hijo y relatando la vida de mi viejo amigo, el gran Agamenón. La figura más grande que haya pisado jamás Micenas, el padre más comprometido, el peor marido y el mejor compañero. El único que se atrevió a desafiar a los dioses y al destino antes de darse cuenta de que hay círculos concéntricos eternos que no dejan de repetirse.

Agamenón, pastor de hombres, amante de la gloria y enemigo de las deidades. Esta fue su historia. Compartirla y contarla, mi suerte.

# Epílogo

La vida de mi padre pasará desapercibida. Igual que el susurro de un insecto para el resto de los mortales. Polvo y paja. Excepto para mí y para sus descendientes.

Padeció el Inframundo más que el mismísimo Sísifo en este plano terrenal. Amó, sin medida, hasta el último de sus días, perdonó y combatió con honor, mas nada de eso le fue premiado. Los dioses le arrebataron a todos sus seres queridos de manera trágica, a excepción de quien les habla, y aun así continuó honrándolos. Fue un hombre pío, devoto y leal. El mejor auriga que jamás existirá. El más fiel y el más humilde. Se pasó la vida relatando la de su señor sin profundizar apenas en la suya. No se vanaglorió de sus triunfos; fueron sus propios enemigos los que lo hicieron por él.

Aurimedón, siempre más cómodo entre caballos que entre personas, fue un amante de la paz atormentado en tiempos de guerra, pero, sobre todo, fue un amigo devoto, un marido ejemplar y un padre bondadoso.

Por eso aquí ha de reposar, junto a su señor, el gran Agamenón, por los siglos de los siglos. Para que juntos cabalguen hasta los Campos Elíseos y más allá. Que sus nombres y sus cuerpos queden ligados para toda la eternidad.

Tal es mi deseo, el de su único hijo, Delio.

Posfacio

por

Jaume Galiana Llorca

## LA GUERRA DE TROYA, ¿MITO O REALIDAD?

La guerra de Troya es el apasionante conflicto en que se enmarca esta novela y, también, un acontecimiento histórico que sigue intentando esclarecerse después de más de dos mil años de investigación. Ya los antiguos divergían en cuanto a si dicha contienda había sucedido en realidad o, al menos, si había tenido las características que Homero le atribuye.

Por otro lado, las conocidas excavaciones arqueológicas en Hisarlik (Turquía), llevadas a cabo por el millonario y arqueólogo Heinrich Schliemann, tampoco zanjaron el asunto, a pesar de que en su día fue anunciado a los cuatro vientos que había encontrado la ciudad homérica y que, por tanto, el conflicto narrado por Homero había tenido lugar en la realidad. Algunos hallazgos posteriores y excavaciones más recientes han permitido matizar algunas afirmaciones pasadas o, incluso, añadir más confusión si cabe al eterno debate.

Lo que sí tenemos claro gracias a dicho hallazgo es que, en torno a 3000-2500 a. C., existía allí una pequeña ciudad amurallada que se vio obligada a expandirse de forma continua. La pujanza de la urbe responde, en apariencia, a un desarrollo de la metalurgia superior al del resto de sus vecinos en el Egeo, así como a su posición estratégica, al dar acceso al estrecho del Helesponto, como se le conocía en la Grecia clásica, y que en la actualidad denominamos estrecho de los Dardanelos.

Parece lógico que una ciudad así, en estrecho contacto comercial con Grecia, sus islas y el resto de los Balcanes, despertara la envidia de sus vecinos, y también que tuviese un rol activo en la geopolítica del momento. Para uno de sus excavadores, Manfred Korfmann, se trataba de un puerto de primer orden, cuyo papel resultaba fundamental para atender a las embarcaciones que esperaban el momento idóneo para acceder al mar Negro. Así, Troya fue adquiriendo un papel preponderante en Anatolia.

Los griegos, al igual que los investigadores actuales, tampoco se ponían de acuerdo en cuanto al inicio del conflicto. Eratóstenes calculó que había empezado en el 1184 a. C y Heródoto lo situó en el 1250 a. C. Aunque esta última fecha parece más próxima a los registros arqueológicos, los estratos de esa época en el yacimiento de Hisarlik no muestran una ciudad tan esplendorosa como la que narra Homero. De hecho, debido a la inadecuada metodología de la época, Schliemann confundió la Troya más esplendorosa —anterior al conflicto— con la que supuestamente existió en la época en que habría tenido lugar nuestra epopeya, y destruyó su muralla durante el proceso de excavación.

El debate arqueológico sigue lejos de resolverse. Aunque Troya se identifique con el yacimiento de Hisarlik, distintas ciudades se han creado allí a lo largo de los siglos, y los investigadores siguen discutiendo si la Troya homérica es la llamada según los estratos la Troya VI o la VIIª. Aunque la primera es la más esplendorosa y habitada, la segunda presenta algunos signos de saqueo y destrucción más acordes con un contexto de guerra en los inicios de la Edad Oscura. Ahora bien, no sin razón, muchos argumentan que dichas pruebas de violencia son demasiado escasas para un conflicto de la envergadura del homérico y, por otra parte, no evidencian la identidad de los supuestos atacantes.

Además, aunque la Troya VIIª fuese destruida alrededor del 1200 a. C., algunos pasajes de la *Ilíada* reflejan elementos más antiguos que podrían corresponder a expediciones anteriores y que tal vez tengan que ver con otro ataque en relación con el detectado en las excavaciones. De ello tenemos en la literatura el recuerdo de otros conflictos en torno a Troya, como la guerra entre Peleo y Laomedonte. Pero, sin duda, la prueba que más ha dado pie a considerar seriamente la existencia de la gran guerra de Homero son las tablillas hititas, del pueblo vecino del este de Anatolia.

Según narran algunos de los documentos encontrados, los aqueos —a quienes los hititas llamaban *Ahhiyawa*— protagonizaron numerosos saqueos y destrucciones en Asia Menor, donde también se asentaron en enclaves costeros. En la Troya VIIª tenemos, de hecho, un registro material próximo al micénico, que evidenciaría

una contienda fratricida, aunque a mucha menor escala que la narrada por Homero y que, según los hititas, tampoco culminó con la destrucción de la ciudad.

Sin embargo, el parecido de algunos nombres y hechos narrados con los de la *Ilíada* y la *Odisea* resulta sorprendente. Algunos han querido ver en la antigua ciudad de Wilusa una relación con el otro nombre de Troya, Ilión, aunque esta urbe da la impresión de estar bajo soberanía hitita a mediados del siglo xiii a. C. Uno de sus soberanos tiene por nombre Alaksandu, obviamente conectado con el nombre griego Alejandro, que es también el que recibe en muchas ocasiones el príncipe troyano Paris. Sin embargo, el nombre del padre de este soberano, Kukkuni, no tiene nada que ver con Príamo, ni la cronología encaja del todo con la atribuida a «nuestra» guerra.

De la misma cronología es la conocida como «Carta de Tawagalawa», en la que un monarca hitita contacta con un tal Piyamaradu (nombre en el que se ha propuesto ver una conexión con Príamo, soberano de Troya y padre de Héctor y Paris). Sin embargo, en el documento este personaje aparece como aliado de los pobladores del reino de *Ahhiyawa*, los aqueos, que están causando problemas a los hititas en las costas occidentales de Asia Menor.

La mayoría de los antiguos griegos nunca dudaron de que los hechos narrados por Homero habían acontecido y rendían culto a las supuestas tumbas de los héroes caídos en la epopeya troyana, como recuerda Estrabón (*Geografía*, XIII, 32). Sin embargo, el debate sobre su existencia ya surgió en numerosos autores de la Antigüedad, como por ejemplo Dion Crisóstomo, quien en sus *Discursos* (11.5, 16-17) recrimina los errores que contiene la obra de Homero, a quien acusa de mentir descaradamente y trata de refutar a lo largo de su exposición. Nuestro debate, como podemos observar, se inició hace miles de años y sigue vigente.

El mundo en el que se produjo el conflicto troyano es el de la desintegración de los reinos micénicos que precedieron a la Grecia antigua. No es, como muchos pensaron, el tiempo en que los grandes reyes se enterraban con máscaras de oro tras sus murallas

ciclópeas, sino el período de decadencia y destrucción que le sigue y que llamamos, por la escasez de fuentes escritas, la Edad Oscura.

De hecho, en la *Ilíada* no existen los griegos como tales, sino un conjunto de etnias que en ocasiones reconocen lazos culturales y religiosos entre ellos. Los aqueos de Homero, equivalentes a los últimos micénicos, luchan a veces contra sus semejantes o contra los que en su día habían vivido en Grecia antes de pasar a Anatolia y aculturizarse. Por ello, este no es un conflicto cuya causa responda principalmente a motivos étnicos. Tal variedad no es sino el reflejo de la desintegración del mundo micénico, tras la cual se produjo un periodo belicoso de migraciones masivas que ya en su día citó el mismo Tucídides (I, 12, 1).

Cuando tratamos de evaluar si todas estas fuentes prueban la veracidad de la historia narrada por Homero, solemos olvidar que el poeta —si es que existió realmente— no pretendió contar una historia real, sino basarse en ella. Y la prueba más evidente de ello son los anacronismos y contradicciones que aparecen en la *Ilíada*, y que demuestran que a lo largo de siglos de recitación y transmisión oral la historia se amplió y deformó, al menos hasta que Pisístrato ordenó ponerla por escrito en el siglo vi a. C. Por ejemplo, en un pasaje de la *Ilíada* se habla de armas de hierro, pero cuando la guerra sucedió nos encontrábamos todavía en la Edad del Bronce. Del mismo modo, también Homero hace referencia a hechos y personajes que tuvieron lugar siglos antes de que él naciera.

Con todo, una guerra en la que un caudillo micénico se trasladase hasta las costas de Asia Menor para realizar una expedición de saqueo no sería en absoluto extraña. La piratería era una actividad principal para estos gobernantes, cuyas razias alcanzaron prácticamente todo el Mediterráneo oriental. Sea cual fuere el motivo inicial de la guerra, es probable que escondiera motivos económicos y mercantiles, pues es lógico que los micénicos buscasen apoderarse de los estrechos por la fuerza y contrarrestar el poder troyano. Es perfectamente posible que Homero se basase en uno de estos conflictos para su historia, pero seguimos sin poder afirmar que, más allá de los elementos fantásticos y mitológicos, viviera entonces un soberano llamado Agamenón.

## AGAMENÓN, FIGURA CLAVE DE LA LITERATURA GRIEGA

La imagen que se nos ha transmitido de Agamenón es variada y, con frecuencia, contradictoria. No solo por la adaptación cinematográfica de la historia en la conocida película *Troya*, de Wolfgang Petersen (2004), que de la obra de Homero apenas conserva el hilo conductor básico y algunos personajes para permitirse todo tipo de licencias, sino también porque —como lamentablemente sucede a menudo— el cine moldea la imagen que el público general se forma. En esta versión, Agamenón aparece como un rey anciano y altanero que muere asesinado durante el asedio de Troya. Pero nada más lejos de la realidad: el autor de una versión latina de la *Ilíada*, Dares Frigio (*Historia de la destrucción de Troya*, 13), describe a Agamenón como un hombre «de cuerpo blanco, corpulento, de miembros robustos, elocuente, prudente, noble y rico».

Nuestro protagonista es, ante todo, un líder carismático y aguerrido. A pesar de su actitud caprichosa y soberbia, es un rey que a nuestros ojos cuenta con un poder limitado. Tampoco era, como muchos creen, uno de esos soberanos micénicos (*wanax*) enterrados en grandes cúpulas de roca con máscaras doradas, como la que Schliemann atribuyó erróneamente a nuestro protagonista; sino un *basileus* de principios de la Edad Oscura, un caudillo de una sociedad ruralizada que lucha y gobierna junto a sus escogidos compañeros.

La propia *Ilíada* es testimonio de esta decadencia con respecto al apogeo micénico. En ella, los héroes son incinerados, no enterrados en tumbas fastuosas, y la autoridad del monarca se ve claramente contestada. ¿Acaso no empieza Homero su obra con el desafío de Aquiles a Agamenón, al que se niega a obedecer? El conflicto con el héroe pone al rey contra las cuerdas: el puesto que ostenta depende de su capacidad para controlar las disputas entre la aristocracia, su riqueza y su valor en combate. Un rey que no triunfa en la batalla ni es capaz de contentar y manejar los conflictos entre sus aliados no es digno de liderar la expedición.

Recordemos que Agamenón, en la epopeya homérica, es un temido guerrero que lucha en primera línea. Como describe fehacientemente el canto XI de la *Ilíada*, acaba con valentía con numerosos soldados troyanos ataviado con lujosas armas y armaduras, objetos de prestigio solo al alcance de un líder poderoso y respetado como él. Nuestro protagonista es, en palabras del mismísimo Héctor (canto XI, 286), el guerrero más valiente.

¿Fue Agamenón algo más que un *primus inter pares*? Sin duda, el soberano de las poderosas Argos y Micenas destaca por encima de sus aliados, pero esta relación de subordinación se basa en el prestigio que tiene como rey al que los demás han reconocido el mando de la armada. Su ejército es, por tanto, fruto de una serie de pactos y juramentos que numerosos reyes y caudillos han formalizado en torno a Agamenón, y de su pericia y buen juicio dependerá mantenerlo unido. No en vano, en la *Ilíada* se le llama reiteradamente «el pastor de hombres». Tucídides (I, 9-10) es muy claro al opinar que el liderazgo de Agamenón se debía a su poder y al temor que inspiraba entre sus contemporáneos, del mismo modo que piensa que Homero exagera la grandiosidad del conflicto.

Sin embargo, hay momentos en la *Ilíada* en los que Agamenón debe pugnar por mantener su posición, como al inicio mismo de la obra, cuando Aquiles desafía abiertamente su autoridad y Agamenón no encuentra forma de contrarrestar la ira del guerrero semidivino. En otra ocasión, Diomedes y Ulises le recriminan su sugerencia de abandonar el asedio. A pesar de estas desavenencias, Agamenón mantiene su posición y se reserva para él la última opinión, aunque su poder no sea absoluto y tenga que respaldar sus decisiones ante la asamblea junto a los otros caudillos.

Como podemos entrever tras esta breve exposición, Agamenón es un personaje complejo que encarna las dificultades de mantener el liderazgo en una sociedad micénica en decadencia, donde la guerra es endémica y las migraciones del período están transformando el otrora esplendoroso mundo de los *wanax*, que dará paso a una sociedad de nuevo ágrafa, oligárquica y en constante movimiento en busca de la supervivencia.

Pero, sobre todo, Agamenón es un protagonista de primer orden en la literatura griega. No solo por ser uno de los protagonistas de la *Ilíada*, cuyos personajes fueron los modelos para la educación moralizante de los antiguos griegos, sino también porque tanto en la obra de Homero como en la de otros autores, como Eurípides, Agamenón encarna al caudillo que se enfrenta a los problemas cotidianos del líder griego y de su época, como un espejo al que los griegos volvían la mirada para explicar sus orígenes.

Su triunfo, como es tradición en la tragedia griega, es efímero. Esquilo narra en la *Orestíada* que Agamenón fue asesinado por su esposa Clitemnestra a su regreso de Troya. No en vano, en la *Odisea*, en el canto XI, el propio Agamenón advierte a Ulises cuando se encuentran en el inframundo. Le cuenta al héroe cómo su esposa Clitemnestra lo mató, asegura que ella llevó la vergüenza a todas las demás mujeres y le advierte sobre la maldad de las féminas. Por ello, le aconseja que, al regresar a su hogar, lo haga en secreto, sin avisar a su mujer, Penélope.

Pero el protagonismo de Agamenón no termina ahí: sus hijos, Orestes y Electra, emprenderán su camino en busca de venganza por la muerte de su padre, prestigioso caudillo de la Hélade, que recordemos fue incluso capaz de estar dispuesto a sacrificar a su otra hija, Ifigenia, por el bien de la expedición troyana. Como líder ejemplar, Agamenón estuvo dispuesto a anteponer la vida de los suyos por el deber para con su pueblo y los dioses, y en este sentido da una gran muestra de heroicidad y se convierte en un modelo a imitar por las generaciones venideras.

Como vemos, el personaje de Agamenón se nos presenta desde distintas facetas, según la obra que lo trate, pero en torno a él giran dos conceptos fundamentales: el origen de la tragedia de varios personajes clave de la literatura griega y la *hybris*, concepto mediante el que los griegos designaban la soberbia del ser humano frente al poder de los dioses, que causa la ruina a Agamenón y a su descendencia. Para Esquilo, nuestro protagonista se enfrenta a su trágico destino y no disfruta de la gloria adquirida en Troya; para Eurípides, aparece como un personaje más humano al enfatizar sus sentimientos. Sófocles, sin embargo, recupera la versión de Homero

y lo muestra como un rey noble que debe ser vengado y que comparte las desgracias del común de los mortales.

Pío, aguerrido y carismático; modelo de virtud, víctima de las mujeres —tan denostadas en la sociedad patriarcal de los antiguos griegos—; guerrero sin temor y caudillo victorioso, su figura ha dado pie a tantas interpretaciones como las que seguiremos extrayendo de la literatura griega, que continuamos admirando y que pervive transmitiéndonos sus enseñanzas miles de años después.

JAUME GALIANA LLORCA,
profesor de Historia,
máster en Historia Antigua,
especializado en el período helenístico

# Agradecimientos

Esta novela no hubiese nacido de no ser, en primer lugar, por Laia. Ella supo acompañarla en toda la travesía, cuidarla y llevarla a buen puerto. Gracias.

No quisiera olvidarme de Mercedes, que leyó y releyó la obra con tanto mimo. Mis maestros, Ramón Alcaraz y Teo Palacios, también forman parte de ella, de cada frase, de cada palabra.

Agradecer, también, el tiempo que Yolanda Ramos le dedicó a estos capítulos y las palabras amigas de Marcos Javier y de Alexis. A mi lector más veterano, que espera ansioso poder hincarle el diente: Juanillo.

Por último, a mi familia, a mis padres, a mi hermano, a mi primo y a Nerea. Sin su apoyo, me sería imposible alzar la pluma.

Muchas gracias a todos, y a vosotros, lectores. Nos leemos pronto.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com